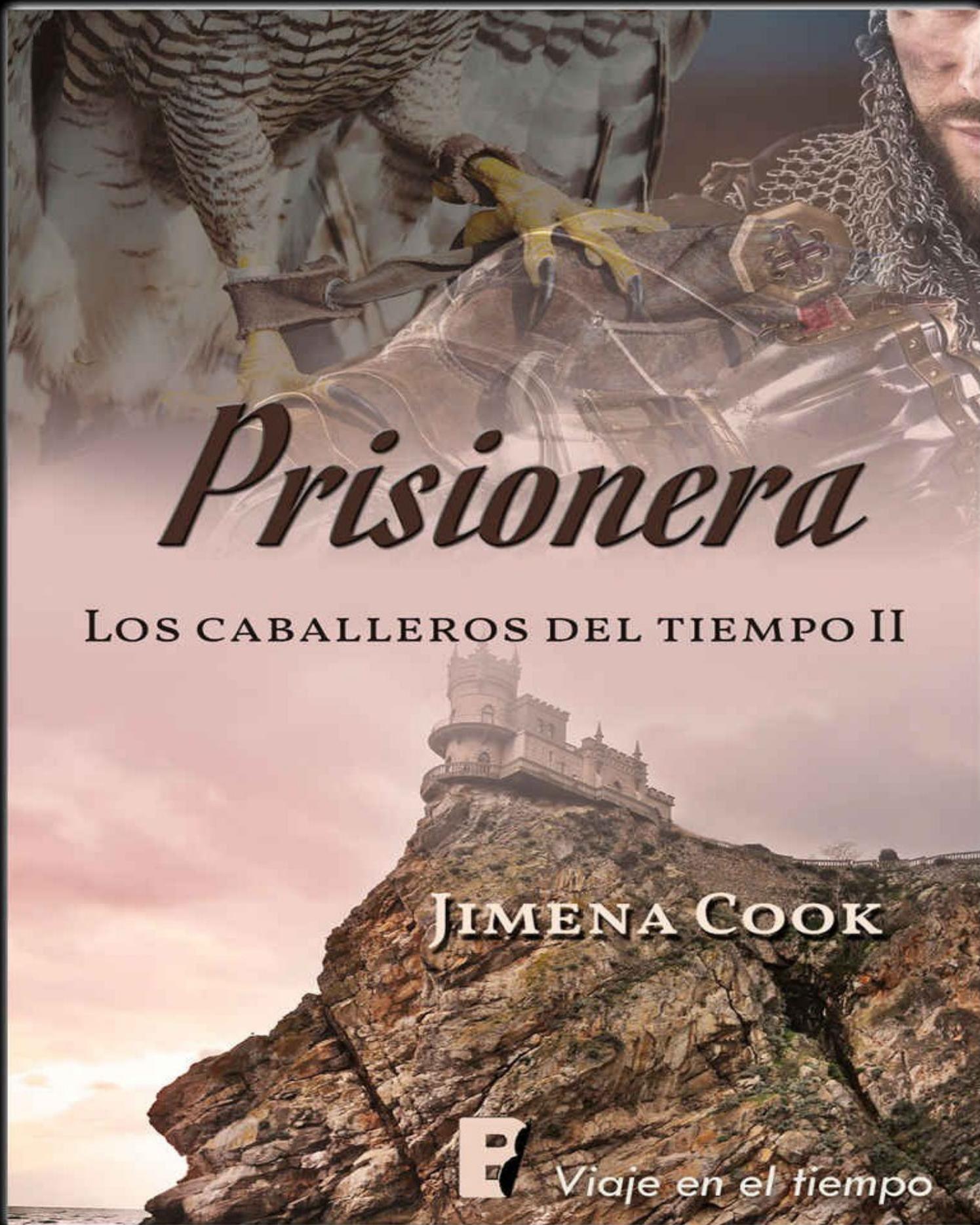


Selección RNR



Prisionera

LOS CABALLEROS DEL TIEMPO II

JIMENA COOK



Viaje en el tiempo

Prisionera

Jimena Cook



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para mis padres,
mi hermana María Luz y mi gran amiga Rosa.
Gracias por todo vuestro apoyo,
cariño y ayuda. ¡Os quiero!*

PRÓLOGO

—¡**P**ero su majestad! —dijo Tomás Becket, obispo de Sant Andrews—. ¡No puedo hacer lo que usted me ordena! Si me descubren, todos los fieles que me respetan perderán su confianza en mí.

Juan I se detuvo frente al gran ventanal de la sala, lugar en el que se despachaban las reuniones secretas en su castillo de Windsor. Apenas pestañeaba, su mirada fría estaba fija en el horizonte. Al oír la respuesta del obispo, arqueó ligeramente las cejas y una media sonrisa se dibujó en su rostro. Se giró con lentitud mientras juntaba las palmas de sus manos como si fuese a orar. Se acercó despacio hacia Becket y se detuvo frente a él; apenas había una distancia de cuatro pasos entre ambos.

—No quiero recordarle que su cargo actual dentro de la iglesia es gracias a mí. Me da igual que me traigan a la joven, me es indiferente si la matan, lo único que quiero es el anillo que porta y no me importan las artimañas y medios que utilicen para conseguirlo, excelentísimo. —Su rostro se tensó, lo que marcó aún más las arrugas en su frente—. ¡No fracase en esta misión! Si lo hace, habrá traicionado a la corona, por lo tanto me habrá traicionado a mí.

Dicho esto el rey se giró y desapareció tras la puerta de madera que aislaba la habitación en la que se encontraban. El obispo estaba pálido; su frente, al igual que las palmas de sus manos, sudaba. Extrajo un pañuelo blanco, con bordados de oro, del amplio bolsillo de su túnica para limpiarse las gotas que caían de su frente. Se puso su capa negra y salió de la sala con rapidez.

En el bosque cercano al castillo de Windsor, en la oscuridad, una figura de la que solo se distinguía su silueta observaba cómo el religioso se alejaba de las inmediaciones de este. Entre sus manos, este personaje siniestro y oculto tras sus vestimentas negras retenía una vara, la cual retorció hasta que

terminó rompiéndola. Las astillas cayeron al suelo; una especie de rugido salió de su garganta. Se deshizo del resto de madera que retenía entre sus manos, tapó su rostro bajo la capucha de su capa oscura, y se escabulló entre los árboles.

CAPÍTULO 1

—¡No, Kimball! —dije y me levanté de la mesa circular de madera en la que estábamos sentados los cuatro guerreros, nobles sajones, que componíamos la orden de Los caballeros del León—. ¡El rey Ricardo ha sido asesinado! y Juan I se ha proclamado heredero de la corona. Está robando a la iglesia, saqueando los monasterios, eligiendo a dedo a obispos que le son fieles; exigiendo a los campesinos y a nosotros, nobles señores, el pago de numerosos impuestos. La misión de nuestra orden tiene que cambiar. —Nos encontrábamos en una de las salas del castillo de Kimball, conde de Essex.

—¡Korvan! —Alzó la voz Kimball—. Esta orden se creó por nuestros antepasados, guerreros sajones de las doce tribus más importantes que se implantaron en nuestras tierras. Hay que continuar con la tradición. Debemos ser fieles a la corona y levantar nuestra espada contra aquellos que vayan en contra del rey.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando; él, que siempre había visto a Juan I como un traidor, ahora me decía esto. Me movía de un lado de la sala para el otro, nervioso y enrabiado.

—Nosotros defendíamos y luchábamos por el rey Ricardo, pero él ha sido asesinado y a Juan no le debemos fidelidad; este iba en contra de nuestro monarca difunto. Tenemos que detener las injusticias que está cometiendo.

—Korvan, muchacho —dijo Derian, el más longevo de los allí presentes—, hay que respetar las costumbres y principios de la orden, así lo dejaron escrito y sellado con sangre los doce caballeros.

Lo miré, me acerqué a él y coloqué mis manos sobre la mesa.

—¡La tradición! Muchas de las cosas que seguimos de la tradición son leyendas. Siempre se ha hablado de los doce miembros, pero, que yo sepa, mi

abuelo y mi padre solo mentaban cuatro caballeros. No podemos fiarnos de la tradición, tenemos que actuar según nuestros principios y el bien de nuestras tierras.

—Muchacho... ¡Necesitas una mujer con urgencia! Seguro que hace mucho tiempo que no compartes lecho con una joven —dijo Derian.

—¡Ja, ja, ja! —Rio Kimball.

—¡No necesito a ninguna mujer en mi vida! Puedo tener a la que quiera —respondí.

—Eso no lo dudamos, Korvan, pero apuesto diez monedas de oro a que hace más de medio año que no has estado con ninguna. —Derian se carcajeó.

—¡Guárdalas!, las vas a perder —le respondí.

—¿Estás seguro de que las perderé? —Derian se burló.

Me puse frente a él, apoyé mis puños sobre la mesa y acerqué mi rostro al suyo, retándolo con la mirada. No estaba dispuesto a que desviase la conversación, y menos que se riese a mi costa tocando ese tema que tanto me molestaba y él lo sabía.

—¡Seguro! —le dije mientras mi expresión se tornaba severa y mis pupilas seguían fijas en las suyas.

Aldan se levantó, se puso a mi lado, y cambió de tema.

—¡Yo apoyo a Korvan! Creo que debemos proteger a nuestra gente y las tierras de nuestros antepasados.

Kimball imitó a Aldan y se acercó a grandes zancadas hacia donde estábamos los dos. Puso una de sus manos sobre mi hombro y la otra sobre el de Aldan.

—¡Muy bien! Lo pensaremos y hablaremos en otro momento.

En ese instante la puerta se abrió con brusquedad; apareció la hija de Kimball, Emma. Tendría unos nueve años, junto con su hermano Erik, de cuatro, y el más pequeño, Engel, de dos.

—¡Papá! —dijo Emma—, Eamon te quiere enseñar algo, ¡es muy importante! —Eamon, desde que yo lo conocía, había sido un niño mudo. A pesar de que no era hijo biológico de Kimball, mi amigo siempre lo había considerado como tal.

Kimball los miró severo. A pesar del hombre fiero y distante que yo recordaba en las batallas, con su esposa e hijos cambiaba y se transformaba en otro hombre. Yo lo respetaba, lo consideraba como un hermano junto con Aldan, y sabía que para él ambos también significábamos lo mismo. Desde que el conde de Essex se casó con Elisabeth, yo lo había admirado por la felicidad que los dos irradiaban y el hogar tan entrañable que habían formado. Mi amigo era muy dichoso, y su esposa e hijos eran lo primero y más importante para él.

—¡Emma, estoy reunido! Ya sabes que no debes entrar en la sala cuando la puerta está cerrada —dijo.

—Ya, papá, pero... ¡es muy importante! —respondió la niña.

—¿Y qué es lo que Eamon quiere enseñarme?

—¡Ha dicho su nombre, papá! ¡Ha podido pronunciar una palabra! —dijo el más pequeño de los tres.

—¡Ja, ja, ja! —Rio mi amigo. Se giró para observarnos —. ¡Señores!, como este asunto debemos pensarlo, propongo reunirnos dentro de un mes.

Derian y Aldan salieron de la sala. Kimball me miró.

—Tranquilo, Korvan, sabes que yo tampoco veo bien lo que hace Juan i, pero nuestras decisiones afectarán a nuestras familias y a aquellos que trabajan y conviven con nosotros. Debemos meditarlo y valorar nuestros actos.

—¡Ja, ja, ja! Ya no eres el de antaño, amigo, esa mujer te ha cambiado —le dije.

—Beth es mi vida. Ya sufrí estar lejos de ella mucho tiempo y no quiero volver a alejarme de la mujer que amo.

—¡Te envidio, amigo! —le dije.

—Ya verás. Cuando tú encuentres a una mujer que te haga perder el sentido, entonces tus intereses cambiarán —dijo Kimball mientras me daba una palmada en la espalda.

—¡Eso nunca ocurrirá, Kimball! El amor no entra en mis planes, las mujeres solo dan problemas. —Estaba convencido de ello.

Enamorarme era una palabra que no la contemplaba en mi vida, tenía un corazón duro. Yo era un guerrero y quería seguir siendo eso, un caballero que luchaba por sus tierras, por el honor y por su rey, a excepción de Juan i.

—¡Ja, ja, ja! Me recuerdas a alguien que pensaba lo mismo que tú y mira, aquí estoy, con cuatro hijos y con una mujer que admiro, respeto y amo.

—Tú y yo somos muy distintos —le dije guiñándole un ojo.

Ambos nos reímos. Aldan estaba esperándome; lo notaba inquieto desde que llegamos a Essex, intuía que quería comentarme algo.

Kimball nos despidió. Cogí mi caballo y de un salto me monté a los lomos del animal. Aldan aproximó su corcel al mío. Mi mirada estaba fija en el horizonte.

—¿Qué ocurre, amigo? Sé que hay algo que te preocupa —le pregunté.

—Así es. No he querido decir nada a Kimball, pero han asesinado a una mujer. El ritual era el mismo que el de esos animales y mujeres que mataron hace años. Un cerco de sangre rodeaba a la joven campesina, y había escrito con la sangre de la joven el siguiente mensaje: «Muerte a las brujas». Uno de mis hombres me informó de la inquietud que se ha producido entre las muchachas y hombres de la zona. Ha sido en el bosque de Windsor; todo el mundo vuelve a hablar del fantasma que hay en ese sitio. Ya sabes lo que trae aquello: supersticiones y acusaciones falsas por miedos e incertidumbres. — Me miró con preocupación—. Esto no me gusta. Los campesinos empiezan a decir que han visto por el bosque a Hernes, el cazador, el fantasma con cabeza de ciervo que anuncia desgracias... Algunas campesinas aseguran haberse topado con él, con sus dos cuernos, con su inmensa estatura y con sus ojos de color rojo.

Detuve mi caballo, lo miré; no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Pero eso es mentira! ¡Solo son leyendas! No entiendo cómo esos campesinos pueden ser tan ignorantes y creerse esas estupideces. Hay un asesino suelto que se está aprovechando de ello. ¡Este es el gran problema de nuestra tierra!: su gente, su incultura. Creen en leyendas y tonterías, ninguno sabe leer ni escribir y se dejan llevar por mitologías absurdas e inventadas.

—Sí, pero ante eso no podemos hacer nada. El propio rey es el que quiere fomentar su simpleza. Estamos ante un nuevo asesino, Korvan.

—Sí, eso me preocupa. Esperaremos, estaremos vigilantes y, ante otro suceso de este tipo, informaremos a Kimball.

CAPÍTULO 2

—¡No puede ser! —susurré. Eran ya las doce y el avión salía a las dos. Tenía que marcharme ya, menos mal que la maleta de mano la llevaba conmigo.

El joven que tenía sentado frente a mí levantó su rostro mientras sus estrechas gafas se escurrían hasta la punta de la nariz. Su mirada severa y su rictus tenso fueron un aviso; la próxima vez que hablase en voz alta, se lo diría al encargado de la sala de la biblioteca de la universidad de Historia, en Oxford. Levanté la mano a modo de disculpa, pero el estudiante se limitó a bajar su rostro y continuar con su lectura. No era la primera vez que hablaba en voz alta, de hecho esta ya era la tercera ocasión en que el muchacho me miraba molesto. Era algo muy típico en mí, no podía dejar de hablar aunque estuviese sola. Sonreí al pensar en ello.

Me levanté, el joven estudiante suspiró aliviado de que me marchase. Me dirigía a la estantería donde cogí el libro. En ese momento la vi; había una joven pelirroja en ese mismo lugar, esta captó mi atención. Me observaba, se la veía diferente al resto de los estudiantes; su tez era muy pálida y sus ropas eran estrafalarias y estaban fuera de contexto, ya que parecía que fuese a una fiesta de disfraces más que a estudiar a la biblioteca. Fui a dejar el libro, ella me observaba con interés. La joven se dio la vuelta conforme me acercaba al lugar; andaba despacio y miraba de vez en cuando hacia atrás. En ese momento escuché un ruido fuerte que me hizo girar hacia la sala de estudio; a un estudiante se le había caído un libro. Al volver a atisbar la estantería, la joven ya no estaba, había desaparecido sin dejar rastro. Observé para todos los lados y no la vi. Me centré en la estantería donde tenía que colocar el libro. Al intentar ubicarlo en su sitio, un papel cayó al suelo; era una especie

de manuscrito antiguo, enrollado. «¿Qué hace eso allí?», pensé. Lo cogí y leí en voz baja su contenido.

Después de todos los acontecimientos sucedidos y del engaño por el que el rey Juan ha querido hacer creer a los campesinos que sus pertenencias han sido robadas por una trampa bien planeada de los sajones, me veo en la obligación de desvelar lo ocurrido. A quien, en algún lugar y en un determinado momento, encuentre mi escrito le digo que nuestro rey ha hecho correr el bulo de que caballeros sajones, fieles al asesinado rey Ricardo, se han apropiado de su tesoro con la intención de levantar una guerra entre sajones y normandos, una lucha encarnizada de poder que ocasionará muchas muertes y teñirá nuestra tierra de sangre.

El rey está dispuesto a todo, ya que su joya más deseada ha desaparecido, un anillo de gran valor que robó a su anciana madre, el anillo de José de Arimatea, el que dotará de un gran poder a quien lo posea. Ese anillo lo tengo yo, ya que no corresponde que nadie se apropie de él. Su poder es absoluto y, según la tradición, colmará de bienes y de prosperidad a quien lo tenga. La joya solo puede estar junto al santo Grial hasta que este se encuentre. El anillo tiene que estar escondido, bajo mi poder, y pasará de generación tras generación a las mujeres de mi estirpe, las elegidas para tal misión.

Lo que ellos buscan no lo podrán encontrar en el anillo ni en el santo Grial, solo en el manuscrito...

Estaba incompleta la frase; solo había una hoja más, recortada, donde había dibujada la mitad de un círculo con una frase escrita en una lengua desconocida para mí; no era inglés, ni latín, ni ningún idioma actual. Me quedé con la intriga, quería saber qué significaba todo eso. Doblé el escrito, lo introduje en mi mochila; era pequeño, un papel que pasaba desapercibido. Salí corriendo de la universidad; tenía que coger el avión y ya iba tarde al aeropuerto.

Deseaba llegar a Alicante, mi tierra natal, para encontrarme con mi gran amiga Laura, que junto con mi abuela eran la única familia que tenía; mis padres habían muerto en un accidente de tráfico. Deseaba vivir la noche de san Juan, noche mágica que me traía muy buenos recuerdos. Además, mis amigas me habían comentado que Fernando estaría allí, un antiguo amor del pasado cuya ruptura me dejó muy tocada. El paso del tiempo lo cura todo y

yo sabía que mi corazón sería para otro hombre que estaba por venir; al menos eso es lo que quería pensar. Me consideraba una mujer independiente, ambiciosa. Por el momento el amor no entraba en mis planes, amaba mi libertad y no quería compromisos de ese tipo.

—¡Ana! Creía que ibas a llegar antes —dijo Laura, mi amiga de la infancia, que me esperaba con paciencia en el aeropuerto. Nos dimos un fuerte abrazo.

—Hubo retrasos y otros problemillas con el vuelo. ¡Qué alegría me da verte, amiga!

—Y a mí. ¡Estás muy guapa! —Me observaba con una sonrisa en el rostro—. Bueno, te cuento la agenda.

Laura siempre era así: una mujer a la que le gustaba organizar cada segundo de su vida y el de los demás; inquieta, no podía estar ni un minuto tranquila en ningún sitio. A mí me hacían gracia sus ocurrencias y su capacidad de organizar las cosas en un breve tiempo.

—Te escucho —le dije resignada con una sonrisa en el rostro.

Hablaba sin parar mientras conducía por la carretera de la costa.

—Esta noche iremos a la playa. Aunque todavía quedan unos días para la noche de las hogueras, ya sabes que hay mucho ambiente y nos lo pasamos estupendamente allí. Además... —Me miró—. Ha venido Fernando, aunque lamento decirte que se ha traído una novia que ha conocido en Madrid.

La miré; la verdad era que me apetecía verlo, pero ya no había nada del fuego que en su día me había hecho tanto daño.

—Bueno, me alegro por él. —Laura giró su rostro para observarme—. Por favor, ¿quieres dejar de mirarme mientras conduces?

—¿Lo dices de verdad? —me preguntó.

—¿El qué?

—¡Lo de Fernando! ¡Qué va a ser si no!

—¡Pues claro que lo digo de verdad! Ya no siento nada por él..., solo curiosidad por ver cómo es esa novia que se ha echado.

Tras mi respuesta ambas nos reímos. Laura continuó contándome la lista de cosas que teníamos que hacer.

—No puedes entretenerte mucho en casa de tu abuela. Vamos, dejás la

maleta, le das unos cuantos abrazos y besos, y nos vamos.

—¡Pero Laura! No la veo desde Navidad y tengo muchísimas ganas de abrazarla. Tendrás que esperar un buen rato porque quiero estar con ella; la quiero mucho y la he echado de menos.

La casa de mi abuela seguía igual: el jardín con su pequeño huerto, las paredes pintadas de blanco y la diminuta bruja de color verde que, con cara sonriente, daba la bienvenida a todo el que se acercase a la puerta de la entrada. Di dos toquitos a esta y accedí al interior. Dejé mi maleta en la entrada y busqué a mi abuela en el salón, donde supuse estaría reposando; no me equivoqué. Me acerqué al sillón marrón de cuero, donde ella descansaba, me agaché y le susurré al oído:

—¡Cuántas ganas tenía de verte! —Le di un beso en la mejilla.

Ella, que tenía los ojos cerrados, al escuchar mi voz los abrió de golpe, se giró para mirarme y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Laura observaba impaciente el encuentro.

—¡Mi preciosa niña! ¡Por fin has llegado! —Se levantó con rapidez. A pesar de su edad, se mantenía ágil y ligera. Me dio un gran abrazo y después se retiró para observarme con detenimiento—. Estás más delgada, esos ingleses no te dan bien de comer.

—¡Ja, ja, ja! Abuela..., siempre que me ves dices lo mismo.

—Porque siempre que te dignas a hacerme una visita, estás pálida y esmirriada. —Me sonrió—. Anda, siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame. —Se giró para mirar a Laura—. Y tú también, muchacha. —Mi amiga se sentó en una silla frente a nosotras, nerviosa, y movía las piernas—. ¿Qué tal en Oxford?

—Todo igual, abuela.

—Bueno, ahora ya estás de vacaciones, y te podrás quedar conmigo más tiempo.

—Sí, tenemos muchas cosas de que hablar. Además, estoy deseando tener nuestras veladas nocturnas. ¡Cuánto te he echado de menos! —dije mientras la abrazaba.

—¡Ummm! Siento interrumpir, pero nos tenemos que ir, Ana.

—No le hagas caso, abuela, ya sabes que es una impaciente.

Mi abuela sonrió, conocía muy bien a mi amiga.

—Es verdad, cariño, no te entretengas más, tus amigos te esperan. Mañana hablamos; además, ya es la hora de irme a la cama. —Se levantó y me dio un beso en la mejilla.

Observé cómo mi abuela se marchaba a su habitación. Subí por las escaleras a la mía para dejar mis maletas, mientras Laura se quedaba en el salón, inquieta y con ganas de que nos fuésemos ya. Al acceder a ella noté algo diferente; sentí frío a pesar de la época en la que estábamos y del sofocante calor y humedad que había ese día en san Juan. Dejé el equipaje y observé que allí, sobre la cama, había dos piedras que enseguida reconocí como runas. Sabía que mi abuela siempre había estado relacionada con el mundo del esoterismo, pero se había apartado de las runas y de las cartas del tarot porque decía que eran una puerta abierta a que el mal entrase en una vida. Le preguntaría al día siguiente, las guardé en mi mesilla de noche.

—¡Ana! —Era Laura.

—¡Ya bajo, impaciente! —grité.

Antes de marcharme y de cerrar la puerta, volví a observar mi habitación; era extraño, pero tenía la sensación de que no estaba sola. Bajé las escaleras con rapidez, intuía que Laura estaba a punto de subir a por mí.

¡Cuánto tiempo había pasado! Qué bien lo pasábamos en los encuentros nocturnos en la playa, justo en las noches previas a las hogueras. Recordaba la ilusión y las ganas de diversión con las que íbamos, así como las charlas que manteníamos con amigos que solo veíamos en aquellas fechas. Desde la lejanía ya se escuchaba la música de la guitarra española; era Manuel. ¡Qué recuerdos! Enseguida vi a Fernando y a su novia madrileña, una joven bastante guapa; ambos estaban muy acaramelados. Me dio cierta envidia el verlos, no porque sintiese algo por él sino por observar el cariño que había en sus caricias y sus miradas. Él se percató de mi presencia, se levantó y su novia lo siguió; venían hacia mí.

—¡Hola, Ana! —dijo Fernando.

—Hola, ¿qué tal te va? ¡Cuánto tiempo!

—Sí, mucho. —En ese momento su chica lo cogió de la mano; él la miró y después a mí—. Te presento a Marta, mi novia.

—Encantada, Marta. Me alegro de verte, Fernando.

—Yo también a ti. Me dijeron que estabas en Oxford.

—Sí, estoy haciendo mi doctorado allí —le dije.

—¿Y cómo se portan los ingleses contigo?

—De momento bien, aunque echo de menos a mi gente. —Sonreí.

—Espero que nos veamos estos días por aquí, podríamos quedar una tarde a tomar café y ponernos al día —me dijo.

—Bueno, eso va a ser complicado...

En ese momento Laura, que estaba junto a nosotros, me echó un cable para evitar esa situación tensa para mí.

—Bueno, chicos, me llevo a Ana con los demás. ¡Esta noche nos vamos a divertir!

Me cogió de la mano y tiró de mí.

—Gracias, amiga —le dije.

—¡Uff! Es que no soportaba verlo con esa sonrisa.

—¡Ja, ja, ja! —Reí con ella.

Después de muchos saludos, abrazos, risas y anécdotas del pasado con los amigos, Manuel volvió a tocar la guitarra española; esa música me traía muchos recuerdos. Me levanté, fui directo a la orilla de la playa, me senté, hundí mis manos en la arena. Me quité las zapatillas, me gustaba sentir el contacto de esta con mi piel. Abracé mis rodillas y me quedé mirando un cielo iluminado por las estrellas y la luna; la suave brisa nocturna mecía mis cabellos y acariciaba mi rostro. Entonces lo vi; un hombre en la lejanía, vestido completamente de negro y ocultando su rostro tras una capucha, venía corriendo hacia donde yo estaba. Me asusté. En la oscuridad de la noche, vi el reflejo de la punta de su espada asomar por los bajos de su capa. Miré para todos los lados, por si había alguien más, pero allí solo estaba yo; los demás se encontraban mucho más alejados. Me levanté, ese hombre me daba miedo. Cogí mis zapatillas y me giré con la intención de huir de allí; en ese instante vi a Laura, que se acercaba a mí, sonriendo.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí sola?

—¡Corre! —le dije asustada.

—¿Por qué? —respondió mi amiga.

—¡Ese hombre! —Me giré para mostrárselo, pero él ya no estaba allí, se había esfumado.

—Ana, ahí no hay nadie. ¡Uff! No me digas que ahora te afecta tomarte una cerveza. ¡Ja, ja, ja!

Me reí con ella, pero la verdad era que estaba asustada. Había visto a ese ser correr hacia mí con no muy buenas intenciones, o al menos eso es lo que parecía.

Laura se sentó y yo la imité.

—¿Qué te pasa, amiga? —me preguntó.

La miré, bajé mi rostro y observé la fina arena.

—Tengo nostalgia. Recuerdo la última vez que estuve aquí: mis padres estaban vivos y yo era muy feliz. Ahora... siento como si mi mundo no fuera este y mi alma luchase para viajar a otro lugar al que pertenezco. —Laura me miraba con interés.

—Amiga, necesitas descansar. Creo que estar tan alejada de tu país y de tus amigos te está afectando. ¡Ja, ja, ja!

Le sonreí, pero lo que le había dicho era cierto. Sentía como si una fuerza, desconocida hasta entonces para mí, me quisiera arrastrar hacia otro lugar, que no era en el que me encontraba. Desde hacía noches soñaba con un bosque, donde escuchaba el trotar de caballos que me perseguían; yo corría sin mirar hacia atrás, ya que en el sueño era consciente de que, si me detenía, mi vida podría peligrar. Lo curioso de aquel sueño, que siempre era el mismo, era que me despertaba cuando una mano fuerte masculina me agarraba con fuerza del brazo y me hacía desaparecer del camino de aquellos caballos. Ahí todo acababa, me despertada agitada, sudando y con la sensación de haber vivido esa escena.

Era bastante tarde cuando regresé a casa de mi abuela. Subí las escaleras con cautela, no quería despertarla. Abrí la puerta de mi habitación y no me hizo falta encender la luz para darme cuenta de que las dos runas que había guardado en la mesilla de noche estaban otra vez sobre la cama, colocadas de la misma manera que como las había encontrado la primera vez. El cajón de la mesilla estaba cerrado. La sensación de frío la volví a sentir. Observé, asustada, por cada rincón de la habitación; presentía que no estaba sola.

Encendí la luz e intenté tranquilizarme. Estaba segura de haber guardado las runas, pero llegué a pensar que quizás no lo había llegado a hacer. Las volví a esconder en el interior del cajón de la mesilla. Estaba muy cansada. Me quedé dormida...

Tenía miedo, ese bosque tenía un aspecto muy tétrico. Empecé a caminar con temor, observando para todos los lados. Hacía frío, había niebla y la noche era húmeda. Entonces los escuché, otra vez esos caballos. En el silencio de la oscuridad, se oía el relinchar de estos. Empecé a correr, no podía detenerme. Subí la falda de mi vestido, pesaba, corrí y corrí... Cada vez escuchaba más cerca el sonido que emitían los animales. Miré hacia atrás y vi las figuras oscuras que montaban los corceles negros. En la sombra, parecían figuras del mal, que venían a arrebatarme la vida. Tropecé, me caí, sentí que ya estaba perdida y era mi final. En ese momento noté cómo me agarraban de la cintura, tapaban mi boca y me apartaban del camino. Yo intentaba desprenderme de aquellos brazos que me retenían con fuerza, evitando cualquier movimiento por mi parte. Pasaron los jinetes delante de nosotros; uno de ellos se detuvo justo en frente de donde estábamos escondidos. Dejé de hacer fuerza para moverme. La figura de ese personaje, enfundado en un traje negro y cuyo rostro estaba cubierto con un casco del mismo color, me hizo estremecer. Él obligaba a su caballo a girar al presentir nuestra presencia cerca de él. Fueron los segundos más largos de mi vida hasta que se marchó. En ese instante pude desprenderme de las manos recias que me retenían; me levanté con brusquedad y vi frente a mí a un caballero de la Edad Media, enfundado en su cota de malla, que me observaba con intensidad. Sentí que lo conocía, no podía dejar de mirar sus bonitos ojos grises...

Me desperté agitada, todavía veía esos ojos grises frente a mí, no los podía apartar de mi mente.

CAPÍTULO 3

¿Quién sería esa joven?, llevaba días soñando con ella y siempre era el mismo sueño. Sus grandes ojos negros me habían embrujado hasta el punto que los buscaba durante el día, en las mujeres que me encontraba por mi camino, y anhelaba hallarlos en mis sueños por las noches. Algo había en ella que no podía apartarla de mis pensamientos. Sentía la necesidad de protegerla, de besarla, de hacerla mía..., pero solo la encontraba durante la noche, mientras dormía. Algo malo la acechaba y esos jinetes solo querían asesinarla; alguna explicación tenía que tener todo aquello. ¡Uff!, me incorporé de la cama, tapé mi rostro con ambas manos. ¿Qué significarían esos sueños?, me estaba obsesionando con esa mujer. Me levanté, necesitaba respirar. Me fui directo a la torre, allí estaba Dylan, quien se giró al escucharme.

—¿Tampoco puedes dormir? —me preguntó.

—No —le respondí mientras me sentaba a su lado—, hay muchas cosas que me perturban el sueño. —Me tapé el rostro con ambas manos y suspiré—. No puedo evitar pensar en ese majadero de Juan. Estoy convencido de que él estuvo detrás de la muerte del rey Ricardo.

—Yo también lo creo. Se ha rodeado de obispos, de caballeros y de los soldados más corruptos de nuestras tierras para poder llevar a cabo su plan —respondió Dylan.

—Eso mismo pienso yo. Y el problema es que quiere provocar una guerra entre sajones y normandos, a los cuales les ha hecho creer que nosotros hemos robado el tesoro de la corona para reorganizar el ejército y levantarnos contra ellos. Todo por culpa de ese maldito, que utiliza sus sucias artimañas para que se proclame una batalla sangrienta en nuestras tierras, y así desviar

la atención de los robos y abusos que él, como soberano de Inglaterra, está realizando a escondidas.

—No se lo permitiremos, amigo.

—Por supuesto que no. Pero nuestros hombres no están preparados para volver al campo de batalla —le respondí.

—Hablan del anillo perdido —dijo Dylan—. El rey robó a su madre ese anillo, el cual dicen dotará de gran poder y riqueza al que lo posea.

—¡Eso son leyendas! Si el rey perdió esa joya que robó a su madre fue porque tiene un gran valor.

Volví a suspirar. Seguía pensando en la mujer de mis sueños, no podía apartarla de la cabeza. ¿Qué era lo que me estaba ocurriendo?, jamás había estado así por ninguna muchacha. Era absurdo estar obsesionado por una joven que no conocía y era fruto de mi inconsciente. Dylan me analizaba.

—¿Seguro que no puedes dormir por el asunto del rey?

—Por supuesto, solo es por eso. ¿Qué insinúas? —le respondí.

—Nada, solo que, viéndote así, juraría que es más por un tema de faldas que de política. ¡Ja, ja, ja!

—Las mujeres no son mi prioridad, amigo —respondí.

—Sí, pero las necesitamos de vez en cuando, aunque solo sea para pasar una noche en compañía de ellas —dijo guiñándome un ojo.

—Eso sabes que lo tengo en cuanto quiera. —Ambos nos reímos.

CAPÍTULO 4

Me desperté tarde. Después de ese sueño no pude quedarme dormida con facilidad. Cada vez estos eran más reales y tenía la sensación de que ya no soñaba sino que me trasladaba allí, a ese bosque y junto a ese hombre. Todavía podía sentir en mi piel sus manos fuertes, que me retenían; hasta podía olerlo. Para mí era una experiencia sin explicación alguna, me estaba volviendo loca. Anhelaba encontrar a ese hombre, ansiaba que llegase la noche para reunirme con él en mis sueños aunque, por otra parte, temía que jamás volviese a verlo durante mi descanso nocturno.

Escuché a mi abuela hablar con las plantas, que cuidaba con esmero, en el jardín. Siempre lo hacía, decía que ellas nos escuchaban. Sonreí. ¡Cuánto quería a esa mujer!; era la única familia que tenía y la adoraba. Debía hablar con ella antes de que viniese el abogado de mis padres.

Me vestí e hice la cama con rapidez, bajé las escaleras y fui directo hasta el jardín. Allí estaba ella, quien sin darse la vuelta me debió percibir. Recordé que de pequeña pensaba que mi abuela tenía un doble sentido, ya que siempre adivinaba todos mis movimientos; aunque yo no hiciese ruido, ella sabía dónde estaba en todo momento.

—¡Querida! ¡Por fin te has despertado! —Dejó la palilla que utilizaba para remover la arena sobre la maceta, se quitó los guantes sucios por el barro, se incorporó y vino hasta donde yo estaba—. ¿Ya has desayunado?

—No, abuela, necesito hablar contigo. Hay algo muy importante que tengo que contarte... —No me dejó terminar.

—¡No!, lo primero es desayunar.

—Pero... ¡Abuela!

No me respondió, tan solo levantó su dedo índice a modo de advertencia.

No tuve más remedio que seguir sus órdenes.

Había terminado y me miraba con intensidad.

—Ahora sí, cariño, ¿qué era eso tan importante que tenías que decirme?

—Ayer, cuando subí a dejar las maletas a la habitación, encontré dos runas en mi cama. ¿Las pusiste tú?

Observé que mi abuela se ponía seria ante mi comentario.

—¿Dos runas? No, cariño, yo no las puse allí. ¿Dónde están?

—Las guardé en la mesilla. Lo curioso es que estoy casi segura de que en esa primera ocasión las metí en el cajón de mi mesilla y después, cuando regresé por la noche, estaban otra vez sobre la cama.

Mi abuela se puso de pie, se giró dándome la espalda.

—Enséñamelas, Ana.

Ambas subimos las escaleras. Al entrar en la estancia volví a sentir la misma frialdad que la del día anterior; mi abuela también lo notó.

—Aquí hace frío. Esto no me gusta, cariño —dijo.

Entonces me percaté de que las dos piedras volvían a estar sobre la cama. Miré sorprendida a mi abuela.

—Ahora sí que estoy segura de que las volví a guardar —le dije.

—Te creo, Ana.

Ella las cogió; observé cómo palidecía solo de verlas.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunté.

—Vayamos abajo, cariño.

Fuimos hacia el salón. Me senté frente a ella, me mostró la primera piedra.

—¿Qué dibujo ves en ella? —me dijo.

—Dos triángulos unidos —respondí.

—Exacto, se la conoce como la runa Dagaz. Esos dos triángulos sugieren el punto de fuga de un plano frontal e indican el recorrido necesario para llegar al extremo donde se halla la luz, como el final de un túnel o de un umbral. Significa un cambio radical, una transformación en tu vida; una nueva dimensión se abre ante ti para mostrarte un mundo diferente al tuyo y tú, cariño, debes elegir. —Hizo una pausa y cogió la otra piedra—. Y en esta, ¿qué ves?

—Una especie de cubilete para jugar a los dados.

—Se la conoce como la runa Perth; se la asocia al ave Fénix, que se

consume en el fuego para luego resurgir de sus propias cenizas. El destino, un cambio de vida. Dejas de existir en una dimensión para resurgir en otra. El fuego no deja huellas y borra tu rastro por completo.

—No entiendo nada, abuela. ¿Se puede saber qué es lo que significa todo esto?

—Cariño, nadie ha entrado en tu habitación. En esta casa no hay runas. Además, estas son antiguas; los dibujos y sus formas son las que usaban las sacerdotisas druidas para averiguar el futuro y hacer sus juramentos, promesas, maleficios y embrujos.

—No entiendo lo que me quieres decir.

Bajó el rostro, observó las piedras y después volvió a mirarme.

—Por alguna razón el pasado viene al presente. Alguien está intentando comunicarse contigo.

—¿Conmigo? —Si no fuese porque sabía que mi abuela era una persona cuerda, habría pensado que había perdido el juicio en ese momento.

—El frío en tu habitación..., las dos runas... Son mensajes, cariño. Te están llamando.

—¿Pero quién?

—Nuestros antepasados. Por algún motivo quieren que atraveses el umbral de la puerta de los Hombres, una puerta dimensional que solo se abre en determinados momentos y para los elegidos.

Estaba tan aturdida por todo lo acontecido que no me percaté de que mi mochila estaba en una silla al lado de donde yo estaba sentada. Di un golpe a esta y cayó al suelo, lo que dejó ver el manuscrito que había encontrado en la biblioteca de Oxford. Mi abuela lo cogió con rapidez.

—¿Qué es esto, querida? —dijo con curiosidad.

No me dejó que la explicara, siempre había sido muy curiosa. Le quitó la cinta que lo sujetaba y comenzó a leer. Una vez que lo terminó de analizar, me miró, perpleja.

—¿Sabes lo que esto significa? —me preguntó. Su expresión era seria.

—Pues no, abuela, no tengo ni idea. Cuando iba a dejar un libro en la biblioteca de la universidad, me lo encontré.

Mi abuela se levantó y se dirigió hacia un baúl que siempre había tenido en el salón. Extrajo un libro, empezó a buscar algo dentro de sus páginas;

cuando encontró lo que quería, me lo dio.

—Este libro es heredado de nuestros antepasados, ha pasado de generación tras generación. Ahora empezarás a comprender más todo lo que te está pasando. Lee, Ana —insistió para que lo hiciera.

Cuando todo esté listo y mi descendiente reciba la señal, la puerta de los Hombres se volverá a abrir. Ella, la mujer elegida, tendrá en su poder el anillo, la joya que deberá guardarse junto con el santo Grial hasta que el manuscrito, completo, sea hallado. Entonces y solo entonces, el círculo podrá completarse y el secreto estará oculto para siempre. Los caballeros del tiempo, nobles de sangre, guerreros que ignoran su misión, serán los encargados de proteger a nuestra estirpe y sellarán su sangre con la nuestra en un pacto de amor que ni los hombres ni las puertas del tiempo podrán romperlo.

No entendía nada.

—¿Qué es esto, abuela? —le pregunté.

—Jamás pensé...

—¿El qué abuela?, me tienes intrigada. ¿Qué significa lo que acabo de leer? ¿Qué es lo que me quieres decir? ¿Qué son esas piedras? ¿Por qué hace frío en mi habitación cuando en el exterior hace un calor y humedad insoportables? —Quería respuestas.

—Ana, ese anillo está en nuestro poder. A mí me lo paso mi madre; a mi madre, la suya... En fin, que somos la estirpe a la que se refiere este libro y esas hojas incompletas que tienes ahí. Tu madre recibió ese anillo, yo se lo di, pero ni ella ni yo pensábamos que la leyenda que giraba en torno a este era cierta.

—Abuela, créeme que me estoy esforzando por comprender todo lo que me estás contando.

—Hija, cuando tenía tu edad, mi madre me explicó que hay una leyenda entre las mujeres de nuestra familia. Según me relató, una de nosotras será la elegida para llevar el anillo al lugar que corresponde. Cuando en este libro se habla de la puerta de los Hombres, lo que está queriendo decir es que, en algún momento y lugar, se abre esa brecha que une dos mundos y dos épocas, y solo será traspasada por la joven escogida para la misión de llevar el anillo junto al santo Grial. —Me miró—. Tú has encontrado parte del manuscrito al

que hace referencia el libro, y no te has topado con ello por pura casualidad; no, de eso estoy convencida. Querida, creo que se traspasó la puerta por una de nuestras antepasadas y dejó ese manuscrito para que estuviera a salvo hasta que llegase la joven elegida. Además, estas piedras son la prueba de que se están comunicando contigo, quieren que vayas.

Tras las palabras de la abuela, recordé a la joven pelirroja de la biblioteca de Oxford; esta tenía un aspecto diferente al resto de los humanos.

—¿No estarás insinuando que yo soy esa mujer que traspasará la línea del tiempo? —Me reí.

—Pues sí, es muy probable. Cariño, ahora no puedo seguir explicándote nada, tengo que pensar en todo esto. Además, debemos esperar a que venga el abogado, él te dará algo importante. —Guardó el libro en el baúl, y yo hice lo mismo con el manuscrito, introduciéndolo en mi mochila.

—¡Abuela! No me puedes dejar así.

—Ana, luego seguimos hablando, déjame que termine en el jardín lo que estaba haciendo y que así organice mis ideas. El abogado vendrá por la noche, no se podía pasar antes.

—¿Tan tarde?

—Bueno, Fran es así, tiene unos horarios muy diferentes a los del resto de los humanos.

No vi a mi abuela en todo el día. Tras terminar su labor en el jardín, observé que se marchaba de la casa sin darme ninguna explicación; después regresó por la noche junto con el abogado.

Ambos asomaron por la puerta. Mi abuela lo invitó a que se sentase en la mesa del comedor; las dos nos ubicamos frente a él. El hombre se puso sus gafas y abrió, despacio y con esmero, su maletín de cuero. Extrajo una carta y una pequeña caja de color azul. Me miró.

—Esto es para usted. —Aproximó a mi mano la pequeña caja. Miré a mi abuela extrañada. ¿Cómo iba a asimilar el cúmulo de acontecimientos que me estaban sucediendo?

Abrí el objeto y allí encontré un anillo de oro con un rubí incrustado, era precioso.

—Su madre también le dejó esta carta, quería que se la diese yo personalmente. Eso sí, en su testamento insistió en que su deseo era que la

leyese junto a su abuela si esta vivía. —El hombre me dio un sobre sellado en el que ponía mi nombre—. Aquí acaba mi cometido.

El abogado se marchó y allí nos quedamos ambas. Abrí el sobre y comencé a leer.

Querida Ana:

Para cuando leas esta carta, ya tendrás en tu poder el anillo de José de Arimatea, una joya que está en nuestra familia desde hace siglos y que se ha mantenido en secreto. Ha estado custodiada por las mujeres de nuestra estirpe. Yo no sé si eso es verdad, pero tu abuela me lo dio y, si yo muero, este tiene que ser para ti. Hija mía, nuestro destino está escrito, pero nosotros siempre podemos cambiarlo, recuérdalo siempre.

Te quiero mucho.

No pude contener las lágrimas al leerlo. Mi abuela me abrazó.

—Mira el anillo —me dijo esta.

Entonces lo vi. Tenía una pequeña cruz tallada sobre el oro y en el centro, un pez como el que dibujaban los primeros cristianos para identificarse.

—Tienes en tu poder el anillo del santo, protégelo como si te fuera la vida en ello. Cariño, mañana seguimos hablando, tengo un fuerte dolor de cabeza. Prometo explicarte más sobre todo esto.

Estaba en mi habitación, sonó el móvil, era Laura. ¡Me había olvidado por completo!, le había prometido quedar con ella.

—¡Ana! ¿Se puede saber dónde te has metido?

—Perdona, Laura, me olvidé. Hoy no me apetece salir, estoy cansada. Mañana nos vemos.

Lo cierto era que estaba agotada, pero también confusa por todos los acontecimientos que habían sucedido en mi vida en poco tiempo. Introduje el anillo en mi dedo índice y guardé el manuscrito dentro de mi mochila. Me puse el pijama, me tumbé en la cama y me quedé dormida.

CAPÍTULO 5

No podía dar crédito a las palabras del padre Peter. Sabía que le estaba costando decírmelo porque él era consciente del daño que me estaba haciendo con estas. Ese hombre bondadoso y bueno, que siempre había estado junto a mí en los malos momentos, incluso en la muerte de mis padres, ahora me estaba dando aquella noticia, que me dañaba el corazón.

—¿Por qué a mi hermana?, ¿por qué a ella? La culpa es mía. —Fui directo al tronco del árbol que tenía frente a mí y me desahogué pegando un puñetazo con fuerza a la corteza de este.

—Ese mercader italiano la deslumbró con sus palabras y ella se enamoró... —dijo el padre. Aquellas palabras me encendieron más.

—¡La sedujo! Su intención, padre, era solo una desde el primer momento en que la vio. Usted y yo lo sabemos, y ahora el honor de mi hermana está mancillado.

—Pero sabes que ella no se entregó a él —dijo el religioso en voz baja.

—Por lo que usted me ha explicado, ese sinvergüenza ha ido a todas las tabernas del norte de nuestro reino, Estanglia, para encargarse de difamar algo que es una falacia. No respiraré hasta que no me vengue por el daño que está haciendo a Audrey. ¿Dónde puedo encontrarlo, padre?

—No te lo voy a decir, muchacho. No quiero que cometas una locura de la que después puedas arrepentirte.

—Le prometo que no lo mataré, si eso es lo que teme, pero debe decírmelo.

—Ya sabes que no puedes quebrantar una promesa.

—¿Cuándo lo he hecho? Sabe que soy un hombre de palabra y honor. ¡Me

ofende, padre!

—Sí, y eso es lo que más miedo me da: el maldito honor y orgullo que te caracteriza.

—¿Dónde está? —Le exigí una respuesta.

—No te lo diré, muchacho —dijo mientras me daba la espalda y reanudaba su marcha hasta su caballo para alejarse del castillo.

—Muy bien, pues, hasta que no me lo diga, no le daré ese vino que sale de mis tierras y que tanto le gusta, padre.

Se detuvo en seco. Sabía que eso era lo peor que le podía hacer: privarlo de su bebida favorita.

—¡No serás capaz! —respondió sin darse la vuelta.

Sonreí, conocía muy bien a ese sacerdote noble y bonachón.

—Claro que sí, y usted lo sabe muy bien. —Me acerqué a su caballo y le froté su prominente barriga con cariño, como lo hacía cuando yo era pequeño.

—¡Uff! Eres incorregible —protestó—. En el condado de Suffolk, en la zona costera, a la espera de embarcar para Francia. Ten cuidado, muchacho, ese hombre no va solo; tiene hombres que lo protegen y defienden, tiene dinero. También va con mujeres; entre ellas, la que dice que es su esposa —dijo sin darse la vuelta para mirarme.

—¡Una esposa! Entonces, él pagará por lo que ha hecho de la misma manera.

—¿Qué estás pensando, Korvan? —En ese momento se giró para mirarme—. Esa criatura no tiene la culpa. ¡Korvan! —gritaba, pero yo no tenía ninguna intención de continuar con aquella conversación, la di por finalizada.

Sabía que tenía razón, pero mi rencor hacia ese hombre era superior a lo que estaba bien o mal. Saldría de madrugada, antes tenía que ir a ver a mi hermana.

Atravesé el patio de armas, allí estaban mis hombres. Me acerqué a Dylan; junto a él estaban Arian y Aiken, dos de ellos me los llevaría conmigo.

—¡Korvan! —dijo Dylan—, tu hermana te ha estado buscando.

—Sí, ahora voy con ella. Dylan, Arian, partimos de madrugada. Aiken, quiero que lles a Audrey al castillo de mi tía, la condesa de Snowdon, a las Tierras Altas. No puede estar aquí cuando yo regrese con la prisionera.

—¿Prisionera? ¿Adónde vamos? —preguntó Arian.

—Hay que encontrar a una mujer y traerla al castillo.

—¿Una mujer? —preguntó Dylan.

—Sí, la esposa del sinvergüenza que se ha burlado de mi hermana y ha mancillado su nombre. Será mi prisionera hasta que yo quiera. El honor de su esposa también quedará manchado.

—¡Pero Korvan!, tú no eres así —dijo Arian.

—Pues ahora sí. El honor de mi hermana ha quedado en entredicho.

Audrey estaba en el jardín, junto al rosal que mi madre había plantado cuando ella había nacido. La contemplé. Aquella muchacha rubia de ojos azules era la única mujer que yo permitía que entrase en mi corazón. La amaba. Siempre la veía frágil y sentía la necesidad de protegerla.

—¡Audrey! —dije.

Al escuchar mi voz, se dio la vuelta y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Se acercó a mí y yo la estreché entre mis brazos mientras giraba con ella. La besé en la mejilla y la dejé en el suelo para contemplarla. Enseguida vi tristeza en su rostro.

—Tengo que contarte algo, Korvan. No te va a gustar. —Bajó su rostro.

—Ya me lo ha explicado el padre Peter.

—¿Estás enfadado? —me dijo temerosa.

—Para serte sincero, sí. ¡No entiendo cómo has podido caer tan bajo, hermana! Esos mercaderes son todos unos sinvergüenzas, solo quieren una cosa de las jovencitas bonitas como tú. —Noté cómo se sonrojaban sus mejillas—. Mañana partes para las Tierras Altas, quiero que pases una temporada con la tía Norma, en Snowdon.

Alzó la vista, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡No!, no quiero irme con ella. ¿Por qué me apartas de ti, de mi hogar?

—Todo el mundo habla de ello, Audrey, tu honor ha quedado mancillado. Tienes que alejarte de aquí, es la única manera de que la gente se olvide de este suceso y deje de hablar de ti y de nuestra familia. Los campesinos que trabajan nuestras tierras murmuran, al igual que el servicio y mis hombres. Aiken te acompañará.

—Nunca me ha gustado la tía Norma y lo sabes. ¿Es que quieres castigarme? —dijo mientras las lágrimas no cesaban de recorrer sus mejillas.

La rodeé con mis brazos y la retuve entre estos. La besé en su brillante cabello.

—Sabes que no, Audrey. Yo jamás te castigaría, nunca te juzgaría ni te recriminaría nada. Tú, mejor que nadie, me conoces, pero es necesario; lo hago por ti, por tu bienestar. Esas habladurías hieren nuestro apellido y no permitiré que nada ni nadie te haga daño. Solo será una temporada; te prometo que yo mismo iré a buscarte cuando este suceso se olvide.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra.

Esa noche me desperté sobresaltado, otra vez el mismo sueño; esa mujer siempre estaba en este. Sus ojos negros me miraban con temor; yo quería retenerla, incluso besarla, pero ella se alejaba de mí. Mi corazón palpitaba con fuerza. Llevaba varios meses soñando con ella, y siempre era lo mismo: se alejaba corriendo, temerosa, huía de algo o de alguien, y no era de mí. A pesar de mis esfuerzos por alcanzarla, siempre desaparecía sin yo poder hacer nada. ¿Qué significarían aquellos sueños?

CAPÍTULO 6

—**V**engo a por tu hija. ¿Recuerdas lo que me prometiste? —dijo Giulius, el mercader italiano.

—Sí, sí..., por supuesto. Tú me has traído una bolsa llena de monedas de oro y a cambio yo te doy a Ana. ¡Ja, ja, ja!

—Lo que me sorprende es cómo puedes desprenderte así de tu primogénita.

—Un campesino no puede hacerse cargo de muchas bocas; yo tengo cuatro que alimentar y mi mujer acaba de morir. Lo mejor que puedo hacer, también por el bien de Ana, es ofrecértela, todos salimos ganando. —Ambos se rieron.

Estaba sorprendida y asustada, hablaban de mí. Al hombre que decía ser mi padre no lo conocía y menos el lugar en el que me encontraba; mis ropas eran trapos sucios y roídos y parecían de hace siglos. El mercader italiano se acercó a mí, yo no me movía, ya que daba por hecho que esa conversación no iba conmigo.

—Querida —me dijo ese horrendo hombre mirándome con interés—, te vienes conmigo, desde ahora me perteneces. —Me cogió de la mano y me forzó a levantarme. Sus ojos estaban fijos en mis pechos—. ¡Ja, ja, ja! Hoy mismo me caso contigo, estoy deseando hacerte mía.

El que decía ser mi padre desapareció, y el mercader me agarró con fuerza del brazo y me llevó al interior de un carromato; yo me resistía. En ese momento dejé de estar en aquel lugar, todo desapareció; me encontraba en un bosque, en la oscuridad de la noche. Empecé a caminar sin rumbo, desconcertada. En ese instante noté cómo me agarraban con fuerza del brazo; me giré, ante mí tenía al guerrero de todas las noches con su cota de malla, la veste, el almófar y sus guantes. Un caballero sumamente atractivo,

cuyos ojos grises me miraban con intensidad, me atrajo hacia él y me retuvo entre sus brazos; intuía que sus intenciones eran las de besarme, yo lo deseaba.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó. Yo no respondí—. Cada noche deseo encontrarte... —me dijo. En ese momento se fijó en el anillo de José de Aimatea, que llevaba puesto en mi dedo. Cogió mi mano y lo observó; su rostro se tensó.

Su caballo relinchó en ese instante; él se giró y llevó su mano a la empuñadura de su espada. Yo sentí miedo, como si presintiese peligro; una fuerza extraña empezó a alejarme de él, se volvió para buscarme y empezó a correr tras de mí. Yo no quería marcharme, pero dejé de verlo...

Me desperté sobresaltada, ese sueño había sido muy real.

—¡Uff! —suspiré.

—¿Qué te ocurre? Estabas gritando, cariño. —Mi abuela entró en la habitación, preocupada. Le relaté mi sueño—. Hija, nunca hables ni interactúes con las personas que aparecen en tus sueños; el día que lo hagas, no regresarás más a tu hogar.

—¡Abuela, solo es un sueño!

—Para el resto de los mortales quizás sí, pero para ti no. La brecha del tiempo se está abriendo, tu subconsciente te está llamando. En el momento que te decidas por uno de los dos mundos, jamás podrás regresar. Observa la luna y el cielo, hay ese color rojizo que anuncia un gran cambio.

—Abuela, sabes que yo no creo en esas cosas. —Me quedé pensativa—. Y si no me decido, ¿qué ocurrirá con el anillo?

—Pasarán más generaciones de nuestra estirpe hasta que vuelva a abrirse la puerta otra vez.

—Yo no quiero irme a ningún lugar, abuela, estoy muy bien aquí.

—Sabrás qué hacer en su debido momento. —Me abrazó.

—Y tú, ¿qué harías? —pregunté—. Me preocupa que esto pueda pasar en realidad.

—Yo velaría por ti desde esta época. No te preocupes por mí, solo tienes que encontrar tu camino, tu felicidad, mi niña.

—Pero yo te quiero, y jamás podría dejarte —le dije.

—Cariño, tú tienes que seguir tu camino, yo ya soy una mujer mayor que ha

hecho su vida, estaré bien.

—Me cuesta creer que sea verdad todo lo que me estás diciendo.

No podía ser cierto todo lo que me estaba pasando; decidí no darle importancia y olvidarme de ello.

CAPÍTULO 7

Habían transcurrido dos días. Estaba anocheciendo. Dylan, Arian y yo dejamos los caballos en la zona arbolada. Estábamos tumbados, al borde de los acantilados, observando el campamento que se asentaba en la playa, a la espera de que el barco que partiría a Francia y llevaría a todos los allí congregados asomase por las aguas del mar del Norte. No queríamos ser vistos. No eran muchos. Todos los hombres estaban borrachos alrededor de la hoguera, gritaban y cantaban en voz alta. «¡Típico de los italianos!», susurré. Algo llamó mi atención: un mercader alto, delgado, con una gran melena negra, salió enfurecido de la tienda más grande.

—¡Qué pasa, Julius! —Escuché decir a uno de sus hombres.

—¡Dame vino! Esa mujer va a saber quién soy yo.

Este empezó a beber sin detenerse. Miré a Dylan y a Arian.

—Es él —susurré.

Sus hombres se carcajaban. Volvió a meterse en la tienda de campaña. Al poco tiempo, entre gritos y risas, una joven morena, con una bonita melena rizada, aparecía en escena, salía corriendo con unas ropas poco habituales; era un vestido blanco, de tirantes, con los brazos al descubierto y el principio de sus pechos también se dejaba entrever. Era muy bonita, se parecía a la joven de mis sueños. Sujetaba algo punzante entre sus manos. El italiano salió tras ella, riéndose y burlándose de la muchacha. Odié a aquel hombre. Tenía que actuar lo antes posible, intuía que no tenía pensamientos muy buenos hacia la mujer, la cual debía ser la esposa de la que me había hablado el padre Peter.

Los hombres de Julius la rodearon y al final se hicieron con el arma que portaba la joven. El mercader la izó hasta su hombro y se la llevó al interior

de la tienda de campaña. La mujer era valiente, eso me gustaba.

Miré a Dylan y a Arian. Les hice un gesto, debíamos actuar cuanto antes.

Descendimos por un camino encrespado hasta la zona de la playa. Esperamos a que los hombres, con sus estómagos llenos de alcohol, se durmiesen. Cogimos palos y los encendimos con sigilo en las llamas de la hoguera. Empezamos a incendiar el campamento. Los soldados se levantaron al notar el calor del fuego. Luchar con borrachos era una tarea fácil, enseguida derribamos a todos ellos. Dylan y Arian se quedaron afuera, vigilando. Las mujeres que acompañaban a esos hombres salieron huyendo hacia la orilla del mar, para alejarse de las llamas. Me introduje en la tienda del mercader, quien tenía acorralada a la joven.

—¡Bastardo! —grité—. ¿Esa es tu táctica?, ¿aprovecharte de las mujeres a la fuerza? —le dije mientras lo amenazaba con la punta de mi espada. Me sorprendí al comprobar que la joven era la chica que aparecía en mis sueños. Al verla allí, tan indefensa, provocó que mi odio hacia ese hombre aumentase.

—¿Se puede saber quién eres tú?

—Seguro que lo intuyes. Te voy a cortar esa lengua por todas las mentiras que has dicho de mi hermana en el reino de Estanglia.

—¡Ah! Vienes a defender a esa preciosidad de ojos azules. ¡Ja, ja, ja! Era muy bonita y muy...

No le dejé continuar, no podía escuchar ese tono con el que se refería a ella. Le pegué un puñetazo y cayó al suelo, mientras por la comisura de sus labios aparecía un reguero de sangre. Llevó el puño de su camisa descolorida hacia esta y se limpió; después me miró con odio y resentimiento.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Venganza! Tomaré a tu mujercita y sufrirás la misma deshonra por la que ha pasado mi hermana. El honor de tu bonita mujer va a quedar ensuciado al igual que el tuyo.

—¡Eso jamás! —dijo enojado. En ese momento me lanzó una copa que estaba al alcance de su mano.

La muchacha aprovechó ese instante para salir de la tienda. Julius me pegó un puñetazo; enseguida me sobrepuse al golpe. Yo era un hombre de batalla, las peleas me gustaban, estaba acostumbrado a ellas. En dos asaltos el

mercader se quedó sin fuerzas, abatido y tumbado en el suelo.

—Tienes suerte, italiano, hoy te dejaré con vida, pero solo para que vivas la deshonra y la vergüenza en tus propias carnes, al igual que has hecho con mi hermana. Si tienes honor y quieres recuperar a tu mujer, ven a buscarla a mi castillo.

Salí al exterior, necesitaba encontrar a la joven, a mi prisionera. Dylan y Arian me esperaban con un montón de hombres desplomados a sus pies, ambos riendo.

—¿Dónde está? —les pregunté.

—Ahí está tu fierecilla. —Dylan señaló el camino que subía hacia el punto en el que habíamos dejado los caballos.

Corrí tras ella, enseguida la alcancé. La cogí del brazo y la forcé a que me mirase.

—¡Suélteme, majadero! —dijo en un inglés que no había escuchado hasta entonces. Jamás me había respondido así una mujer. Una media sonrisa se dibujó en mi rostro.

¡Qué bonita era! Sus ojos negros se clavaron en los míos; había odio y miedo en sus pupilas. Tantas batallas me habían enseñado a percibir los sentimientos más profundos del alma de mi oponente y ella, en esta ocasión, era mi enemigo a pesar de que, en mi sueño y en ese momento, ansiase tenerla junto a mí.

—Lo siento mucho, pero me parece que no voy a poder cumplir su petición.

En ese instante sentí un fuerte dolor en mi entrepierna; la joven me había pegado una patada justo en el centro de esta. Me doblé de dolor mientras observaba con dificultad cómo huía.

CAPÍTULO 8

En una misma noche, dos pesadillas distintas en las que volvían a aparecer ese mercader y el guerrero. Había sido muy real, tanto que creí estar allí y no poder despertar jamás. Todavía podía sentir la presencia del guerrero, su mano en mi brazo y esos bonitos ojos grises escrutándome. Estaba sudando, me levanté. Era tarde, la hora de comer, jamás había dormido tanto. Me puse el vestido del día anterior, el blanco de tirantes, me introduje en mi dedo índice el anillo de José de Arimatea y guardé el manuscrito en el bolsillo del vestido, ya que albergaba la esperanza de encontrar un hueco y mostrárselo a Laura; ella era licenciada en Historia y quizás podría darme pistas sobre qué significaba todo aquello. Fui hacia el comedor; para mi sorpresa estaba Laura esperándome en la entrada.

—¡Por fin apareces! —dijo mi amiga—. He venido a buscarte, pero, en vista de que todavía estás así, te dejo y esta tarde nos vemos en la playa.

—Luego nos vemos —le respondí.

Laura se marchó y mi abuela me miraba con interés.

—He interactuado en el sueño, abuela. He hablado con un hombre que aparecía en este.

—Cariño, te dije que no lo hicieras.

—No entiendo nada, abuela, esta situación me supera —dije mientras me dejaba caer en la silla.

—No intentes buscar una explicación a lo que te está pasando, cariño. Pronto sabrás el porqué de esto.

—Cuando hablas así me da miedo, pienso que algo malo me va a suceder —le dije. Ella se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Debes encontrar tu camino, y cuando lo encuentres ni se te ocurra mirar

hacia atrás, hacia lo que dejas, ya que debes seguir las señales de tu destino.

En mis pensamientos solo había cabida para él, el hombre de mis pesadillas.

La playa estaba con las hogueras preparadas para esa noche, la del 24 de junio. La gran fiesta comenzaría a las doce, empezando con el ritual de despedida de la noche más larga del año. Grupos de amigos, allí congregados en la orilla del mar, nos uniríamos de la mano y nos meteríamos en las aguas del Mediterráneo. Esa noche era calurosa y el agua del mar parecía una balsa. Me traía muchos recuerdos.

Nos acercamos a la zona donde estaban todos los viejos amigos. Estaba ilusionada, contenta, deseando disfrutar de la velada. Enseguida vi a Fernando, pero este, al darse cuenta de mi presencia, se giró para abrazar a su bonita novia. «Qué absurdo es», pensé.

—Hay muchos chicos, Ana. Tú tienes que encontrar al hombre que te haga perder la cabeza —dijo Laura con una sonrisa en su rostro.

—Lo dudo, los hombres no entran en mi vida, al menos por ahora.

—¡Ja, ja, ja! Amiga, no digas algo así en una noche como esta.

—Sabes que yo no creo en esas tonterías.

—Aunque no creas, prométeme que hoy tienes que lanzar la cinta de colores a la hoguera. Al menos hazlo por mí —me dijo suplicándome con las manos en posición de oración.

—¡Pero si yo no estoy enamorada! —le respondí.

—Bueno, ¡qué más da! No tiene nada que ver. Es por ese hombre que está destinado para ti. —Me guiñó el ojo—. Ya sabes, se dice que en esta noche todo es posible.

—¡Vaya tontería, Laura! Ese hombre no existe. ¡Ja, ja, ja! Pero si te hace ilusión, lanzaré esa cinta al fuego.

En ese momento una oleada de personas nos arrastraron hasta el agua. Perdí de vista a Laura, pero estaba hechizada por la noche; nada me importaba, solo quería olvidarme de todo lo malo que había ocurrido en mi vida ese año. Comenzaba una nueva etapa para mí.

—¡Adiós, Ana, a partir de hoy eres una mujer nueva! —grité.

Estaba en el agua mojándome los tobillos y contagiándome de la alegría y

fiesta del momento. No me percaté de que una joven pelirroja de intensos ojos azules, la misma de la biblioteca de Oxford, estaba frente a mí, mirándome seria. Su ropa era extraña y su apariencia, diferente. Me quedé observándola, sorprendida y asustada, sin comprender la presencia de esa mujer allí.

—Ana — susurró. Sabía mi nombre. ¿Quién era?—. ¡Por fin has venido! Hoy es el gran día, la fecha elegida para tu regreso. No puedes engañar al destino, hoy tienes que regresar al lugar al que perteneces.

—¿Quién eres? No sé qué me estás diciendo —le dije mientras avanzaba hacia la joven.

No me hablaba. Extendió su mano, en ella había un colgante de cuero con la cruz de David; me la dio. Abrió la palma de su otra mano, allí estaban las dos runas que había encontrado sobre mi cama. Las miró, después levantó su rostro para fijar sus pupilas sobre las mías.

—Eres la mujer escogida de nuestra estirpe, llevas la sangre de nuestros antepasados. Todo depende de ti —dijo en voz baja—. Ellas te eligieron hace mucho tiempo —dijo señalando a las runas. Dicho esto, lanzó las piedras al mar.

—¡Ana! —gritó Laura, quien se puso delante de mí obstaculizando mi visión hacia la joven.

Esquivé a Laura, pero esa mujer ya no estaba allí, había desaparecido. Miré para todas partes, pero ni rastro de ella.

—¿Se puede saber qué te pasa? Te has quedado pálida, ¡ni que hubieses visto a un fantasma!

—¿Has visto a una joven pelirroja que había delante de mí?

—No, no he visto a nadie así. ¡Anda, ven!

Tiró de mí hasta donde estaba nuestro grupo de amigos; ya habían encendido las hogueras y estaban rodeando estas. El calor que desprendían las llamas era sofocante. Me puse el colgante que me había dado la joven.

Eran las doce y Laura empezó a repartir las tiras de colores para lanzar a la hoguera. Yo todavía estaba intentando buscar a la muchacha y una explicación lógica a lo que me acababa de suceder. ¿Quién sería?; tenía demasiadas preguntas para esa mujer. ¿Cómo es que sabía mi nombre?, ¿qué significaba lo que me había dicho? ¿y el colgante que me había dado?

La luz de las hogueras iluminaba la noche; era mi momento. Me levanté, como era ya habitual entre el grupo de amigos; antes de lanzar la cinta a la lumbre, cogí el vaso de plástico que contenía la bebida típica de esa noche, la pomada, y lo ingerí de un trago. Solo escuchaba risas, música. Me aproximé a las llamas, observé; tenía que pedir un deseo, y en ese momento vi la imagen de un hombre. ¡Era él!, el guerrero de mis sueños, fuerte, alto y muy atractivo. Me sobresalté. Sus ojos grises miraban hacia donde yo estaba, se acercaba a mí entre las llamas, corría a gran velocidad; su rostro, enfurecido, cada vez estaba más próximo al mío. Cerré los ojos y los volví a abrir; ya no estaba, debía ser el efecto del alcohol. Lancé la tira; en ese momento sentí como si una gran fuerza me atrajese hacia las llamas. No podía frenarla, me llevaba hacia ellas; me estaba mareando, todo me daba vueltas y en ese instante solo escuchaba la voz de esa muchacha de la playa, que me decía: «Hoy es el día, tienes que regresar al lugar al que perteneces. Ellas te han elegido, debes volver». Vi cómo el brazo fuerte del guerrero me agarraba con firmeza llevándome con él a través del fuego; lo sentía y no podía frenar lo que me empujaba hacia ese hombre. Miré a mi alrededor, nadie venía a salvarme. Laura se reía sin ser consciente de lo que me estaba pasando. ¿Qué significaba todo eso? Estaba desapareciendo de mi mundo, arrastrada por la energía de aquel hombre. Podía sentir el contacto de su brazo sobre el mío, su respiración agitada, y ninguno de los allí presentes, ni siquiera mi mejor amiga, me echaba de menos; era como si yo ya no existiese para ellos. Recordé lo que me había dicho mi abuela del ave Fénix —las llamas tenían su silueta—: «Se consumirá por la acción del fuego y resurgirán de sus cenizas en otra época sin dejar rastro». La vista se me nubló, perdí la conciencia y el sentido de todo lo que me rodeaba.

CAPÍTULO 9

La joven esposa del mercader italiano se resistía y luchaba para evitar que la cogiese. La puede alcanzar, la icé sobre mi hombro; ella pataleaba y me pegaba puñetazos. Aquella situación me divertía, hasta me gustaba; ella me gustaba. Por fin tenía junto a mí a la mujer que me perturbaba los sueños cada noche. Di un silbido a mis hombres para que me siguiesen y trajesen mi caballo. Ya tenía mi trofeo conmigo, era el momento de partir. Todo se había oscurecido. A pesar de que estábamos en el mes de junio, esa noche iba a ser fría; la luna estaba oculta por las nubes, que amenazaban lluvia. En ese instante la muchacha dejó de luchar, se había desmayado. «Mejor —pensé—, así va a resultar todo más fácil». La monté en mi caballo, justo delante de mí.

Había pasado una hora cuando ella despertó. Al principio estaba desconcertada, pero enseguida recordó lo sucedido.

—¡Le ordeno que me baje! Pero ¿quién se ha creído qué es? ¡Déjeme, majadero! ¡Bruto, salvaje!

—¡Ja, ja, ja! Jamás me han dicho tantas palabras bonitas en tan poco tiempo. No se esfuerce, bella dama, que, por más que me pegue puñetazos y patadas, no la dejaré libre.

—Korvan, esta mujer habla demasiado. ¡Ja, ja, ja! —dijo Dylan.

Los tres nos reímos ante el comentario de mi amigo.

—¡Mujer! Como no se calle, le voy a tener que tapar esa boca tan bonita —le dije.

—¡No pienso callarme! ¡Ni lo intente, insolente!

Se estremeció por la humedad de la noche. Me detuve, me quité la piel de animal que llevaba por encima y la tapé con esta.

—No la necesito —dijo, y la retiró.

—Yo creo que sí, está tiritando. No sea cabezota.

—No quiero nada que venga de usted —insistió.

—¡Póngasela! Si no lo hace, yo mismo la rodearé con mis brazos, y créame que disfrutaré teniendo su cuerpo tan próximo al mío —le susurré al oído.

Ese comentario fue suficiente para que ella acatase mis órdenes.

CAPÍTULO 10

Juan de York, abad de Fountains Abbey, se movía nervioso de un lado para otro en el claustro frío de la abadía. Sus manos sudorosas revelaban la intranquilidad que sentía ante la reunión secreta que iba a tener lugar en el bosque. Todo esto estaba llegando demasiado lejos, tenía que acabar con la vida de esa campesina. Debía ser muy astuto; ella tenía el libro secreto, aquel por el que muchos habían matado por poseerlo, el mismo que sería su perdición. Además, sabía de su debilidad, de su lado oscuro; era el que lo estaba llevando al pecado, el causante de todo el mal que había en él. ¿Sería alguna vez capaz de frenar ese impulso demoníaco que se apoderaba de él? Lo había decidido en ese momento: la campesina moriría, pero ya se encargaría él de planear bien su final, antes debía hacerse con ese pequeño libro.

Juan de York salió de la abadía. A pesar de estar en el mes de junio, el día estaba nublado y el cielo, gris y amenazaba tormenta. Su capa negra bailaba con el viento y su rostro iba oculto tras la capucha. Corrió al lado del río Skell hasta adentrarse en el gran bosque, próximo a la abadía. Enseguida vio a la campesina, en el gran roble, tal y como se habían visto las anteriores ocasiones. El religioso aminoró el paso. Entrelazaba sus manos y dejaba ver su gran anillo de oro, el cual en el centro tenía la imagen del dragón rojo. Debía calmarse; si la mujer veía su nerviosismo, se aprovecharía de ello, y él estaría en desventaja frente a ella. Habían quedado en una zona en la que las aguas del río eran profundas y la corriente de este era fuerte. Nadie que no supiese nadar bien podía salir con vida de allí.

—¿Ha traído el dinero? —le preguntó la campesina, la cual estaba sucia, sin varios dientes y muy descuidada. Llevaba una capa marrón raída y sus manos se escondían tras esta.

—Sí, aquí lo tienes.

El abad tiró una bolsa de cuero negro al suelo y la mujer se arrodilló desesperada a por esta; no tardó ni un segundo en abrirla para ver su contenido. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al observar lo que había en el interior.

—Ahora dame lo que me prometiste —dijo el abad.

—Aquí lo tiene.

Extendió sus manos y le entregó un pequeño libro de cuero con varias hojas cosidas a este. York lo cogió rápidamente, como si la vida le fuera en ello. Después, fijó sus oscuras pupilas en la mujer que tenía frente a él; esta estaba absorta contemplando las monedas de oro que estaban en su poder. Con toda su fuerza el religioso le dio una patada en su vientre, la mujer cayó al río y la corriente la llevó con violencia; su cabeza y el resto del cuerpo golpearon contra las rocas que había en medio del caudal. Durante unos segundos contempló la escena. Ocultó el pequeño libro con su capa.

De regreso a la abadía vio un carruaje en el exterior; eso no le gustaba. La puerta de este se abrió y la figura de Tomás Becket apareció ante sus ojos. Intuía que algo no marchaba bien; la visita del obispo de Sant Andrews le iba a traer problemas.

CAPÍTULO 11

¿De dónde había salido aquel hombre? Era el mismo que había visto tras la hoguera, el mismo de mis sueños. Estaba mareada; como siguiere cabalgando en aquella postura, iba a vomitar lo poco que conservaba en mi estómago. Tenía ganas de abofetearlo. ¿Qué se había creído? «¡Ana, estás soñando!, todavía estás con los efectos del alcohol de la noche de San Juan», me repetí a mí misma. Pero por más que cerrara los ojos y los volviera a abrir, y por más que me concentrara por regresar a la playa de San Juan, seguía allí junto a él. Por primera vez en mi vida sentí miedo, no sabía lo que estaba sucediendo. Lo último que recordaba era ver a mi amiga y tener la sensación de que nadie me echaba de menos, de que para ellos nunca había existido. Memoré las palabras de mi abuela de que, si interactuaba en mis sueños, cabía la posibilidad de que ya no regresara a mi época y desapareciese sin dejar rastro alguno. Pero en realidad fue ese hombre el que había invadido mi vida para llevarme con él. Lo odiaba, aunque debía reconocer que sentía una gran atracción hacia él.

—¡Creo que voy a vomitar! —grité.

Pero con el ruido del galope de los caballos, ese hombre no me escuchaba. Le golpeé su bota con mi pie, tenía que forzarlo a que se detuviera; aquello no se lo esperaba. Mi reacción provocó un giro en él que alteró al caballo, el cual hizo un movimiento brusco que enseguida él controló. Detuvo a su animal.

—¿Se puede saber qué se propone? —gritó.

—Necesito que se detenga un momento; si no, voy a vomitar.

Dio un salto y bajó de su caballo; me agarró de la cintura y me bajó con gran agilidad. Estaba mareada, todo me daba vueltas. Iba a caerme y él se dio

cuenta: me agarró de la cintura y me aproximó a su pecho.

Me aparté de él y fui tras un árbol. No podía aguantar, eché lo poco que llevaba. Un sudor frío invadió todo mi cuerpo.

—Korvan, creo que debemos hacer noche, la mujer no va a aguantar.

—Lo resistirá. No podemos arriesgarnos a que nos alcancen los hombres del mercader —respondió tajante.

Me incorporé y fui hacia él lo más erguida posible. Ese hombre, a pesar del miedo que sentía hacia él, no me iba a amedrentar; además, tampoco estaba dispuesta a que viese debilidad en mí.

Me miraba con los brazos cruzados y con una ligera sonrisa en su rostro. Me enfurecía solo de verlo. Era muy alto, fuerte y estaba bastante atractivo con sus guantes grises, su cota de malla, la espada sujeta a su cintura y su almófar sin cubrir su pelo despeinado, oscuro, que le llegaba por el cuello. Sus grandes ojos grises estaban fijos en mí; apenas pestañeaba. Después su mirada bajó hasta mi escote: me ruboricé, crucé mis brazos sobre mi pecho intentando ocultarlo. Él se percató de ello, y soltó una gran carcajada.

—¿Se puede saber qué es lo que pretende? —Ante mi pregunta arqueó las cejas. No contestó, se giró y sacó una especie de bota de su alforja.

—¡Beba! —Extendió su brazo para dármelo.

—¿Qué es eso?, ¿veneno? ¿Quiere matarme? ¡No, no pienso beber!

En ese momento escuché las carcajadas de sus hombres ante mi respuesta. Él seguía con su mirada severa fija en mí.

Se acercó despacio hacia donde yo estaba y se detuvo a muy pocos centímetros de mí. ¡Qué alto era!; me sentía diminuta e insignificante estando a su lado. No era como esos hombres de gimnasio, tan musculados, que tan poco me gustaban; no, este hombre era fornido, pero sus fuertes brazos, su ancha espalda y sus atléticas piernas formaban parte de su propia anatomía.

—Mujer, ¿me vas a desobedecer?

—Sí, nunca acato las órdenes de ningún hombre y menos de usted.

—¡Ja, ja, ja! Korvan, es una guerrera —dijo Arian.

Él ni se inmutó ante las burlas y risas de sus amigos. Su mirada seguía fija en mis pupilas y yo la retenía, desafiante, dispuesta a plantarle cara a pesar del miedo que tenía.

—Muy bien, usted lo ha querido.

Me agarró de la cintura y me llevó, como si fuese un saco de patatas, hasta su caballo y me posicionó boca abajo.

—Si no me obedece, seguirá así el resto del camino.

—¡No, así no! Beberé.

Prefería ceder en esa ocasión a seguir en esa postura, mi estómago no lo aguantaría.

—¡Bebe! —volvió a repetir.

Cogí de mala gana aquella bota e ingerí el líquido. Estaba asqueroso; debía de ser vino, pero sabía malísimo. Lo escupí. Por fin una leve sonrisa se dibujó en el rostro de mi captor.

—Gracias, no quiero más.

—Pues su estómago no mejorará, se lo aseguro.

—Prefiero que mi estómago sufra antes que tener que beber eso. Si continúo tomándolo...

—Dejará de vomitar —terminó él mi frase.

No permitió que continuase hablando. Me agarró de la cintura y me sentó en el lomo de su caballo; este subió de un salto y se posicionó tras de mí. Sus fuertes brazos se hicieron con las riendas de este rodeando mi cintura; antes me volvió a tapar con la piel de animal. Esa proximidad me ponía nerviosa, pero en ese momento era tal el lío y desesperación que tenía en mi cabeza que esos detalles pasaban desapercibidos.

—Esto es una broma pesada. Seguro que Laura está detrás de ello —susurré.

—¿Qué murmura? —me preguntó.

Preferí no responder. Él tampoco volvió a preguntar. Estaba agotada, tenía frío e inconscientemente me acurruqué en su tórax. Me quedé traspuesta. Cuando abrí los ojos estaba amaneciendo. Empecé a recordar, me incorporé y enseguida descubrí que seguía inmersa en aquel sueño; estaba todavía montada en el caballo de ese hombre. Giré mi rostro para cerciorarme de que la pesadilla continuaba, lo observé de reojo y él centró su mirada en mí. Con la luz de los primeros rayos de sol, aún se apreciaban más sus rasgos varoniles.

—¿Ha dormido bien?

—No mucho, la verdad. La posición no es muy cómoda que se diga.

—Pues nadie lo diría. Respiraba profundamente, hasta juraría que soñaba
—me dijo al oído.

—¿Adónde me lleva?

—A mi castillo. Ya estamos cerca.

—¿Y por qué? No entiendo nada.

—Es mi prisionera. Pasará una larga temporada conmigo, así que es mejor que empiece a acostumbrarse a mi presencia.

—¿Su prisionera? Jamás, huiré.

—No podrá salir de mi fortaleza a no ser que yo se lo permita, y eso, por el momento, no va a suceder. Espero que su esposo se digne a venir a buscarla.

—¡Yo no tengo esposo! No sé a qué se refiere ni por qué me tiene cautiva, yo no le he hecho nada a usted para tratarme así.

—A través de usted me vengaré de todo lo que su maldito cónyuge ha hecho a mi hermana.

—¡Le vuelvo a repetir que ese hombre no es mi esposo!, desconozco lo que le ha hecho a su hermana. Además, yo no tengo nada que ver en eso. Si desea vengarse, no lo haga conmigo.

—Él intentó abusar de su inocencia. —Era parco en palabras.

—Pues ya le he dicho que yo no tengo nada que ver, así que déjeme libre, por favor, esto no tiene sentido. Ese mercader nunca vendrá a buscarme.

—Eso ya lo veremos.

Había una espesa niebla. Estábamos atravesando un bosque y enseguida divisé, en la lejanía, una inmensa fortaleza con grandes muros de piedra; esta estaba desafiante, en lo alto de una zona acantilada, ubicación estratégica tanto por tierra como por mar. Nos acercamos a la entrada de este; el puente levadizo se bajó conforme nos aproximábamos. Dos torres almenadas flanqueaban la entrada. Una reja se subió y nos dio paso al interior. Muchos soldados dieron la bienvenida a mi captor y a los otros dos amigos que lo acompañaban; él se bajó de un salto, yo no quería ni moverme. Me observó de reojo. Sus hombres me escrutaban, notaba sus miradas fijas en mi escote; lo tapé con mis brazos y los reté con mi mirada. Korvan se mantenía serio y distante; se acercó, me cogió de la cintura y me bajó del caballo. Estaba harta de que me tratase de esa forma, como si fuese una mercancía.

—Sé hacerlo sola.

Tras mi respuesta escuché las carcajadas de sus hombres, a excepción de mi secuestrador, que mantenía un semblante serio. Llevó a su corcel hasta las cuadras.

—¡Tome! —Me puso su piel de animal sobre los hombros, algo que agradecí.

Me tapé. Korvan se metió en una sala donde vi que depositaba su escudo de madera y acero con su espada; yo observaba mientras las miradas de sus hombres no dejaban de intimidarme. Él salió, se ubicó en el centro de ese recinto rectangular de tierra que olía a estiércol.

—Esta mujer es mi prisionera, no debe salir del castillo si no es en mi compañía, ¿entendido? —gritó. Su voz sonaba fuerte y severa. Sus hombres asintieron.

Dicho esto me agarró del brazo y me forzó a que lo siguiese.

—¿Adónde me lleva? No lo consiento en que me trate de esta forma.

Subimos por unas estrechas escaleras de caracol, sentía la humedad de las paredes de piedra. Había muchos peldaños y empezaba a fatigarme. Miraba de reojo a mi captor, ese hombre bruto y frío, quien subía ágil y con rapidez, mientras yo seguía hablando y diciéndole muchos improperios.

—Se va a arrepentir de esto. A mí no me puede tratar así, merezco un respeto... —continuaba parloteando.

Habíamos llegado hasta un pasillo estrecho y oscuro, las escaleras continuaban hasta más arriba. Él seguía sin responderme y parecía ajeno a mis palabras e insultos; yo seguía declarando mi descontento. En ese lugar solo había una puerta al final del pasillo.

—¡Se cree muy hombre por esto que está haciendo! Pues que sepa, majadero, que se aprovecha de su fuerza, pero seguro que no tiene ni dos dedos de frente... —Se detuvo y me apoyó con fuerza en la puerta de madera del final del pasillo. Me tapó la boca con una de sus manos mientras la otra sujetaba mi otro brazo. Estaba muy próximo a mí, bajó su rostro; sus pupilas grises, encendidas de ira, estaban fijas en las mías.

—Si no se calla, mujer, me encargaré personalmente de que esos hombres de allí abajo se diviertan un rato con usted; seguro que les gusta la idea. —Retiró su mano de mi boca.

—No será capaz.

—No me ponga a prueba.

Abrió la puerta y pasó conmigo al interior. La habitación no daba esa sensación de humedad; había tapices en las paredes, una cama en medio de la estancia y una mesa de madera con una palangana sobre esta. Frente a la cama había una sala donde había un recipiente rectangular, el cual supuse, asombrada, que sería la bañera. Vislumbré una silla junto a una pequeña ventana desde la cual se veían las caballerizas.

—Esta será su estancia. Y un consejo: no intente escaparse, en la puerta habrá un hombre día y noche.

Dicho esto se marchó y me dejó allí, en ese lugar siniestro. Me daba miedo todo lo que me rodeaba, albergaba la esperanza de que en cualquier momento me despertaría. Me aproximé a la ventana y empecé a darme pequeños toques con los dedos en mis mejillas. «¡Esto no es real, Ana!». Pero no surtía efecto. Llevé mi mano al bolsillo de mi vestido; allí seguía el manuscrito, el anillo lo llevaba puesto. Extraje este y lo puse sobre la cama. Me senté, observé lo que tenía a mi alrededor, me sentía muy triste. Las lágrimas rodaron por mi rostro. ¡Dios mío, ayúdame! El colgante de la cruz de David lo llevaba puesto en el cuello.

Tocaron a la puerta. Una mujer de edad avanzada y regordeta asomó su rostro; llevaba un vestido azul, apoyado en uno de sus brazos, y un plato de comida, que parecía un guiso de patas y carne.

—Señorita, soy Avi, el señor me ha dicho que le de este vestido para que se lo ponga. —Me observaba—. Korvan tenía razón. ¡Muchacha, va desnuda! Anda, póngase este vestido de la señorita Audrey. Los hombres son animales desbocados ante una mujer vestida como va usted; siguen sus instintos más básicos y dejan de pensar para pasar a actuar.

Yo la observaba, sentada sobre la cama. Se acercó a mí.

—¿Ha estado llorando?

—No —respondí.

—A mí no puede engañarme, señorita.

—¿Cómo se llama?

—Ana.

—Es muy bonita, Ana. —Me sonrió y yo le respondí con el mismo gesto—. No sé por qué la ha traído aquí el conde, pero cómo le haga algo tendrá que

vérselas conmigo, y créame que él me teme más que a su peor enemigo en un campo de batalla. —Su comentario me hizo sonreír—. Eso me gusta más, verla así. Tome, vístase y coma un poco, le hará bien, créame.

Dicho esto salió de la habitación. Cogí el vestido, agradecí ese detalle, ya que las miradas de los hombres, incluida la de Korvan, me incomodaban y me hacían sentir vergüenza.

El vestido me quedaba bien, quizás un poco estrecho, pero al menos me permitía respirar. Era de media manga, con escote de barco y ajustado hasta la cintura; después caía hasta el suelo. Una cinta blanca adornaba la cadera y dos de estas, de color dorado, se deslizaban hasta los pies. El azul me favorecía. Me peiné con lo que parecía un peine, tenía púas de madera; mis rizos se amontonaban sobre la espalda. Me miré en un diminuto cristal que había al lado de la palangana, junto al peine; tenía muy mal aspecto, ojeras y estaba muy pálida. No tenía apetito; además, había decidido rebelarme contra ese hombre dejando de comer.

Observé por la ventana, allí estaban un grupo de soldados, entre los que reconocí a los dos amigos de mi captor. En ese momento apareció él. Se llevó sus manos a su pelo, fue directo a las caballerizas, cogió su caballo blanco, y salió de la fortaleza.

CAPÍTULO 12

Tomás Becket estaba en una de las salas oscuras de la abadía de Fountains Abbey esperando a que apareciese Juan de York; este último irrumpió en el recinto sudando, agitado y nervioso. Al obispo ese hombre nunca le había gustado; tampoco le inspiraba mucha confianza, pero era uno de los pocos miembros de la orden que no tenían vocación ni fe, se guiaban por el dinero y poder.

—¿Y bien? —le preguntó el obispo al abad.

—Todavía no he podido averiguar en qué parte de nuestra biblioteca se puede esconder. Usted sabe las dimensiones que esta tiene; encontrar ese manuscrito es como buscar una aguja en un pajar —respondió Juan de York.

—Me diste tu palabra —dijo el obispo mientras se acercaba a la estrecha ventana, por la que apenas entraba luz.

—Lo sé y, si está, lo encontraré, pero me llevará más tiempo del que pensaba.

El obispo se puso frente a él, mostró su anillo; Juan de York se fijó en este y en el dragón rojo incrustado en él.

—No nos gusta que nos mientan.

El abad sabía a lo que se refería el obispo al hablar en plural.

—¿Y si el manuscrito no está en la abadía? —dijo Juan de York.

—Sí está. Esa mujer murió aquí, ¿o ya no recuerdas que fue en la biblioteca donde ocurrió todo? Lo sabes muy bien, ella lo debió esconder en este lugar.

—Pero...

La paciencia de Tomás Becket se estaba acabando. Se acercó al abad, puso su mano sobre su hombro.

—Una semana, nada más. Y si no lo encuentras aquí, ya te encargarás de

averiguar dónde está.

Dicho esto Juan de York vio cómo la figura del obispo desaparecía. El abad llevó su mano al bolsillo; ahora lo que más le preocupaba era esconder en sus aposentos ese pequeño libro de cuero, que nadie debía encontrar jamás.

CAPÍTULO 13

Guardaba tanto odio en mi corazón que, a pesar de saber que lo que hacía con esa bonita muchacha no estaba bien, quería seguir adelante con mi venganza. Debía reconocer que la joven era valiente, y hasta un poco salvaje, ya que hablaba de una forma descarada y poco habitual en una dama. «Eso sí, habla demasiado», pensé esbozando una sonrisa. Mucho tiempo con ella en el castillo iba a suponer una locura, ya que su boca nunca se cerraba. Sonreí. Además, ahora, que había encontrado a la mujer que aparecía en mis sueños, no estaba dispuesto a dejarla marchar; me atraía demasiado, como ninguna mujer hasta ese momento.

Estaba sentado en la playa, necesitaba respirar y era el único lugar donde podía hacerlo. Tenía que pensar. Recordaba la mirada de reproche de Avi cuando le dije que llevase el vestido a la mujer; sabía que tarde o temprano me exigiría una explicación y recriminaría mi comportamiento. Después estaba el asunto del rey Juan; hasta dentro de un mes no se había acordado la siguiente reunión. Sabía que, si no interveníamos, yo quebrantaría la promesa de la orden, pues estaba dispuesto a plantar cara a ese indeseable con mi espada, al igual que a todos sus secuaces, sin importarme si en ese plan ambicioso perdía mi vida. Intuía que Kimball jamás me perdonaría la desobediencia a la orden, pero nunca actuaría en contra de mis principios, eso lo tenía muy claro. Respiré profundamente. Se hacía tarde, tenía que regresar.

—¿Se puede saber dónde has estado? —me preguntó Arian nada más verme entrar en las caballerizas.

—En los acantilados, necesitaba aclarar mis ideas. ¿Qué ha pasado?

—Ha venido un jinete con una nota para ti. Está dentro, esperándote.

Dejé mi caballo a Arian y pasé a la sala de reuniones. Antes de abrir la

puerta, me encontré con Avi frente a mí, con sus brazos en forma de jarra y con el gesto que tanto conocía, era el previo a una regañina. La miré con atención, pero preferí no decirle nada y que ella fuese la primera en mencionar el tema; en ese momento ella tampoco habló.

Justo, mirando por una de las ventanas de la sala, se encontraba un muchacho rubio, delgado, cuyas calzas no las llenaba. El joven, cuando me vio, sonrió y vino directo hacia mí, hizo una ligera reverencia.

—Mi señor, reciba el saludo de mi amo, Guillermo, duque de Lancaster.

Recordaba a ese hombre. Yo todavía era un crío cuando mi padre, que aún vivía, lo recibió en nuestro castillo, se organizó un gran banquete en su honor. Se fue a Francia a contraer matrimonio con una dama muy próxima a la corona.

—Su excelencia me ha enviado para que usted reciba esta nota antes de su llegada a tierras inglesas.

Cogí el papel que ese hombre me entregaba, y decía lo siguiente:

El duque de Lancaster tiene el honor de invitarlo a la fiesta que tendrá lugar en el castillo de Kent...

Seguí leyendo en silencio. Intuía que era una invitación para celebrar su llegada a territorio inglés y, ya de paso, para presentar a su hija Leonor en sociedad. No soportaba esas fiestas. Los torneos y los juegos de lucha me gustaban y divertían, pero no me atraía la idea de acudir a ese tipo de reuniones; no obstante, sabía que el no ir o poner cualquier excusa podría suponer una falta de cortesía. ¿Qué haría con mi prisionera?: la llevaría conmigo. La fiesta tendría lugar dentro de tres semanas.

Me giré para mirar a ese muchacho, que me observaba con interés.

—Diga a su excelencia que ahí estaré.

El joven se marchó con rapidez. Quería escabullirme de Avi, pero me estaba esperando.

—¿Qué es lo que piensas hacer a esa joven? ¿Se puede saber qué es lo que te propones, muchacho?

Avi era como una madre para mí, y de hecho era la única que le permitía hablarme de esa forma.

—Lo mismo que su marido ha hecho con Audrey.

—¡Korvan!, la muchacha no tiene la culpa de lo que ese desgraciado ha

hecho. Está asustada, no ha comido nada; como siga así va a enfermar.

—Ya comerá.

—Te desconozco, estás lleno de odio. Tú no eres así.

Me puse frente a ella.

—Avi, esa mujer va a pagar por lo que le han hecho a mi hermana, y ni tú ni nadie me va a impedir que lleve a cabo mi plan.

—¡Uff! —refunfuñó—. Pues después no acudas a mí cuando te remuerda la conciencia. Yo ya te he dicho lo que pensaba.

La vi alejarse. Avi tenía razón, debía comer; si no, enfermaría, y así ya no me servía para mi venganza. La obligaría a ello. Subí con rapidez las escaleras de caracol, allí estaba uno de mis hombres. Abrí la puerta y la cerré tras de mí. Me apoyé sobre la pared, me quedé asombrado; con aquel vestido ya no parecía la salvaje que había recogido en la playa. Era muy bonita, aunque de eso ya me había dado cuenta en mis sueños. Ella observaba por la pequeña ventana.

—Avi, ya te he dicho que no insistas, no voy a comer —dijo.

—¡Sí lo vas a hacer! —Al escuchar mi voz, se giró con rapidez para mirarme de frente.

—¡Pues no sé cómo lo va a lograr!

—Créame que tengo mis artimañas.

—No pienso abrir la boca. Si he de permanecer aquí, encerrada, prefiero morir cuanto antes de hambre que quedarme entre estas cuatro paredes hasta que a usted le dé la gana soltarme.

Esa mujer era diferente a todas con las que había estado; desde que la había visto pelear con el mercader, lo supe. Me acerqué con lentitud hacia donde ella estaba, me puse a escasos centímetros de su rostro. Sabía que mi presencia la ponía nerviosa; me divertía ver cómo se ruborizaba, quería tensar más esa situación.

—Hará lo que yo le ordene, mujer. Nadie me desobedece en mis tierras y menos lo hará usted, que es mi prisionera.

—Usted lo ha dicho, su prisionera. No soy uno de sus guerreros, que tienen la obligación de obedecerlo. Yo no le pertenezco, no lo haré.

—Sí, lo hará. —Sus bonitos ojos negros me desafiaban.

En ese momento sentía la necesidad de besarla. Me atraía, eso no lo podía

negar, pero lo que no entraba en mis planes era la necesidad de probar sus labios; la deseaba y eso me hacía vulnerable. Permanecimos en silencio durante unos segundos, con nuestras pupilas fijas el uno en el otro. La agarré del brazo y bajé mi rostro hasta tenerlo aún más cerca del de ella.

—¡Pues, si eso es lo que quiere, morirá de hambre entre estas paredes!

—Sí, es lo que quiero.

La solté y me fui furioso en dirección a la puerta. Nadie me había retado como ella lo hacía, ¿cómo se atrevía? Pues, si deseaba morir de hambre, yo no iba a impedirselo. Salí de la habitación dando un portazo y bajé furioso las escaleras. ¿Qué se había creído?

—¡Korvan! —Era el padre Peter, quien auguraba otro problema más.

—¡Padre! —Estaba agitado. Bajó de su caballo.

—¡Muchacho, está pasando otra vez! —Hacía aspavientos con los brazos.

—¿El qué?

—Necesito un poco de ese vino tuyo para poder hablar.

Sonreí ante ese comentario, ya sabía yo que no podía pasar sin mi vino. Entramos a la cocina y le serví una jarra. El sacerdote se sentó y tragó hasta saciarse. Dejó la jarra sobre la mesa, respiró y me miró.

—Ha aparecido otra campesina muerta; la primera, en Windsor y la segunda, en Cirencester. La joven estaba rodeada de un cerco de sangre en el que estaba escrito lo mismo que en la anterior: «Sé que ella ya está aquí».

—¡Maldita sea! —Di un puñetazo a la mesa.

—Sí, muchacho, los mismos asesinatos que hace unos años atrás.

—Pero el asesino murió, Kimball lo mató.

—Sí, pero ahora hay alguien que sigue sus mismos pasos. Lo peor no es eso; entre los campesinos está cobrando vida la historia de Hernes el Cazador. Creen que está matando a campesinas porque quiere vengarse de una joven que lo hechizó y maldijo, y buscan a la mujer que está trayendo la desgracia a toda la comarca. Ahora hay una caza de brujas y se acusan los unos a los otros; ¿sabes lo que eso significa?

—Sí, al igual que sé que el rey Juan está detrás de todo ello.

—¿Por qué dices eso?

—Porque quiere distraer la atención para seguir robando y matando a quien le plazca, a su antojo.

—Korvan, hay que hacer algo; si no, morirá mucha gente. El miedo es peligroso. Ese asesino anda suelto.

—Hay algo que no entiendo. Primero en Windsor, ahora en Cirencester... ¿Por qué puntos tan distanciados?

Escuché ruidos en el patio. Peter y yo levantamos la vista. Enseguida fui al exterior, seguido del padre; algo marchaba mal. Dylan estaba gritando al soldado que estaba vigilando la puerta de mi prisionera, el cual se encontraba en el patio cabizbajo.

—¡Dylan! —grité—, ¿qué ha sucedido?

—¡Se ha escapado, Korvan! Ha cogido un caballo y se ha marchado.

Me enfurecí, fui a por mi caballo y subí de un salto.

—¿Qué...? ¿Pero cómo ha podido pasar eso? A mi vuelta espero una explicación convincente —dije con furia.

Cabalgaba a gran velocidad. ¿Cómo podía haber sucedido? ¡Patanes! Acababa de estar con ella. ¡Se les había escapado una mujer! Enseguida la divisé, ella se giró y vio que la seguía. Montaba bien a caballo, esquivaba los obstáculos con gran maestría. La tenía que alcanzar. Me puse en paralelo a ella, cogí las riendas de su animal.

—¡Detente, mujer!

—¡Nunca!

En ese momento frené al caballo y ella aprovechó para desmontar con gran agilidad. Empezó a correr.

Pero ¿en qué estará pensando? Di un salto y corrí tras ella. La alcancé enseguida, la agarré del brazo; ella me dio una patada en la pierna. Logré sujetarla con fuerza de la cintura a pesar de sus golpes, aunque en un momento me descuidé y ella aprovechó para darme con la punta de su pie en mi entepierna. ¡Otra vez lo había hecho! La solté. ¡Qué dolor! Esa mujer era peor que los guerreros del campo de batalla, sin espada lograba herirme y dejarme inhabilitado para seguir luchando. Vi cómo se alejaba en dirección hacia los acantilados. Respiré varias veces seguidas, no podía dejarla escapar. Me repuse como pude, corrí tras ella; me llevaba mucha ventaja. Enseguida la localicé. Se había metido en su propia trampa; aquella playa entre acantilados no tenía escapatoria. Corría tras ella y esta lo hacía hacia las rocas; estaba acorralada. La alcancé, intentó esquivarme, pero la agarré del brazo. Pisó su

vestido, tropezó y se cayó al suelo, y llevándome con ella, caí sobre la joven. Estaba tan cerca de su rostro, acalorado por la persecución que notaba los latidos de su corazón; hacía fuerza con sus brazos para retirarme, pero era imposible. Coloqué mis antebrazos sobre la arena para evitar aplastar su cuerpo delgado y sujeté con firmeza sus muñecas.

—¡No lo vuelva a hacer! —dije muy enfadado.

—Lo voy a intentar siempre, ya sabe que nunca aceptaré sus órdenes. Me hace daño, ¡suélteme!

—¡Vamos! —La incorporé con brusquedad y la icé hasta mi hombro.

—¡Bájeme, bruto! ¡Es una bestia sin modales! —No paraba de hablar. La bajé al suelo, arranqué un trozo de mi camisa blanca—. ¿Se puede saber qué va a hacer?

Sin decir nada le tapé la boca y la levanté hasta mi hombro.

—Así, callada, mucho mejor —dije.

Ella no paraba de darme patadas y puñetazos, era toda una fierecilla. Sonreí, aquella joven me gustaba.

El padre Peter, al verme llegar con la joven, cambió su rostro. Desmonté y bajé a la muchacha.

—Dylan, enciérrala en sus aposentos y, cuando esté allí, quítale la mordaza. Esta mujer habla demasiado.

Ana me contempló con odio mientras se alejaba. Giré mi rostro y me topé con la mirada severa del sacerdote.

—Creí que al final recapacitarías. No te entiendo, muchacho. Esa pobre mujer está sufriendo; imagínate que eso mismo le sucede a tu hermana.

—¡Pobre mujer...! ¡Ja, ja, ja! Padre, esa pobre, como usted dice, se defiende mejor que cualquier sajón. Sabe dónde tiene que dar a un hombre para dejarlo incapacitado de seguir luchando. —Hice una pausa—. Además, ella no es mi hermana, esa es la diferencia.

—Te desconozco, Korvan. Ese corazón se te ha endurecido, tú no eras así. Le di la espalda.

—Usted lo ha dicho, ahora soy otro hombre.

—Me marchó. Recapacita lo que estás haciendo.

—Si ocurre otro asesinato, infórmeme, padre. —Vi cómo se alejaba.

Entré en la casa, Avi se disponía a llevar comida a la muchacha. Le cogí el

plato; estaba enrabiado, dispuesto a que esa mujer me obedeciese.

Di una patada a la puerta y la abrí de golpe. Estaba sentada sobre la cama, me daba la espalda. Dejé el plato con fuerza sobre la mesa.

—¡Coma! —grité. Ella no respondió, eso sí que era raro. ¡No contestaba una mujer que no paraba de hablar!—. Cuando vuelva quiero ver ese plato vacío; si no, se lo comerá a la fuerza.

La dejé sentada y salí.

—¡Quiero saber qué es lo que ha pasado! —exigí una respuesta a Dylan y al soldado que custodiaba la puerta de Ana.

—Señor, la mujer me llamó y dijo que se encontraba muy mal, que le avisásemos a usted... Al principio yo me negué, pero en realidad ella parecía estar muy enferma; entonces, fui a avisarle con rapidez, sin detenerme a cerrar la puerta. Nunca pensé que ella pudiese estar mintiendo, señor, estaba tan pálida... Y después escuché un revuelo en el patio de las caballerizas y la vi alejarse.

—¡Es una mujer! No entiendo que, estando todos mis hombres en el patio, ninguno haya sido capaz de detenerla. —Miré a Dylan—. Esto también va por ti —le dije.

—Estábamos entretenidos llenando nuestras jarras del vino que acababan de traer, Korvan.

—¡Esto no puede volver a ocurrir! ¡Jamás!

CAPÍTULO 14

Me sentía triste y desconcertada por todo lo que me estaba pasando. «¿Qué es esto, Dios mío?» Ese hombre me tenía prisionera y no sabía sus intenciones ni el motivo por el que me retenía, lo odiaba. No pensaba comer; así, a lo mejor, si muriera de hambre, regresaría a mi mundo, al que pertenecía. Aquello debía de ser otra de mis pesadillas. Me sentía débil, sin fuerzas, y las lágrimas ya no se detenían, rodaban por mi mejilla. Me tumbé sobre el colchón; se hundía, era muy incómodo. Las tripas me rugían, pero no tenía apetito. Necesitaba dormir, estaba agotada.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me desperté, ya había anochecido. Me incorporé sobresaltada; frente a mí estaba una joven de ojos azules que me observaba.

—Disculpe, señorita, he entrado y estaba dormida, no quería despertarla. El señor quiere que baje a cenar con él. —Iba a negarme, pero la muchacha averiguó mis intenciones, ya que no me dejó hablar—. También me ha dicho que le diga que, si no baja, la va a obligar a llevarla a su alcoba y a pasar con usted la noche hasta que se dé cuenta de que en su castillo manda él. —Al terminar de decir esa frase, la joven se sonrojó y bajó el rostro con timidez.

—¡No será capaz!

—Sí, señorita, el conde es capaz de eso y de mucho más, créame.

—¿Crees que es mejor hacerle caso en esta ocasión?

—Sí, lo creo. A no ser...

Sabía a lo que ella se refería y no estaba dispuesta a averiguar lo que quería decir con pasar la noche en su alcoba hasta que obedeciese sus órdenes.

—Ahora bajo.

—El soldado que custodia día y noche su habitación y yo la tenemos que

acompañar, esas han sido sus órdenes.

Me atusé un poco el pelo, pero en realidad me daba igual mi aspecto; cuanto más fea y poco apetecible me viese, mejor, así eliminaba cualquier deseo e instinto animal que se apoderase de ese ser odioso. Jamás pensé que ese hombre que protagonizaba mis sueños pudiera ser tan indeseable.

Bajamos las escaleras de caracol, me guiaron por un pasillo largo hasta acabar en una sala. La doncella, que respondía al nombre de Ingrid, abrió la puerta y ante mí apareció un gran salón con una mesa en el centro. Tan solo estaba iluminada por la llama de las antorchas que rodeaban la estancia. Él estaba en un extremo y yo me senté en el otro. «Cuánto más lejos de él, mejor», pensé.

—Gracias, Ingrid, ya nos pueden servir la cena —dijo escrutándome con interés.

Estaba muy atractivo, se había aseado; la verdad es que le hacía falta, estaba sucio del polvo de los caminos. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones que se ajustaban a sus musculados muslos. El gris de sus ojos contrastaba con su pelo oscuro y con el dorado de su piel.

—Ahora no habla nada, me extraña. —Media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Después de haberme amordazado y tratado como una ladrona o algo peor..., prefiero no dirigirle la palabra. Yo no merezco desgastar saliva hablando con usted.

—¡Ja, ja, ja! Tienes carácter, mujer. Mi nombre es Korvan, ¿y el de usted?

—Ana.

—Anne —tradujo mi nombre al inglés.

—No, Ana —lo corregí. Él arqueó sus cejas y una mueca se dibujó en su rostro.

—Muy bien, Ana, voy a ser claro con usted. Mis intenciones son retenerla en mi castillo durante un tiempo... Después la dejaré en libertad y podrá regresar al lado de su esposo o adonde quiera. —Iba a responderle, pero él no me dejó—. Prometo respetarla si me da su palabra de no intentar escapar.

—No, no puedo darle mi palabra. Sé que lo intentaré, estoy retenida en contra de mi voluntad.

—Sí, eso es verdad, pero que yo sepa, cuando la rapté, usted tampoco estaba en una situación muy buena.

En eso tenía razón, prefería estar con él que con ese mercader, que reclamaba sus derechos como esposo.

—Piénselo bien, yo la voy a tratar con respeto; es más, le permitiré salir de estos muros siempre en mi compañía. Reconozca que puede ser llevadero, pero solo si usted quiere.

—¿Y se puede saber el motivo por el que me mantiene prisionera?

—Le seré sincero. Su esposo se ha burlado de mi apellido y del honor de mi hermana, ha ensuciado su nombre. Usted es mi venganza.

—Lo entiendo. El hecho de retenerme junto a usted hará que la gente hable, darán por hecho cosas que no han sucedido y mi honor quedará mancillado.

—Así es. —Observaba mi reacción—. Le he sido sincero, pero también le digo que la respetaré y haré que su estancia resulte agradable. Solo será cuestión de unas semanas, como mucho un mes.

—¡Qué divertido! —dije.

—¿Cómo?

—Nada, que jamás pensé que me ocurriría algo así. Salva el honor de su hermana ensuciando el mío, ¡muy bonito! ¿Y usted es un caballero?, ¡usted es un sinvergüenza! Menos mal que los hombres que conozco no son como usted.

—¿Hombres? —dijo extrañado.

Había hablado más de la cuenta, ya que en esa época la mujer que andaba con hombres era una prostituta, pero a mí ya me daba todo igual; tenía la certeza de que debía ser un sueño todo lo que me estaba pasando.

—Sí, hombres. Conozco a muchos hombres, ¿le molesta?

—En absoluto... ¿Ha dicho muchos hombres? —Levantó una ceja mientras me observaba con interés.

—Sí, muchos. —Lo reté con la mirada—. Muy bien, Korvan, trato hecho; de todas formas no me da más opciones.

En ese momento entró Avi seguida de Ingrid.

—Querida, me alegro de que hayas recapacitado y comas —me dijo Avi.

Después sirvió a Korvan. Ambas nos dejaron solos; él me miraba mientras comía, estaba hambrienta.

—Mañana le enseñaré los alrededores, iremos a visitar a algunos campesinos.

—Claro, para que me vean con usted y murmuren.

—Sí, esa es mi prioridad, pero así también se distrae. No quiero que se vuelva histérica entre estos muros, no lo soportaría.

Dejé de comer, lo miré con intención a sus bonitos ojos grises.

—Qué amable por su parte, todo un detalle. ¡Es usted un indeseable!, Korvan; además de inhumano, frío y calculador. Haré todo lo que usted dice, pero solo con el deseo de que esto acabe muy pronto y jamás lo vuelva a ver. Y si me disculpa, me retiro a ese aposento tan cómodo y acogedor que me ha preparado. —Cogí el trapo, que hacía las veces de servilleta, y se lo lancé con fuerza al rostro.

Al ver mi reacción, se levantó con rapidez; estaba enfadado. Se puso delante de mí, lo que interrumpía mi paso. Me agarró con fuerza del brazo y me atrajo hasta él.

—Y usted, mi prisionera, no lo olvide: hará lo que yo le diga en todo momento —dijo clavando sus pupilas en las mías.

—Que soy su prisionera ya lo ha dejado muy claro, pero no piense que voy a hacer lo que usted me diga. —Retiré su mano de mi brazo y lo empujé con fuerza, aunque ese hombre era una mole, apenas lo movía con mis empujones —. Por favor, apártese —terminé diciéndole.

Se retiró e hizo un gesto al soldado que estaba en la puerta para que me custodiase hasta mi habitación. Lo odiaba; era muy guapo y atractivo, pero su forma de comportarse lo hacía, ante mis ojos, el hombre más indeseable del mundo.

Debía ser muy temprano cuando llamaron a la puerta. Era Avi.

—¡Señorita!, ¿qué hace todavía en la cama? El señor la está esperando en el comedor para desayunar, dice que le va a enseñar sus tierras.

—¿De qué está hablando?

Tenía sueño y por un momento pensé que me había despertado de aquella pesadilla. ¿Cuándo acabaría todo eso?

—¿Cómo? ¡Muchacha, es muy tarde! Aquí madrugamos mucho, ya que en estas tierras anochece muy temprano y hay que aprovechar la luz del sol.

—¿Tarde? ¡Si es prontísimo!

—Vamos, jovencita. El conde es capaz de subir y de vestirse él mismo si te ve así. No querrás que pase eso...

—¡Por supuesto que no! —Solo pensar que aquel bárbaro, al que detestaba, me pusiese la mano encima me activó. Me levanté de un salto; Avi sonrió al ver mi reacción.

—Son iguales —susurró.

—Avi, por favor, tutéame. Y no, no me compares con ese hombre, yo jamás actuaría como lo ha hecho él.

—¡Ja, ja, ja! Anda, toma este traje, el señor me lo ha dado para que tengas más ropa que ponerte.

—¡Qué amable! Todo un detalle por su parte —me burlaba.

¡Cómo echaba de menos unos pantalones! Me puse un vestido color verde —rancio para mi gusto—, me hice una trenza, y bajé seguida del soldado que custodiaba mi puerta.

Entré en la sala y ahí estaba él, con su camisa metálica y su cota de malla. Visto así, con su pelo revuelto y esos ojos grisáceos mirándome, podría ser capaz hasta de perdonarlo si me trataba con educación. Se giró para contemplarme nada más entrar. Sin decirle nada me senté frente a él, empecé a tomar el desayuno que había preparado en la mesa. Me observaba.

—¡Es la última vez que llega tarde!

—¿Es una orden?

—Sí.

—Pues yo no la acepto.

Se levantó con brusquedad y se acercó donde yo estaba; posó sus recias manos sobre la mesa, muy cerca de mí.

—Tendrá que hacerlo; si no, mi respeto hacia usted puede cambiar, ya me entiende a lo que me refiero. La espero en las cuadras y dese prisa, mujer.

Sabía lo que quería decir, solo pensar en esa idea me ponía nerviosa. Debía moderarme en mis respuestas.

Korvan estaba en las cuadras esperándome, montado en su caballo. Subí al corcel destinado para mí. Me miraba de reojo, serio.

—¡A sus órdenes, conde de Estanglia! Lo seguiré allí, adonde vaya —me burlé. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Así me gusta. Está aprendiendo rápido.

Cabalgamos hasta un valle; la mañana era húmeda y fría. Desde la colina donde nos encontrábamos, se veía la ladera verde; los campesinos estaban

trabajando las tierras, mujeres y niños ayudaban en las labores del campo.

—Esa es mi gente, por la que defendiendo mis tierras, a los que protejo y por los que el honor de mi sangre tiene que quedar intacto.

—¿Tan importante es para usted el honor?, ¿estaría dispuesto a matar por eso?

Me miró sorprendido ante mi pregunta.

—¡Sí, por supuesto! El honor lo es todo; es el respeto a la sangre que corre por mis venas, la obediencia de los hombres y mujeres que trabajan mis tierras.

—Sí, eso puedo entenderlo, pero... ¿matar?

Sus ojos grises se clavaron en los míos.

—Si alguien hace daño a lo que amo, estaría dispuesto a todo, no lo dudaría. No tengo miedo a nada ni a nadie y menos a la muerte.

Giró su rostro, inició la marcha con su caballo ladera abajo hasta el valle.

—¿Acaso usted sabe lo que es el amor? Porque yo creo que desconoce el significado de esa palabra.

—Habla demasiado, mujer. ¿Y usted?, ¿acaso sabe lo que significa?

—No me ha respondido.

—Usted tampoco lo ha hecho. —Guardó silencio y después aminoró la marcha de su caballo y continuó hablando—. El amor es una debilidad, hace al guerrero frágil y vulnerable en cualquier batalla.

—¿Todo lo lleva a la guerra? Pues, entonces..., empezamos mal.

—No entiendo por qué dice eso.

—Usted nunca ha estado enamorado, por eso no le da valor. Es más, me atrevería a asegurar que, detrás de esa fachada de duro guerrero, corazón frío y orgulloso caballero sajón, se esconde un hombre apasionado que, cuando se enamora, será capaz de abandonar todo por la mujer que le robe ese corazón..., si es que tiene.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—¿Esa es la imagen que tiene de mí? —me preguntó.

—Sí, y creo que no es muy mala si tengo en cuenta por todo lo que me está haciendo pasar.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué? —le pregunté.

—¿Sabe lo que es el amor?

—Desde luego, más que usted. He de reconocer que no he tenido la oportunidad de enamorarme, pero mi corazón está abierto a ello.

—Pero... ¿no ha estado con muchos hombres?

—Bueno..., no tantos, algunos. —Ante mi respuesta él levantó las cejas sorprendido y alarmado. Me reí—. Es broma, no he estado con ningún hombre... —mentí. Empezaba a sospechar que pensaba que era una prostituta.

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué se ríe? —le pregunté molesta.

—De usted, es una mujer diferente al resto. Ninguna dama respetable osaría sacar este tipo de conversaciones con un caballero y menos bromear con esos temas. Y usted... ¡Ja, ja, ja! ¿De dónde ha salido?

—¿Qué insinúa? Porque si lo que está diciendo es que yo no soy una mujer respetable por hablar de amor y de...

—No, no quiero decir eso, simplemente que es diferente. —Me miró—. Para serle sincero, eso me gusta de usted.

Me observó y me guiñó un ojo, empezó a galopar. ¡Por fin veía en él un gesto de humanidad debajo de esa coraza!

Llegamos al valle. Muchos niños, al verlo, se arremolinaron a nuestro alrededor. Él dio un salto y empezó a cogerlos en brazos a cada uno de ellos; se sabía los nombres de todos y se notaba que los niños lo adoraban. Les acariciaba las cabecitas y a más de uno le daba besos en sus mejillas sonrosadas. Esa escena me sorprendió, jamás imaginé que ese hombre, que conmigo se estaba comportando de una manera fría y cruel, tuviese corazón y le gustasen los niños. No podía dejar de observar esa imagen de guerrero fuerte, alto, con su cota de malla, guantes y gambesón jugar con los más pequeños; me gustó. Me miró y me ayudó a bajar del caballo. Me dio su mano enguantada y fijó sus bonitos ojos en mí.

—No soy tan cruel como usted cree. —Me guiñó el ojo.

—Por el momento no me ha demostrado otra cosa.

Los campesinos y sus esposas nos daban la bienvenida. Él se alejó con uno de ellos, debía ser un jefecillo de la aldea. La esposa de este se quedó a mi lado; era una mujer regordeta, pelirroja y de ojos verdes, me miraba con una

gran sonrisa.

—¡Qué alegría me da ver al señor con una mujer! —me dijo.

—¿Por qué lo dice? —le pregunté. Quería indagar más en la vida de ese hombre; me resultaba enigmático y sabía que, bajo esa fachada de guerrero cruel, había algún motivo que lo empujase a ser así.

—No, porque nunca lo hemos visto en compañía de una dama. Usted es la primera, señorita. Ya es hora de que se case y tenga herederos. —Ante esa frase me ruboricé; ella lo notó—. ¡Oh!, ¡disculpe!, no he querido molestarla con mi comentario.

—No, no se preocupe. No creo que él quiera una esposa.

—Sí, claro que la quiere. Ningún hombre puede pasar sin una mujer a su lado. Además, él lo tiene todo; es un joven muy apuesto, de principios y honor. De hecho, si no tiene ya mujer es porque él no ha querido; damas interesadas ha habido, créame. —Me guiñó el ojo. Otra vez salía la palabra honor, ¡qué importancia daba esta gente a eso! Continuaba hablando—. Además, usted es muy bonita y, por la forma que él la mira, yo aseguraría que le gusta.

—No, está usted muy equivocada, yo solo soy una amiga de la familia.

—Por cierto, mi nombre es Wilda.

—Ana. Encantada, Wilda.

—¿Se quedarán a la fiesta?

—¿Qué fiesta? —le pregunté.

—¿No se lo ha dicho el conde?

—No —dije sorprendida.

—Ha habido otro nacimiento y, siempre que nace un niño, el conde está presente en su bautizo. Mire, allí está el padre Peter, la celebración está a punto de comenzar.

—Pero... ¿el conde lo sabía?

—¡Pues claro!, él está al corriente de todo lo que sucede en sus tierras.

Dicho esto la vi cómo se alejaba hasta donde estaba el sacerdote. Observaba a la gente; me parecía mentira estar viviendo esa situación. Allí, en ese lugar, después de los últimos acontecimientos vividos, respiraba paz, algo que necesitaba desde hacía mucho tiempo. Vi a Korvan, me buscaba con la mirada; al verme se dirigió a mí.

—¿Se puede saber cuándo tenía pensado decirme que veníamos a una fiesta? Si lo hubiese sabido, me hubiese vestido de otra forma.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Ya se lo ha dicho Wilda?, esa mujer no puede callar nada. —Observé cómo se quitaba los guantes y los agarraba con una de sus manos; con la otra cogió mi mano—. ¡Vamos!

Me hizo estremecer. Me llevó hasta donde iba a tener lugar el bautizo. Todos los aldeanos estaban de pie; el sacerdote echaba agua, con un cuenco de madera, en la cabecita del bebé mientras pronunciaba unas frases en latín. Korvan puso su mano en la frente del niño y después lo levantó, con una gran sonrisa en su rostro, mientras este lloraba; lo besó en la mejilla y se lo dio a su madre. En ese momento un instrumento rústico hecho de madera, desconocido para mí, comenzó a emitir una música armoniosa y divertida. Todos los allí presentes empezaron a beber vino, cerveza y a comer carne, que no quise investigar de qué animal se trataba.

—¿Me permite este baile? —dijo Korvan.

Asentí con una gran sonrisa, me apetecía divertirme.

Era una danza curiosa. Lo que no entraba en mis planes era que el contacto con aquel guerrero que tenía frente a mí me iba a hacer temblar. En una de las ocasiones me rodeó la cintura y aproximó mi cuerpo al suyo. Qué me pasaba, ese hombre me había secuestrado, era su prisionera; él lo había querido dejar claro desde el principio, al igual que sus intenciones, pero yo empezaba a sentirme atraída por él. Había algo en el conde que me hacía sentir y vibrar cada vez que estaba a su lado. Me miraba con intensidad, me ruboricé, bajé mi rostro; él puso con suavidad su dedo índice en mi barbilla, y me forzó a levantar mi mirada y fijar mi vista en él.

—No me mire de esa forma, me hace sentir incómoda.

—¡Vaya!, es la primera dama que me dice eso. Cualquier mujer hubiese querido estar en este momento en su lugar.

—¡Qué modesto es usted!

—¡Ja, ja, ja! Bueno, es la verdad, para qué voy a mentirle —dijo guiñándome un ojo.

—Pues yo no soy ninguna de esas mujeres; es más, le voy a ser muy sincera: estoy deseando que llegue el día en que lo pierda de vista.

—Pues siento decirle que para eso todavía queda mucho. —Se carcajeó ante mi comentario.

—¡Pero si el conde es capaz de reírse! Pensé que no sentía ningún tipo de emoción—. Arqueó una de sus cejas ante mi comentario.

—¿Esa es la imagen que le doy?

—Sí, frío y calculador, incapaz de sentir. —Noté que mi comentario no le había gustado.

—Sí, quizás sea así, tendrá que irse acostumbrado —se burlaba.

Me aproximó más a él. Su mirada estaba fija en mí; aquellos penetrantes ojos grises me intimidaban.

—Siempre, cuando un niño es bautizado, se pide un deseo —me dijo—. No se olvide de hacerlo una vez que finalice la música.

—¿Usted cree en esas cosas? —le pregunté.

—No, pero siempre lo hago, por si acaso.

—Yo no creo en eso.

—¿Pero nunca ha deseado algo? —me preguntó.

Lo miré, estaba pendiente de mi respuesta; de repente parecía que tenía interés en saber cosas de mí.

—Pues sí, hay algo que he deseado desde pequeña y jamás lo he hecho. Recuerdo que mi padre me prometió que me llevaría a un lugar donde podría realizar mi sueño, pero jamás lo hizo. Murió y ese deseo de infancia quedó en el olvido. —El recordar a mi padre me hizo sentir mal, quería regresar a mi casa, junto a mi abuela.

—Lo siento.

—Bueno, ahora ya no tiene importancia, pero de pequeña sí que deseaba hacerlo.

—¿Y cuál era ese deseo? —preguntó.

—Se va a reír. —Lo miré, estaba pendiente de mi respuesta—. Siempre he querido tener un halcón que, al levantar mi brazo, se posase sobre este y obedeciese a todo lo que le dijese. —Sonrió ante mi respuesta—. Lo ve, se ha reído, ahora se burlará de mí.

—No, me ha sorprendido. —El baile cesó—. Pídalo —me susurró—; a lo mejor, en esta ocasión, hay suerte y se le cumple.

Observé cómo se alejaba. Se fue a hablar con el sacerdote; yo los

contemplaba desde la lejanía. Ambos me miraban, estaban murmurando sobre mí.

—¿Quién es usted?

Me giré para ver quién era la persona que me preguntaba. Era una campesina joven, rubia, bonita y desaliñada. Percibí odio en su mirada.

—¿Y usted? —le pregunté sin responder.

—No me gusta, señorita, nos va a traer desgracias a estas tierras. Es a usted a quién él busca.

—¿Quién me busca? —le dije intrigada.

—Usted lo sabe muy bien. Hernes, él sabe que está aquí, la ha estado esperando desde hace mucho tiempo y ahora la siente, la huele.

—No sé de qué me habla, no conozco a ese tal Hernes.

—Lleva su marca. —Señaló mi colgante.

En ese momento vino Wilda a rescatarme.

—Hernes la encontrará; nadie escapa de él y a usted la está buscando —me susurró.

Wilda la miraba, después se giró para observarme.

—¿Está bien?, está pálida. ¿Es por algo que le ha dicho Amana?

—Estoy bien, gracias, Wilda.

—Amana es una joven muy rara, siempre ha sido una muchacha solitaria. La dejaron en la aldea cuando era un bebé, nosotros nos ocupamos de ella. Siempre ha tenido un lado oscuro..., así que mejor no se acerque a ella.

—¿Oscuro? —pregunté.

—Mejor que no sepa más, señorita. Aléjese de ella.

En ese momento escuché la risa escandalosa de Korvan. Ambas lo contemplamos.

—Se nota que a él le gusta usted.

—No, está muy equivocada, Wilda. Él... solo ama su honor, nada más.

—Lo conozco desde que era un niño y créame que no estoy equivocada. — Me sonrió—. Korvan puede parecer frío, duro, pero en realidad es la armadura que se pone para que nadie penetre en ese corazón. Ha sufrido mucho, ¿sabe? El asesinato cruel de sus padres delante de él lo marcaron para toda su vida.

—¿Las muertes de sus padres?

—Sí. —Me miró—. Por favor, no le diga nada, se enfurecería conmigo.

—Descuide, Wilda. Pero ¿qué fue lo que ocurrió?

—Por aquel entonces Korvan tendría unos doce años, su hermana era muy pequeña. Entraron unos hombres al castillo y mataron delante de él a su padre y violaron y asesinaron a su madre; eso lo marcó para siempre. Antes de marcharse el conde de York le hizo una cruz con su espada en su tórax, para que nunca olvidase este hecho. Él era un niño feliz, pero desde entonces tuvo que asumir una gran responsabilidad y un dolor inmenso en su corazón. Los deseos de venganza y rencor siguen vivos y eso hace que él se muestre así.

—¿Por qué mataron a sus padres?

—Hubo muchos comentarios al respecto. El padre de Korvan era un hombre muy justo. El único hijo de un noble del condado de York había abusado de varios niños campesinos; el padre de Korvan se enteró y captó al hijo de este conde, lo que incrementó el odio y los deseos de venganza del noble.

—¿Y qué ocurrió después de ese trágico suceso?

—Nadie acusó al verdadero asesino, ya que no dejaron a ningún testigo vivo, a excepción de Korvan y de su hermana. Después su tía, la condesa de Snowdon, se ocupó de ellos hasta que Korvan tuvo la edad suficiente de hacerse cargo de sus propias tierras y de su gente.

—¿Korvan no intentó ir tras él?

—Sí, pero el conde viudo murió y su hijo desapareció, ni rastro de él.

—No lo sabía. —Me fijé en él, en aquel guapo guerrero que, ante su apariencia fría, escondía un trágico y horrible pasado. Sentí ternura hacia él, lo empecé a ver de otra forma, aunque eso no justificaba el comportamiento que tenía hacia mí.

Él vio que lo observaba y en la lejanía se quedó mirándome. Se acercó hacia donde yo estaba, seguido del sacerdote.

—Querida —me dijo el padre Peter—, como este orgulloso cabezota le haga daño, se va a enterar él de quién soy yo. —Se alejó.

Nos quedamos los dos solos. En esos momentos, solo contemplaba ese dolor en lo más profundo de su ser.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó.

—Korvan, ¿cuál es el deseo que siempre pide? Yo se lo he dicho, pero

usted a mí no.

Me escrutaba con intensidad, quería ser yo la mujer que rompiera esa armadura y pudiera entrar en ese corazón. Era el guerrero de mis sueños y en ellos él siempre me protegía. En ese instante tenía unos sentimientos contradictorios, ya que por una parte quería ser yo la que curase sus heridas, pero por otra lo odiaba por cómo se comportaba conmigo.

—¿Por qué quiere saberlo? —me preguntó.

—Hemos hecho un trato: yo se lo he dicho, ahora le toca a usted. —Le guiñé un ojo, él sonrió ante mi gesto.

—Deseo sentirme libre, en paz, como las águilas que vuelan sobre los acantilados. ¿Contenta?

—Sí, mucho.

Ya no volví a estar más a solas con él.

Regresamos al castillo, en silencio. Al entrar en el patio de armas, había dos guerreros que se alegraron al verlo; Korvan dio un salto y se dieron un gran abrazo.

Uno de ellos, el más mayor, me escrutó y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Después observó a Korvan, quien siguió su mirada, y le dio un codazo en el costado.

—¿Y esta bonita mujer? —Otro noble, un joven alto, fuerte y bastante atractivo que respondía al nombre de Aldan, centró su mirada en mí—. Después de nuestra última reunión, nos ha hecho caso: necesitaba a una mujer, ¡ja, ja, ja!

Me ruboricé ante ese comentario. Bajé del caballo, me puse delante de ellos.

—Caballero, no sé lo que está dando a entender. Yo no soy la mujer de su noble amigo, él me ha raptado y me retiene en su castillo en contra de mi voluntad. Me está utilizando para vengarse. Si me disculpan, me voy a mi cárcel.

Me observaban atónitos. Uno de sus soldados me seguía. Mientras me alejaba escuché sus risotadas.

CAPÍTULO 15

El rey, Juan i, contemplaba, sentado en su gran silla de madera, al mercader italiano, Julius, que había irrumpido la tarde anterior en su castillo exigiendo una reunión con él. Este no estaba dispuesto a aceptar las exigencias de un italiano, así que lo citó para el día siguiente. El mercader había aparecido en la estancia con una bolsa de cuero negro, llena de monedas de oro; al ver estas el monarca accedió a escucharlo. Julius se acercó con cautela y guardó cierta distancia.

—¿Y bien? —preguntó despectivamente el soberano mientras fijaba su mirada en cada una de las monedas que contenía aquella bolsa.

—Su majestad, vengo a exigir justicia. Mi esposa ha sido secuestrada por un conde sajón. Usted tiene que intervenir en este episodio, me debe devolver a mi esposa y castigar a ese noble.

Juan i levantó con lentitud su mirada; su rictus estaba torcido y sus diminutos ojos se fijaban, sin apenas pestañear, en el hombre sudoroso que tenía frente a él.

—¿Me exige? ¡Nadie exige al rey!

—Disculpe, me he expresado mal. Le suplico. —Le temblaba la voz.

—Eso está mejor. —El monarca se levantó y anduvo lentamente hasta ponerse muy cerca de aquel hombre—. ¿Quién es ese noble sajón?

—Por lo que he averiguado, es el conde de Estanglia, responde al nombre de Korvan.

—Korvan... —repitió el rey. No sabía quién era, pero odiaba a los sajones; tenía muy claro que eran sus grandes opositores y que estaban tramando quitarle del trono. Nunca hubiese accedido a lo que le dijese ningún mercader, pero en esta ocasión le producía un gran placer ayudarlo, ya que se

trataba de uno de ellos. Podía utilizar aquel suceso para matar a aquel hombre; sería el aviso para que todos los sajones supieran de lo que es capaz Juan i—. Muy bien —dijo —, lo ayudaré siempre y cuando reciba dos bolsas más de estas —dijo el soberano mostrándole las monedas de oro que retenía en su mano.

—Sí, su majestad —respondió inclinando levemente su cabeza.

—¿Cómo es su esposa, mercader?

—Es muy bonita, señor. Lleva un anillo, por el que la podrán reconocer sus hombres y usted, un anillo de oro con un rubí incrustado, el cual lleva dibujado la forma de un pez.

Al escuchar esto Juan i levantó las cejas, sorprendido. Lo primero que se le vino a la mente fue que su mujer podría ser la joven que andaba buscando y que se tratase del anillo que tanto ansiaba.

—¿Un pez ha dicho?

—Sí, señor, un pez. Es una joya de sus antepasados.

El monarca sonrió; por fin un golpe de suerte, el destino le había traído a esa mujer. Mataría dos pájaros de un tiro; primero acabaría con el sajón y después, con ella. Aunque tenía que pensar muy bien su estrategia; no podía irrumpir en el castillo de ese conde y matarlo, eso provocaría un gran odio hacia él y un enfrentamiento que podría acabar en guerra.

El mercader se marchó del palacio. Entre los grandes cortinajes de la sala, apareció un hombre bastante alto, vestido de negro y con una capa del mismo color, que ocultaba su rostro; el monarca, al verlo, se puso pálido.

—¡Te dije que no salieras de tus aposentos! —dijo el rey.

—Es ella. —Una voz ronca y siniestra salió de la garganta de ese ser.

CAPÍTULO 16

Derian me observaba con los brazos cruzados sobre su pecho y con una gran sonrisa en su rostro. Aldan estaba expectante, con su mano puesta en su sable, a la espera de mi respuesta.

—Sí, ella tiene razón, es mi prisionera.

—¡Korvan! ¿Te has vuelto loco? Para tener una mujer en tu alcoba, no es necesario que la raptés. ¡Qué bajo has caído, amigo! Sí, esta es muy bonita, pero tú podrías tener a cualquier otra sin necesidad de hacerla tu prisionera. —Derian se burlaba.

—Deja que se explique, Derian. Después de tanto tiempo sin una mujer, lo mismo es que nuestro amigo ha enloquecido y no sabe cómo conquistar a una dama. ¡Ja, ja, ja!

Ambos se reían y burlaban a mi costa.

—¡Os creéis muy graciosos! No pretendo hacerla mía, si es lo que insinuáis; ya os dije que no estoy necesitado de una mujer.

—¡Ja, ja, ja! —Rio Derian—. Eso díselo a otros, amigo. ¡Ja, ja, ja!

—Su esposo ha ensuciado el honor de Audrey. Yo me voy a vengar de la misma manera.

—¿Está casada? ¡Muchacho!, creo que te has metido en un buen lío. ¿Es que has perdido la conciencia del deber de un caballero?

—No, pero mi hermana es sagrada y él abusó de su inocencia.

—¡Devuélvela a su esposo, Korvan! —ordenó Aldan.

Me acerqué a ambos, nadie me iba a decir lo que tenía que hacer.

—No. Y por vuestro bien, no os metáis en mis asuntos.

—Muy bien, muy bien, pero, cuando ese hombre te declare la guerra, no vengas a pedirnos ayuda. Ya te lo hemos advertido —dijo Derian.

—Si eso ocurre, tranquilos, que no recurriré a vosotros —les respondí tajante.

—¡Cabezota, orgulloso! —refunfuñó Derian—. No tocaremos más el tema, si es lo que quieres, pero no te entiendo y no estoy de acuerdo con tu forma de actuar. ¡Danos de comer, amigo!

Di instrucciones precisas a Avi para que subiese la cena a Ana. En realidad me apetecía más pasar la velada cenando con la joven que con mis amigos. Ella tenía algo especial, hacía mucho tiempo que no me sentía atraído por ninguna dama y ella... me transmitía paz. La conocí a través de mis sueños; ¿qué significado tendría todo aquello? Deseaba indagar sobre ella y estar junto a esa mujer. No entendía estos nuevos sentimientos, desconocidos para mí. ¿Por qué?; me recriminaba esta actitud, ya que siempre me había alejado de cualquier mujer, y más si presentía enamorarme de ella. Sabía que el estar junto a la joven resultaba más peligroso que con otras mujeres con las que había estado. Sentía una fuerza extraña que me empujaba hacia Ana. Me gustaba verme reflejado en sus bonitos ojos negros; me encantaba cuando se ruborizaba e incluso cuando no dejaba de parlotear, enfadada, intentando imponer su voluntad.

Aldan intervino con otro tema.

—Por cierto, el duque de Lancaster ha regresado.

—Lo sé —respondí—. Va a dar una fiesta, me mandó una invitación a través de un mensajero.

—¿No os parece un poco extraño su regreso? —dijo Derian.

—Sí, y siento curiosidad de averiguar el verdadero motivo de volver a Inglaterra. ¿Vendrás con nosotros, Korvan? —preguntó Aldan.

Yo apenas prestaba atención a la conversación, mis pensamientos estaban en Ana. Tenía que apartarla de mi mente.

—¡Korvan! —gritó Aldan. Lo miré—. ¿Se puede saber qué te pasa? Te he hecho una pregunta y ni te inmutas.

—Perdona, amigo, ¿qué me has preguntado? —le respondí.

—Partimos mañana —dijo Aldan mirándome muy serio, intrigado por ese despiste mío—. Vendrás con nosotros, ¿no?

—No —respondí. Quería llevarme a la mujer conmigo; ponía excusas de que, si la dejaba sola, intentaría escaparse, pero en realidad eran pretextos, porque lo que no estaba dispuesto a hacer era separarme de ella—. Tengo que decidir si me llevo a la joven o la dejo en el castillo.

Derian me miró con interés, puso una de sus manos sobre la mesa y con la otra se bebió la jarra de cerveza de un trago.

—Amigo, jamás pensé que escucharía eso de ti. ¿Una mujer te retiene? —dijo Derian—. ¡Ja, ja, ja!

—No, mi prisionera —dije con rotundidad. Me molestaban sus insinuaciones, algo que no estaba dispuesto a aceptar.

—Da igual, es una mujer. No me puedo creer que estés así. Y para colmo te niegas a reconocerlo; eres un terco, orgulloso y cabezota —dijo Derian.

—Bueno, hay que reconocer, amigo —respondió Aldan—, que la mujer es muy bonita.

—¡Basta ya! —grité levantándome de la mesa—. Esa muchacha es mi prisionera, y en estos momentos es muy valiosa para mí. Ella representa la realización de mi venganza y no estoy dispuesto a que se escape.

—Entonces, lo mejor es que te la traigas. Ya está decidido, Korvan: mañana nos ponemos en marcha con la mujer. Dices que es tu prometida y listo —dijo Derian.

—Debo hablar con ella —respondí.

—¿Desde cuándo se habla con una prisionera? —preguntó Aldan.

—¡Ja, ja, ja! —Ambos se rieron.

—Amigo, ese corazón duro late por esa mujer. ¡Ja, ja, ja! —dijo Derian.

—Mi corazón nunca latirá por ninguna mujer —respondí. En ese momento Avi apareció por la puerta—. Guía a estos dos mamarrachos a sus habitaciones, mañana tienen que emprender un viaje.

—Y tú también, conquistador. ¡Ja, ja, ja! —Se rio Derian.

Me quedé pensativo. Iba a hablar con ella, me la llevaría conmigo. Subí las escaleras a gran velocidad, abrí la puerta y allí estaba, observando por la pequeña ventana. Miré con rapidez a su plato, estaba vacío. Después me centré en ella; esta se mantenía distante. Creí verla asustada, llegué a pensar que sospechaba que iba a abusar de ella.

—Tranquila, no voy a hacerle nada, tal y como se lo prometí.

—Entonces..., ¿qué es lo que hace aquí?

—Mañana partimos, muy temprano. Irá conmigo al condado de Lancaster.

—¿Por qué? Yo no quiero viajar, anhelo que me suelte. Me dijo que solo quería que me viesen con usted, ese fue el trato y no lo que me propone ahora.

—Nos iremos antes del amanecer. —Volví a repetir, no quería darle ninguna explicación a mi decisión.

—¿Y ya está? ¿Qué pretende?: ¿humillarme aún más? Solo iré sin oponerme si me promete que después me soltará.

—Eso no lo voy a hacer —le respondí mientras ella se acercaba hasta ponerse prácticamente frente a mí.

—Entonces, rompo la promesa que le hice de que no intentaré escaparme.

—¡Me dio su palabra! —le dije.

—Sí, y usted me prometió que me soltaría. Si voy a una fiesta, creo que es bastante humillación: me verá mucha gente con usted, murmurarán... ¡Eso es lo que usted quiere!, así que se habrá cumplido con creces su afán de venganza.

—Muy bien, de regreso la pondré en libertad. —Sabía que no iba a ser capaz de hacerlo.

Estaba tan cerca de mí que sus ojos negros se clavaban en los míos. La deseaba, me tuve que controlar para no abrazarla y besar sus labios. Me aparté y cerré la puerta tras de mí.

Necesitaba subir a la torre a respirar aire puro. Me senté en el suelo, tapé mi rostro con mis manos. Tenía tanto rencor en mi alma por todo lo que había pasado en mi vida que me costaba abrir mi corazón, pero ella... Esos sueños eran la manifestación de mis sentimientos hacia Ana. Fueron premonitorios, me avisaron de lo que iba a suceder.

—¿Tú tampoco puedes dormir, amigo? —Era Dylan, no lo había visto.

—No, no puedo. Además, mañana partiré hacia el castillo del duque de Lancaster. Dylan, quiero que vengas conmigo. Arian se quedará en el castillo, controlando a los hombres y protegiéndolos.

Dylan me miraba con interés. Una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Y ella?

—Se viene conmigo.

—¿Y qué les dirás a la condesa, al conde y a su hija cuando la vean?
—Que es mi protegida.
—¿Tu protegida? ¡Ja, ja, ja!
—¿A qué vienen esas risas? —Estaba molesto.
—Por nada... ¡Ja, ja, ja!
—No tiene ninguna gracia. —Me levanté enojado—. Mañana hay que madrugar. Ella será mi venganza.

CAPÍTULO 17

Aquel hombre me ponía de los nervios, era muy dominante. Estaba amaneciendo, llevábamos dos horas cabalgando. Yo iba al lado de su amigo Dylan y él, con los otros dos caballeros delante, marcando el ritmo. Lo observaba, contemplaba su ancha espalda y la forma erguida y elegante con la que montaba a caballo; era todo un guerrero. ¡Qué hacía yo allí! No entendía nada, me estaba volviendo loca. En ese momento me vino a la mente la imagen que había visto tras la ventana de mi habitación justo antes de que entrase Korvan. Era ella, estaba en el patio mirando hacia mi ventana. A pesar de que llevaba una capa, al descubrirse el rostro enseguida, la reconocí, era Amana. ¿Pero cómo entró al patio de armas sin ser vista por los soldados de Korvan? ¿Por dónde accedió al castillo? ¿Por qué sabía que yo estaba en esa habitación? Miró hacia arriba, alzó sus manos hacia mi ventana. En ese momento entró Korvan y cuando se marchó volví a observar y ya no estaba allí, había desaparecido. Recordé lo que había dicho: que Hernes me estaba buscando. ¿A quién se referiría? Estaba agotada.

No sé cuánto tiempo transcurrió cuando empezamos a divisar las almenas del castillo del duque. Atravesamos un puente de piedra; ante mí se encontraba una increíble fortaleza. Pasamos el foso y accedimos al patio de caballería; los soldados y mozos de cuadra enseguida vinieron a nuestro encuentro.

Korvan detuvo su caballo y se desmontó de un salto; yo no podía dejar de mirarlo, me atraía tanto que, aunque lo detestaba por todo lo que me estaba haciendo, mis gestos me traicionaban. Sus amigos lo imitaron y los mozos de cuadra llevaron a los animales al bebedero.

—¿La ayudo a bajar, señorita? —me dijo Dylan. En ese momento Korvan

miró de reojo.

—Gracias —respondí.

Enseguida apareció, en el patio de armas, un hombre fuerte, grueso, de tupida barba, manos anchas, pelo largo y descuidado.

—¡Vaya, vaya! Pensé que nunca ibais a aparecer.

—Duque de Lancaster —dijo Aldan.

—¡Qué son esos formalismos! Los caballeros del León no saludan así a un amigo. ¡Ja, ja, ja!

Ante esa respuesta del duque, Derian y Aldan se carcajearon; Korvan se mantenía distante, frío con él, lo escrutaba.

Allí estaba yo, apartada de ese círculo, rodeada de hombres rudos, contemplando esa escena y temiendo lo que se avecinaba. En ese instante el duque se percató de mi presencia.

—¿Y ella? —preguntó mientras todos se dieron la vuelta para observarme, menos Korvan. Su indiferencia me hería.

—Es mi protegida —respondió.

—¿Protegida? —le preguntó el duque.

—Sí, el muchacho ahora se dedica a proteger a damas en apuros —dijo Derian.

El duque se acercó a mí; su mirada me estaba poniendo nerviosa. Si Korvan era alto y fuerte, aquel hombre lo superaba.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó a Korvan.

Me fastidiaba que no se dirigiera a mí.

—Me llamo Ana —respondí.

Se sorprendió de que yo abriese la boca. Hizo una mueca.

—Korvan, me parece que tienes un problema con esta jovencita. Tienes que decirle que las damas nunca se dirigen a un caballero a no ser que este expresamente hable o les pregunte a ellas.

Ese comentario me irritó y molestó. No pude evitar contestarle mientras Korvan dibujaba en su rostro una sonrisa. Se lo estaba pasando bien a mi costa y eso me enfadaba aún más.

—Su excelencia —dije con ironía—, lamento dirigirme a usted faltando a toda norma y convencionalismo establecidos. Pero he de decirle que me siento una mujer libre para expresar mi opinión o comentario en cualquier

lugar y momento. Nadie me tiene que dar permiso para hablar.

Tras esas palabras, el rostro del duque se tensó; este se acercó hacia mí con semblante serio. Observé que Korvan se adelantaba interrumpiendo su proximidad hacia mí.

—Jamás vuelva a hablarme sin que yo le dé permiso.

Korvan se puso frente a él; su mano derecha sujetaba la empuñadura de su espada.

—Ella ahora me pertenece y yo soy quien decide cuándo puede hablar y cuándo no. No usted, duque.

Ambos hombres permanecieron serios, uno frente a otro, manteniendo sus miradas fijas en el otro contrincante.

—Pues tendrás que reprenderle ese comportamiento, muchacho.

—Eso es asunto mío, no de usted —respondí.

—Bueno, creo que lo mejor es dejar de hablar de las mujeres y proceder a tratar temas de hombres. Pasemos al interior de la sala.

Todos los allí presentes lo siguieron, a excepción de Korvan, que esperó a que entrasen y nos quedásemos solos. Me miró, sus ojos estaban llenos de ira. Se aproximó a mí, me cogió del brazo.

—¡No vuelva a abrir la boca! El duque de Lancaster es muy poderoso y puede acusarla de bruja si ve este tipo de reacciones en usted.

Iba a hablar, pero él me tapó la boca.

—Sígame, en silencio, y haga lo que le ordenen.

Me asusté al entrar en ese recinto, una sala enorme donde había mesas dispuestas de forma rectangular. Muchos guerreros sucios bebían y reían. Yo quería desaparecer de allí. No había ninguna mujer: todas las miradas de aquellos hombres ebrios se centraron en mí. Korvan me ignoraba por completo sin dedicarme ni una atención ni una mirada. Claro, era normal; ¿qué esperaba?, solo era su prisionera. En el fondo sabía que ese guerrero me atraía y esperaba que en algún momento hubiese, por su parte, un cambio de actitud hacia mí.

Un hombre alto, fuerte, muy atractivo y con unos bonitos ojos verdes se acercó a Korvan y a sus amigos.

—¡Kimball! —dijo Korvan, quien con una gran sonrisa fue a saludarlo seguido del resto.

Y allí me quedé yo, sola, a la entrada de esa sala llena de brutos ingleses; muchos de ellos me desnudaban con la mirada. Vi que Kimball me observaba y Korvan le dijo algo; ante la respuesta de él, todos se rieron y Kimball le hizo un comentario dándole una palmada en la espalda. Lo estaba pasando realmente mal, era muy humillante.

El duque de Lancaster se aproximó a una doncella, me señaló y la ella vino hacia mí.

—Mi lady, el duque quiere que la lleve hasta sus aposentos.

—Gracias.

La joven me guio por unas escaleras hasta una segunda planta. Atravesamos una galería oscura.

—Esta es su habitación, señorita; ya tiene en su interior sus pertenencias. Le avisaré para la cena —me dijo.

—¿Cena? —le pregunté sorprendida.

—Sí, señorita. El duque ha organizado una cena y un baile.

—¡Uff! No, por favor —susurré. En ese momento solo quería desaparecer.

Entré en aquel habitáculo, oscuro, solo iluminado por las llamas de la chimenea que calentaban la habitación. A pesar de estar en el mes de junio, en el castillo hacía frío. «Nunca me podría acostumbrar a estos sitios», pensé; eran poco confortables. Vi que sobre la cama estaba lo que constituía mi equipaje, un vestido que Korvan me había dejado de su hermana y poco más. Me tumbé y ese colchón se hundió hasta el fondo. «¡Dios mío, qué es esto!». Me tendría que acostumbrar a todo eso. Estaba agotada: me quedé dormida. Unos golpecitos en la puerta fueron los que me despertaron.

—¡Señorita, señorita!

Me levanté desorientada, enseguida recordé. Fui a abrir la puerta; era la doncella, quien se quedó mirándome con asombro.

—¡Señorita, es la hora de la cena!

—¡Ay! Me he quedado dormida.

—Le vine a avisar hace una hora y, al no abrir la puerta, supuse que ya no estaba en su habitación, pero el señor Korvan ha preguntado por usted.

—¡Vaya!, qué detalle por su parte —dije en voz alta—. Por favor, ¿podría esperar un momento?, enseguida me visto. Si no me lleva usted a la sala, seguro que me pierdo por esos pasillos.

La invité a pasar; ella, tímida, accedió. Cogí el vestido blanco de la hermana de Korvan, me quedaba un poco largo, y la doncella me ayudó a ponérmelo. Tenía un escote de barco que dejaba ver ligeramente los hombros, y en la cintura una cinta dorada caía hasta el suelo.

—Está muy bonita, señorita.

El pelo estaba totalmente despeinado. La doncella, que respondía al nombre de Mirta, debió adivinar mis pensamientos.

—¿La ayudo? —me preguntó.

—¡Por favor! —le supliqué.

Cogió de la mesa de madera una especie de peine y ordenó con esmero cada uno de mis rizos, dejando mi melena caer por la espalda.

—Está muy bonita, pero debemos darnos prisa, la cena está a punto de comenzar.

Me guio por la galería, bajamos las escaleras y allí estaba aquella enorme sala, con telares que decoraban las paredes. La mayoría de los comensales estaban sentados, a excepción de otra joven muy atractiva que debía ser la mujer del amigo de Korvan, Kimball (así lo habían llamado). Al verla se levantó hacia la joven y, siguiendo sus impulsos, la recibió con una amplia sonrisa. No me di cuenta de que Korvan me observaba; sus ojos grises me miraban con gran interés. A su lado, de pie, había una muchacha que enseguida averigüé que era la hija del duque. Me molestó verla junto a Korvan, estaba coqueteando con él.

—¡Así que esta es la mujer! —dijo ella. Ambos me miraban y se acercaban hacia donde yo estaba—. Querida, la estábamos esperando.

—Ha tardado mucho, la próxima vez sea puntual —dijo Korvan. Su frialdad me hería.

—Espero que no haya próxima vez —le susurré al oído. Aprecié una media sonrisa en su rostro.

Korvan se sentó en medio de ambas. Había mucho ruido en la sala.

Las viandas que había en la mesa no era que me resultasen muy apetecibles, pero tenía claro que debía comer si quería estar fuerte. Debía apartarme de allí y de aquel hombre lo antes posible.

Korvan hablaba con la joven; sus risas y flirteos me ponían frenética, no lo soportaba.

—Estoy deseando ver el torneo mañana. ¿Usted va a combatir, Korvan?

—Por supuesto, Leonor.

—Me dedicará a mí la batalla.

—Si usted lo desea, será un honor —respondió.

El vino de la cena estaba empezando a hacerme efecto, no podía evitar reírme de cualquier cosa.

—¡Ja, ja, ja! —Me carcajeé al escuchar su conversación.

Ambos me observaron. Notaba la mirada fría del joven caballero.

—¿De qué se ríe, querida? —dijo Leonor.

—No, de nada. ¡Ja, ja, ja! —Volví a reír, no podía dejar de hacerlo.

—Pues parece que hay algo que no nos quiere decir y le está provocando mucha risa —dijo Korvan.

—¿A usted le gustan los torneos? —preguntó la hija del duque.

—¿Los torneos? Sí, sí... ¡Me encantan! ¡Ja, ja, ja! —La mirada severa de Korvan estaba fija en mí. Conforme lo veía más enojado, más risa me entraba.

—Por favor, Ann, ¿se puede saber qué es lo que le ocurre? ¡Compórtese! —me susurró.

—Ann..., no, no, no... ¡Ana! —lo corregí.

—Pues, Ana, ¡contrólese! ¿Cuánto vino ha bebido? —me preguntó.

La joven duquesa hablaba con el comensal que tenía a su otro lado.

—Demasiado. —Le sonreí.

—No beba más, está llamando la atención.

—¿Pero no es eso lo que quieres? —le respondí tuteándolo—. Así me verán junto a ti, y tu honor..., ya sabes. —Me burlé. Mientras le hablaba acerqué más mi rostro a él y le di varios toquitos en su brazo con mi dedo índice—. Es lo que estoy haciendo, que nos vean juntos, conde.

Leonor volvió a participar en la conversación. Yo volví a ingerir otro trago de vino y Korvan me quitó la jarra que contenía este y la apartó de mí. Me quedé mirándolo, indignada, ante ese gesto suyo. Tenía sed y estaba claro que, ante la falta de agua, algo tendría que beber; además, al menos el vino me hacía olvidar lo desgraciada que me sentía en esos momentos.

—Querida, pues seguro que va a disfrutar mañana en el torneo, aunque siento decirle que Korvan me dedicará a mí la batalla.

—No se preocupe, no lo sienta, yo no pretendía que me dedicase la batalla. Por mí, todo suyo. —Le guiñé un ojo. Ella se sorprendió ante mi comentario.

Durante el resto de la velada, ellos estuvieron hablando y riendo. Aquella joven coqueteaba de una manera excesiva con él y me estaba molestando. ¿Por qué me sentía celosa? La cena finalizó y la música empezó a escucharse en toda la sala. Korvan sacó a bailar a la joven; yo me levanté y observé cómo danzaban. Me reía sola. «¡Vaya baile absurdo!», pensé. La música me gustaba y me movía al son de esta. Notaba cómo Korvan me seguía con la mirada, serio. Yo no podía dejar de reírme, se me había quitado la vergüenza después de ingerir tanto vino.

Dylan sonrió al verme, se acercó a mí y me invitó a bailar, pero yo estaba muy mareada. Solo reía y mis pies no podían dejar de moverse al escuchar esa música.

—Lo siento —dije—, no sé bailar esto.

—Pues no es eso lo que parece. ¡Ja, ja, ja! No se preocupe, usted sígame y yo le enseño.

Aquel joven me agradaba, era muy diferente a Korvan. Lo pisé varias veces durante el baile, ambos nos reímos. Todo me daba vueltas y no podía dejar de reír.

—Él no es una mala persona —me dijo Dylan.

—¿Quién? —le pregunté.

—El conde —respondió.

—¡Ja, ja, ja! ¿El conde? ¡Ja, ja, ja! ¡No quiero hablar del conde! Entre usted y yo, ese hombre no me cae muy bien. —Las palabras fluían de mi boca sin poder evitarlo, estaba fatal—. Entiendo que para usted no lo sea porque es su amigo, pero a mí sí me lo parece.

—Él ha sufrido mucho y solo tiene a su hermana y...

—¡Pero eso no justifica que él quiera vengarse a costa de mí!

—De verdad que es un buen hombre; parece frío y calculador, pero tiene un gran corazón. Lo que ocurre es que se ha puesto una coraza para que nadie acceda a su alma; solo los que lo conocemos de siempre lo sabemos.

—Lo dudo. Créame que, por mucho que usted me diga cualidades y virtudes positivas de él, no cambiarán mi opinión. Me parece cruel su comportamiento hacia mí; además, es bruto, altivo, arrogante... y muy

atractivo... —Nada más decir esto último, me arrepentí y por un impulso tapé mi boca con mi mano.

—¡Ja, ja, ja! Creo que ha bebido demasiado vino —dijo Dylan.

—Sí, yo lo creo también. —Lo miré con intención—. No vaya a decir esto último a su amigo, porque no es verdad. —Lo dije con la boca pequeña, lo estaba terminando de rematar.

—Tranquila, no se preocupe, no se lo diré a Korvan, aunque a mí no tiene que mentirme, señorita. Cualquiera se da cuenta de que le parece atractivo —me susurró al oído—. ¡Ja, ja, ja!

Me iba a caer al suelo como siguiese dando vueltas con ese baile. Entre el vino, el vestido, que pesaba tanto, y el calor de la sala, creí que me iba a desmayar. El baile finalizó, Dylan se marchó y yo me quedé ahí, rodeada de hombres y mujeres; no había ningún rostro conocido cerca de mí. Todo me daba vueltas. Me llevé la mano a la frente, sentía que en cualquier instante me iba a estampar contra el suelo. En ese momento me agarraron de la cintura, lo agradecí. Miré y era Korvan.

—¿Qué le ocurre?

—Estoy mareada, siento que me voy a desmayar en cualquier momento —le dije.

—Salgamos fuera, ha bebido demasiado. ¡Vaya comportamiento el de usted!

Envolvió mi mano con la suya, recia, curtida por las batallas. Sentí un escalofrío al notar su contacto. Salimos al exterior, atravesamos el gran patio de armas hasta un pequeño jardín. Me senté en una especie de banco de piedra; él se puso a mi lado.

—¿Usted recrimina mi comportamiento? ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia, conde de Estanglia.

—No sé a qué se refiere con lo que acaba de decir. Está borracha...

—Pues sí, borracha. ¿Le desagrada?, usted me ha forzado a ello. Le recuerdo que me tiene prisionera, me ha quitado mi libertad porque le ha dado la gana. ¿Acaso ese no es motivo para beber vino?

—No solo habla demasiado, sino que su comportamiento es más como el de

un soldado que el de una dama.

—¡Ja, ja, ja! Me gusta esa comparación. —No podía dejar de reírme.

—¡Dios mío! ¡Qué mujer! —dijo irritado.

Observé cómo se alejaba en dirección a las cuadras. «Mejor», pensé, quería estar sola. Me centré en el cielo estrellado. La noche era más cálida que las anteriores, no había nubes que ocultasen la luna ni los astros. Entonces, sentí cómo agua fría caía sobre mi rostro y parte de mi cuerpo. Abrí los ojos y ahí estaba él, con una sonrisa odiosa en su rostro y con un recipiente de madera, ahora vacío.

—Así se despejará. —Estaba disfrutando de la escena.

—¡Lo odio! ¡Es usted un indeseable! ¿Cómo se ha podido atrever?

—No me ha quedado más remedio, Ana —dijo mientras acercaba su rostro al mío.

Me levanté, me aproximé a él y lo reté con la mirada.

—¡Lo odio!

—Eso ya lo ha dicho —dijo mostrando una sonrisa en su rostro.

—Algún día se arrepentirá de todo lo que me está haciendo.

—Creo que eso nunca ocurrirá. ¡Ja, ja, ja!

—¡Uff! ¡No lo soporto! —Me di la vuelta.

—El agua ha hecho su efecto. Se encuentra ya mejor, ¿verdad? —Se burlaba de mí.

No le hice caso, lo ignoré por completo. Aquel vestido me iba a matar, esas telas pesaban mucho. ¡Cuánto echaba de menos mis vaqueros! Me empecé a sentir triste al pensar en todo lo que me estaba sucediendo. Quería regresar a mi mundo, sentía miedo y no sabía cómo solucionarlo, cómo volver; llegué a pensar que quizás estuviera muerta. No pude evitar que las lágrimas rodasen por mis mejillas. Tapé mi rostro con mis manos, no quería que él me viese así, pero el vino que había bebido, el agobio por el vestido que llevaba, esa situación —que me superaba— y el agua que él me había tirado habían provocado ese sentimiento de tristeza. Necesitaba desahogarme, llorar.

—¿Qué le ocurre, Ana?

No le respondí, no podía hacerlo. Sentí cómo retiraba con suavidad mis manos de mi rostro, el que giró con delicadeza para que lo mirase. Esos ojos grises apenas pestañeaban.

—¿Y usted me lo pregunta? Sabe perfectamente lo que me sucede.

Estaba rabiosa, dolida. En realidad él no era el principal motivo de mi llanto, pero eso no se lo podía decir. En cierta manera estaba agradecida de que hubiese llegado en el momento justo; ese odioso italiano que decía ser mi marido no tenía muy buenas intenciones para conmigo. Al menos Korvan me respetaba y, aunque se mostraba frío, distante y en ocasiones me sentía humillada por su comportamiento, junto a él me sentía segura, protegida. Pero necesitaba decirle a alguien lo que me pasaba, no podía soportar esa situación por más tiempo.

Me levanté y me puse frente a él hecha una furia.

—Me ha secuestrado, hecho su prisionera, me trata de una manera humillante... No sé cuáles son sus verdaderas intenciones... ¡Quiero regresar a mi hogar!

Eché a correr con la intención de subir a mi habitación y esconderme, pero en la carrera aquel vestido se enredó entre mis pies y caí. Me puse de rodillas y lloré con desconsuelo. Noté cómo sus fuertes brazos me levantaban. En ese momento agradecí que él lo hiciese, necesitaba ese gesto de calor humano. Apoyé mi mejilla sobre su pecho. Él me llevaba hacia mi habitación, en silencio, era hombre de pocas palabras. Entró por la puerta de las caballerizas y accedió a las escaleras que llevaban hacia las habitaciones. Con el pie abrió la puerta y me dejó sobre la cama; se puso frente a mí. Salió de los aposentos y regresó más tarde con una tela para que me pudiese secar la ropa, el rostro y el cuerpo mojados.

—Está agotada, tiene que descansar. Mañana va a ser un día de mucha actividad y necesita estar fuerte para no enfermar. Siento haberle echado el agua, no debí haberlo hecho.

Lo miré con los ojos llenos de lágrimas. Se giró y se fue hacia la puerta. Antes de salir de la habitación, se detuvo; pensé que iba a volver a mi lado, pero pasados unos segundos abrió la puerta y se marchó. Me quité ese vestido y me metí en la cama.

Sentí la suavidad de una caricia en mi mejilla, lo que hizo que me despertara de mi sueño. Abrí los ojos y enseguida vi que él estaba de pie, frente a mi

cama, observándome. Llevaba sus guantes cogidos en una de sus manos, su cota de malla puesta y el almófar bajado. ¡Qué guapo estaba! Me tapé con la sábana hasta el cuello. «¿Cómo se atreve a estar ahí?», pensé.

—Perdone que haya entrado, pero quería asegurarme...

—Sí, sí, de que no me hubiera escapado —dije con ironía. Él arqueó una de sus cejas.

—De que se encontrase mejor. No he podido dormir pensando en usted.

—Vaya, ¿ahora se preocupa por mi estado anímico? ¡Esta vez sí que me ha sorprendido! Pues sí, estoy mucho mejor, gracias.

—Muy pronto empezará el torneo. Elizabeth, la mujer de Kimball, va a venir a buscarla y la llevará hasta el escenario donde este va a tener lugar. Me alegro de que se encuentre mejor. —Se dio media vuelta y se marchó.

Me vestí con rapidez. Me hice una trenza y observé por la pequeña ventana; allí estaba él, se reía mientras hablaba con Dylan, Kimball y Aldan. Al que no vi en esta ocasión era al caballero más mayor, que respondía al nombre de Derian. Korvan se enfundó sus guantes y sujetó su yelmo con una de sus manos. Ese hombre me gustaba; si lo hubiese conocido en otras circunstancias, seguro que habría perdido la cabeza por él. Cada vez que lo veía el corazón parecía que se me iba a salir. Tocaron a la puerta; era ella, Elizabeth.

—Korvan me ha dado instrucciones expresas de que tenía que acompañarte al torneo. —En su rostro se dibujó una bonita sonrisa. Era una mujer muy bella.

—Gracias, mi nombre es Ana.

—Encantada, Ana. Eres la única mujer que Korvan ha presentado a sus amigos, eres afortunada.

—No, créeme que no. Kovan me trae por otros intereses. —Ella me miró extraña.

—Bueno, estos hombres a veces tienen unos comportamientos un tanto raros. Son muy orgullosos y cabezotas. —Me sonrió—. Eso sí, por sus venas corre sangre de valientes guerreros; brutos, en muchas ocasiones. —Sonrió—, pero nobles sajones. El honor, su palabra y los suyos son intocables; cualquiera que se atreva a amenazar a los que aman ya se puede poner a rezar. —Me miró—. Te lo digo porque estoy casada con uno de ellos y los

conozco a todos muy bien. —Me guiñó un ojo.

Le sonreí. Aquella mujer era diferente a todos los que allí me rodeaban, me había caído bien, era cercana. Llegamos a un gran patio de arena, donde había una especie de gradas con asientos y, en la parte central, un palo alto de madera. Los jinetes estaban preparados; enseguida reconocí, entre ellos, a Korvan, quien todavía llevaba el yelmo sujeto en su mano. Él me localizó y me miró con intensidad. Creí observar que me regalaba una sonrisa aunque supuse que serían imaginaciones mías, ya que estaba con sus amigos y todos ellos se reían y divertían. Nos sentamos.

—Allí están —me dijo Elizabeth señalando al grupo de amigos—. Hoy la lucha es por alianzas. Ellos son una; todos tienen el emblema del León y lucharán contra los demás clanes. Cada uno elige a una dama; si ganan comenzarán el baile con la joven elegida.

Observé cómo Korvan susurraba algo en el oído a Dylan. Ambos me observaron, después sus miradas se centraron en Leonor.

—Hoy es un día muy especial —dijo Elizabeth.

—¿Por qué? —le pregunté.

—La hija del duque ha cumplido la mayoría de edad y su padre está abierto a negociar el matrimonio de esta con los caballeros sajones que hoy se encuentran aquí. Korvan es el más deseado entre las féminas, pero él es un alma libre que jamás ha querido comprometerse a pesar de las presiones que ha tenido. Aunque te voy a ser sincera, Leonor tiene puestos sus ojos en él, pero... —Me miró—, si mi intuición no falla, estoy segura de que él está interesado en otra joven.

Por cómo me lo decía, parecía que era yo esa mujer. ¡Si ella supiera!

—¿En qué consiste el torneo? —le pregunté.

—¿Nunca has estado en ninguno?

—No, es el primero. —Sonrió al escuchar mi respuesta.

—El duque es el que da comienzo a la batalla. Se enfrentan los caballeros de cada grupo; los que van perdiendo salen del campo de juego. Al final el clan que quede con más guerreros en el campo de batalla es el que gana el juego. Antes de que todo comience, los tambores dan la señal para que los caballeros cojan sus lanzas y pongan el pañuelo del color de su emblema en la punta de esta. Se montan en sus caballos, sin sus yelmos, y se acercan al

lugar donde están las damas. Uno a uno va eligiendo a la mujer con la que quiere iniciar el baile, si estos resultan victoriosos. El caballero apunta con su lanza a la dama y esta tiene que coger el pañuelo y anudárselo a la muñeca. Después todos se disponen en línea, frente al duque, quien dará comienzo al juego. Por cierto, puedes llamarme Beth.

—Pero... pueden terminar heridos...

—Sí, querida, eso seguro, pero por experiencia también te digo que para ellos una herida profunda y dolorosa es un rasguño sin importancia. ¡Ja, ja, ja! Están tan acostumbrados a librar batallas y a luchar y herirse que no sienten el dolor. —Ambas nos carcajamos ante esa evidencia.

Los tambores empezaron a sonar. Tal y como me había explicado Beth, los jinetes se subieron a los caballos, ataviados con sus trajes de batalla, con sus lanzas en alto, y en la punta cada uno con el paño del color que representaba su estandarte. No me entendía, no podía evitar que mi mirada se centrara en Korvan, me atraía más de lo que yo era consciente, más de lo que yo quería. Estaba celosa de que Leonor fuera la elegida para ser su dama; él se lo había prometido durante la cena la noche anterior. Korvan se posicionó en el último lugar; delante de él iba Dylan. Kimball fue el primero de su grupo que eligió a Beth. Los envidié; se les notaba que se amaban mucho y que entre ellos había mucha complicidad. Así fueron uno a uno hasta que le tocó a Dylan, quien, para sorpresa mía y de Leonor, la eligió a ella; esta no tuvo más remedio que aceptar el pañuelo del joven. Me quedé sorprendida y más cuando me percaté de que Korvan se acercaba a mí con su caballo; mi corazón latía con celeridad. Sus bonitos ojos grises estaban fijos en los míos; una bonita sonrisa se dibujó en su rostro, levantó su lanza y me apuntó con esta. Estaba sorprendida y emocionada. Cogí con torpeza el pañuelo e imité a Beth, anudándomelo en la muñeca; él inclinó su rostro y después se giró para reunirse con los caballeros de su clan. «No te hagas ilusiones, lo ha hecho para tenerte controlada y para que su venganza se lleve a cabo», pensé.

La batalla dio comienzo, los caballeros se dispusieron a luchar uno a uno. No me creía estar viviendo ese espectáculo. Los guerreros empezaron a desfilar, cabalgando a gran velocidad por el campo, hasta que sus lanzas chocaron con fuerza y violencia sobre el escudo del otro contrincante. Habían caído muchos hombres; de ellos solo quedaban Kimball, Aldan y Korvan. Era

la batalla final; si lograban vencer a uno de los otros oponentes, la victoria sería suya. En esta ocasión era Kimball el que se batiría, era muy fuerte. Su lanza chocó con tanta fuerza en el escudo del otro jinete que este cayó al suelo; Kimball bajó del caballo para ayudarlo a levantarse y el derrotado aprovechó el momento para sacar su espada.

—¡Oh, no! —dijo Beth.

—¿Qué pasa? — pregunté.

—Pues que ha ocurrido lo que más temía. Al final, si uno de los contrincantes saca la espada, empezará una batalla sobre tierra donde todos los del clan lucharán: ahí sí que puede haber heridos. ¡Odio estos juegos!

Me sorprendió que dijese eso. Yo estaba nerviosa, esos hombres eran brutos y salvajes. Observé cómo sus espadas chocaban con fuerza. Temía que hiriesen a Korvan, él blandía su arma con violencia; la espada de su contrincante lo hirió en el brazo, pero él ni se inmutó. Los tres, Aldan, Kimball y Korvan, luchaban como si la vida les fuera en ello. Se movían con agilidad y se les notaba que disfrutaban en la batalla. «¡Qué brutos son!», pensé. Fueron los vencedores. Subieron sus espadas y juntaron sus puntas en el aire; se quitaron sus yelmos, y unas estridentes carcajadas salieron de sus gargantas mientras se abrazaban.

—¡Dios mío, qué hombres! —susurré en voz baja.

—He llegado a creer que la batalla les da vida y energía. —Rio Beth.

—¡Pero es un juego salvaje! —dije.

—Sí, pero son sajones, llevan sangre guerrera por sus venas.

Estaba tan nerviosa que no me había percatado de que estaba sujetando la cruz de David que llevaba colgada entre mis manos; estaba al descubierto. Beth se quedó mirándola, su rostro se tornó serio.

—¿De dónde has sacado esa cruz, querida?

—¡Ah!, es un regalo.—Lo oculté tras el escote.

—¿Te lo dio un familiar?

—No del todo... —No entendía por qué tanto interés de repente en la cruz.

—Un consejo: nunca dejes que nadie te la vea, llévala oculta siempre.

Sabía que me quería decir más, pero en ese momento se escuchó el redoble de los tambores y los vencedores se acercaron a sus respectivas damas e hicieron un saludo bajando su rostro a modo de reverencia; después dieron

una vuelta al campo donde había tenido lugar la batalla. Korvan era el único que se había quitado su yelmo; al acercarse a mí observé un brillo especial en sus ojos. Me regaló otra sonrisa, yo le correspondí; estaba emocionada de que la batalla hubiera terminado. Ellos se fueron a dejar sus caballos.

—Elizabeth, querida, ¡cuánto tiempo! —Era la duquesa de Lancaster con su hija Leonor—. Así que esta es la joven que acompaña a Korvan. Una pena que se haya adelantado Dylan; Korvan iba a elegir a mi hija. —Me escrutaba con el ceño fruncido—. Hoy va a ser una noche muy especial: mi esposo va a proponer a Korvan la mano de mi hija Leonor. Seguro que la acepta, ambas familias siempre han deseado esta unión. —Las vimos alejarse.

—No le hagas caso —me susurró Beth—, está molesta porque Korvan es, junto con Aldan, el soltero sajón más deseado para establecer alianzas matrimoniales. Estoy convencida que un matrimonio con Leonor no entra en sus planes.

Vi acercarse a Kimball hacia donde estaba Beth; ella se disculpó y fue a reunirse con él. Los observaba; ella era diferente y él no seguía ningún protocolo.

No había rastro de Korvan, me sentía sola. Una muchacha llamó mi atención, me miraba con intensidad; llevaba puesto una especie de camisón blanco. Creí ver en ella a la joven de la playa en la noche de san Juan. Al percatarse de que yo la había visto, se dio la vuelta y avanzó hacia el bosque. La seguí, tenía que alcanzarla; era la única que podía ayudarme y darme una explicación sobre lo que me estaba sucediendo. No me percaté de que me salía de la zona amurallada ni de que me adentraba en un espeso y oscuro bosque. Observé, no veía a nadie. Escuché un leve susurro, una voz suave pronunciaba mi nombre.

—¿Dónde estás? —grité.

Me giré. Tras de mí, a cierta distancia, estaba la muchacha, la misma de la playa y de la biblioteca de Oxford.

—¿Quién eres? —grité.

No me respondía, solo me miraba. Parecía irreal, su tez estaba muy pálida y su mirada era fría, distante. Era ella, la misma que me había hablado del futuro. Llegué a pensar que se trataba de un ánima errante. Fui hacia donde estaba ella; la joven levantó la mano e hizo un gesto para que me detuviese y

no avanzase más.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Quiero volver a mi casa? —grité desesperada.

—Tu lugar siempre ha sido este. Hay algo que solo puedes hacer tú: el anillo tiene que estar junto al santo Grial.

—Pero no sé de qué me hablas. ¿Dónde está el santo Grial? —grité.

—Solo puedes hacerlo tú —volvió a responder.

—¿Quién eres?

—Soy esa mujer que escribió ese mensaje hace siglos. Hasta que no esté a salvo el anillo, mi alma no podrá descansar. Eres la mujer escogida, solo tú podrás lograrlo. Eres especial, tienes un don que te ha sido dado desde el primer momento en que te engendraron. Busca la fuerza y las respuestas dentro de ti.

Escuché un ruido tras de mí, y me giré; era Korvan, venía en su caballo. En ese momento me volví para buscarla, ya no estaba. Él dio un salto y bajó de su animal. Estaba enfadado y su rostro, muy tenso.

—¡Me prometiste que no ibas a intentar escaparte! —Me sorprendió que me tutease: yo le respondí de la misma forma.

—¡Y no lo he hecho! Necesitaba caminar...

—¡Mientes!

—¡No miento! Es verdad que no intentaba marcharme —le dije.

Vino hacia mí y me agarró con su recia mano del brazo, me hacía daño.

—No debí confiar en ti cuando me diste tu palabra. —Estaba enfurecido.

Intenté que me soltara.

—Me haces daño, Korvan. —Al decir eso aflojó la fuerza que presionaba sobre este—. Esa no era mi idea, pero está claro que va a resultar imposible convencerte, ya me has juzgado.

Me solté y él intentó cogerme, pero lo esquivé, estaba cansada de que me tratase de esa forma. Empecé a correr. Quería huir de él y de toda esa situación, me estaba volviendo loca. Enseguida me alcanzó. Luché por unos momentos, volví a soltarme de sus manos, pero tropecé con un tronco que había atravesado en el suelo del bosque. Me caí con la mala suerte de que me golpeé en la cabeza y en el rostro. Sentí un gran dolor en la mejilla. Korvan se puso de rodillas; yo tenía los ojos cerrados, pero lo escuchaba.

—¡Ana! ¿Estás bien? —Su tono de voz había cambiado, ahora era mucho

más dulce. Aunque podía abrir los ojos, a pesar del dolor, dramaticé la situación durante unos segundos; me gustaba estar en sus brazos y que me tratase de esa forma, más cariñosa—. ¡Dios mío! ¡Estás sangrando! —Me cogió en brazos y me llevó a una zona llana, me tumbó sobre la hierba.

—Estoy bien, Korvan. —Abrí los ojos. Él había roto parte de la camisa que llevaba bajo su cota de malla, y me limpió la sangre—. De verdad que estoy bien —le volví a repetir.

—Perdona —me dijo—, ha sido por mi culpa. Si no hubieses intentado huir...

—No huía, ¿tienes que creerme!

Me limpiaba la herida con delicadeza. Mostraba una faceta de humanidad hasta entonces oculta bajo esa fachada de hombre frío y calculador.

—No se nota mucho. ¡Vamos!, te llevaré al castillo, y así podrás descansar hasta la hora de la comida —dijo.

—¡Estoy bien!, de verdad. No necesito descansar. Estar encerrada entre los muros de esa fortaleza me agobia.

—Muy bien, pues, si eso es lo que quieres...

Me cogió en brazos, me subió al lomo de su caballo y él se montó tras de mí. Sus brazos me rodearon la cintura para coger las riendas. El corazón me latía con celeridad al sentir su contacto. Me acurruqué en su torso, necesitaba sentirme segura, protegida por un momento; solo apoyada sobre su tórax tenía esa sensación. Estaba dolorida, asustada, triste y confundida. Esa situación se me escapaba de las manos, no sabía qué hacer ni adónde ir, y más después de la aparición de esa mujer.

Atravesamos el bosque y ante mí me encontré una playa salvaje, rodeada de acantilados y con un mar enfurecido, donde las olas rompían con fuerza sobre las rocas y sobre la playa. Eso era lo que yo necesitaba. Respiré profundamente; aquel olor me recordó a mi tierra. Detuvo su caballo, se bajó de un salto y me cogió de la cintura. Me puso frente a él, me miraba con ternura; había desaparecido la frialdad con que lo había hecho hasta entonces.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele el golpe? —me preguntó.

—Ahora ya no, gracias. Esto es lo que necesitaba —le respondí.

No pude evitar que las lágrimas rodasen por mi rostro; él me las limpió con suavidad. Lo observaba.

—Lo siento. Lamento el dolor que te estoy causando —me dijo apesadumbrado.

Bajé mi rostro.

—No todo es por ti, Korvan —le dije—. En realidad no recuerdo quién soy, por qué estoy en tierras inglesas, ni siquiera sé lo que hacía en aquel lugar con ese mercader italiano, al que no conozco y que se empeñaba en decir que yo era su esposa.

—¿Dónde está tu familia? —me preguntó con interés.

Tenía que tener cuidado con mis respuestas, ya que podía pensar que estaba loca. Decidí relatarle lo que había vivido en mis sueños.

—No tengo familia, ya no. Lo único que recuerdo es que mi padre... me vendió a ese hombre por unas monedas de oro. Jamás llegué a casarme con él, aunque el italiano lo diera por hecho. Después de todos los acontecimientos por los que he pasado, estoy confusa, no sé de dónde vengo ni quién soy.

Me miró extraño. La cabeza me dolía y me llevé la mano a la sien. Él lo debió intuir: envolvió mi mano con la suya y me llevó hasta la orilla del mar; allí me obligó a sentarme, él también lo hizo.

—Quizás pueda ayudarte —me dijo. Mojó la tela rota de su camisa en el agua salada—. Esto te va a doler, pero hay que limpiar esa sangre; además, el agua salada del mar cicatriza, te hará bien. —Dicho esto, se sentó frente a mí, aproximó su rostro al mío. Lo tenía muy cerca, estaba nerviosa. Su mirada se centraba en limpiar con suavidad y ternura mi herida, pero yo no podía apartar la vista de sus ojos, tan próximos a los míos. Hubo un momento en que él se dio cuenta de esto, me miró y yo disimulé. Me sonrojé y él esbozó una sonrisa.

—¡Tú me tienes prisionera, Korvan! Solo te preocupa el honor de los tuyos y te da igual el mío y mi vida.

—¿Esa es la imagen que tienes de mí? —me dijo mientras me miraba con interés.

—Sí, la de un hombre frío, calculador, al que solo le importa su honor y lo que piensen y digan el resto de los mortales.

No dijo nada. Su rostro se había tornado serio; me lamenté de decirle esas palabras. Ese hombre me gustaba, pero estaba herida, desorientada y

enfadada con él y con el mundo entero.

—Es hora de que regresemos al castillo —dijo.

Durante el retorno fuimos en silencio, a ninguno de los dos nos apetecía hablar. Nos detuvimos, él me ayudó a bajar del caballo. Me giré con la intención de dirigirme a las escaleras por las que se subía a mi habitación, pero él me asió el brazo y me forzó a que lo mirase.

—No soy tan frío como parezco, Ana. Espero que algún día cambies de opinión.

—Es difícil, es lo único que me has mostrado de ti.

Dicho esto me alejé de él.

CAPÍTULO 18

Había anochecido. Amana estaba en el bosque, sabía que esa noche de luna llena era la elegida por Hernes para matar otra vez. La gustaba el olor a muerte. Desde muy niña había estado apartada de todos. Su madre fue una de las amantes del obispo de Sant Andrews, mano derecha del rey. Ella se quedó embarazada, tuvo un varón y una mujer; él quiso deshacerse de la niña, pero su madre no lo permitió. El religioso, enojado y harto de su madre, la acusó de bruja y ordenó quemarla en la hoguera. A Amana la separaron de su hermano y fue llevada a una aldea perteneciente al reino de Estanglia. El obispo rogó al rey que se hiciese cargo de ella. El soberano ordenó al abad Juan de York que se encargara de la niña. Ella odiaba a ese religioso, había sido el causante de hacer de su infancia un infierno. Algún día se vengaría de él por todo el daño que le había causado y por haberle destrozado su niñez e inocencia.

Escuchó ruidos, vio las antorchas y el carruaje real; se escondió tras unos matorrales. Era el rey, su carro se detuvo en un llano. El monarca corrió la cortina que le permitía observar el exterior. Miró para todos los lados, esperaba a alguien, estaba inquieto. Se bajó de este y empezó a moverse, nervioso, de un lado para otro. Tras él descendió el obispo de Sant Andrews. Amana se sorprendió, no esperaba ver a su padre. En la lejanía, varios jinetes se acercaban hacia donde ellos estaban.

—¡Ya vienen, su majestad! —dijo Tomás Becket.

Eran tres hombres: dos soldados y el tercero iba ataviado de joyas y ropas caras.

—¿Y bien? Espero que tenga una buena razón para que me haya hecho detenerme en mitad del bosque —dijo el rey—. El trayecto a la abadía de

Swineshead es largo y no me puede ver nadie. El pueblo no debe saber que me dirijo allí.

El hombre ataviado con lujosos ropajes se bajó del caballo e hizo una reverencia al monarca. El jinete tenía muchas cosas en común con el obispo Tomás Becket; de hecho ambos se dedicaban a mercadear todo tipo de reliquias, mujeres, joyas y objetos oscuros y perniciosos utilizados para fines poco ortodoxos.

—¡Habla! —exigió el rey.

—Mi señor, aquí está la otra bolsa de monedas de oro que le prometí por mi esposa —dijo el mercader italiano.

—¿Tu esposa? —interrumpió el rey Juan mientras se acercaba con lentitud hacia donde estaba el mercader italiano—. Ella tiene algo que yo quiero, así que te ayudaré, pero solo por eso.

—Por las venas de la joven corre la sangre de la maldita —dijo Tomás Becket. El rey le había contado todos los detalles que le había revelado el italiano Julius.

El soberano se empezó a mover de un lado para otro.

—Muy bien, entonces, mataremos a ese conde, si se interpone en nuestros planes, y nos haremos con la joven y su anillo; pero antes hay que llevar mi tesoro a la abadía de Swineshead y esconderlo allí. Haré correr la voz que ese sajón y sus hombres se han apropiado de este para destronarme en contra de Inglaterra: esa será la clave para iniciar un enfrentamiento con esos bastardos. Los normandos nos apoyarán en esta guerra.

—Si me permite, su majestad, solo una petición —dijo Julius.

—¿Sí? —le preguntó Juan i levantando su mentón con altivez.

—Deseo que me entreguen a la joven. Me pertenece, ella es mía.

Una media sonrisa se dibujó en el rostro del rey. No respondió y se giró. Mientras se subía al carro, el mercader se acercó al obispo, a quien susurró.

—La joven es para mí, ese era el trato.

—Será para ti —le respondió Becket.

Todos desaparecieron de la vista de Amana. Se quedó pensativa, sabía que se referían a la muchacha que había visto en la aldea, a la misma que buscaba Hernes.

Él ya estaba allí. Se giró. Lo presentía, quería sangre.

CAPÍTULO 19

Solo pensaba en ella. Tenía que reconocer que esa mujer había logrado traspasar la barrera de mi corazón. Me gustaba y no podía engañarme más; cada vez que estaba cerca de ella, sentía la necesidad de abrazarla y besarla, quería hacerla mía.

—¡Korvan! —dijo Aldan—. ¿Qué es lo que opinas?

—Perdonad, no estaba prestando atención.

Kimball se levantó y puso sus manos apoyadas sobre la mesa.

—Hace un mes era muy urgente que tomásemos una determinación sobre el rey Juan y ahora, que estamos debatiendo el tema, tú estás distraído en quién sabe qué. ¿Acaso es esa joven, muchacho?

—¡Ja, ja, ja! —Las carcajadas de todos se escucharon al unísono.

Me levanté con la intención de marcharme. Kimball me lo impidió invitándome a que me sentase.

—¡Korvan! —dijo Derian—. Pensamos que él es el responsable de los asesinatos de esas mujeres. Kimball se ha enterado porque han vuelto a matar a otra mujer, como hace años. Juan intenta acusarnos a nosotros, los sajones, para que haya un enfrentamiento con los normandos.

—Además —interrumpió Aldan—, numerosos caminantes y peregrinos dicen que han escuchado que el tesoro de Juan ha sido robado por caballeros sajones.

—¡Tenemos que actuar! —dijo Dylan.

Pegué un puñetazo en la mesa y me levanté.

—¡Ya os lo dije! Ese hombre estaba tramando algo. Tenemos que proteger nuestras tierras y hacerle llegar a él un mensaje. Estamos armados y no tememos un enfrentamiento; nuestras espadas no temblarán y nuestros

escudos se levantarán hasta que consigamos destronarlo —dije.

—Sí, estoy contigo. Lo primero, proteger nuestras tierras y después, esperar y estar alerta a todos sus movimientos —dijo Kimball—, pero ahora tenemos un baile y las damas nos esperan.

Ana no se encontraba en el salón. Estaba inquieto; si no la veía, iría a buscarla.

—Querido Korvan, me gustaría hablar contigo sobre una alianza entre clanes —dijo el duque de Lancaster.

—¿Qué es lo que quiere decir? —le respondí.

—Tú sabes que mi hija está en edad casadera. Necesitas una esposa, muchacho, y herederos. Deberíamos concertar el matrimonio entre ambas familias.

—El matrimonio no entra en mis planes —le dije con rotundidad.

En ese momento la vi aparecer, elevaba el pañuelo anudado en la muñeca. Estaba preciosa, el vestido blanco de la noche anterior le quedaba extraordinario.

—Si me disculpa —le dije al duque mientras me alejaba de él para estar con ella; este me siguió con la mirada.

Ella me vio acercarme y una bonita sonrisa se dibujó en su rostro. Estaba decidido a cambiar mi comportamiento hacia Ana; me gustaba, no tenía más remedio que reconocerlo.

—No te has olvidado de ponerte el pañuelo —le dije mientras envolvía su mano con la mía.

—No, después de la batalla que has librado esta tarde..., debía llevarlo puesto. ¿El primer baile es para mí? —me preguntó.

—Sí, el primero y el último. La dama elegida tiene que estar con su caballero durante toda la noche.

—¿Toda la noche? —preguntó.

—Sí, toda. ¿Tanto te disgusta mi compañía? —le susurré al oído.

—¿Tengo que contestar?

Ante su comentario no puede evitar reír. Me encantaban sus arrebatos.

Comenzó el baile, le rodeé su cintura y la atraje con intención hacia mi pecho. Necesitaba sentir a esa mujer; me atraía y no estaba dispuesto a renunciar a ella ni a cumplir mi promesa de dejarla en libertad.

—Para ser un hombre tan rudo, no bailas nada mal —me dijo.

—Así que ahora soy rudo —le dije mientras se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

—Sí, y muy bruto...

—No sigas, por favor, ya sé todos los calificativos que vienen a continuación. Hoy voy a hacer que cambie tu opinión sobre mí. A pesar de nuestro acuerdo, quiero que me veas tal y como soy.

—¡Uff! Me lo pones muy difícil. No sé si podrás cambiar la aversión que siento por ti después de haberme hecho tu prisionera.

—En realidad, yo te considero como una invitada a mi castillo; es mejor que lo veas así. No te he encerrado en las mazmorras ni te he maltratado ni abusado de ti.

—Tienes sentido del humor. ¡Habría estado bueno que lo hubieses hecho!

—Ante mi comentario se sorprendió y arqueó las cejas; no era muy habitual que una mujer de aquella época respondiese así.

—Lo podría haber hecho, pero no soy ese tipo de hombre. He amado y amo mucho a dos mujeres, a las que debo todo: a mi madre, que la perdí hace mucho tiempo, y a mi hermana. De ahí que mi respeto hacia el sexo femenino sea incondicional.

—Vaya, si encima te tendré que dar las gracias.

—¡Ja, ja, ja! —Me reí ante su ocurrencia—. Por favor, te lo ruego, dame una oportunidad para que puedas conocerme tal y como soy.

—Me lo pensaré... —En ese momento la aproximé con fuerza a mi torso. Sentí que me faltaba la respiración, esa mujer me atraía más de lo que yo era consciente.

—Está bien... Te daré una oportunidad, pero solo porque tengo que aguantarte toda la noche.

—Es la mejor decisión que has podido tomar. —Le guiñé un ojo. Sonrió. Me agradó su comentario.

—¿Cómo te encuentras después del golpe en la cabeza?

—Mucho mejor, soy una mujer fuerte.

—De eso no me cabe ninguna duda. ¿Por qué dices que ese mercader no era tu esposo? —le pregunté; aquello sí que me extrañaba.

—Porque yo nunca me he casado, Korvan.

—No entiendo nada. Tú estabas ahí, con ese patán; él te reclamaba sus derechos como esposo.

Observé que sus mejillas se sonrojaban; aquel gesto me encantaba.

—¡Uff! ¡No lo entiendo ni yo! No puedo decirte nada, Korvan. Vas a pensar que estoy loca o, incluso, algo peor.

—Prueba, a ver. Soy un hombre que ha visto y sufrido muchas cosas en su vida; créeme que ya nada me sorprende. ¡Ven! Vayamos al exterior, al jardín, allí nadie nos molestará; quiero estar solo contigo.

Envolví su delicada y fina mano entre la mía; me gustaba sentir su piel y sus dedos enredarse entre los míos. La noche era estrellada. Se sentó en un banco de piedra; yo me quedé de pie, frente a ella, con un pie apoyado sobre la piedra.

—Bueno, cuéntame. ¡A ver si me sorprendes!

—Como ya te comenté, mi padre me vendió a ese hombre, pero nunca llegamos a casarnos; no hubo tiempo para ello, aunque Julius quería considerarme como su esposa desde ese momento.

—¿Dónde está tu familia? ¿Quién eres en realidad? —pregunté.

—Ya no tengo familia. No me queda nada. —Su rostro se entristeció.

Me senté a su lado, le cogí la mano y se la acaricié.

—Lo siento. —Me miró.

—Yo te vi, Korvan. Ocurrió algo la noche del 24 de junio. Yo...

—¿Tú? —Estaba impaciente por saber lo que me iba a decir.

—Te vi, soñé contigo. Yo no pertenezco a tus tierras, Korvan. Algo pasó aquella noche... Una joven me dio un colgante, un anillo y... un manuscrito. Me dijo que tenía una misión: tenía que llevar el anillo junto al santo Grial. —Me mostró el anillo que llevaba puesto en su dedo índice y el colgante que adornaba su cuello—. Después te vi a ti... Lo demás ya lo sabes, estaba en ese campamento, huyendo de ese hombre, cuando tú apareciste.

No podía creer lo que estaba escuchando. Parecían cosas de brujería, aunque yo no creía en ello. Ella notó mi asombro e incredulidad.

—¡Sabía que iba a pasar esto! No me crees o, peor que eso, piensas que he perdido la cabeza.

—Comprende que no es nada habitual lo que me estás diciendo, me cuesta dar crédito a todo ello; aunque he de reconocer que yo también soñé varias

veces contigo. —Me miró sorprendida ante mi respuesta.

—¿De veras? —me preguntó.

—Sí, siempre estabas en peligro, huías de algo o de alguien. —Se quedó pálida, en silencio. Observé el anillo.

—Por lo que me dices, este anillo debe ser la clave de todo, y lo tienes que llevar junto al santo Grial. —Me llevé ambas manos a mi pelo.

Lo observé; era el anillo que el rey Juan buscaba con tanto ahínco, lo reconocí enseguida por sus grabados. Siempre había oído hablar de esa joya y de sus características, y ella era quien lo tenía. Estaba asombrado y preocupado por todo. Si el rey sabía que ella lo tenía, su vida correría peligro. Nadie debía descubrirlo.

—Me cuesta creer todo esto. Lo entiendes, ¿verdad? —La joven asintió—. Pero tengo una cosa muy clara: no puedes mostrar este anillo a nadie. Juan i lo está buscando desde hace mucho tiempo y está dispuesto a matar a quien sea con tal de conseguirlo. Tampoco debes tener a la vista el colgante; la cruz de David no es muy apreciada por los obispos de estas tierras, te puede traer algún que otro problema.

—A mí también me cuesta creerlo, no lo entiendo ni sé qué hago aquí.

Le cogí la mano para observar el anillo; este tenía el símbolo del pez grabado en pequeño, apenas se distinguía a simple vista. La miré con interés a sus ojos negros, me gustaba aquella joven y quería y deseaba creerle. Lo expondría a los caballeros de la orden del León; la leyenda del santo Grial era algo por lo que muchos habíamos estado luchando. Si era cierto lo de ese anillo, Ana estaba en peligro; por lo tanto, esa joya debía regresar cuanto antes al lugar que le correspondía, y cuanto antes esta debía estar junto con la taza santa.

—No me crees —dijo con cierta tristeza en sus ojos.

—Sí, te creo, pero comprende que me resulta difícil entender lo que me estás diciendo. Por favor, lo que me has contado a mí no se lo digas nunca a nadie, debe ser un secreto entre tú y yo; pueden pensar que es cosa de brujería y eso sería tu sentencia de muerte. Dame tiempo para asimilar todo esto. Te ayudaré a llevar ese anillo al lugar en el que tiene que estar, y hasta entonces te protegeré en mi castillo. El rey Juan debe estar buscándolo y te aseguro que dará con tu paradero.

—Gracias, Korvan. —Me regaló una bonita sonrisa, que deseaba besar.

—¿Confías en mí? Te doy mi palabra que te protegeré con mi vida si es necesario.

—Sí, no debería hacerlo, pero... sí, confío en ti. Eres la única persona que tengo aquí para que me ayude, Korvan, aunque sea tu prisionera... —Bajó su rostro.

Aquellas palabras me llegaron hasta lo más hondo de mi alma. Mañana partiríamos a mi castillo y allí pensaría qué hacer. Debía plantear este asunto y debía pensar cómo hacerlo. Necesitaba a mis amigos para que me ayudasen en esto.

—Ya no lo eres, Ana. Jamás debí secuestrarte ni hacerte mi prisionera; mi honor y orgullo me llevaron a hacer algo que va en contra de mis principios, aunque no me arrepiento. —Le guiñé un ojo—. Te ayudaré.

Impulsivamente ella se levantó y se puso frente a mí.

—¡Gracias, Korvan! Ahora sí que creo que, bajo esa apariencia fría y distante, se esconde un gran corazón. —Posó su mano sobre mi brazo; aquel gesto me sorprendió, me gustó.

Cogí sus manos entre las mías y las besé mientras la miraba con interés a los ojos; vi cómo se sonrosaban sus mejillas. La joven retiró una de sus manos y me acarició la mejilla; jamás nadie lo había hecho antes. En aquel momento deseé más que nunca besar a la mujer que tenía frente a mí; parecía que el corazón se me iba a salir, sentía que la necesitaba.

Hizo la intención de marcharse, pero yo no podía dejarla escapar. La cogí de la mano y tiré de ella; esta se apoyó sobre mi pecho. Ya era mía, no podía apartarla de mí, la tenía entre mis brazos y no permitiría que se escabullera sin probar sus labios y esa sonrisa que me tenía cautivado. Uno de mis brazos rodeaba su cintura mientras que mi mano acariciaba su mejilla; ella me miraba con intensidad a mis pupilas. No hacían falta las palabras, sabía que algo muy fuerte me estaba pasando y que no podía hacer nada por evitarlo. Esa mujer enigmática, diferente a toda dama sajona, me atraía como un imán; la sentía mía, como si fuese la mujer que tanto tiempo hubiese estado buscando, la joven de mis sueños, la que quería alcanzar y siempre se desvanecía. Sujeté con suavidad su mentón, bajé mi rostro; necesitaba sentir sus labios, su suavidad. Los retuve entre los míos, sintiendo cada roce con la

sedosidad de su piel. Su proximidad me hacía vibrar por dentro, sentirme libre, vivo. Sensaciones y sentimientos que habían permanecido muertos durante mucho tiempo estaban empezando a despertar. Descendí mi mano, acariciando su espalda, y la atraje hacia mi tórax. Nuestros labios jugaban; la deseaba, la necesitaba. Ella se apartó, me observó con semblante serio.

—No lo vuelvas a hacer, Korvan.

—¿Por qué? Tú lo deseas al igual que yo.

—No, por favor, no lo intentes otra vez.

—No puedo prometerte eso. —Le guiñé un ojo, pero ella permanecía seria. Llevó su mano a mi mejilla y la volvió a acariciar. Después se apartó de mí y empezó a correr en dirección al interior del castillo.

La seguí, no iba a permitir que se marchara y menos que huyese de lo que yo estaba seguro que ella también anhelaba; así me lo habían demostrado sus besos. Casi la alcancé, pero Dylan se tropezó conmigo.

—¡Korvan!

—¡Maldita sea! —grité—. Siempre tan inoportuno, amigo.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —me preguntó—. Yo ya no puedo retener más a la hija de la duquesa. Simplemente no la soporto, amigo, así que me retiro; mañana partiremos pronto y necesito descansar.

Me quedé solo, pegué un puñetazo en el tronco de uno de los árboles que había cerca de mí y apoyé mi frente sobre este. No entendía mis sentimientos ni lo que acababa de descubrir por boca de aquella mujer, pero era consciente de que esa joven estaba en peligro y el destino la había puesto en mi camino, aunque hubiese sido por querer vengarme de aquel comerciante italiano. Lo que tenía claro era que la protegería y defendería con mi vida y no descansaría hasta apartarla de la gran amenaza que la perseguía.

Me metí al interior del recinto con la idea de hablar con los caballeros de la orden para que en unas semanas se reuniesen en mi castillo. Sabía que necesitaba su ayuda y sin ellos no podía lograrlo.

CAPÍTULO 20

Desde la lejanía se divisaban el torreón, la atalaya y la muralla del castillo de Korvan. Los nubarrones amenazaban tormenta. Korvan no me había hablado en todo el viaje; de vez en cuando percibía que me miraba. Cada vez que recordaba sus besos, se me ponían los pelos de punta. Jamás había sentido nada parecido como lo que había experimentado con ese hombre; tuve miedo de mis sentimientos, de continuar. No tenía claras sus intenciones, él siempre se había mostrado frío, indiferente... Yo sabía que, desde el primer momento, había percibido una gran atracción por él; es más, aunque me negaba a creerlo, después de aquel beso lo empezaba a ver de forma diferente. Temía y sabía que terminaría enamorándome de él. «Si ya no lo estoy», pensé; eso era lo peor que me podría ocurrir. Él seguro que me consideraba como otra más de su larga lista de conquistas, y yo no quería ser eso, anhelaba ser especial para él y si no lo era prefería no seguir sintiendo ni viviendo aquello tan maravilloso. No quería que me hiciera daño, tenía que protegerme. Además, ni siquiera tenía claro si eso era un sueño o qué me estaba pasando. Él era diferente, y yo sabía que era quien había visto con claridad entre las llamas esa noche de junio. Sabía que eso no lo había soñado.

Pasamos el puente levadizo y frente a nosotros el rastrillo se subió con lentitud. Accedimos a la barbacana que daba paso a la fortaleza, y nos encontramos con el patio de armas. Frente a mí estaba la torre del homenaje que, desde el primer día, me había llamado la atención; al lado de esta, las cocinas, de donde salía un olor delicioso a pan recién hecho. Los soldados estaban distribuidos por las almenas y por el patio de la fortaleza.

El padre Peter salía en ese momento de la capilla que allí se encontraba; su

mirada era severa. Cruzó sus brazos sobre su prominente barriga. Dos escuderos se adelantaron para dar la bienvenida a Korvan. Arian enseguida nos vio y dio un gran abrazo a Dylan y a Korvan. Este último se giró para mirarme, enseguida se acercó a mí y me ayudó a bajar del caballo. Nos miramos con intensidad bajo la atenta mirada del padre Peter.

Ingrid apareció en el patio de armas, salía de las cocinas.

—¡Ingrid!, acompaña a la señorita a su habitación. —Después me miró—. A las ocho se servirá la cena, en el salón principal. Sé puntual —me ordenó.

Uno de los siervos, que respondía al nombre de Krim, cogió mi caballo y lo llevó a las cuadras. Era la primera vez que veía a ese hombre; no me gustó su mirada, era oscura, altiva. Seguí a Ingrid sin rechistar. Quise recriminar a Korvan el cambio en su comportamiento, no era el hombre dulce y cariñoso de la noche anterior. No lo hice, estaba muy cansada del viaje y lo único que deseaba era asearme un poco y descansar antes de la cena. Mientras me alejaba sentía su mirada fija en mí.

Me quedé profundamente dormida.

—¡Señorita! —Fue la voz de Ingrid la que me despertó—. Es la hora de la cena, el señor la espera en el salón principal.

—Gracias, Ingrid, ya bajo.

Me incorporé, atusé el pelo, estiré el vestido, y salí a la galería. Estaba muy oscura, fría: sentí un escalofrío. Fui directa a las escaleras, percibí como si alguien estuviera tras de mí, observándome. Me giré, no había nadie, pero ese pasillo estaba muy oscuro: sentí miedo. Notaba una presencia; quizás eran imaginaciones mías, pero percibí como si rozasen mi pelo. Bajé tan rápido las escaleras que no me caí de milagro. Entré con brusquedad al salón; Korvan estaba sentado en la mesa. Al verme tan acalorada entrar de esa forma, sonrió.

—Ya intuía yo que estabas deseando verme. Siempre tan puntual. —Se burlaba.

Prefería no decir nada, había llegado tarde, como siempre. Se levantó y apartó la silla que estaba a su lado para que me sentase. Nos trajeron las viandas. Él me observaba y yo, tímida, bajaba el rostro. Siempre que lo tenía cerca de mí, pensaba en sus besos y deseaba que lo volviese a hacer; me estaba enamorando de aquel hombre. «¡Qué fatalidad!», pensé; era lo que

menos quería que ocurriese.

—¿Los demás no van a cenar? —pregunté.

—No, solo quiero cenar contigo. Hoy, los dos solos —me dijo mientras me miraba con sus bonitos ojos grises.

—Esta noche no soy una buena compañía, no tengo muchas ganas de hablar.

—¡Qué raro! Eso me preocupa; debes estar, entonces, enferma. —Se burlaba. Sonrió.

—Korvan, ¿por qué no te has casado todavía? La mayoría de los nobles tienen una esposa y herederos.

Me miró, levantó una ceja ante mi pregunta.

—¡Ja, ja, ja! ¡Y eso que hoy no querías hablar! Soy un hombre diferente, ya te lo dije. Nunca ha entrado en mis planes el matrimonio ni enamorarme.

Su respuesta fue como un jarro de agua fría.

—¿Por qué huyes del amor, Korvan?

—¿Y qué te hace pensar que huyo del amor?

—Bueno, tus respuestas son las que me lo confirman.

Korvan dejó de comer y me miró con interés.

—No he encontrado a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—A lo mejor no has buscado mucho. Si piensas que la joven en cuestión va a venir a ti, te harás viejo.

—¡Ja, ja, ja! —Se quedó pensativo—. Tengo muchas cosas pendientes por resolver en mi vida; hasta que no esté en paz conmigo mismo, no podré amar a nadie con libertad.

—¿Cuáles son esas cosas? —le pregunté. Intuía que era por la muerte de sus padres.

—Mejor dejemos ese tema, no quiero ni voy a hablar de ello. —Se puso serio y se centró en la carne que había en su plato.

—Korvan, sé que tus padres fueron asesinados cuando eras pequeño. —Al escucharme dio un puñetazo en la mesa y se levantó; apoyó sus manos sobre esta y me miró con intensidad.

—¡He dicho que no quiero hablar de ello, Ana!

—¡Pero es necesario! Es algo que tienes dentro de ti, te hiere, sin permitir que seas feliz.

—Te repito que no quiero hablar. Sucedió hace mucho tiempo.

—Sí, y no has podido pasar página. Te quiero ayudar, Korvan; lo necesitas, estás lleno de odio.

Se alejó a un extremo de la sala y me dio la espalda.

—No necesito la ayuda de nadie.

Me levanté y me acerqué a él; acaricié su brazo, y él se apartó. Lo seguí y me puse tras él.

—¡Korvan, déjame ayudarte! Por favor, quiero y deseo hacerlo —le dije. Ansiaba sacarle esa pena que tenía dentro de su alma, sabía que lo necesitaba.

Se giró para mirarme.

—¿Por qué quieres hacerlo, Ana? —me preguntó.

—Sé que necesitas desahogarte y contar todo lo que llevas acumulado durante tanto tiempo en tu corazón. Déjame hacerlo.

—No estás obligada a ello.

—Sí, lo estoy. Tú me vas a ayudar, estoy en deuda contigo. Además..., ayer...

—Lo de ayer no debió pasar.

—Pero pasó, Korvan. Y desde ayer no hago más que pensar en ello.

—¡Olvídalo!

Lo que estaba escuchando de su boca me hería y dañaba. Bajé el rostro, solo quería desaparecer de allí.

—Buenas noches, Korvan. —Me dirigí a la puerta, solo quería llorar y alejarme.

—Espera. —Su mano capturó la mía y la retuvo, lo que me forzó a seguir allí—. Disculpa, cuando me hablan de ese momento de mi vida, me lleno de odio, no soy yo. —Me soltó la mano y me dio la espalda—. Yo tenía once años y Audrey, mi hermana, seis. Éramos una familia feliz. Recuerdo a mis padres, siempre enamorados, nos querían y mi infancia, hasta esa edad, fue entrañable. Mi padre era un hombre muy justo: descubrió que muchos niños y niñas, hijos de los campesinos que trabajaban nuestras tierras, habían abusado de ellos. Los campesinos pidieron justicia y mi padre enseguida supo que el culpable había sido el hijo de los condes de York. —Hizo una pausa, se le quebraba la voz. Le cogí su mano y lo guie para que nos sentáramos, uno frente al otro—. Mi padre hizo justicia y captó al desdichado que había hecho

esas salvajadas, pero el conde de York juró venganza, y se adentró en el castillo y violó a mi madre... Yo enseguida me percaté del peligro: escondí a mi hermana, pero a mí me descubrieron y me llevaron a la sala donde le habían hecho esa atrocidad a mi madre. Después me marcaron con una cruz en mi pecho y, para finalizar, mataron a mi madre. Todo ello bajo la presencia de mi padre y de mí; a continuación asesinaron a mi progenitor torturándolo hasta el extremo. ¡Yo fui testigo de toda esa atrocidad! —Se ocultó el rostro con sus manos. Acaricié su mejilla.

—Lo siento mucho, Korvan. Eras un niño que, desde muy pequeño, se llenó de odio.

—Sí, y juré que no descansaría hasta no vengarme de ello. —Levantó su rostro para mirarme.

—La venganza y el odio no te harán recuperar a tus padres, Korvan.

—¿Y qué propones?, ¿que lo olvide? ¡Jamás!

—No, sé que nunca podrás olvidar aquella barbaridad que viviste, pero tienes que sacar esa angustia de tu interior y abandonar esa idea de venganza; si no, al final la amargura se apoderará de tu vida y no podrás ser nunca feliz.

Me miraba con intensidad con sus bonitos ojos grises. Envolvió mis manos con las suyas, se las llevó a sus labios y las besó.

—Deseo olvidarme, pero no puedo. —Se quedó en silencio, pensativo—. Añoro sentir esa libertad y esa paz que me robaron a los once años. Envidio a las aves que vuelan por los acantilados, libres.

—Llegarás a sentirte libre, en paz, te lo prometo. Yo te ayudaré, Korvan.

No pude evitar besarlo en la mejilla. Ese hombre, que parecía tan fuerte y frío, me había abierto una parte de su corazón. Sabía que estaba enamorada de él, quería ayudarlo, ser su medicina aunque él se empeñase en apartarme de su vida. Se sorprendió al ver mi reacción.

—Te ayudaré al igual que tú me vas a ayudar. —Le sonreí—. Buenas noches, mi caballero.

Me levanté, él me siguió y, cuando fui a abrir la puerta, puso su mano sobre esta para impedir que yo pudiese salir. El corazón me latía con celeridad. Me giré y allí estaba él, muy próximo a mí.

—Eres una buena mujer, Ana. He de reconocer que muy diferente a otras damas...

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

Me miró, sonriendo.

—No es muy habitual que una joven tan bonita como tú desee tener a un halcón. —Me guiñó un ojo—. Entre otras cosas.

—Solo fue un deseo que tuve de pequeña. Soñaba con tenerlo y que se posase en mi brazo. —Me reí ante mi ocurrencia, pero era cierto, admiraba a esas aves y deseaba tener uno, solo para mí.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Se puede saber de qué te ríes? —Fingí estar molesta.

—Me sorprendes, mujer. ¿Nadie te ha dicho que eres especial?

—Solo tú. —Le regalé una sonrisa.

—Eres especial, muy especial, Ana, y eso me gusta. —Me miraba sin apartar sus pupilas de las mías. Me sonrojé—. No quiero que te vayas a tu habitación, todavía no. Me gustaría estar más tiempo contigo. Acompáñame, terminemos de cenar.

Una vez que la velada finalizó, me asió de la mano y me llevó con rapidez al ala norte del castillo. Subimos las escaleras de caracol que conducían a la torre, estrechas y con poca iluminación, a excepción de las antorchas que estaban en las paredes. Salimos al exterior. Tenía frío, pero estaba dispuesta a soportarlo solo por estar junto a él.

—Este es mi lugar favorito, aquí acudo todas las noches en las que las pesadillas no me dejan dormir. —Se sentó en el suelo de piedra. Lo imité.

—Me gusta este rincón, se respira paz —dije.

El cielo ya se había despejado y las estrellas se dejaban ver.

—Me encanta observar los astros desde aquí, tengo la sensación de que los puedo tocar —me dijo observando el cielo.

—De pequeña yo también quería coger todas las estrellas, guardarlas y regalarlas a las personas que más quería.

Sonrió ante mi comentario.

—Gracias, Ana, he sido muy descortés contigo.

—¿Gracias? —pregunté.

—Sí, por ser comprensiva y ofrecerme tu ayuda. No me he portado bien contigo. Lo siento, de verdad. Ojalá algún día puedas perdonar mi comportamiento. —Me observaba.

—Korvan, eres rudo y bruto por naturaleza, y tu forma de actuar no estuvo bien. Me has hecho sufrir, pero he decidido olvidarme de todo y darte una nueva oportunidad. —Le sonreí—. Tú también pareces un buen hombre. Sí, te mereces una oportunidad. Tienes suerte de que yo me cruzase en tu vida. —Me miró sorprendido ante mi descaro y comentario—. ¡Es broma! ¡Ja, ja, ja!

—No solo eres charlatana, sino que también eres una bromista. ¡Ja, ja, ja! Me gusta.

—Mi caballero, me voy a retirar, estoy muy cansada.

Me puse de pie y él, con gran agilidad, se levantó. Me giré para bajar las escaleras, pero asió mi mano y tiró de esta hasta que caí sobre su pecho. Con ambas manos cogió delicadamente mi rostro, me miró con interés y me besó. Yo no hice ni quise hacer nada para detenerlo; temblaba ante el suave roce de su boca con la mía. Mi corazón palpitaba mientras nuestros labios se negaban a separarse. Me miró y yo bajé mi rostro, acalorado, y puse mi mano sobre su tórax.

—Te dije que no lo volvieses a hacer.

—Lo sé, pero en mi castillo soy yo el que da las órdenes. Aquí, señorita, no obedezco a nadie.

—Por favor, no sigas —le supliqué.

Dicho esto me sonrió, cogió mi mano y fuimos bajando las escaleras. Me dejó en la puerta de mi habitación y, antes de que yo entrase en esta, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia su pecho mientras sus labios volvían a entrelazarse con los míos. Lo deseaba y sabía que estaba enamorada de él.

—Korvan... —le imploré.

—Lo siento, pero en este lugar soy el amo y señor. No puedo dejar de hacerlo, te necesito —me dijo mirándome con dulzura.

—Pues deberías...

Antes de que pudiese terminar la frase, me puso el dedo índice sobre los labios para evitar que dijese algo más.

—Hasta mañana —susurró. Dicho esto vi cómo se alejaba.

«¡Uff! —pensé—, y ahora... ¿quién puede dormirse?», dije en voz alta.

Mi corazón parecía que se iba a salir. Estaba emocionada e ilusionada y mi mente solo recordaba sus besos. Temía que ese hombre pudiera dañar mi

alma; no quería ser para él un entretenimiento y que, cuando se cansase de mí, me abandonase. Preferí no pensar en ello y centrarme solo en lo que había pasado esa noche.

El ruido de los escuderos, que entrenaban en el patio de armas, me había despertado. No había dormido nada; tras los acontecimientos de la noche anterior, me costó conciliar el sueño. Me asomé por la ventana; allí vi a Korvan, con su cota de malla y sus guantes, entrenando con sus hombres, estaba muy atractivo. Se detuvo y miró en dirección hacia mi habitación. Dijo algo a Krim y este fue al interior del castillo. Me vestí con rapidez, me hice una trenza y, mientras me estaba calzando, llamaron a la puerta.

—¡Señorita!, el señor quiere que después de desayunar se reúna con él en el patio.

—Gracias, Ingrid, ahora bajo.

Después de desayunar salí al patio de armas. En ese momento no vi a Korvan. Me encontré con el padre Peter, que salía de la capilla que había dentro de la zona amurallada.

—¡Vaya, vaya!, con usted, señorita, quería yo hablar —dijo el padre.

—Buenos días, padre. —Le sonreí. Ese hombre regordete y con cara de bondad me resultaba entrañable.

—¿Es cierto que está usted casada?

—No, padre, no lo estoy.

En ese instante apareció Korvan, tras nosotros, con una bonita sonrisa dibujada en su rostro.

—No la del sermón, padre.

—Y contigo también quería hablar, joven. Tú sabes muy bien que una jovencita no puede estar en el castillo conviviendo contigo, sin tu hermana. No veo nada bien que quieras que quede en entredicho el honor de la muchacha. ¡Esta situación tiene que acabar!

—¡Padre Peter, eso ya no va a ser un problema! Su honor va a quedar intacto. Ella es mi protegida, la protejo del que dice ser su esposo. —Me miró y me guiñó un ojo sonriendo.

—¿Cómo? ¿Tu protegida? ¿Pero no era tu prisionera?

—No, padre —le dijo mientras le daba una palmada cariñosa en su prominente barriga—. Ya no lo es.

—Muy bien —gruñó el sacerdote—, pues si no lo es espero que actúes como un hombre de honor y fiel a tu apellido. Ya sabes a lo que me refiero; te conozco y te he estado observando con ella, no quiero más escándalos... —Se fue gruñendo.

Observé a Korvan, quien lo miraba divertido.

—¿Un hombre de honor?, ¿a qué se refiere? —dije extrañada.

—¡Ah! Olvídalo, este hombre es un gruñón, no sabe lo que dice. —Él sabía a lo que se refería.

Me miró. Estaba muy guapo: su pelo fosco se movía con la brisa de la mañana y sus ojos grises se clavaban en mis pupilas.

—¡Ven! Te quiero enseñar algo.

Me cogió la mano y atravesamos todo el patio de armas hasta llegar a los cobertizos.

—Date la vuelta y no te asustes.

Me tapó los ojos con una cinta.

—¿Se puede saber qué es lo que haces? —le dije extrañada. Escuché un ruido tras de mí.

—Confía en mí y no te quites la cinta.

Noté cómo me cogía de la cintura y me montaba sobre un caballo; él lo hizo tras de mí. El caballo empezó a cabalgar.

—¡Korvan, esto no me gusta! ¿Me puedes quitar esta cinta? Me estoy poniendo muy nerviosa.

—Impaciente... Espera.

Estuvimos unos minutos cabalgando. Sentí la brisa del mar y el piar de las gaviotas. Detuvo al animal. Noté cómo bajaba de un salto y después me agarraba de la cintura y me posicionaba en el suelo. Me quitó la cinta, ante mí se mostraba un paraje increíble. Estábamos en el borde de unos acantilados; el mar del norte, en el horizonte y las fuertes olas, chocando contra las rocas.

—¡Esto es precioso, Korvan!

Me sonreía. Él levantó su brazo y en ese momento esbozó un sonido. Ante mí apareció un precioso halcón de enormes dimensiones que fue a posarse en su antebrazo. Me miró.

—Levanta tu brazo, no tengas miedo; él no te va a hacer daño. —Le obedecí y apoyó el halcón sobre mi antebrazo—. Se llama Kuk, lo he entrenado desde pequeño. En el cobertizo tenemos muchos halcones, pero Kuk es mío, me obedece en todo y ahora él sabe que a ti también te debe proteger.

—¡Korvan! No sé qué decir, es precioso. —Lo miré—. ¡Gracias! Has hecho realidad el sueño que tenía desde muy pequeña.

El halcón me miraba con sus ojos color miel, parecía como si entendiese mis sentimientos y toda esa situación.

—Levanta tu brazo y él echará a volar. En el cielo, él siempre estará pendiente de nosotros; sus ojos no se apartarán de nuestro camino y él volará siguiéndonos de regreso al castillo.

Korvan sujetó las riendas de su caballo al tronco de un árbol, me miró. Me sentía feliz, aquello que había hecho por mí significaba mucho.

No podía evitarlo, me estaba enamorando de ese hombre y necesitaba sus abrazos, sus caricias y sus besos. Me puse frente a él, me miraba sonriente. Llevé mi mano a su mejilla, curtida por el sol, y lo acaricié; él se sorprendió, sus pupilas brillaban. Posó su mano sobre la mía y con su otro brazo rodeó mi cintura y me atrajo hacia él. Sus labios se posaron sobre los míos y sus brazos ahora me envolvían con fuerza, como si no quisiera que me escapase de él. La suavidad de su boca, sus caricias me hacían sentir que me amaba, que era especial para él. Me besaba el cuello y después volvía a entrelazar sus labios con los míos.

Me miró y una sonrisa se dibujó en su rostro, al igual que en el mío. Me abrazó y volvió a rozar sus labios con los míos.

—¿Te he dicho que me gustas mucho?

—Ahora sí, mi caballero.

—Me vas a volver loco, mujer.

—Eso me gusta —le dije mientras me ponía de puntillas para besar sus suaves labios.

En ese momento, por un impulso, me cogió en brazos y empezó a girar sobre sí mismo. Después volvió a besarme.

—Te voy a hacer mi esposa, Ana.

—¿Tú esposa? —dije. El matrimonio nunca había entrado en mis planes,

era algo de lo que siempre había huido. Claro que con ese hombre todo era distinto, con él sí que sería capaz de irme al fin del mundo.

—Sí, mi esposa. Te necesito, no puedo pasar una noche más sin ti.

Me ruboricé.

—Pero... ¿no es un poco precipitado?

—¿Precipitado? ¡Ja, ja, ja! Está claro que eres diferente, por eso me gustas tanto. Eres la única mujer que conoce mi pasado, la única que ha estado varios días en mi castillo. Y yo sé algo de ti que nadie sabe ni sabrá. De eso me encargo yo, aunque prefiera no pensarlo porque es una historia que no comprendo y me asusta, sobre todo la idea de que tu vida pueda estar en peligro. Siendo mi mujer nadie osará dañarte.

—Creo que te has olvidado de un pequeño detalle: ese mercader italiano vendrá a buscarme. Él piensa que yo le pertenezco.

—Pues, si se atreve a venir, lo mataré. —Tocó la punta de mi nariz con su dedo índice; después me abrazó, y volvió a besarme, esta vez, con pasión y deseo.

—Mañana serás la condesa de Estanglia. Hoy mismo se lo diré al padre Peter.

CAPÍTULO 21

Un hombre vestido de negro se escondía tras un gran roble que había en el bosque, en las cercanías del castillo del conde de Estanglia. Esa joven tenía que morir; sabía que era la portadora del anillo, y la mujer no debía seguir existiendo. La orden secreta del dragón rojo, así se lo había dicho, a ella no la podía matar; eran ellos los que se encargarían de acabar con su vida. Eso lo fastidiaba, ya que por ella sentía un gran odio y ansias de sangre. Su antepasada había sido la causante de su desgracia.

Los soldados del rey Juan llevaban un día en las inmediaciones del castillo del conde de Estanglia paracapturar a la joven y apropiarse de la joya, pero el hombre de negro tenía claro que él debía apoderarse antes de ella, o al menos no debía permitir que la dama llegase a la abadía de Swineshead, donde se encontraba escondido el rey Juan. Aquel ser oscuro se aprovecharía de esa circunstancia, esperaría que secuestrasen a la muchacha y después ya actuaría. Ella sería su siguiente víctima, la llevaría a la orden, pero después libraría su venganza; la asesinaría, y así cerraría el círculo.

El capitán del ejército del rey había estudiado un plan: secuestrar a la mujer sin que apenas nadie pudiese sospechar de ellos. Debían esperar a que el silencio de la noche se hiciese presente; tenían el plan perfecto y contaban con la persona adecuada, dispuesta a traicionar al conde. Había sido muy fácil convencerla, ni siquiera había sido necesario torturarla o amenazarla para que llevase a cabo su delito: unas cuantas monedas de oro habían bastado. En el rostro del capitán Berriel se dibujó una sonrisa. Sus ojos fríos y su mente sanguinaria delataban la necesidad de llevar a cabo su venganza; siempre había odiado a los nobles sajones.

Mientras tanto..., el obispo de Sant Andrews ya se encontraba en el

monasterio de la isla de Lindisfarne. Sabía que el encuentro con la orden iba a ser duro, incluso temía por su vida, ya que era consciente de que se podían haber enterado de su doble juego con el rey Juan. Por primera vez en su vida sintió miedo; solo pensar en la reunión secreta que iba a tener lugar en el monasterio provocaba que un sudor frío recorriese todo su cuerpo. Ese ser diabólico había prometido llevar a la joven ante ellos. Con su sangre y con ese anillo en posesión de la orden del Dragón, haría que se rompiera la maldición y la fuerza, y el poder volvería hacia ellos bajo el ritual prometido.

CAPÍTULO 22

Aquel hombre me había hecho perder el sentido. Mi vida era un desastre y el conde se sumaba a los problemas que ya tenía. Esa mañana me iba a casar con Korvan; dicho y hecho, ya lo había visto hablar con el padre Peter. Ingrid había tocado muy temprano a mi puerta y me había dicho que el señor le había informado que esa misma tarde nos casaría el sacerdote en la capilla. Me pondría el vestido blanco de su hermana, que ya me había visto con él en otras ocasiones. Estaba nerviosa. En las caballerizas y el patio de armas había mucho movimiento. Había desayunado en mi habitación y decidí dar una vuelta por el castillo. Iría a la pequeña zona de huerta y jardín, necesitaba pensar en todo lo que me estaba pasando. Además, ¿estaba segura de que ese hombre me amaba?; preferí no plantearme más preguntas de ese tipo.

Korvan no estaba por ninguna parte. El jardín era un sitio muy agradable; allí, junto a este, había un huerto, olía a los árboles frutales que crecían en el lugar. Me senté y respiré en profundidad.

—Buenos días, jovencita. —Era el padre Peter.

—Buenos días, padre.

Se puso frente a mí con una sonrisa en los labios.

—Recriminé mucho a Korvan cuando te secuestró, pero el Señor siempre marca la pauta de sus hijos; a veces no de la forma más correcta, pero sí los guía para que consigan enmendar su vida. —En ese momento miró al cielo con sus manos extendidas—. ¡Gracias, Dios mío, escuchaste una vez más mis súplicas, gracias!

Ese sacerdote era un buen hombre, empezaba a sentir cariño por él. Yo lo escuchaba, no paraba de hablar; se parecía a mí. Sonreí.

—Él ha sufrido mucho y por eso no tengo en cuenta determinadas actitudes,

pero yo no podía tolerar que estuviese actuando de esa forma. —Me miró—. ¿Tú lo amas, muchacha? —Dejó de mover la tierra del huerto, se incorporó.

—Sí, padre, lo amo —le respondí. Volvió a reanudar su tarea.

—Entonces, ya me quedo tranquilo. Temí que, después de todo lo que te había hecho, lo despreciases. —Se volvió a incorporar y se sentó junto a mí en el banco de piedra—. Él te tiene que amar mucho si ha tomado esta decisión; de hecho, jamás pensé que se fuese a casar algún día. Se había cerrado en rotundo al amor y al matrimonio, y tú has logrado que esa coraza que tenía puesta se desplome. ¡Muy bien, muchacha!, es lo que siempre le he pedido al Señor. Este joven estaba lleno de odio.

—Bueno, padre, yo no estoy segura de que él me quiera, no me lo ha dicho.

—¡Ja, ja, ja! No pidas a Korvan que exprese sus sentimientos, él jamás dice lo que siente, muchacha; eso sí, lo demuestra con hechos. El corazón de ese hombre es muy grande y siempre hará lo mejor y todo lo que esté en su mano por el bien y felicidad de las personas que ama.

«Pero yo necesito que me lo digan», pensé. En ese momento Korvan apareció.

—¡Ya me lo imaginaba!, sabía que estaba con ella. ¿No la habrá convencido para que no se case conmigo? —le dijo Korvan al padre Peter sin dejar de mirarme.

—¡Hijo! —dijo el sacerdote poniéndole su mano sobre el hombro—. A esta mujer no hay que convencerla; si tiene clara una cosa, la hace. En el fondo sois muy parecidos. No me hagáis esperar, que en unas horas hay que casaros. ¡Ja, ja, ja!

Korvan se acercó, me cogió de ambas manos, me puse de pie; tiró de mí y me hizo caer sobre su pecho; me cogió el rostro entre sus manos, y me besó. Sus labios se entrelazaban con los míos; sentía su suavidad y la ternura de sus besos sobre mi boca, algo que provocaba un escalofrío de placer por todo mi cuerpo. Se apartó y clavó sus pupilas sobre las mías.

—Estoy deseando casarme contigo, necesito hacerte mía. —Me ruboricé; aquellos pensamientos tan directos me daban vergüenza. Apenas conocía a ese hombre y su rudeza y franqueza me turbaban.

—Por favor, Korvan, no me digas esas cosas.

Me levantó el mentón

—¿Te he dicho que me encanta cuando te sonrojas?

Dicho esto me besó en la mejilla y después fue acariciándome con sus labios por mi rostro hasta llegar al cuello. Ante aquella situación me sentía en desventaja: él tenía todo el poder sobre mí. Estaba en sus manos, sabía que ya estaba perdida: me había enamorado por completo de aquel hombre.

—¿No crees que es una boda poco habitual?

—¿Por qué? —dijo mientras me besaba el cuello.

—Porque en una boda tiene que haber invitados. —Se detuvo y me miró con una sonrisa en el rostro.

—No, en la mía no. No me gusta que haya mucha gente en general, así que menos en mi boda. Mi hermana sí que quería que hubiese estado, pero esperar a que ella regresara al castillo era demorar demasiado el momento. En breve nos marcharemos a buscarla a Tierras Altas, al castillo de mi tía, quiero que la conozcas. Pero antes esperaré a que vengan los caballeros de la orden del León; ya los conoces, tenemos que hablar sobre tu asunto, me preocupa.

—Hoy no quiero que lo menciones, Korvan. Es el primer día en que al levantarme no lo he pensado.

—Pues si ese es tu deseo... —Me sonrió, me cogió en brazos y yo rodeé su cuello—. Entonces, no hablaremos de ello.

—¡Korvan! ¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? ¡Me quieres bajar! ¡Te has vuelto loco!

—No quiero que te dé por escaparte ahora. Ingrid y Avi te están esperando en tu habitación para vestirme para la ceremonia y me voy a encargar personalmente de dejarte con ellas.

Subió las escaleras con agilidad y abrió la puerta con ayuda de su pie. Allí, en el interior, estaban ambas mujeres. Korvan me dejó en el suelo.

—Avi, encárgate de que sea la novia más bella que se ha casado en Estanglia. —Ella sonrió ante su comentario.

—Anda, muchacho, déjanos con la joven. Aquí no puedes estar —le dijo Avi con una sonrisa dibujada en su rostro.

Ante su comentario Korvan le guiñó un ojo.

—Confío en ti, gruñona. —Así se dirigía a Avi.

Antes de irse me estrechó entre sus brazos y me dio el último beso.

—¡Korvan! ¡Vete ya! —gruñó Avi. Lo echó.

Estaba nerviosa. Avi e Ingrid habían hecho un gran milagro en mí. Cuando me miré en el pequeño espejo, me vi guapa; me habían recogido el pelo en un moño bajo, que me favorecía.

Avi me acompañó hasta el patio de armas.

—Señorita, está usted guapísima. Él es un buen muchacho, tiene un gran corazón a pesar de que parezca todo lo contrario.

—Gracias, Avi. Hoy todo el mundo me dice lo mismo. —Le di un beso en la mejilla.

—Usted, señorita, me gustó desde el primer momento. Él necesita a alguien así a su lado.

«Madre mía», pensé. No solo estaba en otra época, sino que me iba a casar con un sajón guapísimo que me hacía perder el sentido. Deseé que mi amiga Laura y mi abuela hubiesen estado en esos momentos; «seguro que ellas saben que tú estás bien», me autoconvencí.

Dylan y Arian estaban esperándome; ambos me sonrieron y acompañaron a la capilla. Afuera estaban los escuderos y el personal del castillo. En el interior de la pequeña iglesia, solo estaban mi bruto sajón en el pequeño altar y el padre Peter. Korvan estaba muy guapo, con su cota de malla y, sobre esta, su veste de color azul; el cinturón sujetaba este, su espada caía por uno de los laterales y sus guantes eran apretados por una de sus manos. No podía creer lo que iba a hacer y lo que esa decisión cambiaría en mi vida, pero lo que tenía muy claro era que aquel día había decidido no pensar en nada que no fuese la boda.

El padre Peter, al verme entrar, sonrió y Korvan no apartaba su mirada de mí.

—Padre, ¡vaya al grano!

—¡Siempre con prisas! Nos hemos reunido aquí...

—¡Al grano, padre! —gruñó Korvan.

—Muy bien, muy bien. Yo os declaro marido y mujer. Ahora poner los anillos.

Korvan extrajo un anillo en el que llevaba grabado el emblema de su familia: tres coronas sobre fondo azul. Él portaba uno igual.

—Este era de mi madre, ahora te corresponde tenerlo a ti, a la condesa de Estanglia.

—Pero... ¿ya está? —dije asombrada. El padre Peter levantó sus hombros con resignación.

—Sí. —Se carcajeó Korvan.

Dicho esto me cogió de la cintura y me elevó hasta ponerme a su altura, y selló el enlace con un beso.

—¡Korvan! Un respeto, esta es la casa de Dios —dijo el sacerdote.

—¡Ja, ja, ja! Estoy feliz y Dios seguro que se alegra de ello. —Rio Korvan mientras me volvía a besar.

CAPÍTULO 23

Ya había anochecido; todos los que habitaban en el castillo habían participado de la gran fiesta. Estaba deseando estar con ella, en la habitación. La amaba y la deseaba; quería hacerla mía esa noche y demostrarle todo lo que la quería.

—Dylan, te dejo responsable de la fiesta. Me llevo a mi mujercita a la alcoba.

—¡Ja, ja, ja! Has esperado mucho.

Fui hacia Ana, estaba con el padre Peter.

—Padre, me llevo a mi esposa.

Dicho esto no le di opción a que me dijese nada. Envolví la mano de Ana con la mía y la llevé hacia mi alcoba. Antes de entrar en la habitación, la cogí en brazos y abrí la puerta con la punta del pie; esta era una tradición sajona que estaba dispuesto a seguir.

—¡Korvan! Estoy sin aliento.

La dejé en el suelo y no permití que siguiese hablando. La atraje hacia mi pecho, podía sentir los latidos acelerados de su corazón. Deseaba besar su sonrisa, sus labios eran una auténtica tentación para mí. Ella se retiró para mirarme; iba a hablar, pero sellé sus labios con los míos. Le fui desabrochando el vestido poco a poco mientras sentía la suavidad de sus sedosos labios. Este se deslizó con delicadeza, contorneando su bonita figura. Ella, para mi sorpresa, también me fue quitando la veste y la cota de malla hasta dejar mi torso al descubierto. Acarició mis pectorales y la cicatriz que aquel odioso conde me había hecho de niño; la besó con ternura. Sus besos me iban haciendo perder la voluntad. Ese roce provocó una gran excitación; la cogí en brazos, la tumbé sobre la cama y me puse sobre ella, con cuidado

para no aplastarla. Sus bonitos y prominentes pechos eran una tentación para mí. Mis labios rozaban su cuello y bajaban por su delicado hombro hasta llegar al más ansiado lugar: sus pechos, que, ante el roce de mis besos, provocaban un quejido de placer que salía de su boca; aquello me excitaba aún más. Mientras me entretenía con la dulzura y suavidad de estos, mis manos acariciaban sus muslos hasta llegar a darle un gran placer, lo que provocó un gemido aún mayor. Sabía que era el momento, ella me lo hacía saber con sus quejidos y con el calor que desprendía todo su cuerpo, que anhelaba la unión de ambos en uno solo. Los dos nos deseábamos y nos necesitábamos. Quería sentirla, notar que era mía, que me amaba, y su entrega a mí era libre, llena de deseo y de urgencia por alcanzar el éxtasis. Sus ojos me miraron en ese momento único en el que éramos uno, en el que nuestro amor había alcanzado un clímax hasta entonces desconocido para mí, ya que jamás había sentido tanto como en ese instante con ella. Me sonrió mientras yo le acariciaba su mejilla y la besaba. Me revolvió el pelo con sus dedos.

—Te amo, mi caballero.

Aquello no me lo esperaba. Me quedé observándola, le sonreí. Yo también la amaba, pero no me salía el responderle. La besé y la atraje hacia mi pecho; ella se acurrucó hasta que se quedó profundamente dormida.

Unos ruidos en el patio me despertaron. Me desenredé de sus brazos con cuidado —no quería despertarla— y me asomé por la ventana. «¡Dios mío!», susurré. Había fuego fuera de las murallas del castillo, en el bosque. Me vestí y salí de la habitación. En el pasillo me encontré a Krim.

—¡Señor! Le venía a avisar. El bosque está ardiendo.

Bajé rápido hacia el patio de armas; allí estaban mis escuderos, mis soldados y mis hombres de confianza, Dylan y Arian.

—¡Korvan!, tenemos que ir al bosque, hay que apagar las llamas —dijo Dylan.

—Sí, iremos hasta el río. ¡Vamos! Que vengan todos los escuderos y soldados, necesitaremos a todos los hombres.

Estaba angustiado, jamás había visto un incendio en mis tierras. Amaba ese

bosque. Conforme nos acercábamos el calor de las llamas se hacía presente. Los campesinos estaban trabajando duro para apagar el incendio; lo tenían controlado, o al menos eso me pareció. La noche jugaba a nuestro favor: al no haber viento, pero sí bastante humedad, las llamas no se propagaban con rapidez; además, era un fuego pequeño que, desde la distancia y la oscuridad de la noche, parecía ser de más envergadura. Me bajé del caballo, fui corriendo a coger agua con los mismos recipientes que portaban los campesinos; estos habían hecho, junto con mis hombres, una cadena y todo empezaba a ser más rápido. Mujeres y niños ayudaban en la tarea. Me sentía orgulloso de esa gente valiente, trabajadora: hombres y mujeres con una gran nobleza que, a pesar de su sencillez, eran grandes. Transcurrieron dos horas hasta que se apagara todo el fuego; los daños habían sido menores de lo que en un principio pensamos. Estaba deseando regresar junto a Ana.

Di las gracias a todos los campesinos personalmente, conocía a cada uno de ellos, sus vidas, sus preocupaciones. Me habían acogido con respeto y gratitud en sus hogares y yo los había ayudado siempre que había podido. Amana no estaba entre la multitud, siempre huía de mí y del resto de las personas y aparecía y desaparecía sin dejar rastro.

—¡Wilda! —Venía hacia mí.

—Muchas gracias por su ayuda, Korvan. Estas tierras son nuestra vida.

—También son la mía. Gracias a vosotros por ayudarme a apagarlo. ¿Y Amana?

—¡Uff! Esa joven cada vez está más rara. Lleva varios días sin aparecer por la casa. No está bien, señor.

—Bueno, ha sufrido mucho. Sé por propia experiencia que no tener padres durante la infancia te marca para siempre.

—Por cierto, señor, me he enterado de que se ha casado con la joven dama. Esa señorita me gustó mucho.

—Sí. —Sonreí ante su comentario—. En unos días organizaré una gran fiesta a la que estaréis todos invitados.

—Muchas gracias, señor. Enhorabuena.

Monté en mi caballo y empecé a cabalgar en dirección hacia el castillo seguido de todos mis hombres.

Algo no marchaba bien, lo presentía. ¿Por qué el rastrillo estaba subido y la

gran puerta de acceso a la fortaleza, abierta? ¿Qué pasaba?; empecé a preocuparme. En apariencia el patio de armas estaba tal cual. Al escuchar a los caballos, apareció Avi seguida de Krim, ambos pálidos y nerviosos.

—¡Korvan! ¡Se han llevado a Ana! —dijo Avi con lágrimas en los ojos.

En ese momento creí morir.

—Nada más irse, señor, un grupo de soldados irrumpieron en el interior del castillo. No sé cómo ha podido pasar, pero accedieron al recinto; el rastrillo estaba subido. Destrozaron el interior tirando mesas, sillas y subieron a las habitaciones —dijo el siervo.

—Iban a por ella, Korvan, sabían muy bien dónde estaba Ana. La querían a ella. —Avi lloraba.

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Subí con rapidez las escaleras hasta llegar a la habitación. Todo estaba tirado y la cama, destrozada; estaba claro que, a pesar de ser una mujer, ella se había resistido.

«¡No, Dios mío, ella no!», grité. Los ojos se me llenaron de lágrimas, era la primera vez que no sabía qué hacer. No tenía ni idea quién se la había llevado ni por dónde empezar a buscarla. La amaba. Por primera vez en mi vida, sentía miedo de perder a la mujer que quería. Un gran dolor invadió mi alma.

CAPÍTULO 24

La reunión secreta de la orden del Dragón Rojo iba a ser en la cripta del monasterio de Lindisfarne. Solían celebrar sus rituales en ese lugar y más esa noche de luna llena, en el que la marea subiría y el monasterio quedaría, en su totalidad, aislado, impenetrable, ideal para ese encuentro. El obispo de Sant Andrews acababa de entrar en la cripta, su respiración era agitada. Sus ojos se fijaron en el centro de la sala; ahí estaba un encapuchado, de negro, llevaba en sus manos dos velas rojas. El hombre, al escuchar al obispo entrar, se giró y fue con lentitud hacia donde se encontraba él. Estaba temblando, jamás se imaginó que estaría él; eso iba a ser más serio de lo que en un principio pensaba. El encapuchado se quedó a cuatro pasos de distancia de él.

—¡Te estábamos esperando! Has llegado justo a tiempo —dijo con una voz fuerte, severa—. Confiamos en ti. Tienes que traérnosla hasta aquí.

Unos hombres armados, con sus rostros ocultos, se pusieron a ambos lados de Tomás Becket para llevarlo hacia un lateral de la sala, donde había varios asientos. Se sentó; a su lado estaba el abad, Juan de York, quien lo miró de reojo. El abad también sabía que esa reunión, en la que el gran maestro de la orden estaba presente, tenía que ser muy importante. Juan de York no paraba de tocar su amplio bolsillo, donde se encontraba ese libro negro que tenía tanto valor para él; nadie debía encontrarlo ni verlo ya que, si fuese así, sería su fin.

En un lateral estaban todos los obispos, frailes y abades de la orden, y frente a ellos, los altos cargos, hombres desconocidos que nadie sabía quiénes eran, ni siquiera los propios religiosos. En medio de ellos, el gran maestro, portando las dos velas rojas. El maestro se puso de pie y las depositó en el centro de la sala. Cogió una taza que había en altar, esta estaba llena de

sangre; fue esparciendo el líquido rojo alrededor de las velas, haciendo un círculo.

—Hoy empieza la luna llena, es el momento. En unas semanas la luna se tornará con el color rojizo que tanto hemos esperado; cuando ocurra esto la mujer estará aquí y el anillo, también.

Juan de York miró a Becket, ambos estaban metidos en este asunto y los dos sabían que, estando dentro de la orden, sus vidas corrían peligro. El maestro continuó hablando:

—Muy pronto tendrá lugar el gran sacrificio que acabará con la maldición que esa mujer nos hizo. Matando a la última de su estirpe y apoderándonos del anillo del santo, la maldición se eliminará. Él, el Ángel Negro, se hará presente en cada uno de nosotros ese día, y el poder de nuestra orden será inmenso, sin límites.

Tomás Becket y Juan de York se volvieron a cruzar sus miradas; ambos se entendieron sin necesidad de las palabras.

Esa misma noche, el abad debía partir hacia Swineshead. Unos días antes había recibido un mensaje del rey Juan para que se reuniera con él allí, pero no lo haría; él tenía una única intención: huir de Inglaterra. Debía encontrar el camino para marcharse a Francia. Ansiaba alejarse de la orden y de esas tierras. Esa mujer, la de la maldición, se le había aparecido en sueños y siempre le decía la misma frase: «Tu fin está cerca». En ese momento aparecía la espada de un caballero, que se hundía en su corazón. ¿Cómo podía ser? Él mismo la había matado y el obispo había sido testigo de ello. Pero era ella: su pelo rojizo y sus ojos azules eran inconfundibles. Ella lo maldijo y dijo que la profecía se cumpliría a su debido momento. Él no creía que, teniendo ese anillo y haciendo el ritual de la orden del Dragón, la maldición desaparecería.

Nadie debía averiguar sus planes; tenía que ser precavido y evitar que alguien lo siguiese. A pesar de que el obispo era muy hábil, esa noche Juan de York lo notaba distraído. Lo había visto salir de esa sala con rapidez; dos hombres, que parecían soldados, lo acompañaban. «¿Adónde irá?, ¿qué se traerá entre manos?», se preguntó. Debía aprovechar esa situación; todo resultaría más fácil si Tomás Becket no estaba por los alrededores. Partiría al amanecer, cuando el agua de la marisma dejase ese camino de arena que unía

esta con tierra firme.

CAPÍTULO 25

No me podía creer todo lo que me estaba pasando. Esos hombres habían irrumpido en la habitación y me habían llevado con ellos a la fuerza. ¿Dónde estaba Korvan?; no había rastro de él ni de sus soldados. Me taparon el rostro con una especie de saco y ataron mis manos, después me metieron en una especie de carro.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que había sucedido eso. No entendía nada, sentía miedo. En ese momento el carro se detuvo. Alguien entró dentro de este y me quitó con brusquedad el saco que ocultaba mi rostro. No daba crédito al hombre que tenía frente a mí; era ese asqueroso mercader italiano, que sonreía con ironía mientras se le veían sus dientes amarillos y pequeños.

—¡Vaya, vaya!, si es mi bonita esposa.

—¡Yo no soy su esposa!

—Sí, lo eres. Yo lo decidí nada más verte, y tu padre te entregó a mí.

—No se confunda, mi esposo es el conde de Estanglia. Yo nunca me casé con usted.

—¿El conde? Querida, ese hombre se ha aprovechado de ti. Él quería venganza, salvar el honor de su hermana y lo ha logrado: te ha abandonado. ¿Quién te crees que permitió el paso de los hombres del rey y de mí? Es imposible acceder a esa fortaleza si el dueño no lo permite. Él se ha reído de ti y te ha robado lo más importante: tu honor. Lo ha hecho muy bien: se ha vengado sin que te dieras cuenta. Ha logrado su cometido.

No daba crédito a lo que estaba escuchando, no podía creerlo, pero tenía sentido. Continuó hablando:

—¡Ja, ja, ja! Aunque a mí no me importa que te haya deshonrado. Tomaré lo que es mío, pues tú, damita, me perteneces.

—¡No le creo! ¡Eso es mentira!, él me ama.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ingenua! Esos hombres son guerreros; su honor y la venganza son lo único que les importa. Hacen lo que sea con tal de conseguir sus propósitos. Te ha engañado.

—¡Traiga a la mujer! —gritaron desde fuera.

—Ahora mismo, capitán Berriel —respondió el mercader.

Giulius me agarró del brazo —me hacía daño— y me sacó del carro a la fuerza. Ante mí había una decena de hombres mirándome, sucios, despeinados y con cara de no muy buenas intenciones; sus rasgos eran duros. Uno de ellos se adelantó, debía ser el capitán. Este se acercó tanto que me sentí muy incómoda; fue girando alrededor de mí, observándome. Yo tenía las manos atadas y la capa que tenía puesta no me tapaba el cuerpo del todo, y dejaba ver el camisón blanco. Me sentí intimidada, me hubiese gustado darle un puntapié.

—Así que tú eres la dama que tiene al rey Juan en vilo. —Cogió mis manos, atadas—. Y este es el anillo que tanto desea su majestad. ¿Quién eres tú?: ¿otra bruja?, ¿una hechicera como ella? Bastante bonita, por cierto. ¡Qué pena que el rey Juan quiera tenerte!; si no, me quedaría contigo. ¡Ja, ja, ja!

Al escuchar sus palabras, sentí asco por ese personaje. Preferí no contestar.

—¿No quieres hablar? ¿No vas a defenderte?

—No necesito defenderme —respondí.

—Sí, mujer, sí que lo tienes que hacer.

Las palabras de ese hombre solo me hicieron sentir temor. «¡Korvan!, ¿dónde estás?», pensé.

—¡No, eso no! La promesa fue que el rey me la devolvería —dijo Giulius.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y te lo creíste? Esta mujer nunca será para ti. Ella debe morir.

—¡Ese no fue el trato! —gritó Giulius mientras sacaba su espada y apuntaba con la punta al capitán.

—¿Osas amenazarme? —Le dio la espalda; de repente se giró a gran velocidad y lanzó una navaja, que fue a clavarse en el corazón del mercader.

—¡No! —grité.

No daba crédito a lo que había sucedido, lo que acababa de presenciar me horrorizaba. Giulius cayó al suelo mientras sus ojos se tornaban blancos. Lo había matado.

—Esto es lo que les pasa a todos los que me amenazan. —Me miró—. Y es lo que le pasará a tu caballero si viene a por ti. Lo mataré. —Ese hombre era un asesino, sin sentimientos, frío y calculador. Continuó hablando—: En unos minutos retomamos el viaje. Partimos en dirección a la abadía de Swineshead. —Me miró—. El rey está deseando ver ese anillo que portas en tu dedo.

Era noche cerrada; no sé qué hora sería, pero reinaba el silencio de la oscuridad.

La abadía estaba ubicada en una zona de marismas; la humedad y la niebla eran patentes. Cruzamos un puente de piedra. En la entrada había dos grandes antorchas a ambos lados de la puerta que permitía el acceso al interior. Una ventana enrejada se abrió, asomó el rostro de un fraile. Al ver al capitán abrió la puerta para darnos paso; accedimos a un amplio patio. Los hombres dejaron los caballos en los establos y el capitán Berriel me bajó del carro con brusquedad.

—Esta es la mujer, ¡llevadla a sus aposentos! Mañana la querrá ver el rey. —El fraile, seguido de dos soldados, me custodió hasta una habitación, con una cama pequeña y una estrecha ventana.

«¡Dios mío, ayúdame! ¡Korvan! ¿Dónde estarás?».»

CAPÍTULO 26

—¿Se puede saber qué es lo que pasa, Korvan? —dijo Kimball.

No podía dejar de moverme de un lado para otro. Todos se habían sentado a la mesa y me observaban.

—¡La han secuestrado! ¡Me han tendido una trampa!

La noche anterior había cogido el manuscrito que guardaba en el bolsillo de su vestido. Su vida peligraba, y yo moría por dentro solo de pensar que la mujer a la que amaba estaba sufriendo y le estaban haciendo daño.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó Aldan—. ¿Te quieres sentar y explicarnos todo con más calma? Nos mandaste un mensaje alarmante. Kimball dejó a su esposa y a sus hijos y nosotros, nuestras tierras y quehaceres para estar contigo; nos preocupaste.

Me senté, tapé mi rostro con mis manos. En ese momento entraron Dylan y Arian, que también tomaron asiento.

—Hubo un incendio en el bosque, salimos todos mis hombres y yo a apagar el fuego. Cuando regresamos el rastrillo estaba subido y el acceso, abierto. Según Krim y Avi, varios soldados accedieron a este, la buscaban a ella. — Los miré, tenía que explicarles todo lo que sabía—. Ella porta un anillo que dicen que es el de José de Arimetea. —Miré a Kimball—. Por lo visto ese anillo tiene que ser enterrado junto al santo Grial. Muchos lo buscan porque creen que, apoderándose de él, tendrán un gran poder.

—¡No! —exclamó Kimball—. Esa leyenda me va a perseguir toda la vida.

—Sí, Kimball, ese anillo lo quiere el rey Juan. Los soldados, según Avi, portaban el estandarte del monarca.

—¿El rey? —preguntó Derian—. ¿Y qué pinta él en todo esto?

—¡Claro! —dijo Aldan—. ¡El tesoro del rey!, ¿no lo recordáis? Él dijo que

habían sido los sajones quienes se lo habíamos robado, pero en realidad desapareció cuando cruzaba esa zona de marismas. Nosotros pensamos que él fue el que lo escondió en la abadía, donde se había refugiado. Lo que sí es verdad es que se propagó la leyenda de que este estaba obsesionado con una joya que pertenecía a su madre y que esta tenía un gran valor. —Hizo una pausa—. Peregrinos a los que me he encontrado en el camino hablan de que el rey está ahora en la abadía, ellos se dirigían allí. Es probable que Ana esté allí.

—¡Ese puede ser el anillo! —dijo Derian.

—¿Pero cómo ha llegado hasta Ana? —dijo Kimball.

—¡Ummm! Por lo visto ese anillo pertenecía a sus antepasados. Ahora le pertenece a ella —respondí—. Y no solo eso: ella tiene una parte de un manuscrito que también está siendo buscado por el rey y por sus secuaces. Ese manuscrito lo tengo yo en mi poder.

—Tengo cierta curiosidad, muchacho —dijo Derian mirándome—. Noto en ti cierta preocupación por lo que le pase a esa joven.

Dylan y Arian me miraron con interés.

—¡Korvan, no me puedo creer que no se lo hayas dicho! —dijo Dylan.

—¿El qué? —preguntó Aldan con curiosidad.

—Es su esposa, se casaron esa misma tarde en la capilla —dijo Dylan.

Me puse de pie.

—¡Nos lo has ocultado! —dijo Derian.

—No me gustan las grandes celebraciones —respondí—, ya lo sabéis.

—El hombre que nunca se iba a casar, que decía que el amor no entraba en sus prioridades... —Se burló Aldan.

—Bueno, dejadle. Me alegro por él, necesitaba a una mujer con urgencia —dijo Kimball—. ¿La amas? —preguntó.

—Sí, la amo —respondí.

—Entonces, no hay más que hablar, amigo. Esta noche salimos los cuatro en dirección a la abadía de Swineshead. Es hora de que el bastardo de Juan sepa que nadie toca a las mujeres de los caballeros sajones.

—Gracias, amigos —respondí.

—Tú sabes que lo que le ocurra a uno le ocurre al resto... Aunque haberte casado y no habernos dicho nada..., eso sí que no te lo perdono, ¡ja, ja, ja! —

dijo Derian.

El camino era angosto; aquella zona de marismas siempre tenía niebla y había dificultad para ver. Los caballos relinchaban, estaban asustados. A lo lejos se divisaba la gran torre de la abadía. El acceso era difícil: todo el recinto estaba amurallado, ya que parecía, más bien, una ciudad fortaleza. Los soldados del rey estaban vigilando en las torres de observación de la muralla. Empezaba a amanecer.

—Tenemos que quedarnos ocultos en el bosque hasta que abran las puertas de acceso al recinto interior; hasta mañana eso no ocurrirá. Cuando entren los comerciantes, campesinos y peregrinos, debemos camuflarnos para hacerlo nosotros y pasar desapercibidos —dijo Aldan.

—Con estas ropas y con nuestros caballos, eso es imposible —dije.

—Muy bien, vayamos a la aldea más cercana y consigamos ropas. Es cierto que llamamos mucho la atención —dijo Kimball.

Partimos hacia la aldea más cercana, entramos en una taberna. El hombre que estaba allí nos miró, serio, no se fiaba de nosotros.

—¿En qué los puedo ayudar, señores?

—Unas jarras de cerveza —dije. Era muy temprano, pero la sed nos consumía.

El tabernero las trajo al momento.

—Necesitaríamos que los caballos se quedasen en su establo dos días.

—No cuidamos animales, caballeros.

Extraje una bolsa de cuero con monedas de oro. El tabernero abrió los ojos al ver lo que esta contenía.

—Bueno..., salvo que me den algo a cambio —respondió.

—Eso será suyo si cuida de nuestros caballos y nos facilita unas túnicas que oculten nuestros trajes de caballeros —dije—. Y esta otra bolsa se la daremos... —Extraje otra con más monedas de oro—. Cuando regresemos y veamos que haya cumplido su palabra.

El hombre asintió, cogió la primera bolsa y dio unas instrucciones a uno de los mozos que estaban con él.

—Y por supuesto, de esto no puede decir nada a nadie —dijo tajante Aldan.

Enseguida nos facilitó unas capas marrones, roídas; eran bastante largas y amplias, con lo cual tapaban toda nuestra vestimenta y ocultaban nuestras espadas. Estaba impaciente, ansiaba encontrarla y, al menos, asegurarme de que no le habían hecho daño.

Nos camuflamos entre los campesinos, peregrinos y mercaderes que accedían al interior de la ciudad amurallada. En la zona más elevada de esta, se divisaba la grandiosa abadía. Los guardias supervisaban todos los carros y observaban a todo viandante que penetraba el interior. Nosotros pasamos desapercibidos. Una vez dentro hice un gesto para indicarles que había que ir a la abadía. Fuimos ascendiendo por las calles estrechas y angostas hasta que llegamos a una imponente construcción arquitectónica; una gran explanada se abría, entonces, ante nosotros. Había mucha gente allí reunida, algo ocurría. Kimball me miró, hice un gesto para que nos detuviésemos los cuatro.

—Esto no me gusta —susurró Aldan.

Todo el mundo estaba alrededor de esa gran explanada. Frente a nosotros había una especie de altar. En su centro había un asiento ocupado por el mismísimo rey; a ambos lados de este, un hombre y una mujer ataviados con sus mejores galas.

Empezaron a aparecer mujeres y hombres amordazados por un lateral. Iba a hablar el rey, se había puesto en pie, cuando en ese momento aparecieron con Ana; estaba muy pálida. El corazón empezó a latirme a gran velocidad. El rey miró a mi bonita esposa.

—¡No! Ella no tiene que estar aquí. La bruja será quemada aparte, llevadla adentro —gritó.

—¿Bruja? ¡Indeseable! Como la toque lo mato —murmuré.

—Tranquilo, Korvan, la salvaremos —me susurró Kimball.

Ana desapareció. Hice un gesto a mis amigos, iba a ir tras ella; ellos me siguieron. Rodeé a toda esa gente, observé cómo ese soldado la metía en una de las puertas laterales de la abadía. Deseé matar al canalla que la llevaba con brusquedad, forzándola a acelerar el paso.

Kimball se acercó a mí.

—Aldan y tú accedan por esa puerta; Derian y yo entretendremos a los guardianes que custodian la entrada. Vigilaremos hasta que accedáis al interior, después pasaremos nosotros. —Asentí.

Kimball se acercó a los soldados y los incitó echándoles arena; Derian los insultaba. En ese momento los guardianes desaparecieron tras ellos: teníamos la entrada libre. Aldan y yo pasamos con rapidez. Esa puerta daba a un pasillo oscuro y estrecho que finalizaba en unas escaleras que bajaban a un piso inferior. Descendimos a gran velocidad hasta llegar a la parte donde estaban las celdas y el calabozo. El hedor era insoportable y las ratas campeaban a sus anchas por allí. Solo el hecho de pensar que la tenían en ese lugar me llenaba de ira y rencor. Fuimos mirando una a una las celdas, era una galería muy larga. Llegamos a la penúltima y allí estaban los soldados que habían llevado a Ana; los habían degollado, su sangre se extendía por el suelo. No había rastro de ella. Aldan y yo nos miramos.

—¡No está! —le dije. Era la primera vez que sentía miedo a perderla.

—¡No puede ser! Alguien se la ha llevado, el que ha degollado a estos dos —dijo Aldan sorprendido.

—Yo los puedo ayudar, siempre que me abran esta puerta. Esos soldados tienen la llave maestra que abre todas las cerraduras —dijo un preso que estaba en la celda de enfrente. Era un hombre enjuto, con pelo canoso y con ropas roídas.

—¡Habla! —grité.

—Si me abre la puerta —insistió.

—No lo haré hasta que no fluyan las palabras por tu boca —le respondí.

Cogí las llaves de uno de los soldados y se las mostré.

—¡Habla! —le ordené.

—Estaba un obispo con dos hombres esperando a la joven; les dijo a los soldados que ahora ella le pertenecía; ellos le dijeron que el rey Juan no les había dicho nada y, como los soldados se resistieron, los dos hombres que acompañaban al obispo los degollaron. Se marcharon por allí. —Indicó una puerta que había al final de la galería—. Es el obispo de Sant Andrews, lo he visto varias veces por aquí.

—¿Dijeron algo del lugar adonde la llevaban? —preguntó Aldan.

—Escuché que a un monasterio y que tenían que atravesar la zona pantanosa de Wash.

—¡Lindisfarne! —dije. Miré a aquel hombre, le abrí la puerta de su celda—. Muy bien, ahora márchate, pero no digas a nadie que nos has visto por

aquí.

El hombre corrió despavorido.

Nos dirigimos hacia una puerta que había al final del pasillo; al abrirla salimos por la parte trasera de la abadía con un acceso directo a una parte de la muralla. Kimball y Derian estaban esperando.

—Intuimos que esta sería la salida —dijo Derian riéndose.

—Se la han llevado a Lindisfarne —dije angustiado.

—Pues, entonces, pongámonos en marcha —dijo Kimball—. La encontraremos, Korvan.

CAPÍTULO 27

—¡Qué pretende! —le dije a ese obispo.

—Salvar tu alma, mujer. Tú, al igual que tus antepasados, estáis poseídos por el espíritu de esa mujer —me contestó el obispo, que respondía al nombre de Tomás Becket.

—No sé de qué me habla.

—¿Estás segura? —Me había quitado el anillo cuando me capturó, lo extrajo de su amplio bolsillo—. ¿Acaso no lo llevabas puesto? Tú morirás y, a cambio, la maldición que nos persigue se acabará.

—¡Quédese con el anillo!, pero déjeme libre, por favor —le supliqué.

El obispo se acercó hasta mí, despacio. Estaba disfrutando de esa situación.

—¡No! Debes morir. Harás un bien a tu alma y a ti.

Tomás Becket guardó el anillo de nuevo. Me observó con detenimiento y les dio órdenes expresas a los dos soldados para que me llevasen hasta el monasterio.

Sus palabras me sobrecogieron, yo no quería alejarme de Korvan y aquello significaba no volver a ver más al hombre que amaba.

—Mi esposo, el conde de Estanglia, lo matará.

—Ese hombre te ha traicionado, querida. Los sajones no son de fiar y tú creíste todo lo que él te dijo. ¡Ingenua! —Se rio.

—¡No le creo!

—¡Ja, ja, ja! Eres rebelde como ella. Era muy bonita, como tú, ¿sabes? Me engañó, se quedó con el anillo y escondió el manuscrito; lo rompió en dos partes y jamás supe dónde puso cada una, ni siquiera cuando fui testigo de su muerte. ¡Ja, ja, ja!

Ese hombre estaba loco. Su forma de reír y de hablar me daba miedo; sabía

que era capaz de cualquier cosa. ¿A qué mujer se refería? Becket continuó hablando:

—El problema es que le creí. Ella me dijo que la joya y las dos partes del pergamino estaban en la abadía de Fountains y, justo cuando estaba dando su último suspiro, entre las manos del abad de Fountains, nos reveló que jamás lo encontraríamos, que la joya y el manuscrito estarían a salvo entre las mujeres de su estirpe. —Apretó con fuerza sus puños, estaba controlando su ira—. Reconozco que yo no di crédito a sus palabras, pero después me di cuenta de que me había engañado. ¡Maldita! —gritó mientras daba un puñetazo al tronco de un árbol. Se giró para observarme, esta vez una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Estaba trastornado, parecía poseído—. Pero por fin mis súplicas han sido escuchadas y tú me has traído la joya que tanto he deseado. De momento me conformo con tener el anillo; también daré con el manuscrito, es cuestión de tiempo.

Debíamos esperar hasta el amanecer para poder acceder al monasterio; las marismas impedían el paso.

—¡Atadla al tronco de ese árbol! y tenedla muy vigilada. Es como ella —les dijo a sus soldados. Después él desapareció adentrándose en el bosque.

Los dos hombres que acompañaban al obispo habían hecho fuego. Hacía mucho frío, había humedad y niebla. El murmullo de las hojas de los árboles presagiaba que algo iba a suceder. Los soldados reían mientras bebían alrededor de la lumbre, hablaban de mujeres y criticaban al obispo.

«¡Dios mío, ayúdame! Te necesito». La debilidad y el cansancio hacían mella en mí y, conforme se adentraba más la noche, más me costaba mantenerme despierta, consciente. Al final me dormí presa del agotamiento.

Unos gritos me despertaron. Abrí con rapidez los ojos; no distinguía con claridad, parpadeé varias veces. Entonces, la vi; era ella, la joven pelirroja de la playa, de mis sueños... Iba con una capa negra y con la capucha sobre sus hombros. Los soldados estaban pálidos, sus rostros expresaban terror.

—¡Es ella! —dijo uno de ellos—. ¡No nos hagas daño!

La mujer se acercaba despacio, los miraba en profundidad. Extendió sus manos hacia donde estaban ambos y empezó a susurrar palabras que jamás había escuchado y que no entendía. Ellos se levantaron a trompicones, tenían prisa por alejarse de aquel sitio. Se adentraron en el bosque y desaparecieron.

Ella los observaba, con el rostro serio, después se centró en mí. Sin mediar palabra rodeó el árbol en el que estaba atada, se puso tras de mí y en ese momento sentí alivio: me había liberado de esas cuerdas que habían dañado mis muñecas. Tardé unos segundos en reaccionar, me giré; tenía que hacerle muchas preguntas, pero ella ya no estaba.

CAPÍTULO 28

Tomas Becket corría por el bosque, tenía que encontrar el camino principal; allí lo esperaba uno de sus lacayos con su carruaje. Debía llegar cuanto antes a su castillo, junto a la abadía de Sant Andrews. El rey jamás sabría que él tenía el anillo y tampoco los de la orden del Dragón. Sonrió, su plan le había salido a la perfección. Los de la orden pensarían que el monarca se lo había quedado tras capturar a la joven y, a pesar de la ira que esto les provocaría, ella moriría en el ritual y los integrantes del Dragón Rojo declararían la guerra al soberano. Todas sus miradas se centrarían en este.

—¡Ja, ja, ja! —Rio por su habilidad e inteligencia mientras aceleraba el paso.

La noche y el bosque no le gustaban. En ese momento escuchó un ruido tras él; se giró para observar, pero allí no había nadie. Aceleró el paso y esta vez sí que lo escuchó con más claridad. Se volvió a girar, observó.

—¿Quién está ahí? —gritó. Solo obtuvo el silencio por respuesta.

Reanudó el paso y, entonces, lo vio, frente a él. Ahí estaba Hernes, con su capa negra y con la capucha puesta, ocultando su rostro sádico.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó, con voz temblorosa.

Hernes podía sentir y oler el miedo. Eso lo enfurecía y lo excitaba aún más.

—¡Ella no estaba en el sitio que me habías dicho! —dijo Hernes.

—Ya sabes que ellos la querían.

—Sí, pero me juraste que te asegurarías de que la mujer estaría allí. —Hernes apretó con su mano el cuello del obispo, el cual notaba la presión de estas hasta empezar a sentir que le faltaba la respiración—. Sabes que la quería. Ella era para mí antes que para ellos. Quería mirar sus pupilas, sentir su miedo antes de que los de la orden la tuviesen.

—Ellos son los que la tienen, yo no tengo nada que ver. Cumplí mi parte del trato: la até en el árbol para que fueses tú el que la llevases con ellos.

—¡Mientes! —le susurró en el oído.

Hernes deseaba matarlo, sentía asco por ese obispo, pero también era consciente de que todavía le podía ser útil. En esa ocasión, aunque lo que más deseaba era matarlo, decidió no hacerlo. Retiró su mano y se la limpió en su capa. El obispo se dobló mirando al suelo y empezó a toser.

—Te mataré, Tomás Becket, pero antes tengo que encontrarla. Prometo buscarte. Ella está aquí, su espíritu también te persigue. La presiento.

Dichas estas palabras, el obispo vio cómo se alejaba. Sabía quién era la mujer a la que se refería. Sus manos sudaban y las piernas le temblaban con solo escuchar que él se había referido a ella. Sabía que ese hombre cumplía sus amenazas. Cuando llegase a su castillo se encargaría de él; ese hombre era peligroso, debía morir. Empezó a correr sin percatarse de que la pequeña bolsa de cuero negro donde había guardado el anillo se había caído al suelo.

CAPÍTULO 29

Juan de York se movía intranquilo de un lado para otro; sabía que, hasta que no se hiciese el ritual de la luna roja esa misma noche, no podría huir. Tenía que coger un barco que lo llevase a Francia, pero nadie debía sospechar sobre sus intenciones; si no, su vida peligraría.

El obispo había desaparecido hacía días. «¿Dónde estará ese canalla?», pensó; había escuchado que la mujer estaría en el monasterio. Juan de York estaba convencido de que todos esos personajes anónimos, integrantes de la orden, que él no sabía quiénes eran por llevar sus rostros ocultos, estaban esperando a la noche para el ritual.

Tocó su bolsillo, ahí estaba el libro. Fue directo a su celda y se encerró. Todavía estaba asustado por recordar el sueño de la noche anterior; otra vez esa mujer pelirroja de ojos azules, la mujer que los maldijo, pero esta vez le habló, recordaba perfectamente las palabras: «La profecía se cumplirá a su debido momento. La espada te matará».

—¡Jamás! —dijo en voz alta. Se intentaba convencer de que solo había sido un sueño, pero esa maldita mujer era tan real... ¿Por qué razón se le aparecería en sus sueños? Él la había matado con sus propias manos y el obispo había sido testigo de ello.

Abrió el libro por la última página.

—¡Awen! —repitió en alto. Era la última palabra que estaba escrita tres veces; también estaba dibujado el símbolo, ese símbolo que tanto temor le daba: las tres líneas negras que se unían, todas ellas, en un mismo punto. «¿Por qué está ahí?», se preguntó.

Hasta ese momento no lo había abierto por temor a encontrarse todos los nombres que él mismo fue escribiendo, uno a uno. Sentía vergüenza. Empezó

a pasar las páginas y solo estaba escrita esa palabra, «Awen», y al lado el símbolo. ¡Ese no era su libro! Se puso pálido y su respiración era cada vez más acelerada. Ese no era el libro que le iba a dar esa majadera. ¿Dónde estaría? Sabía que, si no lo encontraba, podría ser su condena y las pruebas evidentes para destruirlo si caían en otras manos que no fueran las de él. Le habían querido mandar un mensaje; ¿estaría ella detrás?

—¡Esto no puede estar pasando! ¿Dónde estará Tomas Becket? —dijo en voz alta.

CAPÍTULO 30

Derian se tropezó y los tres nos giramos para mirarlo con expresión severa.

—¡Ten más cuidado! —le dije—. Nos pueden escuchar y pondríamos la vida de Ana en peligro.

—Si ni siquiera sabemos si está ahí dentro —dijo Derian.

—Pues lo averiguaremos. Lo que está claro es que hay movimiento y todos esos hombres encapuchados de negro se dirigen en grupo hacia algún lugar —dije.

Había dos hombres en la entrada. Les hice un gesto a mis amigos, nos teníamos que apoderar de sus capas para entrar en el interior. Aldan fue por un lado y yo, por el otro; nos miramos para que el golpe en la cabeza fuese al mismo tiempo. Esos dos no tuvieron tiempo ni de pensar, se desvanecieron ante nuestros puñetazos. Cogimos sus capas, nos las pusimos mientras que Kimball y Derian apartaban a estos del camino y se los llevaban lejos de allí para atarlos a unos árboles. Cuando los dos volvieron, nos adentramos e hicimos lo mismo con otros dos encapuchados que estaban andando con rapidez hacia la parte inferior del monasterio, donde imaginábamos estaba la cripta. Los retiramos y nos aseguramos de que estuviesen bien atados y en un lugar donde nadie los encontrarían, al menos durante un largo tiempo. Seguimos con cautela hacia donde se dirigían todos esos encapuchados. Bajamos unas escaleras estrechas y lúgubres hasta llegar a una sala oscura, donde la única luz que había era la de dos velas rojas en la parte central. Todos los hombres estaban dispuestos alrededor de estas formando un círculo; en el centro había una silla. Empecé a temblar solo de imaginarme para quién sería esta.

De repente la vi aparecer; llevaba una capa cuya capucha le cubría la cabeza

y el rostro. Hice intención de avanzar hacia aquel ser que la llevaba hacia el centro de la sala; la ira y furia que sentía me impulsaba a querer matar a todos los allí presentes. Aldan me sujetó del brazo con fuerza.

—No es el momento, Korvan —me susurró.

Tenía razón, pero no podía verla así, estaba sufriendo. Quería mirar su rostro para quedarme tranquilo con que al menos no la hubiesen golpeado. Se me venían los recuerdos de mis padres y a ella no la podía perder. Jamás imaginé que esto me pudiese pasar, amaba a esa mujer y no podía soportar el perderla.

Hubo un hombre que se chocó conmigo, lo miré, levantó su rostro. Me sonaba de algo, se dirigía con sigilo hacia la puerta de salida. ¿Por qué se iría? No lograba recordar dónde había visto esos ojos y esa expresión. Me centré en ella. La llevaron a esa silla, ahí la sentaron. Estaba débil, parecía mareada y deshidratada. La ataron. Un encapuchado se adelantó y se puso fuera del círculo de sangre.

—*Hodie est dies de qua complevit execratione maledicta congegit. Et 'vate "non iter per mundos. Hodie non morietur in aeternum. Lunam vult rubrum sanguinem. Aliquam* —dijo.

—¿Qué está diciendo? —susurró Derian.

—Que hoy es el día en el que acabará la maldición. Hoy morirá. La luna roja quiere sangre —traduje—. La van a matar —dije—. Debemos actuar ya.

En ese momento nos dirigimos los tres hacia la puerta de salida; nuestra intención era incendiar el recinto. A Ana le quitaron la capucha, me quedé sorprendido: ¡no era ella! Esa mujer pelirroja de ojos grandes y azules me miró y después se centró en el hombre, que debía ser el maestro.

—¡No es ella! —dijo Derian—. ¿Se puede saber dónde está?

—¡No es Ana!, y lo peor de todo es que ella está en peligro. Debemos continuar con nuestro plan, incendiar el monasterio para que esta gente huya, y así podamos salvar a esa mujer —dije.

—Sí, vamos —dijo Kimball.

Salimos. Íbamos descendiendo las escaleras cuando escuchamos gritos; nos giramos, retrocedimos, quisimos volver a entrar. En ese momento nos percatamos de que la sala estaba en llamas y no habíamos sido nosotros los causantes.

—¡Salgamos de aquí cuanto antes! —gritó Aldan.

Yo no podía dejar a esa mujer inocente allí dentro. Intenté entrar, pero me resultó imposible, las llamas no permitían el acceso. El que debía ser el gran maestro se chocó conmigo. Este iba con máscara, yo no le pude ver su rostro, pero él me miró y se quedó observándome unos segundos; después huyó. Sentí cómo me agarraban con fuerza del brazo, era Kimball.

—¡Korvan, tenemos que salir! No podemos hacer ya nada por esa mujer. Es imposible entrar allí y salir con vida de ese incendio.

Sabía que tenía razón. Las llamas se iban extendiendo y el calor que desprendían era sofocante.

Bajamos con rapidez las escaleras, llegamos al exterior y fuimos en dirección al bosque. Desde la lejanía veíamos cómo ardía el monasterio.

«¿Dónde estás, Ana?», susurré. En ese momento pisé algo, me agaché para cogerlo, era una pequeña bolsa de cuero negro; la abrí, me sorprendió ver que el anillo de mi esposa estaba en el interior.

CAPÍTULO 31

El gran maestre había reconocido a ese hombre; lo había visto entrar y observar a la joven. Le llamó la atención la punta de su espada, que asomaba por los bajos de su capa; ningún miembro de la orden llevaba armas durante la ceremonia. Estaba convencido de que él no le había visto el rostro, estaba centrado en la mujer. «Menos mal», pensó. Él sabía que, de haberlo reconocido, estaría perdido. Intuía que, si él estaba ahí, también estarían los tres caballeros de la orden del León; pero ¿qué hacían ellos allí? Debía deshacerse de ese conde; además, nunca le había gustado.

Todavía estaba pálido por recordar a aquella mujer. Se levantó con una fuerza extrema, sobrenatural; gritó con las manos en alto, apuntando al cielo, en un lenguaje extraño, y fue en ese instante cuando, sin saber cómo, una de las velas cayó al suelo y se provocó ese incendio. Después ya no volvió a verla, desapareció. ¿Sería ella la Vate, la mujer de la maldición, la misma que —según la leyenda de los druidas— viajaba a través del tiempo para encontrar a la joven que llevaría a cabo la misión que ella no había terminado?

El gran maestre salió por la puerta secreta, que daba a un pasadizo subterráneo; este llevaba hasta el bosque, adonde podría huir. Allí estaba ese hombre que respondía al nombre de Hernes, lo esperaba. Él quería el cuerpo sin vida de la muchacha.

—¿Ella ha muerto? —preguntó Hernes.

—No —respondió el gran maestre.

—¡Has fracasado! —gritó—. Ni tú ni ese obispo habéis cumplido vuestra promesa. La buscaré y yo mismo la mataré.

—Seremos los dos, Hernes.

Este se acercó al gran maestro, sus ojos brillaban.

—Yo no fracasaré. Ella tiene que morir —le dijo con odio.

CAPÍTULO 32

Juan de York se detuvo, desde la lejanía veía cómo las llamas resplandecían en la noche. Aprovechó el momento en el que iba a comenzar la ceremonia para huir, antes de que ocurriese el suceso del incendio. Se quitó la capucha de su capa negra y contempló con asombro lo que estaba ocurriendo.

—Pero... ¿qué está pasando? —dijo en voz alta.

El abad sabía que no podía seguir allí. Debía escabullirse por el bosque, tenía que ir a la aldea donde vivía ella, encontrar su libro y marchar a Francia. No sabía cómo lo iba a hacer, tenía que pasar desapercibido. Ya lo pensaría.

Entonces, le vino a la mente aquel hombre con el que se había chocado. Sabía quién era, lo había reconocido nada más verlo. Ese sajón llevaba mucho tiempo buscándolo, pero no había dado con él; claro que ese conde ya se había encargado de proclamar, por todas las tierras de la isla, que, si él pisaba el reino de Estanglia o alrededores, no dudaría en matarlo y colgar su cabeza en la torre de su castillo. No se dejaría ver, pero debía correr ese riesgo. Tenía que ir a la aldea, y esta se encontraba en las tierras del conde.

«Pero... ¿qué hace el caballero allí, en el ritual secreto?», pensó mientras se alejaba de ese lugar a gran velocidad.

CAPÍTULO 33

Corría, tenía miedo. Las lágrimas rodaban por mi rostro. «¿Qué es lo que me está pasando?», pensé. No daba crédito a los últimos acontecimientos. ¡Y esa mujer!, ¿quién era? En el fondo intuía que se trataba de ella, la joven que había maldecido a todo aquel que deseara apropiarse del anillo para obtener poder y usarlo para fines oscuros.

Había fracasado en mi misión: el anillo que tanto tiempo habían guardado mi abuela y mi madre, al igual que mis antepasados, lo había perdido, y lo peor era que había caído en manos de ese ser indeseable, ambicioso y malvado.

Tropecé, herí mi rodilla, pero en esos momentos lo único que me importaba no era la sangre que fluía por mi articulación, sino salir de ese bosque. Transcurrió una media hora cuando por fin salí a un camino de arena y piedras. Observé a mi alrededor, no había nadie. Empecé a caminar, descalza, ya que en mi huida había perdido las polainas.

Estuve caminando mucho tiempo, estaba amaneciendo. Iba sin rumbo, sedienta, dolorida y con mucho frío, pero me daba pánico detenerme, no quería que esos hombres me encontrasen. El sonido de una flauta captó mi atención. Decidí ir hacia el lugar desde donde se escuchaba esa música; con probabilidad provendría de una aldea, allí me escondería. Volví a adentrarme en el bosque. Vislumbré en la lejanía el resplandor de una hoguera; entonces, los vi. Eran un grupo de hombres y mujeres, por sus ropas parecían gitanos. Con rapidez se percataron de mi presencia; una mujer me miró con interés, el sonido de la flauta cesó. La mujer se levantó y el hombre que estaba a su lado hizo lo mismo; este, de edad avanzada, se aproximó hasta donde yo me encontraba.

—¿Quién eres? —me preguntó.

No supe qué responder, me quedé en silencio.

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿quién eres? —Esta vez su voz sonó fuerte y tosca.

No respondí, los ojos se me llenaron de lágrimas. La mujer, de pelo blanco, largo y rizado, se acercó al hombre, le puso la mano en su antebrazo.

—Déjala, Brun, no ves que está asustada. —Se puso frente a mí—. Querida, ¿tienes hambre? —me dijo con voz dulce. —Asentí—. Ven conmigo, siéntate con nosotros.

La mujer me llevó al lado de la hoguera, me ofreció un trozo de carne y bebida. Estaba hambrienta, devoraba lo que me daba. Todos me observaban, en silencio, expectantes al ver la rapidez con la que engullía los alimentos. Todos se rieron, la música volvió a escucharse y continuaron con su fiesta particular.

Sentí cómo me colocaban una piel de animal sobre los hombros, me giré y vi que había sido el hombre que me había preguntado quién era.

—Gracias —dije.

—¡Vaya! Menos mal que sabes hablar. —Sonrió.

—Déjala tranquila, Brun —dijo la mujer—. ¿Cómo te llamas, querida?

—Ana —respondí.

—¿Quién te ha hecho eso? —dijo el hombre señalando las heridas de mi muñeca, provocadas por las cuerdas.

—El obispo de Sant Andrews. —Nada más decirlo me arrepentí, sabía que era mejor no dar detalles de nada.

El rostro de ambos se tornó serio.

—Ese obispo es cruel. Si él te ha hecho eso y has podido escapar de ese malvado, eres bienvenida aquí —dijo Brun.

—Gracias —respondí.

—¿Hacia dónde te diriges, muchacha? —me preguntó la gitana.

—Al condado de Estanglia.

—Podrás venir con nosotros. Nos detendremos muy cerca de allí, así podrás estar acompañada y protegida. ¡Ven conmigo!

La mujer se levantó y yo la seguí hasta entrar en una de las tiendas de los carros que llevaban.

—¡Ponte estas ropas! Así pasarás más desapercibida.

Tomé el atuendo viejo y roído entre mis manos. Me sentía muy agradecida hacia esa gente pobre, que me acogió sin ningún tipo de explicación y me dieron de lo que tenían. Por un impulso abracé a la mujer.

—¡Gracias! —le susurré al oído.

—No me tienes que dar las gracias, lo hago con mucho gusto. Anda, cámbiate. Hoy dormirás dentro del carro, aquí estarás más resguardada y no pasarás tanto frío. —Me sonrió dejando ver sus dientes amarillos y descuidados.

Esa gente se puso en marcha cuando empezó a amanecer. Iba en el interior del carromato; ellos pensaron que sería mejor así, sabían que los hombres del obispo podrían estar buscándome. Miraba por una cortina roída; el camino era pedregoso, a ambos lados estaba rodeado de bosque. La mañana era fría y había mucha niebla.

Solo pensaba en él. «¿Dónde estás, Korvan?». Durante gran parte del trayecto, estuve recapitulando todos los acontecimientos que me habían sucedido, no encontraba ninguna explicación a todo ello. «¿Por qué yo?», no cesaba de preguntarme.

Habíamos avanzado bastante; de hecho ya estábamos por tierras sajonas, las tierras de Korvan no debían estar muy lejos. Sabía que esa gente me avisaría cuando ellos tornasen a otra dirección. Me quedé dormida.

El carromato se detuvo con brusquedad: me sobresalté. Miré por la cortinilla, había unos soldados del rey en el camino, se estaban riendo de la gente que me había acogido. Escuché desde el interior. El corazón me latía con celeridad.

—¡Gitanos! —gritaban—. ¿Qué tenéis en el interior de vuestros carros? Seguro que cosas robadas.

Aquello no pintaba muy bien, tenía que salir de allí. Si esos soldados me descubrían, sería mi perdición; no tenían muy buenas intenciones. Salí a hurtadillas, me escondí tras el carromato y, aprovechando que los soldados estaban interesados en los que había por delante del mío, me aparté del camino y me adentré en el bosque. Estuve observando, escondida tras los árboles. Escuchaba sus risotadas, se burlaban de ellos. Por fin se marcharon con comida que no les pertenecía, pero al menos los dejaron en paz. Brun y la

gitana me buscaban: salí a su encuentro.

—Lo sentimos mucho, joven... —comenzó a hablar la gitana.

No la dejé continuar, sabía lo que me iba a decir.

—No se preocupe. Los entiendo y sé que, estando con ustedes, los pongo en peligro. Ya estoy cerca, seguiré el camino sola.

—Perdónanos —dijo Brun.

—No tengo nada que perdonarles, solo siento gratitud por haberme dado de comer, ropa y un lugar para poder descansar.

—Gracias, querida. Ya estás muy cerca de las tierras de Estanglia. Sigue recto, al lado del curso del río, y te llevará hasta allí —dijo la gitana—. Toma esta alforja, dentro hay pan, vino y queso, y esta piel de animal para resguardarte del frío.

—Muchas gracias.

Los vi marchar. Aquello iba a ser duro. Me adentré en el bosque. Con lo mal que me orientaba..., solo le pedía a Dios que me guiase hasta él a través de la angosta y fría arboleda.

CAPÍTULO 34

Los observaba, ellos estaban ajenos a mi dolor y sufrimiento en esos momentos. Se sentaron alrededor del fuego, mientras comían y compartían aventuras. Me aparté, necesitaba estar solo, pensar. Me senté junto al río y me tapé el rostro con ambas manos. «¿Dónde la buscaré? ¡Maldita sea!», dije en voz alta. Me culpaba de haberme marchado esa fatídica noche y de haberla dejado sola. Daría lo que fuese por retroceder a ese mismo instante.

Me sobresalté, escuché ruido. Era Aldan, se había sentado a mi lado. Cogió una rama y empezó a jugar con esta entre sus dedos.

—La encontraremos, Korvan.

—Antes estaba seguro de ello, pero en estos momentos tengo dudas al respecto. —Tiré una piedra al río—. La amo, Aldan. Jamás creí decir esto y menos a ti, pero es así, no puedo negarlo, y temo perderla para siempre.

—Que la amabas yo lo sé desde hace mucho tiempo. ¡Ja, ja, ja! —Se burló—. Pero no la vas a perder. Buscaremos más allá del horizonte si es necesario.

Lo miré, sonreí. Aldan, junto con Kimball, era como un hermano para mí.

—Gracias, amigo.

—Lo que no logro entender es lo que ha pasado en ese monasterio. Esa mujer... Vi cómo te miraba, Korvan, y llegué a pensar que ella no era real. No sé cómo explicarlo, solo verla ya me dio un escalofrío.

—Sí, yo tuve esa sensación. Sentí que me quería decir algo. Después ese incendio...

—Exacto. ¿Qué es lo que pasó? Acabábamos de salir y de repente se provocó el fuego. No sé, todo esto es muy extraño.

—Sí, yo pienso lo mismo.

Estuvimos en silencio, después Aldan se marchó con los otros a descansar. Yo no podía conciliar el sueño, estaba amaneciendo. En ese momento escuché un ruido. Me levanté con agilidad, fui hacia el río y llevé mi mano a la empuñadura de mi espada. Me adentré en el bosque, de donde provenía ese sonido. Una suave brisa rozó mi mejilla, como si me hubiesen soplado al rostro. Me giré con rapidez y allí estaba esa mujer, la misma que había visto en el monasterio. Eso no podía estar ocurriendo ni ser real. Me observaba.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—En la piedra angular, allí la encontrarás. —Esa fue su respuesta.

—¿A quién?

—Ella te necesita. Tú sabes dónde está esa piedra.

Una luz intensa me cegó; volví a abrir los ojos, pero aquella mujer ya no estaba. ¿Quién era ella? Si no fuese porque no creía en almas errantes ni en temas de brujería, pensaría que había visto a un espectro. La busqué, pero ya no la encontré.

Por supuesto que sabía dónde estaba la piedra angular, allí me llevaba mi padre de pequeño; era la piedra donde antaño los caballeros del León habían hecho su promesa y juramento de lealtad al honor, a la justicia y al rey. Si me ponía ya en camino, antes de que amaneciese estaría allí. Tenía que intentarlo, no perdía nada; además ¿y si esa mujer tenía razón? Era la única opción y esperanza de dar con ella. Estuve un tiempo por el río, deambulando, a ver si la volvía a ver. Desistí, regresé con mis amigos, ya se debían haber levantado.

Kimball, Derian y Aldan estaban alrededor de la lumbre, hablando y debatiendo. Los miré, ellos me conocían muy bien y, por la expresión de mi rostro, ya sabían que algo me rondaba la cabeza.

—Me marchó —les dije mientras preparaba a mi caballo. Al verme se incorporaron los tres.

—¿Se puede saber qué es lo que haces? —preguntó Kimball.

—Creo que sé dónde está —respondí.

—¿Cómo? —preguntó Aldan.

Me giré para observarlos.

—Sí, no me preguntéis cómo lo sé. No podría daros una explicación lógica, pero creo que es allí donde la encontraré.

—Pues, entonces, no hay más que hablar. ¡Nos vamos! —dijo Kimball.

—¿Y se puede saber adónde vamos? —preguntó Derian.

—A la piedra angular, la zona donde nuestros ancestros sellaron lealtad a la herencia de los sajones.

CAPÍTULO 35

¿Cómo se haría fuego? Por más que frotaba esas dos piedras, no salía humo. Tenía que haber prestado más atención en las clases de supervivencia de los campamentos de verano. Desistí. Me acurruqué, apoyada en una gran piedra al lado del río. Tenía frío, pero el sueño y el cansancio hacían mella en mí.

No sé cuánto tiempo transcurrió, un ruido o quizás el percibir que me observaban provocó que abriera los ojos, asustada. Entonces, lo vi; un hombre, vestido de oscuro, con su rostro oculto tras una capucha y una máscara, a excepción de los ojos, estaba frente a mí, de pie, apuntando con su espada mi estómago.

—¿Quién es usted? —pregunté sin poder moverme por miedo a que me clavase el arma.

—Tú sabes quién soy. ¿Acaso no te acuerdas de mí? —Se quitó la capucha y mostró una parte de su rostro quemada. Me horroricé al verlo.

—¡No lo entiendo! ¿Qué significa? —le pregunté asustada.

—Qué fácil es olvidarse de lo que uno no quiere recordar. ¡Vate! ¿Tampoco te suena ese nombre?

—No, no sé de qué está hablando. Se ha confundido de persona.

—¡Ja, ja, ja! Yo te vi y tú a mí. Soy Hernes, ¿no te suena mi nombre? —Negué con la cabeza, asustada. Claro que me sonaba, pero no quería ni escuchar ese nombre—. Te refrescaré la memoria. —Se sentó frente a mí, me seguía apuntando con la punta de su espada en el estómago—. Gaine no murió, yo lo sabía, pero ellos no me escucharon. Y así fue. Su espíritu está vivo y tú eres de su sangre, la elegida para transportar y llevar el anillo santo junto al santo Grial. Yo juré matar a todas las mujeres de su sangre, pero me faltaba una; esa eres tú. Si tú mueres, el círculo se cierra y el anillo pasa a ser

mío. —Retiró la punta de su espada de mi estómago y acercó su rostro al mío —. Gaine tuvo un fallo: ella me dio la clave para llegar hasta ti. Te vi. Yo fui testigo de cómo la puerta de los Hombres se abrió esa noche de junio; allí estabas tú, la Vate, la que viajaría en el tiempo, la transportadora del anillo. Pero me encontré con un problema: el sajón también estaba en ese lugar. Tenía que dar contigo. —Se volvió a poner de pie, momento en que aproveché para coger la arena. Era mi oportunidad; cuando estuviese cerca debía lanzarla a sus ojos, y así podría huir.

Se dio la vuelta para observarme.

—¡Por fin se podrá cerrar el círculo! —Se acercó a mí, era el momento.

Le lancé con todas mis fuerzas la arena a los ojos. Él se sorprendió, llevó sus manos hacia estos; me levanté con rapidez y hui.

Parecía como si el corazón se me fuese a salir, estaba aterrorizada. ¡Ese hombre quería matarme!, estaba loco. Miré para atrás, me seguía. Corría con todas mis fuerzas. Me tropecé con una piedra; estuve a punto de caer, pero lo evité. Corría y corría. Miré al cielo. «¡Madre, ayúdame!». Me acordé de ella, de la mujer a la que tanto había amado y que me había dejado de repente, sola, con mi abuela. Sentí la mano de ese individuo rozar mi brazo; me había alcanzado. En ese momento vi cómo un jinete, con capa y encapuchado, le daba una patada desde su caballo: el hombre de negro cayó al suelo. Ese jinete casi me daba más miedo que Hernes. Los árboles quedaron atrás, entré en una explanada. El jinete me seguía a gran velocidad. Volví a tropezar; el miedo me hacía estar torpe. Me había hecho daño, la rodilla sangraba y el tobillo me dolía, pero me levanté. Corrí, pero ya era tarde: el jinete, cabalgando, se inclinó y me cogió de la cintura mientras el caballo seguía avanzando. De repente vi mis pies en suspense en el aire, y el jinete me posicionó sobre el lomo de su animal. Mi cabeza miraba el suelo mientras me empeñaba en mover las piernas. Estaba mareada, iba a vomitar.

CAPÍTULO 36

Detuve el caballo. Bajé de un salto de este y la agarré de la cintura para ponerla en el suelo. Ella peleaba como si en ello le fuera la vida; hasta me dio un puñetazo en el mentón. ¡Tenía fuerza mi mujercita! Llevé mi mano a la mandíbula. ¡Un buen golpe! Sonreí.

—¡Ana! ¡Soy yo, Korvan! —le dije mientras la sujetaba de las muñecas para evitar que me diera otro golpe.

Se paró en seco. La solté y me quité la capucha de la capa que me cubría el rostro. Sus ojos brillaban. Observé que las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Apenas podía sonreír; temblaba, no articulaba palabra. La rodeé con mis brazos y la abracé.

—Ya pasó todo. Nadie va a volver a hacerte daño.

En la lejanía vi que venían mis amigos hacia nosotros.

—¡Se ha escapado! —dijo Derian.

—¡Maldito bastardo! —grité.

—Korvan, debemos irnos, alejarnos de aquí —dijo Kimball.

Sabía que tenían razón. Cuando anocheciese teníamos que estar lejos de ese lugar, donde estaba la piedra angular, la piedra del juramento.

Ana no quería que la apartase de mí; la separé con delicadeza.

—Ese hombre puede estar cerca —dijo Aldan.

—Pues, si está cerca, lo mataré —respondí.

La subí hasta el lomo de mi caballo y seguidamente di un salto y me puse tras ella. La tapé con mi capa, estaba tiritando. Me fijé en sus muñecas, heridas, al igual que en su rodilla. Odié a los que le habían hecho daño. «¡Los mataré!», me dije para mí mismo. Ana se acomodó sobre mi pecho, estaba tan débil que se quedó dormida.

Había anochecido. En la jornada del día siguiente, llegaríamos a mi castillo.

—Deberíamos detenernos aquí —dijo Aldan señalando a Ana.

—Sí, iré a buscar comida —dijo Kimball mientras ataba a su caballo y se dirigía al río.

—Voy contigo —dijo Derian.

Aldan se puso a recoger ramas para hacer fuego. Desperté a Ana; ella abrió los ojos, sobresaltada. Enseguida se percató de que estaba a salvo. La cogí en brazos y la coloqué en el suelo, sobre una de las pieles de animal que llevábamos. Se puso próxima a la hoguera.

CAPÍTULO 37

Necesitaba beber algo, todavía seguía asustada por todos los acontecimientos que había vivido. Aunque en ese momento me sentía feliz, no sabía si era un sueño o la realidad, pero veía y escuchaba a Korvan, al hombre que amaba. Mojaba mis labios con líquido.

—Ana, ¡bebe! —me dijo con dulzura.

Me puso la bebida en los labios y sorbí; empecé a encontrarme mejor aunque estaba débil. Los otros caballeros que lo acompañaban, y a los que reconocí enseguida, estaban alrededor del fuego, asando unos peces de gran tamaño que habían pescado en el riachuelo próximo.

—¡Korvan! Esos hombres irrumpieron en el castillo. Tú no estabas —le dije.

—Hubo un incendio en el bosque... —me respondió.

—Accedieron al interior...

—Lo sé, lo sé. Ahora no debes hablar, ya habrá tiempo. Tienes que recuperar las fuerzas perdidas —me dijo mientras me observaba las heridas de las muñecas, la rodilla y el tobillo, que me había torcido—. Ese tobillo necesita reposo. No te muevas, ahora regreso.

Se alejó y se escabulló entre los árboles. Kimball se levantó, me traía un pescado. Tenía hambre.

—¡Toma! Comer te vendrá bien. ¿Qué es lo que sucedió?

Le conté todo. Percibí su expresión de preocupación.

—Ya ha pasado el peligro, Ana. No permitiremos que te ocurra nada.

—Gracias, Kimball.

—¿Se puede saber adónde se ha ido Korvan? —preguntó Aldan en voz alta. Me levanté, sabía la dirección que había tomado. Quería estar con él, le

amaba. Fui cojeando hasta allí. Estaba sentado en una piedra con las manos ocultando su rostro y ligeramente inclinado. Enseguida notó que no estaba solo y se puso de pie con rapidez, sujetando la empuñadura de su espada. Al percatarse de que era yo, bajó esta y me recriminó que hubiese ido hasta allí.

—Deberías descansar, Ana, estás muy débil. Además, ese tobillo necesita reposo.

—Quería estar contigo, Korvan. Tú eres lo único bueno que me ha pasado desde que todo esto empezó.

Estaba serio, pero al decir eso se acercó a mí, cogió mis manos entre las suyas; después me rodeó con sus brazos y me acercó a su pecho.

—Nunca permitiré que te hagan daño. Me importas demasiado y no pienso tolerar que nadie te vuelva a hacer esto. —Sus ojos brillaban como si hubiese llorado—. El culpable de todo lo que te ha pasado soy yo.

—No, tú no eres el culpable, amor mío.

—Sí, Ana, jamás debí llevarme a todos mis soldados al lugar del incendio. Dejé el castillo indefenso.

—Tú no sabías lo que iba a pasar. Estoy segura de que, de haberlo sospechado, jamás te hubieras ido.

Me miró con intensidad, sus ojos brillaban.

—Te amo, Korvan. —Aquello lo hizo sonreír.

Cogió mi rostro entre sus manos, su mirada se centró en mi boca; estuvimos unos segundos contemplándonos sin hablar hasta que sus labios rozaron los míos, con dulzura. ¡Cuánto necesitaba sus besos! Creí que nunca más sentiría su suavidad y los sentimientos y sensaciones que estos despertaban en mí. Le sonreí y él me abrazó con fuerza, como si temiera que fuese a desaparecer. Me aparté y llevé mi mano a su mejilla; lo acaricié mientras lo miraba a esos ojos grises, que me habían conquistado.

—Korvan, quiero ir a casa. Llévame a tu castillo.

—Nuestro castillo. Mi castillo también es tuyo, Ana. —Puso su mano sobre la mía y la besó.

Después me acercó hacia él y sus labios se volvieron a entrelazar con los míos. Lo amaba. Me besó y después me sonrió; yo le respondí de la misma forma. Me cogió en brazos y me llevó hasta donde estaban los demás; estos ya se habían colocado al lado de la fogata que habían hecho, acomodados

para dormir. Korvan me sentó sobre la piel de animal que había colocado para mí en el suelo, cogió su capa de caballero y me tapó con ella. Él se tumbó a mi lado y me rodeó con sus brazos; yo apoyé mi cabeza sobre su pecho y me quedé profundamente dormida, arropada por su cuerpo. Me sentía segura y feliz de estar a su lado.

Estaba amaneciendo; sentí la suavidad de los labios de Korvan sobre mi mejilla.

—Ana, nos tenemos que ir. Hay que marcharse de aquí lo antes posible.

Abrí los ojos y allí estaban los cuatro hombres de pie, observándome. Me sonrojé. «¡Qué situación más violenta!», pensé. Me incorporé con rapidez, sabía que nos debíamos apresurar para irnos, ya que así llegaríamos antes a las tierras de Korvan; ese era el único lugar en el que estábamos más seguros.

Cabalgábamos a gran velocidad. Yo iba con Korvan en su caballo; este apenas me hablaba, estaba intranquilo, al igual que los otros, que me miraban con preocupación. Pero yo bastante tenía con comprender lo que me estaba pasando. Desde esa noche de junio, mi vida había pasado a ser otra diferente; había ocurrido algo que yo jamás había imaginado que pudiese suceder. En esos momentos intentaba convencerme de que había sido una puerta dimensional que estaba en el lugar donde yo me encontraba en ese instante. Cada vez estaba más segura de que esa mujer, Gaine, como Hernes la llamaba, había tenido algo que ver, o el mismo destino se había empeñado en llevarme hasta él. No sabía qué pensar ni quería indagar más sobre lo que había pasado: me iba a volver loca.

Habían transcurrido muchas horas de viaje; el castillo se veía a lo lejos. Kimball y los otros tres caballeros se despidieron y siguieron para sus respectivos hogares. Los cuatro jinetes habían planeado un encuentro; yo sabía que se habían prometido zanjar este asunto. Eso me daba miedo, no quería que por mi culpa todos ellos se aventurasen en una hazaña por la que correrían un gran peligro. Enseguida vino Krim, el siervo que se ocupaba de los establos.

—¡Señora! ¡Qué alegría verla! ¡Estoy contento de que estén ustedes aquí, señor! —dijo Krim.

—Gracias, Krim —le respondí.

Dylan y Arian aparecieron al escuchar al caballo y enseguida fueron a

recibirnos con alegría y entusiasmo. Me gustaba ver la camaradería que había entre ellos.

—¡Qué bien que esté usted aquí! —me dijo Dylan, a lo que Arian se unió también.

—Esperadme aquí, quiero hablar con vosotros. Voy a acompañar a Ana al dormitorio.

Korvan estaba muy raro. Él era un hombre parco en palabras, pero apenas me había hablado en todo el viaje.

—¿Se puede saber qué te pasa, Korvan? —le dije.

—¿Por qué me preguntas eso? No te entiendo. No me pasa nada, a excepción de estar muy preocupado por lo que te ha ocurrido —dijo con seriedad.

—No me has hablado en todo el recorrido.

—Ahora tengo muchas cosas en la cabeza, cariño. Descansa y mañana hablaremos. —Me cogió el rostro entre sus manos y me besó; después se dio media vuelta, dispuesto a marcharse, pero yo no quería que se fuese así, necesitaba tenerlo a mi lado más tiempo.

—¡Korvan! —le dije acercándome a él. Este giró—. ¡No te vayas todavía! —le supliqué.

Él me miró con cariño, vino hacia mí, me elevó hasta ponerme a su altura y me volvió a besar. Después me sonrió y me tocó la punta de la nariz con su dedo índice.

—Mañana me dedicaré a ti por completo. Voy a mandar a Avi para que te curen esas heridas y te preparen un baño caliente.

Le sonreí, me quedé como una tonta después de ese beso. Ese hombre tan varonil actuaba de esa forma impulsiva, algo a lo que yo no estaba acostumbrada. Allí me quedé, sola y deseando que él estuviera esa noche conmigo.

Avi entró en la habitación, portaba una bandeja con un té caliente.

—¡Querida! —dijo mientras dejaba la infusión sobre la mesa y se acercaba con los brazos abiertos para rodearme con ellos—. Creímos que ya no te volveríamos a ver. ¡Gracias a Dios que estás viva! Korvan no hubiese sido capaz de superar tu pérdida.

—Gracias, Avi. Yo también estoy muy feliz de estar otra vez aquí.

—Korvan me ha dicho que te suba el té. En breve te prepararé el baño y miraré esas heridas. Tienes que descansar y ponerte fuerte. Todos los campesinos están deseando verte en la fiesta que se organiza en la playa.

—¿Fiesta? —pregunté

—Sí, siempre que hay luna roja, existe una tradición de hace mucho tiempo. Tiene lugar en la playa, se hace una bebida especial, hay música y fuego. La bebida hay que ingerirla de un trago, ya que dicen que da fuerzas y protege de los malos espíritus; son tradiciones antiguas, pero las seguimos haciendo, son divertidas. —Antes de salir de la habitación, se giró para mirarme—. Él está muy preocupado por ti.

Los primeros rayos de sol me obligaron a abrir los ojos. Miré a mi lado para comprobar si Korvan estaba a mi lado, pero no se encontraba allí, no había vuelto en toda la noche. Me aseé y bajé con rapidez al comedor; allí estaba Ingrid, quien me dio la bienvenida.

—Ingrid, ¿sabe dónde está el señor? —le pregunté.

—Ha salido muy temprano con dos de sus hombres —me respondió.

—¿Sabe adónde ha ido?

—No, señora, no lo sé.

—Pero... ¿durmió por la noche?

—Sí, señora, pero ha descansado en otra habitación, no quería despertarla. ¿Qué le pasa a su tobillo? —Todavía cojeaba, pero para mí la palabra «reposo» no existía; era inquieta por naturaleza.

—Nada, me lo torcí, pero ya estoy mejor. Gracias, Ingrid. —Estaba molesta, no había dormido conmigo—. No lo entiendo, dijo que hoy se dedicaría a mí —dije en voz alta. Ingrid levantó los hombros y se marchó.

Sabía que no iba a poder estar recluida ahí todo el día, necesitaba respirar fuera de esas torres y muros. Salí al exterior, fui a la pequeña capilla; quería encontrarme con el padre Peter, ese sacerdote me caía bien. Entré y allí no había nadie; salí y fui a la parte de atrás, al pequeño huerto que él cuidaba. Allí estaba, de rodillas, removiendo la tierra; escuchó mis pasos y levantó el mentón. Al verme, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Por fin la veo! —Se levantó y limpió sus manos sobre su sotana—. ¡Qué

alegría me ha dado saber que ya estaba aquí!

—Gracias, padre. —Bajé el rostro.

—¡Uy, uy, uy! —Se acercó a mí—, ¿Qué le pasa, jovencita? —me preguntó cruzando sus brazos encima de su prominente barriga—. ¿Le ha dicho o hecho algo ese bruto?

—No, padre, a excepción de que me prometió que hoy estaría aquí y no sé adónde ha ido.

—¡Ah, bueno! Si es por eso, no te preocupes; él está protegiendo sus intereses y en este caso eres tú. Lo mismo, mañana ya está de regreso.

—¿Mañana? Yo pensé que lo vería luego. —Una gran tristeza invadió todo mi ser; al menos me podía haber dicho sus planes y no mentirme como lo había hecho la noche anterior.

—Muchacha, han intentado asesinarte. Los hombres del rey Juan te capturaron y después, esa orden del Dragón Rojo. Nadie sabe quiénes son, pero todo el mundo les teme.

—No entiendo nada, padre, ni siquiera por qué estoy aquí y qué hago en este lugar. El anillo me lo quitó el obispo de Sant Andrews.

—¡Canalla! Debí imaginar que él estaba detrás de todo esto. ¡Ven, siéntate conmigo! —Me señaló un banco de piedra que había en ese lugar—. Korvan me contó que tú tenías el anillo de José de Arimatea, pero... ¿sabes lo que eso significa? —Negué con la cabeza—. Él, cuando pisó nuestras tierras, trajo consigo tres reliquias de gran valor religioso: el santo cáliz, el anillo que representaba a los cristianos y un manuscrito. Todos estos se distribuyeron entre los guardianes, personajes desconocidos pero perseguidos por todos los que ansiaban el poder y detestaban a los cristianos; esos hombres ambiciosos querían su destrucción. El anillo llegó a manos de la madre del rey Juan, no se sabe cómo; ella lo guardó entre sus joyas más preciadas. Antes de que esta muriese, su hijo se la robó y, cuando este iba en dirección a la abadía de Swineshead para esconder su tesoro, y entre estos el anillo, la joya desapareció. Unos dijeron que debido a las mareas, es una zona muy pantanosa, se había hundido. Juan i acusó a los sajones del robo. Nos odia, querida, y él alentó a que los normandos se levantasen contra nuestro pueblo y comenzasen luchas internas. Gracias a Dios esto no fue así, pero lo cierto es que ese anillo llegó hasta ti. —Me miró con ternura—. Yo conocí a la joven

que protegía el anillo, ella se parecía a ti. La joya fue pasando de generación tras generación hasta que ella fue la encargada de protegerla. El anillo tiene que ser escondido junto al Grial y el manuscrito, en el lugar escogido por el santo, el monte de Glastonbury. Fue en ese sitio donde José de Arimatea tocó con su vara esa tierra y levantó una ermita. Dice la leyenda que en ese lugar lo escondió, pero nadie lo ha encontrado. Gaine, así se llamaba ella, sabía que tenía que ocultarlo en el monte, pero era una joven impulsiva que confiaba en personas que después la traicionaron. Esa orden supo que ella había sido la joven escogida. La muchacha guardó el anillo en un lugar que nadie supiera; sabía que la perseguían y su misión era la de cuidar la reliquia. Ese grupo la cogió y, al ver que ella no les decía del paradero de este, la acusaron de bruja y la asesinaron, pero, antes de que ella muriese, los maldijo y les dijo que una joven acabaría con ellos, una muchacha de su sangre y estirpe. Ellos ya saben que eres tú y son conscientes de que hasta que no acaben con tu vida la de ellos estará amenazada. Estos hombres temen y creen en las maldiciones. En fin, muchacha, que saben que tú tienes el anillo y por tu sangre corre la de ella.

—Pero... yo no sé quién es ella, ni siquiera sé qué hago aquí. —Me miró extrañado. Supe que no debía haberle dicho eso.

—Que nadie te escuche decir esto: te acusarán de bruja y morirás.

—¿Korvan sabe todo esto? —le pregunté.

—Sí, esta mañana se lo dije. Está muy preocupado por ti. El rey Juan ha tenido un incidente en la zona pantanosa, al igual que sus hombres; probablemente venía por tu búsqueda, pero gracias a Dios ese hombre ha tenido que renunciar a sus planes porque las mareas se lo han impedido. Por lo visto el soberano está muy enfermo; no saben si le ha podido picar algo o ha contraído una enfermedad cruzando las marismas. Korvan ha marchado para asegurarse de que esto es cierto; si es así, solo tiene que preocuparse por los integrantes anónimos de la orden y olvidarse por completo del rey.

—¿Cómo ha ido hasta allí? El que corre peligro ahora es él, y si muere...

—¡Ja, ja, ja! Muchacha, ese joven es fuerte, guerrero, muy astuto e inteligente. Él estará bien; tú, tranquila. —Me miró con interés—. Él te ama. Perdió todo, a excepción de su hermana y, si ahora la vida le arrebatase a la mujer que quiere, no sé lo que llegaría a hacer. Creció creando un muro hasta

convertirse, en apariencia, en un hombre frío, sin sentimientos, pero los que lo conocemos sabemos que no es así. Cuando él abre su alma, se convierte en un hombre noble, bueno, lleno de buenos sentimientos y deseoso de amar y de que lo amen, a pesar de ser un rudo, cabezota y bruto sajón. —Le sonreí ante su comentario.

—Padre, si Korvan no va a venir hasta no sé cuándo, necesito entretenerme con algo; si no, falleceré de estar aquí encerrada.

—¡Ja, ja, ja! Ya lo decía yo, sois tal para cual. Muy bien, ¿quieres ayudarme en el huerto? Después iré a la aldea; puedes acompañarme, si así lo deseas.

El padre Peter me dejó en la casa de Wilda mientras él iba a ultimar con el jefe de la aldea unos asuntos referentes a la fiesta que tendría lugar dentro un días. Wilda, al verme, me dio un gran abrazo.

—Querida, ¡qué alegría! Supimos que la habían secuestrado, lo habrá pasado muy mal.

—Sí, pero prefiero no recordar todos esos acontecimientos.

—Por supuesto, cambiemos de tema. ¿Vendrá a la fiesta? El señor acude todos los años.

—Él ahora no está, no sé si mañana ya habrá regresado —dije con tristeza—, pero yo si iré; si no es con mi esposo, lo haré con el padre Peter.

—Estupendo. —Me sonrió.

Estuve hablando con ella y después salí a buscar al sacerdote, me parecía que tardaba.

En la lejanía vi a Amana, aquella joven me intrigaba. El padre Peter estaba negociando con uno de los aldeanos y le indiqué que iba a ir a la playa. Amana estaba frente al mar con los brazos extendidos, como si estuviera haciendo un ritual; aquella joven era muy extraña.

Debió presentir que no estaba sola y se giró. Su mirada era fría y percibí odio en ella.

—Hola, Amana —le dije en tono amistoso.

—Vete, no quiero que estés aquí, a él lo enfurece tu presencia.

—¿A él? —pregunté.

—Sí, sabes a quién me refiero. Quiere que mueras, eres la última mujer que falta para cerrar su círculo.

—No te entiendo, ¿a qué te refieres? —Por supuesto que sabía a quién se refería, quería conseguir de ella más información.

—Lo sabes muy bien, a mí no me engañas y a él tampoco. Tú eres ella, la descendiente de Gaine, y tienes que morir. Ya han sido asesinadas las otras mujeres y su sangre, esparcida por nuestra tierra, pero falta la tuya y tu muerte para cerrar el círculo; por eso él no parará hasta que tú mueras. Ya te dije que Hernes te estaba buscando. Márchate.

Solo escuchar aquel nombre me ponía los pelos de punta y me hacía revivir aquellos momentos tan horribles y de pánico que había experimentado estando cerca de él.

—¿Quién es en realidad él? ¿Dónde está?

—¡Ja, ja, ja! —Su risa era histérica—. La clave es *Awen*. ¡Ja, ja, ja! —Se alejó corriendo. Aquella joven estaba trastornada, me intrigaba y sentía la necesidad de ayudarla.

Me senté en la playa y no pude contener las lágrimas. «¡Dios mío, ayúdame!», pensé. Tenía miedo.

Regresamos al atardecer, el sacerdote y yo habíamos pasado el resto de la tarde con Wilda. El padre Peter estaba muy contento y de regreso no dejaba de hablar.

—¿Qué te ocurre, muchacha? Has estado muy callada.

—¿Padre, que significa *Awen*?

—¿Dónde has escuchado esa palabra?

—Me la dijo Amana esta mañana.

—Esa jovencita...

—¿Por qué actúa así? Me dijo que Hernes quiere matarme y que yo soy el eslabón que falta para completar el círculo de mujeres asesinadas. Eso también me lo dijo él.

El padre Peter detuvo su caballo y me miró asustado. Suspiró.

—Esa muchacha siempre ha sido extraña. Desaparece de la aldea durante mucho tiempo y después vuelve a aparecer de la noche a la mañana, sin decir dónde ha estado. Es un misterio para todos, incluido para mí. *Awen* es una palabra que utilizaban los druidas cuando hacían sus rituales, hace referencia a la figura del mal. Representa, por una parte, la luz y, por otra, la oscuridad, las tinieblas. *Awen* es la posesión de un alma blanca por la oscuridad y la

conversión, poco a poco, de esa alma en el mal. Representa la lucha interna de un hombre contra el mal y el apoderamiento final del lado oscuro en ella. En los rituales se utilizaba para sentenciar a alguien a una muerte cruel e inminente.

—Me ha dicho que la clave de todo era *Awen*.

—Bueno, no le hagas caso, ella no sabe lo que dice.

Reanudamos la marcha en dirección al castillo, pero en su rostro observé preocupación.

Al entrar al recinto interior, Korvan estaba allí, sujetando las riendas de su caballo, dispuesto a montar en los lomos del animal. Estaba enfadado, así lo reflejaba su rostro. Al vernos vino con paso firme hacia nosotros.

—¡Tenía que haberme imaginado que estabas tú detrás! —dijo mirando al padre Peter—. ¿Se puede saber dónde estabais? He llegado antes del anochecer y me he encontrado con que Ana no estaba. ¡Tú sabes el peligro que ha corrido! No entiendo por qué has permitido que salga del castillo —dijo molesto. Después me miró a mí—. Y tú, mujer, después de todo lo que te ha pasado y sabiendo qué tipo de gente está detrás de ti, no comprendo por qué te has alejado de aquí. Fuera de estos muros me es muy difícil protegerte.

—No le hagas caso, muchacha, está alterado y muy cansado —dijo el padre mientras bajaba del caballo—. Korvan, hijo, tranquilízate. Hemos estado en la aldea, allí no corre peligro y menos si va con un viejo como yo.

—¡No digas tonterías!

—Ahora te dejo con tu esposa, pero dentro de un rato ve a la capilla, tengo que hablarte sobre algo muy importante.

Se alejó. Korvan me miró, sabía que estaba enfurecido. Iba a bajarme del animal, pero no me dio tiempo; él se adelantó, me agarró de la cintura y me bajó.

—Krim, llévate el caballo de la señora a los establos —ordenó.

—¡Que sepas que no te voy a consentir ninguna regañina! Es más, me has abandonado, por la noche no regresaste y me prometiste que este día lo dedicarías en exclusividad para mí. ¡Me has mentido! —Estaba cansada y lo que menos me apetecía era discutir con él. Inicié la marcha, todavía cojeando, en dirección al interior. Quería ir a la habitación.

—¡Ana! —gritó—. Eres una inconsciente. ¿Es que ya no te acuerdas por lo

que has pasado?

No lo escuchaba, seguía andando y cada vez a más velocidad. Él me alcanzó y me agarró el brazo forzando a que me diese la vuelta. Estaba tan cerca de él que solo quería abrazarlo y besarlo, pero no iba a permitir que me dijese lo que tenía que hacer, no era el dueño de mi vida.

—¡No lo vuelvas a hacer! No puedo protegerte si haces lo que quieres.

—Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

—¡Soy tu esposo! Tu señor —respondió malhumorado.

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso ni lo sueñes! Nadie es mi amo ni mi señor; yo soy libre y hago lo que quiero y cuando quiero. —Se quedó sorprendido al escuchar mis palabras, no era lo habitual en las mujeres de la época. Me solté como pude y vi en su rostro que la ira iba en aumento. Entonces, me cogió y me posicionó en su hombro; yo le daba patadas y le ordenaba que me bajase, pero él parecía inmune a mis golpes y a mis órdenes. Subió las escaleras a gran velocidad, abrió la puerta y me puso sobre la cama.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le dije ofendida.

—Ni tú a hablarme así, y menos delante de mis hombres. Pones en evidencia mi autoridad como esposo y señor.

—¡Vaya! Ya lo había olvidado, eso es lo único que le importa al conde de Estanglia: su honor y ese orgullo... —No me dejó terminar.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me dijo mientras me miraba con enfado.

—¿Que qué me pasa? Me raptas para vengarte, después te casas conmigo, luego me secuestran, quieren matarme y...

—¿Y? —dijo con brusquedad.

—Y que ni siquiera sé si me amas o... —Arqueó las cejas sorprendido—. No sé lo que soy para ti.

—Eres mi esposa, ¿no te parece suficiente? Ya te dije que jamás contemplé el casarme con una mujer; si lo he hecho contigo, para hacerte la condesa de Estanglia, será por algo, ¿no?

—¡No!, yo quiero y necesito algo más, quiero estar segura de que me amas.

—¡No te entiendo!, ¡no sé qué es lo que quieres! —dijo enfurecido.

—Estoy cansada. Por favor, necesito estar sola.

—Muy bien. Dentro de una hora es la cena, ahí seguiremos con nuestra conversación. ¡Uff!

Tan difícil era de entender que lo que necesitaba eran unas palabras bonitas, un te quiero o te amo. Ni siquiera me había besado.

Bajé las escaleras. Deseaba verlo, estar con él, pero también sentía una gran tristeza porque pensamientos negativos se estaban apoderando de mi mente.

Él estaba levantado, moviéndose de un lado para otro. Estaba guapísimo con su camisa metálica gris, ajustada, que marcaba sus fuertes y musculados pectorales. Enseguida se dio cuenta de mi presencia, me miraba. Yo avancé para sentarme en la silla, pero él no permitió que continuase: se interpuso en mi camino, me rodeó con los brazos, bajó su rostro hasta que sus labios rozaran los míos, y sentí su suavidad y ternura. ¡Cuánto lo había echado de menos!

Lo miré y acaricié su mejilla.

—¡Korvan! —le susurré.

—Siento haberte recibido así —me dijo—. Temo por tu vida, Ana.

Me invitó a sentarme frente a él; apoyé mi mano sobre la mesa y él la envolvió con la suya.

—No quiero que vuelvas a salir del castillo sin mí. Ya me ha dicho el padre Peter que quieres ir a la fiesta. Irás conmigo, pero, por favor, prométeme que no saldrás de estos muros si no es con otro que no sea yo.

—Muy bien, lo haré, pero me agobia estar encerrada, Korvan.

—Lo sé y lo entiendo, pero el enemigo está ahí fuera y lo único que quiere es matarte, así que no salgas sin mí.

En ese momento entraron Avi e Ingrid a servir la comida.

Él no dejaba de observarme con una sonrisa en los labios. Sus ojos grises me volvían loca.

—¿Adónde fuiste, Korvan?

—No creo que te interese.

—Pues sí, me interesa y mucho. —Sonrió ante mi respuesta.

—Quería comprobar que el rey Juan no estaba en la zona pantanosa, cercana al castillo. Ha enfermado; por lo visto algo le ha pasado mientras cruzaba la zona de marismas y está bastante grave. Un problema menos. Ese maldito ha hecho mucho daño, ahora su vida se evaporaba con rapidez.

—Necesito conseguir el anillo y llevarlo al lugar que le corresponde. Lo tiene el obispo de Sant Andrews —dije.

—¡Casi mueres, querían matarte!

—Lo sé.

—¡No la tiene él, Ana! Se le debió caer en su huida. Yo me lo encontré, está en mi poder, aunque lo tengo en un lugar seguro, fuera del castillo. Según el padre Peter, hay que dejarlo en algún lugar de Glastonbury. Iremos a visitar a Kimball y a Elizabeth y subiremos a esa colina. —Se quedó pensativo—. Eso sí, no descansaré hasta averiguar quién es el gran maestro para hundir mi acero en su pecho y acabar con todos los integrantes de la orden del Dragón.

—¡No! Korvan, ese hombre es peligroso.

—El obispo también tiene que morir, él quiere matarte. Además, también está ese abad...

—¿Quién?

—Lo vi, Ana, al hijo de ese maldito hombre por el que mataron a mis padres. Ese bastardo que tanto mal hizo: Juan de York. Al principio no lo identifiqué, pero ahora ya sé quién es.

—Pero eso ya quedó atrás, tienes que quitarte ese odio.

—¡No! ¡Jamás! —dijo con rotundidad. Su rictus se tensó.

—¿Siempre eres así de tajante?

—Sí, siempre.

—Bueno, he de reconocer que hasta eso me gusta de ti. —Sonrió ante mi comentario.

—¿Y tú siempre hablas tanto?

—Sí, siempre. Me resulta imposible e incómodo estar callada.

—Por eso me gustas tanto. —Me guiñó un ojo.

Vino hacia mí y me cogió en brazos, se dirigía a la puerta.

—¿Y esto? ¿Se puede saber qué es lo que vas a hacer?

—Curiosa, eso también me encanta de ti.

—¡Korvan! —le dije mientras le revolvía el pelo con mis dedos.

Subía las escaleras e iba directo a la habitación. La abrió con la punta del pie.

—¿No querías que te demostrase lo mucho que te amaba?; pues lo voy a hacer ahora mismo. —Me dejó en el suelo—. Eso era lo que querías, ¿no?

Apenas me salían las palabras, con su sola presencia me hacía temblar. Se

acercó hacia mí y me rodeó con sus brazos. Sin hablar empezó a besarme con ternura y deseo. Todo mi cuerpo temblaba y quería estar con él, sentir sus caricias, sus besos.

Sus manos empezaron a acariciar mi espalda, bajando hasta la cintura; cerré los ojos y me dejé llevar por el deseo y el amor que sentía por aquel hombre. Quería unirme a él, me hacía sentir y vibrar con cada una de sus caricias.

Lo miré antes de que siguiese, tenía que decírselo antes de que sus besos sellasen mi boca y solo me dejase llevar por el placer y el deseo de tenerlo. Lo miré.

—Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

Él solo me miró a los ojos, el brillo de sus pupilas respondieron a mi pregunta. Desabrochó mi vestido y este cayó con suavidad al suelo, acariciando mis piernas mientras descendía. Sus manos empezaron a dibujar mis pechos mientras besaba mis hombros con ternura. Yo acaricié sus muscudos hombros, bajando mis manos hasta llegar a su cicatriz, que tanto me dolía cuando la veía; se la besé con suavidad. Él me cogió en brazos y me llevó a la cama. Se quitó el pantalón, se quedó desnudo. Yo no podía apartar la mirada de ese cuerpo perfecto, formado por la dureza de la vida en esa época, llena de batallas y de trabajos duros que fortalecían esos torsos.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —le susurré.

Él no me respondió, sonrió ante mi comentario y puso su dedo índice sobre mis labios con delicadeza. Su rostro bajó y sus labios sellaron los míos, lo que dio paso a una entrega donde el placer y el deseo de nuestros cuerpos ansiaban unirse.

CAPÍTULO 38

La tenía rodeada entre mis brazos, su rostro descansaba sobre mi pecho. Me parecía mentira tenerla así, llegué a pensar que jamás volvería a ver sus bonitos ojos mirándome en mi lecho, ni sentir el calor de su cuerpo junto al mío. La amaba, pero me resultaba difícil decírselo. Después de aquel incidente que había experimentado en mi infancia, me había encargado, durante muchos años, de aprender a no exteriorizar ni decir jamás mis sentimientos. Sabía que lo que ella necesitaba y me pedía era precisamente eso, que le dijese que la amaba, pero... ¿por qué necesitaba las palabras?, ¿acaso no le bastaba con ver que solo vivía y respiraba por ella? Mi vida se centraba en Ana; después de ella sentía que no había nada. Mis besos, mis caricias estaban llenas de amor, pero ella era incapaz de verlo o, si lo veía, yo intuía que necesitaba mis palabras para tener una felicidad al completo; pero no podía, sencillamente no me salían esas palabras, que a ella no le costaba decir. Debía levantarme, lo que me había dicho el padre Peter la noche anterior me tenía muy preocupado. ¿Qué era lo que sabía Amana de Hernes? ¿Por qué le decía esas cosas a Ana? «¡Awen!», repetí. Tenía que averiguar qué era lo que sabía. Me desenredé de sus brazos; ella se movió, pero no se despertó. Me encantaba observarla dormida, ¡qué bonita era! La besé en la mejilla.

—Te amo —le susurré al oído. Estaba dormida, pero noté cómo una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Me vestí y bajé las escaleras. Estaba amaneciendo; debía ir a la aldea, esa noche se celebraría la fiesta de la luna y sería imposible hablar con esa muchacha. Subí a una de las torres; pensé que quizás estaría Dylan, siempre se iba allí para vigilar de madrugada. No estaba, pero observé algo que me

llamó la atención: Krim salía de la zona donde estaban los halcones. ¿Qué hacía él ahí? Era un escudero, solo se encargaba de las cuadras y de las armaduras de los soldados. Me fijé que guardó algo en su bolsillo y miró para todos los lados, observando. En ese momento salió Ingrid y le hizo un gesto; ambos sonrieron y se fueron a la zona del huerto. Ya me ocuparía de él más tarde, debía vigilarlo.

—¡Korvan! —gritó Dylan—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar, Dylan. Estoy preocupado por Ana.

—Bueno, es normal.

—Sí, pero hay algo más.

Le conté todo lo que me había relatado el padre Peter.

—¡Dios mío, Korvan! ¿Y esa joven qué es lo que sabe?

—Eso mismo es lo que pretendo averiguar —le respondí—. Vigila a Ana y no permitas, por nada en el mundo, que salga del castillo hasta que yo regrese. Solo puede traspasar estos muros conmigo, con nadie más.

—Así será.

Fui al establo. Uno de los escuderos sacó mi caballo. Krim, como era de suponer, no estaba allí. Me parecía bien que tuviese sus encuentros con Ingrid, era una muchacha muy bonita, pero no podía abandonar sus quehaceres diarios.

Wilda estaba en el interior de la casa. Enseguida me vio y salió a recibirme.

—¡Señor! ¿A qué se debe tan honorable visita?

—Buenos días, Wilda. ¿Qué tal van los preparativos para esta noche?

—¡Uy! Van muy bien, señor. La señora me dijo que vendría.

—Sí, así es. A Ana le hace ilusión y a mí también, así que aquí estaremos.

—Miré para todos los lados, no vi a Amana—. Wilda, ¿dónde está Amana?

—Está en el bosque, señor. Últimamente está fuera todo el tiempo, apenas aparece por aquí.

—¿En qué dirección ha ido?, me gustaría hablar con ella.

—¿Ha hecho algo malo?

—No, nada, solo deseo hacerle unas preguntas de poca importancia, nada más.

Señaló con el dedo en una dirección. Me despedí y después me marché.

Me resultó difícil encontrarla, pero allí estaba, descalza, de espaldas a mí,

quieta. Levantó de repente las manos. Me acerqué con lentitud, lo que menos quería era asustarla. Susurraba continuamente una palabra que no lograba entender. Ella presintió mi presencia: se giró; su rostro estaba desencajado, pálido, su mirada era fría.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo con una voz que no reconocí en ella.

—Amana, necesito hablar contigo.

—¿Qué quiere, señor?

—Le has dicho a mi esposa que Hernes la está buscando, que ella es el eslabón que falta en la cadena de asesinatos a mujeres. ¿Por qué le dijiste eso?

—Porque es verdad, él la está buscando; de hecho ya sabe dónde está, ella es la que falta en el círculo de la muerte.

—¿Quién es él? ¿Dónde está?

—¡Ja, ja, ja! Yo no se lo puedo decir; si no, me mataría a mí.

Me acerqué a ella, no aguantaba más esa forma de hablar.

—¡Te ordeno que me digas quién es!

—No se lo voy a decir, señor. Castígueme, enciérreme en su calabozo, haga lo que quiera, pero yo no voy a hablar de ello.

—¡Tienes que decírmelo, Amana!, soy tu señor —le ordené con rotundidad.

Ella bajó su rostro, ya no me miraba a los ojos. Por un impulso empezó a carcajearse, se comportaba como si estuviera loca.

—¡Jamás! —Dicho esto empezó a correr hacia la aldea, en dirección a la cabaña de Wilda.

Decidí no seguirla. Esa jovencita estaba enferma, la locura se había apoderado de ella, pero lo que tenía muy claro era que debía conseguir esa información.

Necesitaba pensar, respirar; tenía tanto miedo a perderla que me estaba obsesionando. Tampoco la podía tener encerrada; Ana era una mujer que quería sentirse libre, necesitaba libertad para ser feliz.

Cogí mi caballo y me fui a la zona acantilada, apartado de todo. Me senté y respiré en profundidad. «¿Qué tengo que hacer, Dios mío? Ahora, que te necesito, no puedes abandonarme». Tapé mi rostro con ambas manos.

Estuve bastante tiempo fuera del castillo. En cuanto Ana me vio llegar, salió a recibirme al patio de armas. Impulsivamente corrió hacia mí, me rodeó el cuello con sus brazos y me besó; esa reacción no me la esperaba. Eso me gustaba de ella: era impredecible, no seguía ninguna norma de protocolo, era diferente. Escuché las risas de mis hombres, que, al igual que yo, no estaban acostumbrados a ver ese comportamiento en una mujer. La miré sonriente.

—Ana, no debes hacerme esas muestras de cariño en público —le dije mientras la besaba en sus bonitos y carnosos labios—. Mira lo que has provocado en mis hombres. ¡Se ríen de mí!

—¡Ah! ¿Pero hay gente a nuestro alrededor? Yo solo tengo ojos para ti —Se burlaba.

—¡Ja, ja, ja!

—Hoy, al levantarme, como viene siendo muy habitual en ti, no estabas ni a mi lado en la cama ni en el castillo. ¿Se puede saber dónde te metes tan temprano? —me preguntaba mientras respondía a mis besos.

—Sabes que no te lo puedo decir. Un guerrero nunca desvela sus hazañas a una mujer.

—Pero yo no soy una mujer cualquiera, y lo sabes.

Escuché el carraspeo de Dylan tras nosotros. La besé en la nariz respingona y envolví su mano con la mía. Miré a Dylan, quien, con una sonrisa en los labios, nos miraba con gran interés.

—Ya, puede ser algo muy importante para haberme interrumpido en este momento —le dije.

—Pues sí, lo es —respondió Dylan—. Esta mañana, después de irte, ha venido un mensajero y ha traído esto para ti.

Dylan extendió la mano y me dio un rollo de papel con el sello del duque de Lancaster. Lo leí.

—¿Qué pasa, Korvan? —preguntó Ana, impaciente.

—El duque organiza una fiesta por el compromiso de su hija.

—¿Compromiso? ¡Si hace poco fuimos a su presentación en sociedad! —le dije sorprendida.

—Ana, las cosas funcionan así. Es lo normal. ¡Ja, ja, ja! —Dylan también se rio conmigo—. Amigo, manda a uno de nuestros hombres para decirle que iremos. —Miré a Ana—. Nos vendrá bien apartarnos de aquí, alejarnos de

todo esto. Saldremos en unos días y tú, esposa mía, tienes que prepararte para la fiesta de esta noche.

—Ahora quiero disfrutar un poco de ti, me has tenido muy sola toda la mañana.

—Me tendrás toda la noche en exclusividad para ti; así que déjame que hable un momento con Dylan y en breve saldremos para la aldea.

—¡Korvan! —Iba a protestar. La atraje hasta mi pecho y la besé.

—Solo voy a estar para ti, te lo prometo. ¡Avi! —grité. Ella, al escuchar mi voz, asomó su regordete cuerpo por la puerta—. Acompaña a Ana a la habitación y ayúdala a vestirse.

—Pero... —Iba a hablar otra vez, pero lo evité. Sabía que, si lo hacía, no me dejaría marchar.

—¡Venga! —La giré y le di un cariñoso azote en el trasero. Los escuderos y soldados allí presentes rompieron a carcajadas. Sabía que eso no le había gustado, pero tendría que aprender a respetarme y obedecerme delante de mis hombres; ellos no podían ver que una mujer, aunque fuera mi esposa, fuera la que decía cómo actuar en cada momento, aunque en la intimidad ella era la que mandaba, y a mí me encantaba que así fuese.

—¡Dylan! —Me giré para mirarlo. Una media sonrisa se dibujaba en su rostro—. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

—Nada, nada...

—¡Pues borra esa sonrisa!

—Créeme, amigo, que por más que lo intento no puedo.

—Pues no entiendo por qué.

—El amor no entra en mis planes... —Se burló repitiendo una frase mía del pasado—. Jamás una mujer... —Lo corté.

—¡Vale! Tienes razón, pero por aquel entonces no la conocía. Y sí, la amo, la amo con locura.

—¡Ja, ja, ja! —Rio. Desvié la conversación.

—¿Dónde está Krim? Esta mañana estaba Ingrid y ahora no lo he visto en los establos cuando he llegado.

—Pues ahora, que lo dices, es cierto, yo tampoco lo he visto en todo el día.

—Cuando aparezca dile que quiero hablar con él. No puede desatender sus funciones.

Subí las escaleras en busca de Ana, intuía que estaría molesta. Abrí la puerta.

—¡Al menos podrías llamar! —dijo molesta.

—No creo que haga falta —dije. Me divertía verla tan enfurruñada.

—Estás muy bonita con ese vestido azul. Ese color te sienta muy bien.

Me acerqué con la intención de rodearle la cintura y de besarla. Ella me esquivó.

—Tenemos que irnos, llegamos tarde —me dijo con frialdad.

—No, vamos muy bien de tiempo. —La volvía a buscar, pero volvió a esquivarme; sonreí ante aquella situación—. Muy bien, sé que estás molesta conmigo, pero no puedes comportarte así delante de mis hombres, me haces parecer vulnerable.

—Claro, vulnerable, es eso. Tu hombría quedará en entredicho si te ven dar muestras de cariño a tu mujer y consentir los deseos de esta en público. Perdona, se me había olvidado que eres un guerrero, un bruto y orgulloso sajón que nunca dice lo que siente, siempre frío, distante, calculador, así eres más hombre. ¡Enhorabuena por ti, Korvan! Eso sí que es de hombres.

—¡Ja, ja, ja! Por eso me gustas tanto, porque te enfrentas a mí, me retas. Pero, cariño, eso en la intimidad, en público te prohíbo que lo hagas.

—¿Me prohíbes? —Se giró para mirarme, colocó las manos sobre sus caderas. Estaba muy enfadada y, cuanto más enfadada estaba, más la deseaba y la amaba—. A mí nadie me prohíbe nada, Korvan y menos un hombre. —Arqueé las cejas, sorprendido por su respuesta.

Me aproximé a ella.

—¡Soy tu esposo! ¿O ya lo has olvidado? Así que me debes obediencia ¡Qué te pasa, mujer! —Dicho esto la atraje hacia mí con fuerza, la rodeé con mis brazos y la besé deseando que respondiese a estos, pero ella se mantuvo pasiva, no hubo ni una muestra de cariño hacia mí. La miré —. ¡Vamos, llegamos tarde! —dije enfadado. La agarré de la mano y me la llevé con fuerza por la galería. Estaba muy molesta. ¿De dónde había salido? Por sus respuestas ya la habrían encerrado en la torre más alta.

La subí a mi caballo y yo, tras ella.

—No quiero ir en tu caballo —dijo, orgullosa, manteniendo su mentón bien alto.

—Sí, irás en el mío —contesté con rotundidad.

—¿Es una orden, mi señor? —Se burlaba.

—Sí, ¿alguna objeción? —No respondió.

La zona de la playa estaba repleta de pequeñas hogueras. Los campesinos, incluso el padre Peter, estaban divirtiéndose. La música de las gaitas se escuchaba a distancia. Las mujeres preparaban las guirnaldas de flores para tirarlas a la orilla del mar en el momento en que la luna apareciese. Wilda nos vio llegar y enseguida vino a buscar a Ana.

La ayudé a desmontar y la retuve entre mis brazos. Lo que menos quería esa noche era discutir con ella; quería hacer las paces, pero, si yo era orgulloso, ella lo era también. La vi alejarse con Wilda; la llevó para hacer las guirnaldas que ella tiraría al mar. Dylan, que venía tras nosotros, se posicionó a mi lado.

—Has encontrado la horma de tu zapato. ¡Ja, ja, ja!

—¿Es una fierecilla! —dije—. Por eso me gusta tanto —le respondí mientras la observaba.

—Eso ya lo sé. Te ha robado ese corazón, amigo —me respondió mientras me daba una palmada en mi pecho.

—Pues sí, estoy completamente enamorado de ella, algo que jamás imaginé. Por eso me da miedo todo lo que está pasando. Quiero alejarla de aquí, nos vendrá bien ir al castillo del duque de Lancaster.

—¿Viste a Amana? —preguntó Dylan

—Sí, esa joven está loca. No me quiere decir la identidad de Hernes, estoy convencido de que ella sabe quién es. La seguiré, en algún momento me llevará hacia ese desgraciado.

—No la veo por aquí —dijo Dylan.

—No, no está, al menos por ahora —respondí.

No podía dejar de observarla. Ella, de vez en cuando, me miraba con disimulo. Sabía que deseaba que estuviese a su lado.

—Perdona, amigo, pero he prometido a mi esposa que dedicaría la noche a estar con ella.

—¡Ja, ja, ja! No debes faltar a tu palabra. —Dylan se burlaba, pero esa

noche solo deseaba estar con ella.

Fui directo hacia donde se encontraba Ana. Cada mujer tenía sus guirnaldas preparadas para adentrarse en la orilla del mar y esparcir las coronas de flores. Me puse a su lado, ella me miró de reojo.

—¿Sabes lo que esto significa? —le pregunté.

—No —dijo con frialdad.

—Si esparces las flores en el mar, en la noche de luna roja, el amor que sientes por una persona quedará sellado para siempre en el firmamento. Nada ni nadie podrá romperlo. —Me miró sorprendida.

—¡Vaya! Es la primera vez que te oigo hablar de amor. ¿Acaso estás enfermo, esposo mío? —Se burlaba.

—¡Ja, ja, ja! No, estoy estupendamente. Además, te voy a ayudar a esparcir las flores. Te prometí que esta noche me dedicaría solo a ti.

—No te veas forzado, mi amo y señor. —Sabía que me estaba tomando el pelo, me divertía—. No quiero que te veas obligado a hacer algo que ponga en peligro tu virilidad y autoridad delante de los otros varones.

Me puse frente a ella y la forcé a que me mirase a los ojos.

—Tranquila, mujer, que mi virilidad, como tú muy bien has dicho, creo que no se cuestiona. —Le guiñé un ojo. Se sonrojó ante mi comentario—. Hagamos una tregua. Si quieres, de regreso, continuamos con nuestra discusión.

Ella me miró y asintió.

—Está bien, pero solo por no chafar la fiesta a los demás.

—¿Chafar? —Jamás había escuchado esa palabra—. Muy bien, pues solo por ese motivo.

En ese momento cogí parte de sus flores y envolví su mano con la mía; ambos fuimos juntos a adentrarnos a la orilla del mar y esparcimos estas. Las olas las mecían. Observaba la reacción de Ana: ella contemplaba la escena. Cogí su mano y me la llevé a los labios, estaba muy bonita.

—Ana —le susurré. Ella me miró—. ¿Sigues molesta conmigo?

—Sí, estoy muy enfadada contigo. No me gusta que me trates como si fuera tu posesión, no soy tu caballo o tus tierras..., soy tu mujer. El hecho de ser tu esposa no te da pie a decidir ni a hablar por mí, y menos a decirme lo que tengo que hacer.

—¡Ja, ja, ja! Muy bien, hagamos un trato. Delante de mis hombres y cuando estemos en público, límitate a fingir que sigues mis órdenes; después, en la intimidad me recriminas lo que quieras, que yo aceptaré todas tus sugerencias e ideas, ¿qué te parece?

—Bueno, no es que me guste mucho tu sugerencia, pero la acepto. Puedo entender que en público tienes que parecer ese macho guerrero autoritario al que todos temen.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me encantas! —La rodeé con mis brazos y la subí hasta ponerla a mi altura. La besé y di vueltas con ella sobre mí mismo. Ana reía ante mi ocurrencia.

—¡Estás loco, Korvan!

—Sí, cariño, loco por ti, mi fierecilla. —La dejé en el suelo. Wilda nos interrumpió.

—Lo siento mucho, señor. Me llevo a su bonita esposa, empieza el baile alrededor del fuego. Y usted debería posicionarse también; ya sabe, es la tradición.

Wilda tenía razón, la vi alejarse con Ana. Las mujeres se ubicaban alrededor de las llamas y los hombres rodeaban el círculo formado por ellas. La música empezó a sonar y todos los allí presentes girábamos en torno a las hogueras. Yo no podía dejar de observarla. Noté un codazo de Dylan, que estaba a mi lado.

—¡Korvan! ¡Mira! —Señaló frente a mí tras las llamas. Apartada de ese fuego estaba Amana, con una capa negra, observando.

—Tengo que hablar con ella —dije—. Ocúpate de Ana hasta que regrese. Vi que la muchacha se daba media vuelta y se alejaba hacia la zona acantilada.

Corrí tras ella.

—¡Amana! —grité. Ella no se detuvo, hizo como si no me escuchase—. ¡Amana! ¡Detente!

En ese momento dejó de caminar, pero no se dio la vuelta.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor? —respondió. Me puse frente a ella; su rostro y sus ojos no estaban tan tensos, ni tenían esa expresión de frialdad y odio.

—Necesito que me ayudes a encontrar a Hernes. —Me miró a los ojos con

intensidad.

—Usted sabe que no puedo hacerlo. Él me mataría.

—Yo te protegeré, nadie te hará daño. Mi espada y mi brazo velarán por ti, pero necesito que me ayudes.

Movió la cabeza para ambos lados.

—¡No, no, no! ¡No insista, señor! No puedo hacerlo. —Empezó a sollozar como una niña pequeña.

—Amana —le dije con dulzura—, tú sabes que yo solo quiero hacerte el bien. Ese hombre es un asesino, ha matado a muchas mujeres y quiere asesinar a Ana.

—Lo sé. Al final ella morirá y usted no podrá hacer nada.

Esas palabras me dolieron, fueron como dardos que se clavaron en mi corazón.

—¡Amana! Por favor, dime quién es ese hombre.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—Él ha desaparecido, pero sé que regresará, en la próxima luna llena, señor.

—¿Y dónde lo podré encontrar?

—Él siempre se esconde en el bosque, en la gruta que hay en el gran roble. Pero ya no está allí ha desaparecido.

Sabía dónde estaba aquello. Aquel lugar era húmedo y siempre había sido un sitio temido por los campesinos; eran muy supersticiosos y aseguraban que había fuerzas malignas.

—Gracias, Amana.

—¡Señor! —dijo.

—¿Sí?

—Nadie tiene que saber lo que le he dicho.

—Nadie lo sabrá. —En ese momento ella empezó a correr en dirección a los acantilados.

La observé, aquella muchacha no estaba bien, quería ayudarla. Cuando acabase con mi principal preocupación, Ana, vería la forma de poder hacer algo por ella. La seguí. Entonces, lo vi. Salía a su encuentro, iba enfundado en una capa negra, con la capucha blanca, que ocultaba su rostro; por la parte

de los pies, asomaba un faldón blanco como el que llevaban los abades. Me escondí entre la vegetación que había próxima. A él no le podía ver el rostro. Había una barca, desde ahí podía escuchar la conversación.

—¿Me has traído el libro? —dijo el hombre encapuchado.

—Sí. —Amana sacó un libro negro de su amplio bolsillo—. Ya sabes, recibiste el mensaje, llévatelo para siempre. Jamás podrás pisar estas tierras. Desaparece o, si no, morirás; sabes que serás el siguiente.

No entendía nada, aquella joven cada vez me intrigaba más.

—Dame el libro y te prometo desaparecer para siempre —dijo el religioso con voz temblorosa.

Intentaba distinguir su rostro, pero resultaba muy difícil con esa capucha; aquel hombre apenas se dejaba ver.

—¡Márchate ahora mismo si no quieres que la muerte te llegue en este momento! —dijo Amana.

En ese instante una ráfaga de viento bajó la capucha de aquel hombre; entonces, lo reconocí. Era aquel ser que tanto odiaba y al que tanto había buscado para matarlo; Juan de York estaba frente a mí, ese malnacido que había abusado de niños inocentes y por el que mis padres murieron.

—¡Juan de York! —grité mientras corría con furia hacia donde estaba él.

Al verme fue directo a la barca que estaba en la orilla; había allí un hombre que lo esperaba y se puso a remar a gran velocidad. Tropecé, el pie de Amana me hizo caer. La miré con furia, le dio tiempo a huir. Me levanté y me empecé a meter en el mar con la intención de nadar hasta alcanzar la barca, pero sabía que jamás lo lograría; había mucho oleaje y él ya me llevaba ventaja. Regresé donde estaba Amana, me observaba.

—¿Qué ha significado eso? —le pregunté con furia—. Ahora mismo me lo vas a explicar. —Ella permaneció en silencio—. Muy bien, jovencita, pues, si sigues con la boca cerrada, te echaré de mis tierras ahora mismo.

Aquello la hizo reaccionar, noté temor en sus ojos.

—Él quería un libro que yo encontré en la cabaña de una de las aldeanas que apareció muerta en el río. En ese libro había nombres de niños, entre ellos el mío, niños cuyos padres eran religiosos y que... —Vi lágrimas en su rostro, no dejé que terminase de hablar.

Sabía a lo que se refería, ese ser era un enfermo que debía haber muerto

hace mucho tiempo. Había abusado de niños y Amana debió ser una de esas niñas; ahora entendía su comportamiento. Sentí una gran pena y compasión por la joven. La abracé.

—Lo sé, Amana, lo sé. Tranquila, no tienes que decirme nada más. ¿Adónde ha ido?

—Huye a Francia. Irá al sur y embarcará allí.

—Muy bien, pues ya está, nadie te volverá a hacer daño. —Me miraba con temor. Echó a correr en dirección al bosque; la dejé huir.

Caí de rodillas sobre la arena fina de la playa, tapé mi rostro con ambas manos. Quería gritar y llorar, pero no me salía ninguna lágrima.

—¡Korvan! —Era Ana, estaba en la lejanía, observándome. Venía hacia mí andando con lentitud, todavía cojeaba un poco. Se puso de rodillas frente a mí, quitó mis manos del rostro y me acarició la mejilla—. ¿Qué te pasa, amor mío? Estás mojado y abatido.

—Nada, querida. Quería darme un chapuzón, pero desistí de ello.

—¿Qué es lo que ocurre, Korvan?

Me puse de pie, no podía ni quería decírselo, bastantes problemas tenía ya como para añadir uno más.

—Volvamos a la fiesta.

Ella no se movía, estaba quieta a la espera de que le explicara esa situación.

—¡Korvan! —dijo—. Confía en mí, por favor.

—No quiero preocuparte.

—Confía en mí. Me preocuparé más si no me lo dices, amor mío.

La atraje hacia mi pecho. La amaba, por nada del mundo permitiría que la pasase nada, estaba dispuesto a morir por ella. Me llevé sus manos a mis labios y se las besé mientras la miraba con intensidad a sus pupilas.

—¿Recuerdas lo que te conté de mi infancia?: ¿el motivo por el que mataron a mis padres?, ¿mi deseo de venganza? —Ella asintió, me acariciaba ambas manos—. Acabo de ver a ese abad, Ana. Y ahora estoy seguro de que también lo vi en aquel monasterio adonde te quisieron llevar para matarte. Lo único es que allí él huía y mi prioridad eras tú. Amana estaba con él y le estaba dando un libro. La joven fue una de esas niñas de las que ese maldito abusó, y en ese libro escribía los nombres de todos los niños de los que el bastardo abusaba, seguro que para pedir perdón y expiar sus culpas. Se me ha

escapado, Ana, no he podido cogerlo, quería matarlo.

—Mejor así, Korvan —dijo.

—No, Ana, porque ese hombre seguirá con sus oscuros y malvados juegos dañando a niños huérfanos y dejándoles una marca para toda su vida.

La atraje hacia mí y la rodeé con mis brazos; ella apoyó su cabeza sobre mi pecho mientras me abrazaba la cintura.

—Bueno, hoy es una noche especial. Olvidémonos de esto por ahora y disfrutemos. Esta noche prometí dedicarme a ti —dije. La cogí de la mano y la llevé hasta la hoguera donde estaban la música, el baile y la diversión. Estaba muy preocupado por todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor, pero solo verla a ella sonreír hacia que me olvidase, en esos momentos, de lo que tanto me preocupaba. ¡Cuánto la amaba!

CAPÍTULO 39

Juan de York había reconocido al niño ahora convertido en hombre. Todavía estaba agitado, aquel joven casi lo cogía. Tocó su bolsillo y notó el libro, al menos ya lo tenía en su poder. El abad sabía que tenía que abandonar esas tierras lo antes posible. Tenía que coger el barco que esperaba clandestinamente en Kent, era su única salvación. Lo que Juan de York quería era que ese hombre que había pagado para que lo llevase hasta allí y le gestionase lo del barco no lo traicionase; le había dado unas monedas de oro y le había prometido darle muchas más después.

Acababan de llegar al otro lado del acantilado; en esa playa los esperaban dos caballos. Empezaron el camino. Juan de York sabía que no podía perder ni un segundo, ya que tanto ese loco de Hernes como el conde lo perseguirían. Ambos tenían algo en común: querían matarlo, y él no lo iba a permitir. No podía confiar en la palabra de esa muchacha chiflada.

El abad sabía que el camino a Kent iba a ser duro y pesado, lo resistiría. Ya había escrito, hace varios meses, al abad de Fontenay informándole de su visita y permanencia en su abadía; este le había respondido que le abriría las puertas de esta.

CAPÍTULO 40

Le veía intranquilo, con la mente en otra parte. Desde que había ocurrido aquel incidente en la playa, estaba diferente. Sabía que, en uno o dos días, partiríamos al condado de Kent para la boda de la hija del duque de Lancaster. Aquella noche no podía dormir; el comportamiento de él, desde aquella fiesta en la playa, había sido diferente, distante, como si ya no quisiera saber nada de mí durante el día, aunque por las noches era otro hombre. Aquello me preocupaba. ¿Quizás ya se había cansado de mí?, ¿solo le servía para satisfacer sus necesidades de hombre?; esos pensamientos empezaban a atormentarme. Decidí levantarme e ir a la biblioteca, no quería despertarlo dando vueltas. Me puse una especie de manta por los hombros, cogí una vela, y salí muy despacio de la habitación. La galería estaba muy oscura. Bajé las escaleras hasta la planta inferior. La única luz que había era la de la vela que portaba, la cual hacía sombras en las paredes; llegué a sentir miedo. Abrí la puerta de la biblioteca y la cerré tras de mí. Korvan era un hombre que, a pesar de ser rudo, bruto y un guerrero, le gustaba la lectura y cultivaba mucho su mente; eso me gustaba de él.

Dejé la vela sobre la mesa y empecé a buscar algún manuscrito para distraerme. Había varias estanterías, pero en una de ellas me llamó la atención un libro; estaba ligeramente fuera y salía de los demás. Leí el título, *El cantar de Roldán*; era un poema épico de varios cientos de versos. Estaba escrito en francés antiguo; yo había estudiado francés, pero ahí se me escapaban muchas expresiones y palabras. «Vaya, vaya... —pensé—, así que mi guerrero es un romántico que lee poesía». Sonreí. Fui a dejar aquel manuscrito, pero al intentar meterlo vi que chocaba con algo que había en el fondo y no me dejaba encajarlo bien. Metí la mano hasta el final del hueco y

allí me encontré una bolsita de cuero. La abrí y ahí estaba el anillo, ¡mi anillo! Él me había mentido, me había dicho que lo había encontrado y estaba en un sitio seguro fuera del castillo. ¿Por qué me mintió? En ese momento escuché pasos que se acercaban a la biblioteca. Estaba justo tras la puerta, quien fuese iba a entrar. Apagué la luz de la vela y me escondí tras un tapiz que colgaba del techo y que justo estaba junto a una columna.

—¿Por qué me traes aquí? —Era una voz de mujer. Me resultaba conocida; con la oscuridad y con aquella columna, no podía ver de quién se trataba.

—Es el único sitio en el que nadie nos verá —dijo una voz de hombre. En ese momento no la reconocí—. Estoy en peligro, hoy el amigo del señor me ha hecho preguntas. Me da la impresión de que duda de mi lealtad o de que sospecha de lo nuestro. Ya sabes que no quiero que descubran nuestra relación.

—Pero... ¿a qué te refieres de que duda de tu lealtad? No te entiendo.

—No me hagas caso, es una impresión.

—Además —dijo ella—, de lo nuestro no tiene por qué enterarse, amor mío. Yo intento que nadie me vea reunirme contigo.

En ese momento hubo un silencio. Empecé a escuchar risitas, se estaban besando.

—¡Vámonos! —dijo ella—. No nos podemos arriesgar a que nos vean aquí. —Salieron a hurtadillas de allí.

Suspiré, no entendía lo que acababa de escuchar. Guardé el anillo en la bolsita y la apreté con mi puño. La vela ya no la podía encender, y esa galería estaba muy oscura. Escuché los pasos de ellos y los seguí mientras mis ojos se acostumbraban, poco a poco, a la oscuridad. Bajé las escaleras con mucha cautela, apoyándome en la pared; se oían sus risitas, apagadas en besos. Llegué a la planta de abajo, decidí seguirlos; no me podía dormir y más después de descubrir que Korvan me había mentido, no quería estar con él en ese instante. Salieron al exterior y se fueron hacia la zona del jardín. Se escondieron entre unos árboles, pero logré verlos; eran Krim e Ingrid. Me sorprendí, no daba crédito. ¿Quién lo hubiera pensado? Habían empezado con caricias y decidí irme, era su intimidad. Atravesé el patio y justo escuché un carraspeo tras de mí; me asusté y me giré con rapidez. Allí estaba Korvan, con los pantalones y la camisa blanca desabrochados. Tenía sus brazos

cruzados, apoyados sobre la puerta del establo, observándome, serio y sorprendido.

—¡Ah! ¡Eres tú!

—¿Es que esperabas a otra persona? —dijo.

—¡No! ¡Por supuesto que no! No podía dormir y decidí salir.

—Claro... ¿Te crees que soy tonto? Te he estado observando. Me desperté y no estabas allí; de repente miré por la ventana y veo a mi mujer a hurtadillas, andando de puntillas en dirección al jardín, evitando que no la vea nadie. —Se acercó a mí. Sus ojos me miraban con interés, apenas pestañeaba esperando una respuesta.

—Bueno, eso es lo que tu imaginación inventa.

—¡Ana! Soy un guerrero, mi olfato nunca falla. ¿Se puede saber qué me ocultas? ¡Dímelo! ¡Te lo ordeno!

—¡Otra vez con órdenes! Pues ahora sí que no te lo voy a decir. Ya te dije que no acepto...

No me dejó terminar; me cogió en brazos y me izó hasta su hombro como si fuese un saco de patatas. No soportaba que me cogiese así. Subió las escaleras a grandes zancadas hasta llegar a nuestra habitación, cerró la puerta.

—Ahora me dirás qué es lo que hacías allí.

—¡No!, no pienso decírtelo. Y por favor, amor mío, ¡no me vuelvas a coger de esa forma!

Sonrió ante mi comentario. Se acercó hacia mí; estaba tan próximo que su altura y envergadura llegaron a intimidarme a pesar de que ya estaba acostumbrada a ello.

—¡Debes decírmelo!, soy tu esposo y te he hecho una pregunta.

—¡Pues no lo voy a hacer! Te faltan modales, bruto sajón, y hasta que no sepas comportarte como un caballero con tu mujer, no voy a responderte a nada.

—¡Uff! —Se puso las manos sobre su pelo y me dio la espalda—. Muy bien, te lo preguntaré de nuevo. Por favor, Ana, ¿me puedes decir qué es lo que hacías en el exterior?

—Bueno, ya veo que vas aprendiendo. —Me burlé de él. Korvan estaba enfurecido aunque se estaba controlando—. He visto que Ingrid y Krim salían juntos en dirección al jardín.

—¿Ingrid y Krim? —Su rostro cambió—. ¿Qué se traerán esos dos?

—Pues yo creo que están enamorados. —Korvan me miró sin responderme—. Es más, yo estaba en la biblioteca para buscar un libro que me distrajese y ellos entraron; no sé qué decía de que tu hombre de confianza le había hecho preguntas. Después se besaron... y ya sabes. —Le guiñé un ojo. No lo hice sonreír.

—Tengo que hablar con Dylan —dijo preocupado.

En ese momento él me miraba y extendí la mano. Le mostré la bolsa que portaba el anillo.

—También, para gran sorpresa mía, he encontrado esto. Korvan, ¡me has mentido! Me dijiste que el anillo estaba fuera del castillo.

—No tuve más remedio que hacerlo, fue por tu seguridad.

—No decidas por mí, no debiste haberme mentido. —Saqué el anillo de la pequeña bolsa de cuero y me lo puse en mi dedo índice; ahí tenía que estar hasta que encontrase la manera de deshacerme de él. Él observó con interés cada uno de mis movimientos.

—No me arrepiento de ello y lo volvería a hacer. Ese anillo es la causa por la que te persiguen y por la que te quieren matar, Ana. Haría lo que fuese con tal de protegerte.

—Pues no lo tenías que haber hecho, Korvan. Por este maldito anillo mi vida ha cambiado. —Me senté en la cama y tapé mi rostro con las manos, sentía ganas de llorar. No pude evitar que las lágrimas rodasen por mis mejillas.

Korvan se puso de rodillas delante de mí.

—¿Y te arrepientes de que tu vida haya cambiado? —me dijo con cariño mientras me retiraba ambas manos para ver mi rostro. Yo me resistía, ya que no quería que me viese así, pero él era fuerte y las cogió con una de sus manos y con la otra me limpiaba las lágrimas—. Ahora formas parte de mi vida, Ana. Para ti ¿yo formo parte de tu vida? —Lo miré.

—Sí, Korvan, formas parte de mi vida y de lo que no me arrepiento es de que tú estés en ella.

—Lo siento, Ana, soy el culpable de que te sientas así. Perdóname.

—No, cariño, tú eres lo mejor que me ha pasado. —Le acaricié su rostro.

Me cogió de las manos y tiró de mí para que me pusiese de pie; después

rodeó mi cintura y me elevó hasta ponerme a su altura; bajó su rostro y me besó con suavidad y dulzura.

—Eres lo único bueno que hay ahora en mi vida, Ana. —Me emocionó, ya que esas palabras venían de él. Le sonreí ante su comentario.

—Te amo, mi guerrero.

Él me cogió en brazos y me llevó a la cama. Sabía que era el hombre de mi vida.

Antes de partir hacia las tierras del duque de Lancaster, Korvan estuvo haciendo preguntas a Krim sobre dónde había estado la noche en que habían entrado en el castillo. Avi y el padre Peter salieron a despedirnos.

—¡Señorita!, cuídalo bien, que, aunque es un terco muy orgulloso, tiene muy buen corazón —dijo Avi.

—Lo sé —le respondí mirando a Korvan, quien al escuchar mi respuesta sonrió.

—¡Anda, ven aquí! —Korvan rodeó con sus brazos el cuerpo regordete de Avi. Después le dio un beso mejilla.

—¡Bájame, loco! Cuídate tú y a tu esposa.

—Así lo haré —respondió a Avi. Se giró y miró al sacerdote—. Padre Peter, confío en usted.

—Tranquilo, muchacho, todo se hará según lo hablado.

Después Korvan subió al caballo y emprendimos el viaje hacia el castillo del duque. ¿A qué se referiría al decir al padre Peter que confiaba en él?

CAPÍTULO 41

Ya se divisaban las murallas del castillo del duque de Lancaster retando los desafiantes acantilados. Siempre me había gustado ese lugar. El cielo amenazaba tormenta. Mi mujercita se detuvo para contemplar aquella vista espectacular. Me puse a su lado, la miré, me encantaba observarla.

—Es bonito, ¿verdad? —le dije.

—Sí, es precioso. —Me miró y sonrió—. Aunque me gusta más nuestro hogar. —Sonreí ante su respuesta.

—Sí, a mí también, y más desde que te tengo a mi lado. —Arrimé mi caballo al suyo y me incliné para besarla—. ¡Sigamos! Debes estar cansada.

Se percibía la alegría de la celebración de una boda. Había muchos caballos, nobles caballeros con sus mujeres; los escuderos no paraban de ir y venir de un sitio a otro. Bajé de un salto de mi animal y enseguida fui a coger de la cintura a Ana para ayudarla a desmontar. El aire hizo que uno de sus mechones se cruzase por su rostro; se lo retiré y se lo coloqué tras la oreja.

—Estás muy bonita. —Sonrió ante mi comentario.

—Korvan, tanta gente me pone muy nerviosa —me dijo.

—Sí, a mí también, pero no podíamos excusarnos de venir; el duque se lo hubiese tomado como una ofensa.

—Lo sé, amor mío, lo sé.

—Tranquila, que no te dejaré sola. —Le guiñé un ojo.

—¡Uy! No hagas ese tipo de promesas, siempre que lo haces desapareces.

—¡Ja, ja, ja! Me conoces muy bien —le dije mientras le tocaba con cariño la punta de su nariz—. Pero esta vez voy a hacer todo lo posible para que nadie me reclame.

—Bueno, si es por alguna causa noble, te perdonaré, amor mío. —Me

agarró el rostro con ambas manos y me besó.

Le sonreí ante su gesto, la cogí de la mano y fuimos al interior del gran castillo del duque. Allí, en la entrada, estaba él; en cuanto nos vio vino con rapidez hacia donde estábamos.

—¡Conde de Estanglia! Qué bien que esté ya aquí. Ya veo que vuelvo a ver a esta hermosa mujer.

—Sí, es mi esposa.

—¿Tu esposa?

—Sí, tú lo has dicho.

—Me alegro mucho. Un hombre necesita a una mujer a su lado. Además, necesitas herederos. ¡Ja, ja, ja! —Reí con él. Miré a Ana, estaba sonrojada—. Mi hija se va a alegrar mucho de verlo, le hacía ilusión que viniese a su boda.

—Por supuesto, no podía faltar, ni mi esposa ni yo, ninguno de los dos. —Miré a Ana quien se había evadido de la conversación.

Últimamente la notaba ausente. «Normal», pensé; después de todo por lo que había pasado y del peligro que la seguía acechando, era comprensible.

—Korvan, si me disculpas —dijo Ana—, te dejo para que charles con tus amigos. —Señaló a Kimball y a Aldan, los cuales estaban divirtiéndose a mi costa, o al menos eso era lo que parecía, ya que no dejaban de observarme ni de reír.

Ana se alejó y se fue al exterior. Verla marchar me intranquilizó, pero sabía que mis miedos, en el castillo del duque, no tenían fundamento; allí ella no corría ningún peligro.

El duque estaba distraído con un hombre que había aparecido en la sala; aproveché ese momento para acercarme a mis amigos.

—¿Se puede saber qué es lo que os hace tanta gracia? —les dije molesto.

—No estés a la defensiva —dijo Kimball—, pero comprende que el escucharlo decir que necesitas un heredero... —Se carcajearon los tres—. Tú, el gran Korvan, el guerrero del corazón de hierro. —Reían.

—¡Muy bien, muy bien! Pues ya os habéis reído bastante a mi costa. Necesito contaros algo que me preocupa bastante; es sobre Ana, he averiguado algo de suma importancia.

Estábamos apartados del resto de los invitados, por lo que podía hablar sin reparos. En ese momento se nos unió Derian, ya estábamos los cuatro.

—Derian, ahora no hables y escucha. Korvan está apunto de relatarnos algo de suma importancia —dijo Aldan.

—Pues, entonces, que hable ya —respondió Derian.

—Las reliquias de Sant Andrés, que, como sabéis, los frailes las tienen en la abadía de ese lugar custodiadas por el obispo, cuyo castillo está junto a esta, desaparecieron. Y siempre se han tenido engañados a los peregrinos que iban a ver al santo. La parte del manuscrito que tiene mi esposa, junto con la que falta, son la clave para encontrar todo ese tesoro; ese erario es muy valioso. Luego están el anillo y el santo Grial. Los tres, manuscrito, anillo y Grial, son lo que están buscando el rey y el obispo de Sant Andrews, y el anillo y una parte del manuscrito los tiene Ana.

—No me extraña que estés preocupado, tú mujer está en peligro. Ese obispo hará lo indecible para lograr el anillo y la parte del manuscrito que está en poder de tu esposa. Además, tendrá el apoyo del rey, quien desea recuperar también la joya —dijo Kimball mostrando preocupación—. ¿Saben que ella tiene ambas cosas?

—Pueden sospechar que tiene el anillo, no el manuscrito; este está custodiado en mi castillo, pero el anillo lo lleva ella consigo. Lo encontré escondido en mi biblioteca y la muy cabezota lo porta desde entonces a pesar de mi disconformidad.

—¡Y digo yo! —exclamó Derian—. ¿Se puede saber por qué os buscáis siempre mujeres tan problemáticas? A Kimball le sucedió algo similar con Elizabeth.

—Bueno, quizás porque nos atraen las mujeres enigmáticas, con problemas —respondió Kimball.

—No te preocupes, amigo —dijo Aldan—, te ayudaremos. Lo primero de todo es hacer desaparecer ese anillo, no puede estar en manos de ella.

—Lo sé, y es lo primero que pensé, pero Ana se ve en la obligación de llevarlo consigo, me dijo algo de que este tenía que estar junto al santo Grial.

—Entonces, lo mejor es que hable con Elizabeth, quizás ella la convenza; creo que es la más indicada para hablar con tu esposa. Se lo comentaré esta noche para que mañana pueda encontrar la ocasión de estar con Ana —dijo Kimball.

—Sí, creo que es lo mejor —respondí.

—Y en cuanto al manuscrito, si quieres, puedes dárme lo a mí, que yo lo llevaré hasta Eilean Donan; allí encontraré un escondite perfecto para que nadie lo encuentre —dijo Aldan.

—Sí, eso será lo mejor. En las tierras de Aldan nadie sospechará que está una de las partes de ese manuscrito —dijo Kimball—. Y si alguien osa atacar a tu esposa, nuestros brazos y los de nuestros soldados estarán allí para luchar.

—Gracias, amigos.

En ese momento el duque nos interrumpió.

—¿Qué hacen estos caballeros aquí, que no están bebiendo? Hay cerveza y vino a vuestra disposición. ¡A beber se ha dicho! Por cierto, hay un combate entre clanes y vosotros; siempre habéis participado, me gustaría que en esta ocasión también entraseis en la lucha.

—¡Pues claro! —dijo Derian carcajeándose.

El torneo y los juegos del día anterior al enlace estaban a punto de comenzar. El repiquetear de los tambores sonaba con fuerza. Salí al exterior, necesitaba buscar a mi esposa; en ese momento vi a Elizabeth y me acerqué a ella.

—¡Korvan! ¿Has visto a mi esposo?

—Sí, va a participar en el torneo, ya sabes que a él le gustan estos juegos.

—Sí, lo sé —dijo suspirando, resignada.

—¿Has visto a Ana?

—Sí, hemos estado hablando hasta hace un instante, que ella se ha marchado a descansar; me ha dicho que tenía un fuerte dolor de cabeza por el viaje.

—¿A descansar? —pregunté extrañado.

—Sí, eso me ha comentado.

—Gracias, Elizabeth.

Eso me parecía raro, ella no era de las mujeres que se reclutaban en la habitación tras un viaje y más en una fiesta. Iba a subir para ver qué le pasaba, pero en ese momento Derian me sujetó el brazo.

—¿Se puede saber hacia dónde vas?

—A buscar a Ana, no se encuentra bien y está en la habitación.

—Pues tendrá que esperar, participaremos en el torneo. Los caballeros del

León, también conocidos como los caballeros del tiempo, son invencibles.
¡Ja, ja, ja!

Sabía que no podía negarme, pero después del torneo iría la batalla entre clanes, hasta el baile no podría verla. «Bueno —pensé—, dejaré que descanse, en la habitación no corre ningún peligro».

CAPÍTULO 42

Tomás Becket estaba en su castillo, en Sant Andrews. Desde su ventana divisaba la abadía e intentaba pensar en la palabra adecuada para ponerla en el pergamino que iba a enviar al rey Juan. Sabía que este estaba muy enfermo y que lo más probable era que muriese pronto, pero él debía asegurarse de que su gran secreto nadie lo desvelaría. La última noticia que tenía era que se dirigía al castillo de Newark, en Nottinghamshire, pero que debido a su enfermedad —muchos decían que estaba afectado de disentería, aunque él estaba seguro de que era el veneno que había mandado suministrar al rey— había decidido hacer una parada de unos días en el castillo de Sleaford hasta recuperarse un poco y poder llegar a su hogar. El rey debía morir, sabía demasiado. Observó por la ventana las aguas bravas del mar del norte, cómo chocaban contra las rocas y muros sobre los que se levantaban el castillo y la abadía. Leyó en voz alta su escrito.

Majestad:

Necesito verlo con urgencia. Sé dónde está el anillo. Tengo sospechas de que el manuscrito también puede estar en manos de la misma mujer que tiene la joya. Partiré hacia Newark para encontrarme con usted.

—¡Sí! —dijo en voz alta—. El rey tiene que morir.

Había algo que también le rondaba la cabeza. Se levantó, enrolló el pergamino y selló los extremos con su anillo. Lo dejó sobre su mesa y se incorporó con dificultad, ya que su prominente barriga cada vez lo hacía más torpe. Ese abad había desaparecido, era una amenaza para él, aunque él también tenía mucho que esconder.

Ese anillo, junto con el manuscrito, eran la clave para encontrar el santo

Grial y las reliquias de san Andrés. Los guardianes los habían escondido y nadie supo jamás quiénes habían sido esos hombres que custodiaban y velaban por la seguridad del santo Cáliz y del resto del erario. Él daría con ello o al menos, teniendo el anillo y las dos partes del manuscrito sagrado, encontraría su escondite.

—¡Maldita sea! —dijo en voz alta. Estaba rabioso, ya que no dejaba de pensar en que él había guardado el anillo de esa mujer en la bolsa de cuero y esta se le debió haber caído al suelo cuando apareció Hernes. Su rictus se tensó, estaba lleno de odio. Se fue tranquilizando poco a poco, sabía que pronto la joven estaría en su castillo. El gran maestro le había asegurado que el anillo estaba otra vez en manos de la muchacha; le informó que la bastarda sería la encargada de llevarla hasta él.

CAPÍTULO 43

¿Qué hacía Amana en el castillo del duque? Estaba hablando con Elizabeth cuando la vi. Decidí poner una excusa a la mujer de Kimball e ir a hablar con la joven, quien me observaba desde la lejanía.

—Perdona, Elizabeth, estoy muy cansada, iré a reposar a la habitación. — Ella asintió mientras me sonreía.

Fui a encontrarme con Amana, quien al verme empezó a andar con lentitud mirando de vez en cuando hacia atrás para cerciorarse de que la seguía. Me guiaba hasta las afueras del castillo. ¿Qué era lo que pretendía?

Salí de aquella fortaleza; los soldados me miraron al igual que a Amana, pero no reaccionaron. Me llevaba hacia un bosque; allí, entre la arboleda y la vegetación angosta, la perdí.

—¡Amana! —grité. Pero solo recibí como respuesta el susurro de las hojas de los árboles al moverse con la suave brisa—. ¡Amana! ¿Dónde estás?

En ese momento apareció entre la angosta vegetación, con su rostro pálido. Me miraba con interés.

—Estás en peligro y tu esposo también.

—¿Qué es lo que me quieres decir? No te entiendo.

—Ese anillo solo trae desgracias. Ellos saben que tú lo tienes otra vez y el rey también está detrás de él.

—¿Quiénes son ellos?

—El Dragón Rojo.

Me dio un escalofrío al solo escuchar ese nombre.

—¿Por qué Korvan está en peligro?

—Él te defenderá con su vida, y tanto ellos como el rey lo saben. Van a matarlo, le harán una encerrona para que él muera y puedan ir a por ti sin el

obstáculo que supone tu esposo.

—¿Qué tiene que ver el rey con ese grupo?

—Él es el fundador de la orden y, por tanto, el que da las órdenes al gran maestro para que las ejecute.

—¿Y quién es el gran maestro?

Amana se puso nerviosa ante esta pregunta. Me escrutó con interés.

—No te lo pido decir, pero su poder e influencia es como la del mismo rey. Si quieres salvar a tu esposo, debes hacer caso a lo que te diga.

—¿Y cómo sé que no es una trampa, Amana?

—Porque el señor ha sido el único que se ha portado bien conmigo. —Bajó su rostro—. Quiero ayudarle a él y... a ti.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

—Tienes que acompañarme. Debes huir de aquí y alejarte de él, así lo protegerás. Yo te llevaré hasta un lugar seguro donde esconder el anillo, a un sitio donde nadie lo encontrará. Sin el anillo ninguno de los dos correrá peligro. Debes venir conmigo en este momento, no debes regresar al castillo.

—Pero no puedo desaparecer sin más, Korvan se preocupará.

—Me he encargado de dar instrucciones a un soldado para que le dé un mensaje al señor. Él se reunirá contigo en su castillo. Antes de ir allí, te mostraré el lugar en el que debemos esconder la joya.

No me fiaba mucho de Amana, junto a ella había dos caballos. Estaba indecisa, pero también me asustaba el hecho de saber que Korvan podía morir.

—¡Vamos! —insistió.

Decidí hablar con Korvan; sabía que, si él no me veía, se iba a preocupar. Sí, iría antes a él, se lo diría.

—Amana, no puedo ir contigo, debo hablar con Korvan y explicarle lo que me has comentado. Si no me ve, él se preocupará.

—Tienes que venir, no podemos esperar más —dijo con insistencia.

—Primero he de decírselo.

Me giré para regresar al castillo, pero en ese momento noté cómo presionaban mi boca con una tela húmeda que desprendía un olor desagradable. Mis ojos se nublaron, estaba perdiendo el conocimiento.

CAPÍTULO 44

Elizabeth dijo que quería descansar y que subiría a la habitación, pero allí no estaba. ¿Dónde se habría metido? Esta mujer... Bajé las escaleras y fui directo a los establos. Krim, mi mozo de cuabras, que había venido con nosotros, estaba allí.

—¡Señor!

—Krim, ¿has visto a la señora?

—No, señor, no la he visto.

—Si la ves, dile que la estoy buscando.

—Así lo haré, señor.

Me marché en dirección a la explanada donde estaban teniendo lugar los juegos; pronto empezaría la lucha en la que participaríamos los cuatro. Me detuve y observé para todos los lados: ni rastro de ella.

—¡Korvan! ¿Se puede saber qué haces ahí? ¡Te estamos esperando! —dijo Aldan.

Ya la buscaría después. Tenía que procurar quitarme esa obsesión con ella.

La lucha iba a comenzar. El duque también iba a participar, algo inusual; el anfitrión del evento nunca lo hacía. Me sorprendió.

—¿Se puede saber a qué esperas, muchacho? —dijo Kimball.

—Lo resolveré después. —Hablé en voz alta, sin atender a la pregunta de Kimball.

—Estás muy raro, amigo —dijo Aldan.

El ruido de los tambores retumbaba en todo el lugar. Los allí presentes comenzaron a vitorear a los combatientes con gritos de entusiasmo. La batalla daba comienzo. Salimos los clanes y empezamos a blandir nuestras espadas con los guerreros contrarios. La pelea terminaba en el momento en que

nuestra espada chocaba con el escudo de nuestro oponente. Tenía que concentrarme. Nosotros estábamos muy acostumbrados a luchar y ganar. Estábamos formados en círculo, mirando cada uno a los contrincantes. El duque venía hacia mí; nuestros aceros chocaban y hacían ese chirriante sonido cada vez que ambos filos coincidían. Sus golpes eran violentos. ¡Era un juego! Apenas entendía esa reacción y violencia del duque, que me obligó a concentrarme aún más y a luchar como si se tratase de un enemigo en un campo de batalla. ¿Qué era lo que le pasaba?, iba directo a herirme. Lo esquivaba con agilidad y maestría; él era más torpe debido a su corpulencia. El duque no iba a tocar el escudo con la punta de la espada, sino a herirme o matarme, aunque esto último me costaba entenderlo. Lo empujé y cayó; lo ayudé a levantarse, pero este me golpeó con violencia y se abalanzó contra mi pecho. Choqué mi espada contra la suya con tanta fuerza que la de este salió volando. Lo miré, y la punta de mi espada tocó su escudo. Kimball nos observaba. Se acercó junto con Aldan y Derian y se ubicaron a mi lado; ellos también se habían percatado de que esa lucha no había formado parte del juego, era una pelea con otras intenciones. El duque cambió su semblante y sonrió al grupo de cuatro que formábamos.

—He de decir, Korvan, que la fama que tienes de guerrero invencible es cierta, luchas con gran valentía. —El silencio de los allí presentes se rompió ante sus palabras, lo que provocó una gran carcajada colectiva y aplausos. — El duque se levantó, se puso frente a mí y me susurró—. Amigo, solo es un juego. —Me dio una palmada en mi hombro y se marchó hacia la zona principal, que tenía asignada para él y su familia.

Yo sabía que no había sido así, vi en su mirada odio y no entendí muy bien el porqué.

—Ese hombre iba a por ti, Korvan —dijo Aldan.

—Sí, yo creo que todos lo hemos notado —dijo Kimball—. Disimula, Korvan, actúa como si no te hubieses sorprendido de sus acciones.

—¿Qué es lo que pretendía? —preguntó Derian.

La batalla terminó y comenzó la música, la comida y el baile en una gran explanada. Ya hacía buen tiempo y se podía estar en el exterior. Se dispusieron mesas en forma de u, en las que presidían el duque y toda su familia y la del novio; en el centro estaban los trovadores animando la fiesta.

Tanta gente me despistaba. Vi a Elizabeth, que se acercaba a Kimball, pero Ana no estaba. Me dispuse a subir a la habitación, tenía que encontrarla. Abrí la puerta del dormitorio y allí no había nadie, ni rastro de Ana. Salí al exterior, no estaba. Krim llamó mi atención. ¿Qué hacía mi mozo escabulléndose hacia las afueras de los muros del castillo? Era un hombre curioso del que empezaba a no fiarme. Decidí seguirlo; fui con rapidez a los establos y cogí las riendas de mi caballo. Iba en dirección al bosque, no dejaba de observar hacia atrás, como si temiera que alguien lo persiguiera. Evité que me viera, él me llevaba cierta distancia. Había algo en su comportamiento que me intrigaba, quería estar pendiente de todos sus movimientos. No es que desconfiase de Krim; mi padre los había capturado, a él y a su madre, cuando, en una de las batallas en las que mi progenitor se vio involucrado, sus hombres mataron a su padre. Les dio techo y comida; a cambio su madre fue doncella de la mía y él, mi escudero. Yo crecí con ese muchacho distante, misterioso, pero siempre había demostrado fidelidad hacia mí y mi familia.

Se montó en un caballo que había escondido en la arboleda, empezó a galopar a gran velocidad. ¿Adónde va? Él no podía marcharse sin mi orden expresa. Me fijé en una cinta enganchada en una de las ramas de un roble que estaba próxima a mí. ¡Era la cinta de Ana! Estaba con manchas de sangre. En ese momento escuché un ruido tras de mí, era Aldan.

—¿Se puede saber qué pretendes?

—¡Esta cinta es de Ana! —Se la mostré.

Sin mediar palabra empecé a galopar tras de Krim. Aldan me seguía.

CAPÍTULO 45

—Su eminencia. —El jinete, sucio del polvo de los caminos, extendió su mano mientras entregaba el pergamino al obispo Tomás Becket.

Becket lo observó a cierta distancia, no le gustaba que el vulgar hombre de campo pisase su limpio suelo, pero sabía que aquel pergamino era importante y podía contener la información que tanto deseaba. Lo cogió con rapidez, le dio la espalda al mensajero y lo abrió con impaciencia.

Para su eminencia:

La dama ya está en camino. Porta el anillo, pero no hay ni rastro del manuscrito.

En unos días llegaremos a su castillo, a Sant Andrews. El maestre espera sus órdenes inmediatas ante la gravedad del rey.

—¡Por fin! —exclamó en voz alta. Después de haberlo perdido, regresaba a él. La joya siempre tenía que haber estado en su poder.

Se giró. Aquel jinete no había levantado su rostro, lo mantenía bajo, con su mirada fija en el suelo. El obispo podía oler el miedo que desprendían los poros de su piel. Becket sabía el temor que causaba a la clase inferior —así consideraba él a los campesinos—. Con un solo gesto que hiciese, cualquier hombre podía ser encarcelado y acusado de brujería con la consiguiente sentencia de muerte, de manera inmediata, en la hoguera. Al obispo le gustaba esa sensación de sentirse Dios. Su forma de actuar, sus pensamientos y su frialdad ante el ser humano y la vida de los demás lo hacían un hombre despiadado, muy inclinado a las fuerzas malignas; de hecho, se había entregado a las energías del mal, las únicas que, según él, le podían dar ese poder que tanto ansiaba.

Se dirigió a su pequeña mesa de madera, cogió la pluma de oca y empezó a escribir unas líneas en aquel pergamino de piel de vaca. Lo enrolló y lo selló con un cilindro que pegó a este. Se levantó y se dirigió al jinete, que permanecía cabizbajo.

—Tienes que entregar esto lo antes posible. Ya sabes a quién debes dárselo.

Dicho esto el campesino hizo una reverencia al obispo y se marchó con rapidez en dirección al castillo, donde estaba el enfermo monarca. Becket hizo una mueca torciendo ligeramente la boca ante la satisfacción que le producía el miedo que provocaba. Sabía que en unos días el anillo estaría en sus manos. Interrogaría a aquella mujer para ver si sabía dónde estaba el manuscrito y después la mataría. Sonrió pensando en el ritual que haría para su muerte; su sangre debería entregarse en señal de ofrenda a las fuerzas del mal, así se cumpliría la profecía de tantos años, que decía lo siguiente: «Cuando el anillo regrese a la orden del Dragón Rojo, la sangre de la mujer portadora deberá correr por las espas de la cruz».

El obispo era consciente de que tenía que empezar a moverse; los miembros del Dragón debían estar en su castillo lo antes posible. Pensó que haría el llamamiento, el gran maestro tenía que estar allí. Solo había alguien que le preocupaba, el abad Juan de York; este podía echarlo todo a perder. Había desaparecido y, si lo cogían, no dudaba en que desvelaría todos los secretos de la orden. Él debía morir.

CAPÍTULO 46

Juan de York miraba con desprecio al grupo de peregrinos al que se había unido. Se había tenido que desprender de sus ropas y vender su anillo de oro a cambio de un traje roído y de una capa sucia de peregrino; era la única manera de pasar desapercibido. Él sabía que el obispo no tardaría en darse cuenta de su traición al abandonar la orden. Debía actuar rápido y partir lo antes posible a suelo francés. Pronto llegaría al sur de esas tierras sajonas, donde cogería el barco que lo llevaría hasta su libertad.

Todavía no olvidaba aquellas palabras escritas en ese librito, se le venían una y otra vez. Awen. Él sabía lo que eso significaba, y también sabía que esas palabras eran el aviso de que su objetivo era él; él era el eslabón final que cerraba toda esa cadena de asesinatos después de la mujer. Tomó un trozo de pan y de queso y lo masticó con lentitud; observó que las migajas que se escapaban de su boca se las comía un niño harapiento que merodeaba y perseguía a los peregrinos que se dirigían a Francia.

CAPÍTULO 47

No entendía por qué Amana me había mentido, qué era lo que pretendía, lo que quería. Allí estaba, frente a mí, en esa sala oscura con esos telares de unicornios e imágenes mitológicas que cubrían las paredes. No tenía muy claro el tiempo que habíamos tardado en llegar a ese lugar.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me has engañado, Amana?

Ella me miraba con atención.

—¿Tú sabes lo que significa Awen? —me dijo.

—No —le respondí.

—Awen es mi otro yo. No puedo desobedecer a mi otro yo; si no, él me matará, como lo ha hecho con las otras.

—¿A qué te refieres? No te entiendo, Amana.

—Somos dos; yo nací en la luz y él, en la oscuridad. Dos iguales, como dos gotas de agua, uno en hombre y otro en mujer; uno lleva el mal de la concepción y el otro, la pureza de la víctima. El lado oscuro domina al lado de la luz... —Se detuvo y me miró. Se acercó a mí—. Tú no puedes entender lo que se siente al saber que tu padre, el obispo de Sant Andrews, es un ser indeseable que violó a mi madre y después me dejó en las peores manos, las del abad Juan de York, el cual abusó de mí; y a mi padre, conocedor de todo ello, no le importó. Un hombre con hábito, que detrás de estos esconde su sucia alma.

—Lo siento, Amana, yo no lo sabía.

—Nadie lo sabe, solo mi hermano, el rey, el obispo y ese maldito abad, al que odio por tanto daño que me ha hecho.

—¿El rey?

—Sí, él lo permitió, él sabía de las andanzas de ese abad y del obispo, pero

se lo toleraba porque el rey también tenía mucho que callar, muchos hijos bastardos que el propio obispo sabía de su existencia. El monarca dio cobijo a mi hermano en un lugar escondido en su castillo en Windsor. Quiso enmendar el error adiestrándolo como soldado suyo, pero mi hermano solo fue aumentando su odio hacia él, hacia el obispo y hacia el abad Juan de York.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—Tú tienes el anillo y no sé si el manuscrito. El anillo es la clave, junto con el manuscrito y el santo Grial, para descifrar un mensaje que dejó Arimatea y para encontrar el tesoro de san Andrés. Solo el que lo descifre tendrá acceso a la gran sabiduría que dominará el mundo. El anillo es la clave para encontrar esa puerta.

—Estás confundida. Este anillo era de mi abuela y no tiene nada que ver con eso que me estás diciendo. —Mentí, quería confundirla.

—Sí, tú eres ella, la mujer, la que lo porta, la que debe morir. —Me miró con interés. La expresión de sus ojos era de temor tras escuchar un ruido—. Lo siento, yo sé que tú eres buena, no quiero que mueras, me caes bien.

La puerta se abrió y tras esta apareció un hombre oculto bajo una capucha y una capa negra. A su lado estaba ese obispo, que me miraba con interés, cuyo anillo brillaba con intensidad. Había otro hombre tras ellos, alto, que esperaba afuera de la estancia, no se lo distinguía con claridad. La luz era muy escasa y tenue. El hombre oculto tras la capa hizo un gesto con su mano a Amana; esta, al verlo, bajó su rostro, pero antes de marcharse me miró.

—Perdóneme —me dijo.

Al escuchar esto el obispo la miró con odio.

—¡Márchate ya! Desaparece del castillo, no quiero volver a verte. —La trató con desprecio.

Amana huyó y allí me quedé yo, asustada y con la sensación de que esos hombres eran mis jueces y verdugos. Habían decidido mi destino sin yo participar en este.

El obispo se acercó con lentitud hacia donde yo estaba. Su mirada se centró en el anillo que llevaba en mi dedo índice. Me cogió la mano con violencia y sacó con brusquedad la joya, me hizo daño. La miró, sonrió y la guardó en una bolsita de cuero negro.

—¡El anillo! Por fin está bajo mi poder.

—¡Déjeme libre!, yo no lo quiero.

—Tú vida, ahora mismo, es muy valiosa para la orden del Dragón Rojo, nos pertenece. Dentro de tres días, cuando la luna sea creciente, tendrá lugar nuestra ofrenda; esa noche será recordada. —Se carcajeó y se marchó con el caballero que había en la puerta.

Dos soldados aparecieron en ese momento; el encapuchado se acercó a mí. Su rostro estaba oculto por una tela negra, solo le vi sus ojos, negros, brillantes. Su mirada de odio me hizo temblar. Sus manos retorcían una soga mientras me observaba con frialdad.

—¡Debes morir! —dijo

Dicho esto se marchó con gran rapidez. Deduje que debía ser el hermano de Amana. Ese asesino, trastornado por su concepción y por una infancia alejada del cariño y del calor de una familia., estaba lleno de odio y con deseos de muerte.

CAPÍTULO 48

Habíamos seguido a Krim, quien había llegado hasta Sant Andrews; después le habíamos perdido el rastro.

El acceso a la muralla estaba abierto. Nuestras roídas capas de peregrinos, que habíamos obtenido por unas monedas de oro a unos devotos de san Andrés, ocultaban nuestras espadas y rostros. Estábamos en la puerta principal de la abadía; a la entrada todos los peregrinos se pusieron de rodillas y besaron el suelo. Aldan y yo nos miramos, había mucha gente que accedía al recinto amurallado: pasábamos desapercibidos.

Hice oído ante una conversación de uno de los soldados con unos peregrinos.

—Después de tanto recorrido, no entendemos por qué no podemos ver y besar las reliquias del santo —dijo uno de los cabecillas del grupo.

—¡Órdenes del obispo! —dijo el soldado.

—¿Órdenes? ¡No nos puede hacer eso! Hemos venido expresamente para besarlas.

—No pueden besarlas. Están al lado del altar, con eso os tendría que bastar para rezar y venerar al santo, nada más.

—No, queremos verlas, tocarlas...

El soldado se acercó a él y le propinó un puñetazo en el estómago. El peregrino cayó al suelo y el soldado lo empezó a golpear. Llevé mi mano a la empuñadura de mi espada, dispuesto a luchar con ese ser salvaje y cruel. Aldan me detuvo.

—Recuerda que eres un peregrino y que no debemos llamar la atención.

Tenía razón, pero no podía permitir que lo siguiese maltratando. Me acerqué y cogí al soldado de la muñeca con fuerza; él fue incapaz de resistir

el dolor que eso le provocaba.

—¡Ya es suficiente! —dije con rotundidad—. Él y todos nosotros hemos entendido lo que tenemos que hacer. —Lo miré con ira.

El soldado dejó a ese hombre. Lo ayudé a levantarse, lo cogí del brazo para que pudiese andar y alejarse de allí.

—¡Apresúrese! No se detenga. Hay que escabullirse entre la gente, el soldado nos sigue con su mirada muy de cerca —dije.

—¡No les tengo miedo! —dijo el hombre.

—¡Escúcheme bien! Son muy peligrosos, solo tienen que dar una orden y hundirán su acero en su vientre.

—Le repito que no les tengo miedo. He venido a besar las reliquias del santo y no estoy dispuesto a marcharme sin verlas, son del pueblo.

No entendía muy bien a ese extraño, prefería poner en peligro su vida por unos restos de un santo muerto.

—Bueno, aquí está a salvo —le dije—. ¿Por qué esas reliquias son tan importantes para usted?

Me miró con tristeza.

—Para nosotros representan todo: la esperanza, la fe, pero para el rey Juan y para sus secuaces, solo es símbolo de poder. Estoy convencido de que está entre el tesoro del rey o de su mano derecha, el obispo. Nos han engañado durante mucho tiempo a todos los peregrinos que venimos desde lejos a la abadía de Sant Andrews, hacemos el camino con la ilusión de besar lo que tanto representa para nosotros. Los del Dragón Rojo son los que ansían esas reliquias, matan y abusan de su poder contra nuestro pueblo. Estoy seguro de que ellos las han llevado a otro lugar.

—¿Los del Dragón Rojo?

—Sí, se camuflan dentro de la Iglesia, pero son los caballeros del mismísimo Satanás. Yo sé quiénes son, los he visto y sé lo que practican y dónde. Están preparando algo y eso significa que alguien va a morir.

Observé que el soldado no paraba de seguirnos con la mirada. Aldan me dio un codazo; sabía que, estando allí, conversando, llamaba la atención de ese guerrero.

—Nos están vigilando, tengo que irme —le dije.

Me escabullí con Aldan entre la gente. Cuando estuvimos fuera de peligro,

observé hacia donde habíamos dejado al peregrino; él ya se había marchado de allí. Me percaté de que numerosos hombres, ocultos bajo sus capas negras, con sus rostros tapados, caminaban en parejas hacia el interior de la abadía. Había algo en sus vestimentas que me llamó la atención: llevaban el dibujo de un dragón rojo. Recordé, en ese momento, lo que me había dicho ese peregrino de ellos. Miré a Aldan y le hice una señal para que los siguiéramos. Muchos de ellos no eran frailes, se les veía la punta de sus botas de cuero y, en algunos de estos, el aire levantó sus capas y mostró el filo de sus espadas.

Los seguimos de lejos, entramos en la abadía e imitamos al resto de los peregrinos que se ponían de rodillas frente a las reliquias del santo. Observábamos; aquellos hombres se dirigían a la cripta. La noche iba a ser oscura y la puerta de la abadía se quedaría abierta, ya que aquel día se veneraba al santo. Era luna creciente y la oscuridad y la multitud de peregrinos nos favorecían para nuestros planes.

Un monje de la abadía se puso en el altar y comenzó con los rezos al santo. No había rastro de Ana, pero tampoco estaba seguro de que ella se encontrase allí.

—*In nomine Patri, Filles et Espiritu Santi.* —Las palabras pronunciadas por el monje retumbaban en el interior de la abadía. Todo ello estaba iluminado por velas rojas.

CAPÍTULO 49

—¡Me lo prometiste! Yo te la traía y tú me dabas a la joven —dijo Hernes.

—Sí, te lo prometí siempre que hayas sido tú el que me traiga el anillo y a la joven, pero ha sido tu hermana —respondió el obispo Tomás Becket.

—¡Pero por indicación mía! —dijo Hernes apretando su puño con fuerza. Estaba conteniendo todo el odio que sentía hacia ese hombre.

—Lo siento, pero la muchacha debe morir aquí, en la cripta. Su sangre debe bañar cada surco que conduce a la cruz; es la única forma de que la maldición que hizo su antepasada desaparezca. Las velas rojas traerán al espíritu del maligno, y su poder, junto con el del anillo, me hará más fuerte hasta que encuentre el manuscrito.

Hernes estuvo a punto de atravesar con su espada el corazón de ese ser malvado, del que llevaba su sangre. Lo odiaba, pero sabía que todavía no había llegado el momento. Eso sí, sabía que su venganza estaba cerca.

El obispo conocía a la perfección la ambición, frialdad y maldad que corría por las venas de su hijo. Tenía que encerrarlo, ya que Hernes libre representaba un estorbo y peligro para sus planes. Era un asesino, un cazador y necesitaba matar para poder seguir viviendo; estaba trastornado y él lo sabía. Si seguía asesinando, al final lo descubrirían y podrían averiguar su vínculo con él, algo a lo que no estaba dispuesto y menos a que llegase a oídos del papa. Eso podría acabar con su poder y con sus planes.

Era el momento, había dado instrucciones precisas a sus soldados para cuando él abandonase la sala. Lo apresarían y lo llevarían a las mazmorras, donde pasaría el resto de su vida. Solo pensar en ello y no tener que preocuparse más de Hernes le producían un gran placer y alivio. Suspiró. Por otro lado estaba la gemela, Amana; de ella se ocuparía más adelante, aunque

su estado de locura lo beneficiaba. Nadie le creería nunca; es más, pensaría la posibilidad de recluirla en la torre de su castillo alegando que estaba loca.

—Hernes, ya hablaremos. Espérame un momento aquí, quiero darte una sorpresa.

Tomás Becket salió de la habitación y cerró la puerta; los soldados estaban fuera esperando sus órdenes. Los miró, hizo un gesto con su mano y estos entendieron enseguida que era el momento de actuar y seguir el mandato dado por el obispo.

Para Becket ese día estaba siendo extraordinario: había recibido la noticia de que el rey Juan estaba muriéndose de una misteriosa enfermedad. Él sabía que no era tal enfermedad, ya que se había encargado de que la cocinera le suministrase unas gotas de veneno en la bebida y, poco a poco, esas gotas harían su efecto. Por fin ese día sería el último con vida del rey. Sonrió al pensar en ello.

Salió del castillo, con su capa negra. Se dirigió a paso acelerado hacia la torre donde tenían presa a la mujer.

Debido a su prominente barriga, el acceder a ese recinto y subir las estrechas escaleras de caracol, hasta llegar al lugar donde estaba ella, le costó bastante. Ordenó a uno de los guardianes que le abriese la puerta; allí la vio, ya estaba con el vestido blanco, que él mismo había impuesto que se lo pusieran, así como con el pelo suelto. Su rostro estaba pálido debido a la debilidad y deshidratación que presentaba la joven. Lo había hecho adrede, había dado instrucciones de que no le diesen comida y apenas agua; debía ser así. Ana lo miró con odio y él se percató de ello.

—¡Mujer!, solo hay algo que puede salvarte de la muerte —dijo Becket. Era una mentira, pero él tenía que intentarlo todo—. Si sabes dónde está el manuscrito, debes decírmelo, es lo único que te podrá liberar de la muerte.

Ana lo observaba, ella intuía que ese hombre era un asesino, al igual que su hijo, y que ella estaba destinada a morir.

—No sé de qué me habla. Desconozco el manuscrito al que se refiere, pero, aunque lo tuviese o supiese de su existencia, jamás se lo diría.

—Muy bien, jovencita, entonces, siento decirte que hoy morirás.

Becket la miró por última vez, se giró y salió de ese recinto minúsculo en el que la mujer se encontraba. Miró a los soldados.

—Llevala a la cripta.

CAPÍTULO 50

Me sentía débil, tenía frío. ¿Cómo me podía estar sucediendo esto a mí? ¿Por qué? No lograba entender nada, ahora esos hombres me llevaban hacia mi muerte. No quería despertar, pero tampoco quería ese final. Amaba a Korvan y deseaba estar con él. Entendí, a lo mejor ya tarde, que el destino me había dado una oportunidad; él estaba destinado para mí, pero ambos éramos de dos mundos y épocas muy diferentes. Además, había fracasado en mi misión: el anillo tenía que ser escondido junto al santo Grial, y ni sabía dónde estaba este último y ni siquiera había sido capaz de proteger lo que mis ancestros habían guardado con tanto recelo, confiando en que yo terminaría mi cometido.

Ese laberinto subterráneo estaba muy oscuro, había agua en el suelo que se filtraba de las constantes lluvias y humedad del lugar. Por fin llegamos a una puerta; uno de los guerreros dio tres toques y esta se abrió. Los soldados se quedaron fuera y yo accedí al interior a empujones por parte de estos.

Todos los allí presentes estaban encapuchados con capas y caperuzas negras que ocultaban sus rostros tras máscaras del mismo color. En sus túnicas había bordado un gran dragón rojo. Estaban ubicados en dos filas paralelas y en el centro había un pasillo repleto de velas rojas, en línea, marcando el límite de cada fila. Dos de ellos me cogieron de cada brazo y me forzaron a atravesar este. Tenía miedo, sentía los fuertes latidos de mi corazón.

El silencio que se respiraba en aquella tétrica sala era aterrador. Me llevaron justo frente al altar. Allí había una mesa de madera; me obligaron a tumbarme sobre esta y me ataron en forma de cruz, con gruesas cuerdas que me dañaban las muñecas y los tobillos. Comenzó, entonces, un ritual: todos los allí presentes caminaron hasta donde yo me encontraba y empezaron a

girar en torno a mí haciendo varios círculos concéntricos. Los participantes portaban una vela, las habían ido cogiendo del suelo. Empezaron a pronunciar una frase en un idioma desconocido para mí, al unísono. Uno de ellos se adelantó, levantó su mano para hacer un gesto con esta, señalando mi corazón. Había llegado mi momento, sabía que iba a morir. «¡Dios mío!, dame otra oportunidad», pensé. Me fijé en el anillo que llevaba este, tenía un dragón rojo incrustado. Levantó el puñal, me lo iba a clavar; cerré los ojos y pedí perdón al Señor. Ese hombre se demoraba en ejecutar su cometido; entonces, noté cómo me desataban. Abrí los ojos. Había estado tan absorta en el pánico que sentía que no me había apercibido de nada. Los hombres huían; había fuego, o al menos eso parecía. Me levanté con rapidez; el hombre que me iba a matar se dio cuenta de que huía, entonces, intentó retenerme, pero uno de esos encapuchados lo empujó con fuerza hasta tirarlo al suelo. Aproveché todo ese desconcierto y me dirigí hacia el pasadizo por el que me habían traído. Seguía a algunos de esos hombres, que, por el miedo a lo que estaba sucediendo y a la oscuridad, no se dieron cuenta de mi presencia. Esa galería tenía varias salidas y una de ellas era una salida directa a la playa. Corrí hacia la zona acantilada por la playa arenosa, tenía que esconderme allí. Miré hacia atrás cuando me apercibí de que uno de esos hombres me perseguía. Corría a gran velocidad, pero él era mucho más veloz que yo. Me iba a alcanzar, podía escuchar su respiración cerca de mí, así como notar su presencia.

CAPÍTULO 51

La alcancé, pero me pegó una patada en la entrepierna. ¡Dios mío, cómo me dolía! Otra vez lo había hecho y yo no me había protegido para evitar el golpe. No era la primera vez que lo hacía; atinaba muy bien, justo ahí, donde más dolía a un hombre. Me doblé de dolor, pero tenía que reponerme con rapidez; ella no se me podía escapar y, mientras estuviésemos allí, corría peligro. Respiré con rapidez. ¿Cómo era posible que no me reconociese? Habíamos golpeado a dos miembros de ese grupo sectario. Al entrar en esa sala, casi me muero al ver a Ana e intuir lo que tenía pensado hacer con ella esa panda de salvajes. Aldan y yo ya habíamos planeado incendiar aquel lugar. Cogimos unas antorchas, golpeamos a los soldados que custodiaban la entrada a la cripta y provocamos un gran incendio. Pero ella, cuando la desaté, salió corriendo despavorida. No me dio tiempo a que me reconociese, estaba asustada y no atendía a razones. Le cogí el brazo y empezó a golpearme; yo tenía la capucha puesta y ni me dio tiempo a bajármela ni a decir su nombre. No quería dañarla e intentaba tratarla con delicadeza, y más después de lo que había sufrido, pero ella se estaba ensañando conmigo. La cogí de ambas manos y se las puse a la espalda; yo me coloqué tras ella, ya que era mejor así, había que evitar otro golpe en la entrepierna.

—¡Ya basta, Ana! Soy yo, Korvan.

—¡Korvan! —dijo.

En ese momento apareció Aldan, se puso frente a ella.

—¡Madre mía, Korvan! Me da miedo acercarme a tu esposa. —Se carcajeó.

—Sí, atina muy bien en la entrepierna. Casi me lesiona de verdad. — Ambos nos carcajamos mientras ella se sonrojaba.

Se había calmado, la solté. Aldan nos miraba con media sonrisa en el rostro.

—Korvan, te doy dos minutos, no más —me dijo.

Lo miré. El plan consistía en que él se la llevaría a su castillo, en la isla de Skye, para ponerla a salvo; allí nadie la encontraría. Además, le había dado el manuscrito para que él lo escondiese en su hogar. Yo tenía que regresar a la abadía y encontrar a ese obispo; tenía que matarlo, al igual que a todos los que estaban detrás de esa trama. Acabaría de una vez por todas con todos ellos.

—¡Korvan! —Ana me rodeó el cuello con sus brazos y me besó.

¡Cuánto había deseado sentir la suavidad de sus labios! La amaba. Le rodeé la cintura y la atraje contra mi pecho, quería retenerla a mi lado y detener el tiempo para que ella no se marchara de allí. Respondí a sus besos, pero no debía demorarme más; ella tenía que marcharse de allí y yo debía acabar con mi misión. La aparté, ella me sonrió y me volvió a abrazar; apoyó su rostro sobre mi pecho, sentí que lloraba. No podía soportar ver su sufrimiento; eso me confirmaba que debía terminar con ese asunto, si no nunca podríamos ser felices.

—Ana, debes irte con Aldan y esperar en su castillo hasta que regrese a por ti.

—¿Y tú? —me preguntó apartándose, con lágrimas en los ojos.

—Tengo que terminar un asunto pendiente.

—¡No, Korvan! ¡Regresa conmigo!

Intuía que ella sospechaba mis planes. Aldan ya estaba sobre su caballo.

—¡No pienso irme sin ti! —gritaba.

Preferí no responderle. Se resistía tanto a hacerme caso que la cogí y la icé sobre mi hombro. Ella pataleaba.

—¡Nunca te lo perdonaré! —gritaba.

Intenté hacerme el fuerte. La coloqué delante de Aldan. Ella no se resignaba mientras en su rostro rodaban las lágrimas.

—Cuida de ella como si te fuese la vida en ello, amigo.

—Sabes que lo haré —respondió Aldan.

—Confío plenamente en ti —le respondí.

La miré. Lloraba.

—Pronto estaré contigo, mi bella dama —le dije. La amaba y esa separación era también muy dura para mí.

—Si no regresas, que sepas que jamás te perdonaré —me dijo sin poder dejar de llorar.

Preferí marcharme; aquella situación me dañaba en el alma, no podía verla sufrir. Lo que más deseaba mi corazón y todo mi ser era irme con ella. Di una palmada al lomo del animal y este se puso en marcha.

—Cuida de ella, Aldan —grité.

Ana se giró para mirarme la última vez.

—¡Te amo! ¡Regresa pronto! —me dijo.

Vi cómo se alejaban. No me quedé tranquilo hasta que desaparecieron por completo de mi vista. Una gran tristeza se apoderó de mí. Me puse la capucha y fui directo al castillo del obispo. Con todo el follón del incendio, vi a ese ser repugnante marcharse hacia este. Algo me llamó la atención: aquel hombre que iba a levantar la daga contra Ana era zurdo, debía descubrir quién era. Escalé por la encrespada colina hasta la torre que lindaba con la abadía. Los monjes habían hecho una fila junto a los campesinos para apagar las llamas, lo estaban consiguiendo. Observé, no había ni rastro del grupo del Dragón Rojo. Fui ascendiendo la cuesta. El castillo se encontraba en un montículo encrespado rodeado de acantilados; por uno de sus muchos accesos, tenía salida al mar, lugar por donde traían alimentos y suministraban víveres a este. En cuanto el soldado me vio, ataviado con la capa, me dio paso sin preguntarme ni detenerme. En ese lugar se habrían celebrado muchas reuniones secretas. Observé, había sirvientes y ni rastro de ningún encapuchado. Vi que algunos escuderos estaban metiendo baúles en una barcaza que esperaba en la puerta que se abría al mar. La marea estaba subiendo; alguien se marcharía de allí, y sospechaba que sería el obispo. Ese hombre huiría. «¡Cobarde!», susurré. Me escondí entre una de las columnas de los muros del patio para poder observar sin ser visto. Apareció un soldado; tras él, el obispo. Debía impedir su marcha; seguro que, entre esos cofres que trasladaban al barco, estaba el anillo. Ese religioso salió de una de las puertas; con su prominente barriga, iba rápido hacia la barca como si la vida le fuese en ello. En ese momento un hombre apareció de la nada; el obispo le dio el anillo y este se lo metió en el bolsillo. Ese personaje fue a lanzar algo a uno de los sirvientes del obispo y lo hizo con la mano izquierda; era el gran maestro el que levantó la daga para asesinar a Ana. Una ráfaga de viento hizo

que la capucha de su capa se cayese y dejase ver su rostro. No daba crédito, ese hombre era el duque de Lancaster; ahora empezaba a entender muchas cosas. «Malnacido», pensé. No los iba a dejar escapar a ninguno de los dos.

CAPÍTULO 52

Hernes se encontraba en el calabozo de aquel castillo. Debía salir, ansiaba hacerlo para matar a aquel asesino. Escuchó ruidos en la planta superior; en ese momento la compuerta se abrió y su hermana gemela, Amana, que estaba en la parte superior, le echó una cuerda. Hernes, en ese instante, no sabía de quién se trataba, pero él aprovechó esa oportunidad; era consciente de que, si no lo hacía, moriría en ese lugar. Lo que él ignoraba era que su hermana, aprovechando el incendio, había engañado al soldado que estaba allí para decirle que el obispo lo reclamaba y, cuando este se iba a dar la vuelta, ella le dio un golpe en la cabeza y este cayó desmayado al suelo, tiempo que le dio a ella para poder maniobrar todo su plan.

Hernes escaló con agilidad. Nunca había sentido aprecio por su hermana, pero en ese momento agradeció que ella estuviera allí. Él era un ser que no tenía corazón, sin escrúpulos; solo le dedicó una mirada fría. Sus ansias y sed de venganza y muerte eran su principal prioridad. Hernes cogió la espada del soldado, que yacía en el suelo, con un reguero de sangre en la cabeza por el golpe que le había propinado su hermana. Amana lo seguía a cierta distancia, temerosa de su hermano y dispuesta a seguir sus instrucciones en cualquier momento. Entonces, Hernes lo vio; estaban el gran maestre y el obispo. Sabía que este último pensaba marcharse con el botín; ambos se dirigían a una barca.

—¡Lo odio! —susurró.

No iba a permitir que se saliesen con la suya, y menos el obispo. Se abalanzó sobre ambos. Enseguida se percataron de su presencia.

—¡Hernes! ¿Qué estás haciendo? ¡Envaina esa espada! —dijo el obispo.

Hernes no le respondió. El gran maestre avanzaba hacia él con su arma

blanca, pero en ese momento un encapuchado se precipitó sobre el gran maestro y empezaron a luchar con violencia. El obispo, al ver esa escena, empezó a respirar con celeridad. Sabía que Hernes lo odiaba y nada lo detendría para matarlo. «Es su hijo, el hijo de esa hija de Satán, que lo enredó», pensó el obispo. El religioso siempre justificaba su lado más oscuro echando la culpa a las mujeres; sabía que tenía muchos hijos bastardos, pero ninguno de ellos le había dado tantos quebraderos de cabeza como el gemelo. Ese era el gran secreto que tanto el rey Juan como Juan de York sabían de él.

—¡Hoy irás al mismísimo infierno!, al lugar al que perteneces —dijo Hernes.

—Si me matas, jamás sabrás dónde están esa mujer y el anillo —le dijo el obispo mientras sacaba con disimulo una daga que escondía en su amplia manga.

—Ahora ella es la que menos me importa. Antes de acabar mi plan, tú y ese abad, Juan de York, debéis morir. Entonces, ya sí que seré libre para actuar y encontrarla a ella, el anillo y el manuscrito.

—Yo no tengo el anillo, lo tiene Juan de York.

—¡Eso es mentira! —dijo Hernes.

—El abad es el que lo ha robado. Se ha escapado, probablemente a Francia.

A pesar de las palabras de Becket, Hernes no creía lo que le acababa de decir. Él sabía que Juan de York ansiaba tanto el anillo que era capaz de cualquier cosa, pero amaba más su vida y era consciente de que intentaba marcharse de tierras inglesas.

Hernes vio cómo el otro hombre que había aparecido en escena luchaba con el gran maestro como si le fuera la vida en ello. Ese instante de distracción lo aprovechó el obispo para abalanzarse sobre su hijo con la intención de matarlo. Hernes había decidido hacerle creer que tenía un ápice de esperanza para vivir, algo que era mentira. Mientras disfrutaba de ver cómo se defendía, escuchó algo que le llamó la atención: el caballero, después de una lucha difícil en la que ambos hombres resultaron heridos, hundió su acero en el estómago del gran maestro, algo que alegró a Hernes, ya que ese hombre le había ahorrado la tarea de hacerlo. Pero aquel caballero gritó: «Traidor», y eso le llamó la atención. «¿Por qué le diría eso?», pensó.

Se había cansado de tanto juegucito. Era la hora. Pegó un puntapié al

obispo y este cayó al suelo: a continuación, sin pensárselo dos veces, le clavó la punta de su espada en el corazón. El grito de Amana hizo eco en el patio. Hernes se agachó, rebuscó entre las ropas del obispo, quería encontrar ese maldito anillo; este no tenía nada. Miró hacia donde estaba el gran maestre; el caballero lo contemplaba. Hernes lo observó con odio y se puso a rebuscar entre las ropas del maestre; tampoco había nada. Se puso de pie y miró al caballero, a quien apuntaba con su espada en el pecho; se estaba pensando el matarlo o dejarlo con vida.

—Déjalo, es el conde de Estanglia —dijo su hermana.

Aquello sí que era una sorpresa. Él nunca había visto su rostro, pero sabía de la desgracia que había vivido de pequeño y que el abad había sido el causante de ello. Lo que Hernes desconocía era que la esposa de este era la mujer que tanto buscaba. Amana, sí, pero ella apreciaba a la joven y no estaba dispuesta a desvelárselo.

—Sé lo que hicieron a tus padres. —El conde se puso a la defensiva—. Tranquilo, que te voy a perdonar la vida y te voy a dar la oportunidad de vengarte del abad. Va a coger un barco a Francia, va camino al sur para embarcar. En un libro negro, que siempre lleva con él, describió la escena de la violación de tu madre con todo tipo de detalles; disfrutó, ya lo creo que disfrutó. —Dicho esto se carcajeó.

Amana no entendía muy bien a su hermano ni sus intenciones. Este la agarró del brazo y ambos se metieron en la barca que iba a ser para el obispo. Korvan los vio alejarse.

CAPÍTULO 53

Cada día que pasaba presentía que jamás lo volvería a tener junto a mí. Había transcurrido un mes desde la última vez que lo vi. Sabía que Aldan también temía por su vida, por ese motivo había mandado un mensaje a Kimball para que se reuniese con él en su castillo.

Esa mañana me asomé por la ventana y ahí estaban él y Elizabeth; la presencia de ella me agradaba.

Bajé las escaleras. Aldan se había llevado a Kimball a la biblioteca. Elizabeth me miró y vino hacia donde yo estaba con una gran sonrisa.

—¡Ana! ¡Qué alegría volver a verte! —Me abrazó y lo agradecí.

No pude contener las lágrimas.

—Perdona, pero no puedo evitarlo —le dije.

—Lo sé y te entiendo. Tranquila, él regresará. Korvan sabe protegerse. En el campo de batalla es único, nadie maneja la espada como él; de ahí que lo llamen «el invencible».

—Pero esa gente es muy peligrosa y ansían algo... —Iba a contarle lo del anillo, ahí me detuve; no sabía hasta qué punto podía detallarle lo sucedido o si debía callarme.

—Tranquila, lo sé. Sé lo del anillo y la misión que tienes que cumplir. Desde que te vi ese colgante, la cruz de David, sabía que habías venido aquí por algo. —En ese momento Elizabeth me mostró un colgante como el mío—. Yo sé dónde está el santo Grial. Estoy convencida de que Korvan traerá el anillo; cuando esto ocurra lo depositaremos junto al santo Cáliz.

—¿Cómo sabes dónde está? ¿Por qué llevas un colgante igual que el mío?

—No daba crédito a lo que estaba escuchando, siempre la había visto diferente a las otras damas.

—Bueno, es una larga historia. Digamos que tanto tú como yo pertenecemos a esas mujeres que hicieron una promesa y dejaron una puerta abierta para que en un futuro la joven elegida de la estirpe terminase la misión que ellas no pudieron finalizar. Tú y yo atravesamos esa puerta. ¿Por qué nosotras?, pues no lo sé ni tampoco quiero saberlo, porque gracias a eso conocí al hombre que en el fondo tanto había buscado, un caballero del tiempo que siglos atrás había sido destinado para mí, al igual que Korvan es otro caballero del tiempo destinado para ti. ¿Por qué ellos?, no lo sé y no sé si algún día lo averiguaremos.

—Entones... ¿Tú no eres de esta época? —Hizo un gesto para que no siguiese hablando.

—Querida, baja la voz. Nadie nos debe escuchar, pensarán que somos brujas o algo similar. No, yo llegué a este lugar sin saber cómo ni por qué. Lo único que te puedo decir es que nuestras vidas están divididas y atadas al pasado por nuestros antepasados. Nosotras debemos elegir qué vida queremos y en qué lugar deseamos estar. Yo elegí esta, ahora te toca a ti decidir. —Hizo una pausa—. Jamás debemos volver a hablar de esto, nunca, prométemelo, y si lo hacemos será cuando nos aseguremos que estamos solas. Nadie, ni siquiera ellos, debe saberlo. Ana, es por nuestro bien y por el de los nuestros. —Asentí. Entendía a la perfección a lo que se refería—. Tú tampoco debes saber mucho más, Ana. Yo llevaré el anillo hasta el santo Grial. Estoy convencida de que Korvan traerá la joya. Cuando todo acabe, evitaremos volver a hablar del tema. Nuestro secreto debe quedar guardado para siempre entre nosotras y el guardián.

—¿El guardián?

—Sí, el que vela por las reliquias santas.

Elizabeth dejó de hablar del tema. Estuvimos juntas hasta la noche, momento en el que los dos hombres se sumaron a nosotras, justo después de la cena. Kimball y Aldan se acercaron hasta donde ambas nos encontrábamos, en el jardín, y disfrutamos de una noche cálida y sin lluvia.

—Te traeré a Korvan, Ana —dijo Kimball—. Ese muchacho siempre está metido en líos. —Me guiñó un ojo. Sabía que quería quitarle importancia, pero intuía que ellos estaban preocupados, se les notaba en su semblante.

Aldan y yo dejamos solos a Kimball y a su esposa. Nos retiramos al

interior.

—Se los ve muy enamorados —dije a Aldan.

—Sí, se aman con locura. Jamás imaginé que Kimball se casaría. Por ella sería capaz de todo, hasta de morir si fuera necesario. —Bajé el rostro, yo también quería tener a Korvan a mi lado—. Como Korvan, él también te ama hasta ese punto. —Lo miré.

—Bueno, él jamás me ha dicho que me ama.

Se carcajeó ante mi comentario.

—¡Ni esperes que te lo diga! Si lo hiciese, diría que ese no es mi amigo. — Esbozó otra gran risotada—. Le resulta muy difícil expresar sus sentimientos. Las palabras no son lo suyo; eso sí, él expresa su amor y cariño con hechos. Korvan siempre ha luchado en defensa del más débil, pero por ti moriría. Para él su vida no tiene sentido si te pierde, y prefiere morir él antes que perderte. —Me observaba—. Lo conozco desde hace mucho tiempo y, créeme, su vida, su lucha y su camino ahora y siempre serás tú.

Aldan me había parecido el más abierto y cercano de los tres amigos; además, era muy atractivo. Sus ojos color miel, su pelo castaño, su bonita y cálida sonrisa y sus bellos rasgos hacían que para ninguna mujer pasase desapercibido; por eso no entendía cómo no tenía esposa o estaba comprometido.

—Aldan, ¿por qué no te has casado? Eres un hombre bien parecido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Nooo! No quiero pensar en ello. No ha llegado la mujer que me haga perder la cabeza.

—¡Seguro que llegará! —le dije sonriendo.

—Yo no soy como Kimball y Korvan. Ellos, en el fondo, son pasionales, con un gran corazón dispuesto a buscar el amor. Yo no soy así. —Me guiñó un ojo. Sonreí ante su comentario.

—¿Cuándo partirá Kimball? —le pregunté.

—Mañana. Tú irás con ellos hasta su castillo; allí te quedarás con Elizabeth a esperarlos. Creemos que Korvan está camino a las tierras del sur.

—¿Del sur? ¿Y qué hace allí?

—Tranquila, Ana, déjalo en nuestras manos. No debes saber más, por el bien tuyo y por el de él.

—¿Y tú? ¿No vendrás?

—No, han surgido problemas en mis tierras y debo resolverlas; mi familia reclama mi ayuda.

—Entiendo. Gracias por todo, Aldan.

CAPÍTULO 54

Allí estaba, camuflado entre todos los peregrinos que al día siguiente cogerían ese barco en dirección Francia. ¡Maldito! Desde que ese hombre me habló de la existencia de un libro en el que el abad había descrito la violación de mi madre, solo quería matarlo y destruirlo. La represalia y el odio se habían apoderado de mí y estaba cegado por las ansias de venganza. Deseaba volver con Ana, y a cada instante pensaba en mi amada esposa, pero sabía que con ese odio no podía volver a su lado.

Las palabras de Hernes me venían a la mente constantemente. Recordaba sus ojos, solo desprendían rencor. ¿Qué relación tenía Amana con él? ¿Por qué ella se fue con ese ser deplorable? Sabía que Hernes también quería matar al abad; es más, él me había dicho hacia dónde se dirigía, pero no había rastro de Hernes por ninguna parte.

Me senté al lado de una hoguera, oculto tras mi capa. Lo observaba en la lejanía. Juan de York estaba aislado, sin relacionarse con nadie de los allí presentes. No me percaté de que un hombre se había sentado a mi lado y extendía su mano para darme una onza de pan.

—Toma, te hará bien —dijo.

—Gracias. —Lo observé; su capa y su capucha ocultaban su rostro, pero me resultaba familiar. Esa voz...

—El odio no conduce a nada, muchacho.

—¿Por qué dice eso? —le pregunte sorprendido.

—Porque lo sé. Sé que no puedes olvidar el pasado y tienes sed de venganza. Eso no solucionará tu pesar y, si lo haces, jamás podrás olvidarte de ello y ser feliz.

—¿Kimball? —Lo reconocí. Se retiró la capucha y esa sonrisa

inconfundible iluminó su rostro—. Pero... ¿qué haces aquí?

—Los caballeros del León siempre ayudan a sus amigos, ¿no es así?

Nos abrazamos, me había alegrado mucho verlo.

—¿Qué haces aquí?—le volví a preguntar.

—¿Que qué hago?: vengo a buscarte y a llevarte con tu esposa.

—Pues te vas a tener que volver solo, Kimball. No voy a regresar contigo hasta que termine lo que he venido a hacer. ¿Cómo has dado conmigo?

—Un campesino te vio en Sant Andrews y se encontró a posteriori con Aldan. Él escuchó todo lo que te dijo ese hombre en el castillo del obispo.

—Entonces, comprenderás que no puedo marcharme— dije.

—No, no lo entiendo. Tienes una esposa que no sabe nada de ti. ¿No has pensado en su sufrimiento? Quiere que estés a su lado, muchacho, ¡te necesita! —Kimball tenía razón, yo también la necesitaba. Tapé mi rostro con mis manos—. ¿Es que no la amas? ¿El odio que sientes y la sed de venganza son superiores al amor por tu mujer? Deja a ese monstruo que se marche y no cargues sobre tus espaldas más muertes. Date la oportunidad de ser feliz, Korvan.

—No, no puedo.

—¿Cómo que no puedes?, pero ¿por qué? Ella te está esperando y está sufriendo, ¿acaso no te importa? Ana te ama, ¿tú no sientes lo mismo por ella?

—Sí, claro que la amo, pero en estos momentos lo único que quiero es matar a ese abad. Si él no muere, nunca podré ser feliz con ella; habrá una parte de mí que me reprochará no haber acabado con su vida. —Deseaba irme con ella, pero ese odio me retenía allí.

—Muy bien, pues mi deber es serte sincero en estos momentos. Sé que lo que te voy a decir no te va a gustar nada. Si cumples tu venganza, jamás podrás olvidarlo, Korvan; tu corazón es noble y ese odio te recordará constantemente este día. Se lo diremos al santo padre, él podrá excomulgarlo,

—Kimball, te agradezco tus consejos, pero, si solo has venido a sermonearme, por favor, márchate, no voy a cambiar de idea. —Tenía que darle el anillo para que se lo diese a Ana; ella debía tenerlo, era la portadora de este. Lo saqué de la bolsa de cuero, donde lo había guardado tras la muerte del maestro—. Toma, Kimball, dáselo a ella y dile que ya no tiene nada que

temer; no le volverán a hacer daño.

Kimball me miraba extrañado.

—¡No te conozco, amigo! Ella ha venido a Essex, a mi castillo, con la esperanza de que yo regresara contigo. Recapacita o la puedes perder. — Dicho esto, se levantó y desapareció entre la arboleda que había cerca.

Me sentía dolido, no quería haberlo tratado así.

Apenas había pegado ojo, sabía que el barco partía muy temprano. Fui a la zona de la costa, enseguida lo vi. Fui directo a él, debía impedir que se subiese y escapase; tenía que matarlo. El abad avanzaba hacia la barca que los llevaría al barco. Él no se dio cuenta de mi presencia. Se le notaba nervioso, tenía prisa por embarcar.

Lo apunté con la punta de mi espada en su costado.

—¿Adónde pretende ir? —le dije.

—¿Quién es usted? —me dijo mirándome de reojo.

—¿Qué quién soy? Lo sabe muy bien, aquel niño al que le mataron a su padre y le violaron a su madre. El conde de Estanglia, ¿le suena?

—¿Qué quiere de mí? —dijo con voz temblorosa.

—¿Que qué quiero?, ¿acaso no lo adivina? ¡Quiero matarlo!, sanguijuela. —Empezó a correr, pero enseguida lo alcancé; cayó al suelo. Lo apunté con la punta de la espada en su estómago.

—Al menos deje que me levante, no quiero morir así.

Justo en ese momento no me percaté de que había cogido arena de la playa con sus manos; me la lanzó a los ojos. No podía ver, me dolían. Por instinto, me llevé las manos a estos.

—¡No! —grité. Me froté con la manga de la capa. No veía muy bien, pero distinguí que se había subido a la barca. Corrí con la intención de alcanzarlo, pero de repente vi la figura de Amana, que se interponía en mi paso. ¿De dónde habría salido? Levantó su mano para que me detuviera; en ese momento la barca se puso en movimiento hacia el barco. Si nadaba, todavía podría alcanzarlo.

—¡No lo haga! —dijo la joven.

—¡Quítate de mi camino!, Amana.

—No lo haga. Deje que se marche, ya no lo volverá a ver más. —Ella no me dejaba pasar—. Con su huida se marcharán todos sus recuerdos, señor,

recuerdos de esa etapa que tanto lo ha dañado. Mi hermano mintió, quería provocar lo que ha hecho en usted, ese odio. En esa agenda había nombres de niños que abusaba, era lo único que estaba escrito. Entre esos nombres estaba el mío. Yo deseo su muerte más que usted, créame, pero sé que eso no me ayudaría. —Bajó el rostro. Sentí compasión por la joven—. Él ya se aleja de estas tierras, jamás lo volveré a ver; eso es lo más gratificante.

Sabía que tenía razón. Sus palabras acerca de que ella estaba en esa lista me hicieron sentir lástima. Caí de rodillas en la arena, ella me imitó. La miré.

—¿Tu hermano? ¿Hernes es tu hermano? —volví a repetir y ella asintió—. Él es un asesino, Amana.

—Allí. —Señaló el barco—. Él también se ha alejado para siempre, está allí. Yo engañé a *lady Ana*. Él me obligó, le tenía miedo. Lo siento.

—Lo sé, Amana. Has sufrido mucho. Tienes que regresar a casa.

—Krim ayudó a mi hermano a coger a su esposa. Krim lo odiaba por haber capturado a sus padres en la guerra y por haberlo hecho su esclavo; prometió a mi hermano que lo ayudaría, pero sin él saber que Hernes no se fía de nadie, ni siquiera de mí. No deja nunca rastro. Lo mató, asesinó también a Krim. Su escudero fue el que dejó pasar a los soldados del rey a su castillo para secuestrar a Ana, señor. —Me miró—. Entenderé si quiere matarme a mí también.

¡Krim! Después de los últimos acontecimientos ya no me acordaba de él. Hernes lo había matado, por eso perdimos su rastro. Pensé en Ingrid, su enamorada. En ese momento decidí que jamás le diría a ella que él había sido el traidor; siempre lo sospeché, pero me resistí a creerlo. «¡Maldita sea!», pensé. Miré a la joven que tenía frente a mí.

—No, Amana, nunca te haría daño. Eso sí, quiero que hagas algo por el mal que has hecho: regresa a la aldea, a tu casa, con la gente tan buena que te ha acogido y no vuelvas a escaparte más. Ana te perdonará, estoy convencido de ello. Yo ya lo he hecho.

—Gracias, señor. Siempre supe que usted era un hombre bueno. —Las lágrimas recorrían su rostro, se alejó.

Observé cómo se iba. Después me centré en el barco, que se alejaba hasta perderse en el horizonte. Por primera vez sentí paz; era como si ese peso y mal recuerdo del pasado me lo arrancaran de mi alma de golpe. Ahora sabía

que me merecía una oportunidad de ser feliz, pero solo sería posible si Ana estaba conmigo. Kimball tenía razón, me merecía esa oportunidad. Me levanté. Essex no estaba muy lejos de allí. Ansiaba besar y rodear con mis brazos a la mujer que tanto amaba.

CAPÍTULO 55

—Lo siento, Ana, él no ha querido regresar conmigo. —Sentí un gran dolor en mi alma. Su amor hacia mí no era tan firme como para regresar a mi lado: su odio era más fuerte—. ¡Toma!, me lo dio para ti. Lo siento. —Dicho esto, cabizbajo, se marchó al interior de su castillo.

Kimball me dio el anillo. Elizabeth, tras saludar con cariño a su esposo, se acercó a mí. Junto a ella estaban Eamon, Enma y su hermano pequeño; estos dos últimos se alejaron corriendo tras su padre.

—Querida, no se lo tengas en cuenta. Él regresará a ti cuando se dé cuenta de que el odio solo conduce a la desdicha.

—No lo creo, Elizabeth, Korvan no es como Kimball. —Miré el anillo—. Mañana partiré a Estanglia, tengo que pensar qué hacer con mi vida.

—Lo entiendo —dijo Elizabeth.

El muchacho empezó a hacer movimientos con las manos.

—Eamon dice que tenemos que llevar el anillo junto al santo Grial.

—¿Y qué sabe Eamon?

—¿Te acuerdas de que te hablé de un guardián? —Asentí—. Él es el guardián, Ana.

Lo miré, él me sonrió y yo le devolví el gesto. Extendí mi mano y le di el anillo.

—Es todo vuestro, haced lo que proceda con él.

—Gracias, Ana. Ya sabes, jamás volveremos a hablar de esto.

Asentí. Los vi alejarse en dirección a la colina de Glastonbury, sabía que ese era el lugar elegido. ¿Dónde lo guardarían? Tampoco era algo que me interesase saber, mi cometido había finalizado. En ese momento la vi, en la lejanía. Era la joven pelirroja, me miraba con atención. Después se alejó en

dirección a Glastonbury, siguiendo a Eamon y a Beth, se perdió y se fundió con la naturaleza.

Hacía tan solo cuatro días que había regresado a Estanglia. Mi habitación sin Korvan estaba triste y la sentía vacía, me faltaba él. Debía pensar qué haría con mi vida. Si él no me amaba, no estaba dispuesta a seguir allí, en esa época, carecía de sentido. Mi abuela siempre me había hablado del poder de la luna roja, y sus palabras sobre que se abría la puerta de los Hombres, y solo en ese instante, antes de que esta se escondiese, se podría traspasar esa abertura dimensional. Tenía poco tiempo para decidirlo. Salí al patio, allí estaba el padre Peter, quien me miraba con atención; vino hacia mí.

—¿Qué te pasa, muchacha? Te veo triste.

—Nada, padre. Hay ciertos aspectos en mi vida en los que necesito meditar y tomar una decisión.

—Me imagino que esos aspectos tienen que ver con Korvan. —Asentí—. Ese joven es inquieto y un guerrero. Solo alargó su estancia en su castillo cuando tú estuviste aquí.

—Lo sé, padre, pero ya ha pasado más de un mes y no ha regresado junto a mí.

—Te has casado con un guerrero, jovencita, tienes que acostumbrarte a vivir sin él durante largas temporadas.

—Pues ese es el problema, que no sé si me acostumbraré. Tampoco sé si quiero eso para mí.

—Tienes que buscarte otras tareas. Quizás podrías ayudarme con el jardín, ¿qué te parece?

—Puede estar bien. Gracias, padre, pero no creo que esa sea la solución.

Me dirigí a las cuadras; allí estaba Dylan, acababa de entrar con su caballo al patio de armas.

—Buenos días, lady Ana.

—Buenos días, Dylan.

—¿Quiere cabalgar?

—Sí, deseo ir a los acantilados. Hoy va a haber luna roja y quiero observarla desde allí.

—La acompañaré.

—No, por favor, quiero ir sola. Además, con luna roja apenas hay oscuridad.

—Por favor, no se demore en regresar. Si le pasa algo, el conde no me lo perdonaría.

—El conde no está, no se enterará. —Le guiñé un ojo. Monté en mi caballo.

Conforme me acercaba a los acantilados, la brisa del mar mecía mis cabellos y acariciaba mi rostro; esa sensación me encantaba. Bajé de un salto del caballo y me acerqué hacia la línea divisoria entre la tierra y el mar. El viento soplaba mientras me acercaba más allá. Desde el horizonte el sol empezaba a esconderse y una gran luna se dibujaba en el cielo. Era el momento de decidir, mi única oportunidad. Sabía que, si atravesaba esa puerta, jamás regresaría junto a Korvan, pero él no estaba junto a mí.

CAPÍTULO 56

Mientras me acercaba a la entrada de mi castillo, recordaba esa conversación:

—Se marchó, pues ¿qué esperabas?: ¿que después de no aparecer contigo, aun así, albergase la esperanza de que regresaras? —dijo Kimball.

—Pues sí, eso esperaba.

—¡Korvan! —dijo Elizabeth—. Ella cree que no la amas. Si no rompes esa coraza que te impusiste hace tiempo y le dices todo lo que sientes, la perderás para siempre.

—¿Por qué dices eso? Ella ya sabe lo que siento. He estado a punto de morir por Ana y lo volvería a hacer.

—¡Ja, ja, ja! Korvan, parece mentira que todavía no conozcas a las mujeres. Las damas necesitan que se lo digamos también. —Rio Kimball.

—Efectivamente. —Elizabeth sonrió a su esposo mientras este le rodeaba la cintura y la atraía hacia él.

Temía no encontrarla. ¡Pues claro que la amaba! Sin ella me sentía perdido, sin rumbo. Era mi ángel, mi luz, mi amor.

—¡Korvan! —gritó Dylan al verme llegar.

Bajé de un salto del caballo, nos abrazamos.

—¡Mi gran amigo! Cómo te he echado de menos —le dije.

—Y yo a ti. ¿Se puede saber dónde te has metido todo este tiempo?

—¡Uff!, muchas cosas, ya te las iré contando.

—¡Por fin! —dijo el padre Peter.

—¡Mi sacerdote preferido! —Le di una palmada cariñosa en su prominente barriga.

Miraba para todos los lados con el deseo de verla.

—Si buscas a tu dama, está en los acantilados —dijo Dylan con media sonrisa.

—Te recomiendo que pienses bien lo que la vas a decir. Está bastante desencantada contigo y no me extraña, la verdad —dijo el padre mientras me daba la espalda y caminaba hacia su huerto.

Me dirigí al lugar donde estaban mi halcón y el que le había regalado a Ana; cogí la cuerda de cuero que sujetaba sus patas y monté a caballo. Ambos halcones estaban apoyados sobre mi antebrazo, con la otra mano llevaba las riendas del animal.

—¿Se puede saber qué es lo que planeas? —dijo Dylan.

—Conquistar de nuevo a mi mujer —le guiñé el ojo.

En la lejanía la vi, de pie, contemplando aquel espectáculo de la luna roja. No quería que me escuchase; dejé el caballo, la observé. ¡Qué bonita estaba!

—Bueno, no me podéis fallar —susurré a los halcones—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Dicho esto los solté. Vigilé su vuelo; ambos se dirigían hacia donde estaba Ana, quien enseguida se fijó en ellos. Por instinto ella levantó el brazo como le había enseñado y su halcón, el que le había regalado, se puso sobre este. Mientras tanto yo había avanzado con sigilo hacia donde estaba ella. Ana reconoció que era el halcón que le había regalado. Nerviosa se dio la vuelta, en ese instante me vio. Yo levanté mi brazo y Luck, con rapidez, se posicionó sobre este.

Ella se quedó mirándome con atención. Le sonreí y ella respondió a mi gesto; me acerqué con lentitud hacia donde estaba ella.

—Te ha reconocido —le dije al referirme a su halcón.

—Sí, tuvo un buen maestro —me dijo. En ese momento ambos halcones emprendían el vuelo y nos observaban desde el cielo.

Iba a hablar, pero se lo impedí posicionando mi dedo índice sobre sus bonitos labios.

—Estando lejos de ti sentí miedo de perderte, de jamás volver a ver a la mujer que tanto amo. —Sus ojos se abrieron y se llenaron de lágrimas—. Sí,

te amo, te amo con locura. Eres la luz que ilumina mis noches, el ángel que sana mi alma herida. Lo eres todo para mí, mi dulce y bella Ana. Te quiero. —Las lágrimas rodaban por su rostro; le retiré estas con las yemas de mis dedos. Cogí su mano y la posicioné en mi corazón—. Lo sientes, ¿verdad? —Ella asintió—. Late así por ti, por nadie más, amor mío. Lo siento, siento el daño que te he hecho, perdóname, mi querida y dulce Ana.

Ella sonrió, acarició mi mejilla, me rodeó con sus brazos y nos fundimos en un apasionado beso.

Me sentía libre y feliz; sí, muy feliz. El destino me había premiado con el mejor regalo: Ana, la mujer que amaba con locura. Me había prometido a mí mismo dedicar cada segundo de mi vida a hacerla feliz.

La cogí en brazos, quería recuperar todo el tiempo perdido junto ella, la única que había sido capaz de devolverme a la vida, la mujer que amaba.

—¿Se puede saber qué pretendes? —me dijo sonriendo.

—Besar esa bonita sonrisa, pero no aquí, amor mío. —Le sonreí.

—Sabes que tengo muchas cosas que decirte y recriminarte..., aunque lo dejaré para mañana. —Me guiñó un ojo.

La miré.

—Mi adorable Ana, te prometo que voy a dedicar cada segundo de mi vida a que esa sonrisa jamás desaparezca de tu rostro. Además, quiero que conozcas a mi hermana, así que te llevaré a las Tierras Altas para que estemos con Audrey. Mi mayor deseo es que la mujer que tanto amo conozca a mi única familia.

Me miró. Sus ojos brillaban de felicidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dijo.

—Si es solo una, sí —bromeé.

—¿Se ha cumplido tu deseo?

La observé. Me sorprendió su pregunta.

—Sí, amor mío, contigo se ha cumplido.

—Te amo, mi caballero —me dijo mientras apoyaba su mejilla sobre mi hombro y rodeaba mi cuello con sus brazos.

Los halcones seguían nuestros movimientos desde el cielo. Los últimos destellos del sol habían desaparecido, y dieron paso a una luna roja, intensa, único espectador de nuestro amor.

CAPÍTULO 57

Estaba todo preparado para ir a Snowdon, al castillo de la tía de Korvan. Deseaba mucho ese viaje y conocer a su hermana; sabía que a él le hacía muy feliz y estaba ilusionado con nuestro encuentro.

Toqué la parte de la cama en la que su cuerpo había descansado; todavía guardaba el calor de este. Los recuerdos de la noche anterior vinieron a mi mente; me ruboricé al pensar en ellos. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. ¿Dónde estaba? Me levanté de un salto y observé por la pequeña ventana; estaban sus soldados y escuderos entrenando con sus espadas, pero él no se encontraba allí.

Me vestí. Dentro de unas horas emprenderíamos el viaje, pero, antes de que esto ocurriese, quería decírselo, todavía no había encontrado el momento. Salí de la habitación y casi me choqué con Avi, que venía junto con Ingrid a traerme el desayuno. Observé a Ingrid, ya no estaba tan triste por la pérdida de Krim. Ambas, al verme, sonrieron.

—¿Se puede saber adónde vas tan deprisa?

—¡Avi! ¿Sabes dónde está Korvan? —le pregunté.

—No, querida —respondió.

—Yo lo he visto ir hacia la torre, señora —dijo Ingrid.

—¡Gracias! —Por instinto les di a cada una un beso en la mejilla; ambas sonrieron y se sorprendieron ante ese gesto.

Subí las escaleras de caracol como si la vida me fuera en ello. Allí estaba él, con su cota de malla, su pelo revuelto, sentado, contemplando el horizonte. Me acerqué con mucho sigilo, pero era imposible sorprenderlo. Estaba ya tras él y este se giró, me cogió de la cintura y me puso en su regazo. Me sonrió y sin mediar palabra me besó, entrelazando sus labios con los míos. Después

me miró con sus bonitos ojos grises, los mismos que me habían enamorado.

—Sabes que nunca me vas a sorprender, amor mío —me dijo—. Soy un guerrero —me dijo mientras me volvía a besar.

—Creo que esta vez sí que te voy a sorprender —le respondí mientras le acariciaba su mejilla.

—¡Ah..., sí...! ¡Pues sorpréndeme!

Le cogí una de sus fuertes manos y se la posicioné en mi vientre. Él me miró extrañado.

—¿No lo notas? —le pregunté.

—¿El qué, mi amor?

—Cómo late el corazoncito de nuestro hijo. —Le sonreí.

Sus pupilas se clavaron en las mías, brillaban con intensidad, y una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Ja, ja, ja! ¡Voy a ser padre! —Reía.

—Sí, amor mío.

Me observaba.

—Te amo, mi dulce Ana. ¡Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo!

Dicho esto se puso en pie y me llevó en brazos.

—¡Te quiero! —gritó.

En ese momento me dejó en el suelo, me aproximó a él y nos fundimos en un apasionado beso. Me sentía feliz. Estaba con un hombre maravilloso que me amaba, con el caballero de mis sueños, el que siempre había irrumpido en mis noches sin yo saber que él era el hombre destinado para mí.

—Jamás dejaré de besar esa sonrisa, amor mío —me dijo.

La brisa de la mañana acariciaba nuestros rostros y los primeros rayos de sol nos iluminaban, siendo, en ese momento, los únicos testigos de nuestro gran amor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por su cariño.

A Loli, Sandra y Rosa, por su ayuda y amistad.

A Lola Gude por su apoyo, su cariño y por estar siempre ahí cuando la necesito.

A todos los lectores que, con sus comentarios, me hacen crecer cada día como escritora.

A mis compañeros de Selección BdB.

A la editorial, por seguir confiando en mí.

Y a todos los que formáis parte de mi día a día y me aportáis vuestro granito de arena para seguir adelante con mi sueño. ¡Gracias!

Si te ha gustado

Prisionera

te recomendamos comenzar a leer

El fino hilo de la mentira

de *Emma J. Care*



PRÓLOGO

El final es el principio

El golpe resonó en las cuatro paredes, cortó el aire y sumió la habitación de la novia en el más espeluznante de los silencios.

La joven, sentada en el pequeño taburete del tocador, se acarició la mejilla donde segundos antes se había estrellado la mano de su madre. La piel le ardía; la carne le escocía como si se la hubiese frotado con un guante de esparto.

—Eres una vergüenza de hija. La única que me ha dado el Señor y es fulana. Pero la culpa no es tuya, claro que no; es de tu tía, esa estéril que no vale ni para fregar escaleras. Le cedo la vida de mi hija y así es como te cría, ¡mala pécora le pique! Ahora solo te pido una cosa: que al menos sepas hacer feliz a tu marido porque, si no, hasta en eso habré fracasado en mi papel de madre.

Una solitaria lágrima se deslizó por la magullada mejilla de la muchacha vestida de blanco.

El contenido portazo fue la muestra de la ruptura entre esa mujer, que se hacía pasar por su madre, y ella. Sin embargo, las palabras dedicadas a la que ella consideraba su verdadera madre se convirtieron en pequeñas astillas que se le clavaron en el corazón. Un corazón herido por sus cuatro costados.

—Señorita Lena —oyó decir a una dulce voz.

Todavía con el rostro semigirado por la bofetada recibida —no había levantado la vista de las tablas del suelo—, se obligó a volver la mirada y se topó con unos dulces ojos oscuros, como el chocolate puro.

—No puedo, Rosario, no puedo salir llorando...

—Sí, puede. —La sujetó por los hombros para imprimirle coraje—. Sus lágrimas no son de pena; son de miedo por ese inmenso futuro que se le abre junto a su joven marido; son de felicidad por el comienzo de esa nueva vida que la espera...

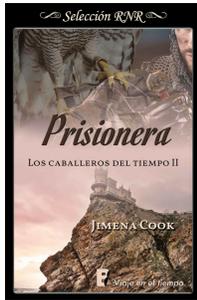
¡Qué equivocada estaba su fiel Rosario! Pues ya había derramado en poco tiempo las lágrimas que una persona solloza a lo largo de su existencia. Ese día era por la humillación que le había hecho pasar su madre montando esa escena.

—No puedo mentirle —hipó—, él no se lo merece...

La joven criada chasqueó la lengua entornando la mirada. Aquello parecía un callejón sin salida. Al mirarse de nuevo, Rosario la agarró fuertemente de sus manos.

—Solo usted sabrá cuándo desvelarlo. —Las dos muchachas se fundieron en un abrazo—. Conmigo estará a salvo hasta que lo decida.

Cuando llega la noche ella aparece en sus sueños, perdida, en peligro y con un secreto que oculta tras su mirada...



Ana es una mujer que necesita encontrar respuestas a las incógnitas con las que vive y, en Londres, no fue capaz de hallarlas, por lo que espera que el regreso a España sí se las pueda brindar. Su viaje se verá acompañado de dos objetos que llegarán a ella de forma inexplicable, y los fantasmas del pasado le indicarán el camino a seguir. Pero Ana, lejos de aceptarlo, tomará una decisión que lo cambiará todo.

Korvan es un hombre que lucha por sus principios y que no dudará en hacer pagar a los responsables de que su hermana viera mancillado su honor. La ira y el rencor lo guiarán, pero también el destino será el encargado de orientar sus pasos hacia la misteriosa mujer que ve en sueños.

Un viaje en el tiempo y el espacio, magia, peligros que acechan, ansias de poder, venganza, crueldad y decisiones a tomar formarán parte del camino que los protagonistas deberán emprender.

Y el amor será lo único que podrá salvarlos.

Jimena Cook nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Jimena Cook

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-968-3

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Prisionera

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Jimena Cook

Créditos